José Gómez Muñoz

DESDE LA ALHAMBRA

VENTANAS A LA ETERNIDAD



El libro de los más bellos relatos de la Alhambra río Darro, Albaicín, Realejo y Granada

riodauro@gmail.com
romi3.jimdo.com
https://archive.org/details/@jgomez21
https://www.bubok.es/autores/romi
Primera edición; 12-12-2022 Granada, España. Granada, 2010-2016

Nota del autor:
Este libro está convertido en audio.
Se puede oír y descargar gratis aquí:
https://archive.org/details/@jgomez21

Versión español, inglés, francés, ruso

Ilustrada por jóvenes de países distintos:
Marta Maggio, Italia
Valeria Ridolfi, Italia
Maud Cavalade, Francia
Lorena Aracena Kaluf
Lissette Madriaga Parra, Chile
Jenni Horton, Finlandia
Claudia Ramírez, España
Aleksandra Byckova, Rusia
Pascale St-Pierre, Canadá
Soniia Dewachter, francia

Desde la Alhambra Ventanas a la Eternidad

Relatos

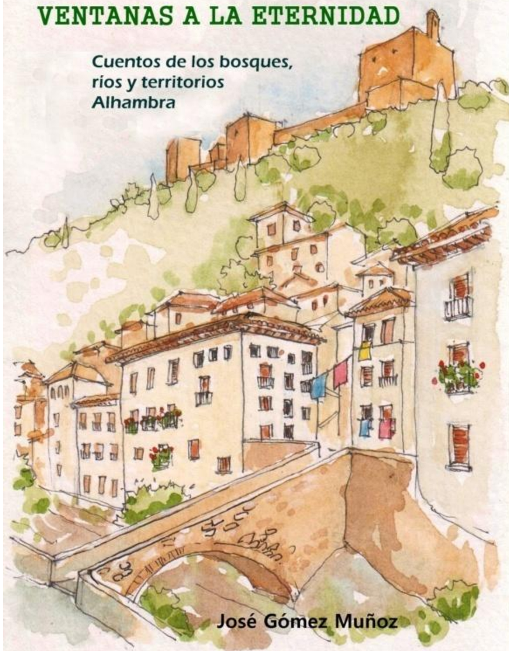
José Gómez Muñoz

ÍNDICE

English version

Français version

Al florecer los almendros


DESDE LA ALHAMBRA
VENTANAS A LA ETERNIDAD
Cuentos de los bosques,
ríos y territorios
Alhambra
José Gómez Muñoz

José Gómez Muñoz

DESDE LA ALHAMBRA

VENTANAS A LA ETERNIDAD



Dibujos: Byckova Aleksandra, Rusia
Traducción al inglés: Emily Wilson
Primera edición – 10-2-2017
Granada, 2010-2017

Índice



A él lo llamaban Quico y a su esposa, Josefa. No tenían hijos y vivían casi a las afueras del barrio del Albaicín. En una pequeña casa, con una parra en la puerta, arriates con muchas flores y una acequia de agua muy clara que corría por entre las plantas de este jardín. Desde la puerta de su casa, se abría una hermosa vista hacia la Alhambra, al frente y al valle del río Darro, en lo hondo.

Cerca del río Darro, Quico tenía un trozo de tierra que, con su mujer, cultivaban a lo largo de todo el año. Los frutos que de estas tierras sacaban, los usaban para alimentarse, para regalar a los vecinos y para ofrecer, los mejores, a los reyes de la Alhambra. Al lado de arriba de su huertecillo, crecía una muy vieja y frondosa higuera de la cual cogían todos los años muchos, lustrosos y sabrosos higos. Los repartía con un joven, hijo de una familia de pastores por las montañas de Sierra Nevada.

Cuando el joven pasaba por la senda que rozaba las tierras de su huerto, Quico siempre lo saludaba, le ofrecía higos y otros frutos y la mujer le decía:

- En la vida, ya irás descubriendo que las cosas pasan y se desmoronan y las personas se marchan y mueren. Cuando esto suceda, tú nunca te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda.

Y el hombre mayor, de estatura baja, algo grueso, pelo negro y miradas



dulces y misteriosas, también con frecuencia le confesaba:

- Como nosotros no tenemos hijos, antes de morir, voy a repartir estas tierras con mis mejores amigos.

- ¿Con qué amigos?

Le preguntaba el joven.

- Con los que siempre me han tratado bien y que sean mayores. Porque me gustaría que un día, todas las personas mayores de este barrio, tuvieran un trocico de tierra para cultivar. Para que de este modo se mantengan activos y fuertes. Tú, como dice mi mujer, cuando ya nosotros no estemos por aquí y las cosas en este huerto mío hayan cambiado, no te fijes en la desolación que hay ni te entristezcas por la ausencia de las personas sino admira, disfruta y da gracias a Dios por la belleza que aún queda.

Y el joven, además de sentirse muy alagado y querido por Quico y Josefa, le impresionaba mucho las palabras que pronunciaban. Por eso los admiraba y más aun, cuando una



vez y otra, los veía ir y venir de su huerto a la casa o al revés, siempre cogidos de la mano. Se decía: “Parece como si estuvieran tan enamorados el uno del otro, que no pudieran separarse ni un momento. Son buenos de verdad estos amigos y tienen un corazón que rezuma esencia de cielo”.

Y un día, cuando el joven pasó por el camino dirección al barrio, se dio cuenta que Quico no estaba en sus tierras. Se acercó a la vieja higuera y lo encontró caído en el surco de la acequia. Enseguida se puso a ayudarle, lo rescató del surco, lo recostó bajo la higuera, le lavó las heridas y lo reconfortó con palabras animosas. Pero Quico, solo unos minutos después, murió. Subió el joven corriendo a la casa, le contó a Josefa lo que sucedía y ésta, fue rápida a donde su marido y lo único que pudo hacer por él fue abrazarlo y llorar amargamente. Unas horas después, ayudada por los vecinos y por el joven, llevaron el cuerpo al cementerio y lo enterraron. Solo tres



días más tarde, Josefa enfermó y una tarde al ponerse el sol, murió. Al enterarse de ello el joven de la familia de pastores, acudió al barrio, lloró tanto a Quico como a Josefa y también ayudó a los vecinos en el entierro de su cuerpo.

Regresó luego el joven a su casa en la montaña y unas semanas más tarde, cuando volvió por las tierrecillas del huerto de Quico, se paró bajo la higuera, miró a un lado y otro y por todos los sitios, solo encontraba desolación y tristeza. Pensando en sus amigos, recordó lo que ella siempre le decía: “No te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda”. Y en ese momento, le pareció que tanto Quico como Josefa, seguían vivos por allí, ofreciéndole los mejores higos de su higuera y la más jugosa fruta de su huerto, al tiempo que sonreían y lo animaban con palabras buenas.

Bastantes años después, murieron los pastores padres del joven



de las montañas. Envejeció también él y por eso un día, se vino a vivir a una casa cerca del río Darro y frente a la Alhambra. Al caer las tardes, salía a pasear por la orilla del río y al ver las tierras del que había sido el huerto de Quico, le sorprendía lo mucho que por el rincón todo, con el paso del tiempo, había cambiado. La higuera ya no existía, la acequia se había roto, los nuevos dueños de las tierras, habían cortado algunos árboles y otros se habían secado y se veían trozos de paredes rotas y llenas de musgo. Sin embargo él, aunque todo por el lugar le seguía pareciendo desolado y muy triste, siempre recordaba a Quico y a Josefa.

Por encima de donde ahora se encuentra la Fuente del Avellano, a media ladera y en un pequeño rellano, se iba muchas tardes. Desde este lugar, sentado sobre la hierba, mirando al valle del río Darro, a las cuevas por las laderas del Sacromonte, a las blancas casas del Albaicín y a las puestas de sol al fondo



de la Vega de Granada, rumiaba sus recuerdos y meditaba. A su manera y muy torpemente, alguna vez escribía versos y, en otros momentos, soñaba con escribir un libro para dejar en él recogido la historia de Quico y Josefa. Con nadie compartía este sueño excepto con el silencio de la ladera, el vientecillo que por aquí se paseaba y el azul purísimo del cielo por donde, en un grandioso paraíso lleno de amor y serenidad, sabía que vivían sus amigos.

Y cada tarde, sentado en esta ladera por entre la vegetación y la hierba, cuando en su meditación le venía a la mente la imágenes de Quico y Josefa, recordaba las sonrisas y el amor que le regalaron cuando fue joven. Y caía entonces en la cuenta que por el lugar y para siempre, permanecían derramando belleza. Como rezando al cielo, se decía: “Aunque la desolación es mucha, la belleza de estos lugares y ellos por aquí, es cierto que permanece”. Mucho, mucho tiempo después y



cuando ya en la Alhambra no había reyes sino turistas, directores de muchos departamentos, archivos, bibliotecas, talleres y restauradores, una tarde un joven caminaba por donde el Puente del Aljibillo. Llegó a donde su amiga le esperaba y, al saludarla, ésta le dijo:

- Voy a irme con mis amigos a la discoteca. ¿Y tú a dónde vas?

- Yo voy a dar un paseo por el Camino de la Fuente del Avellano y luego voy a sentarme en el balcón que hay en mitad de la ladera.

- ¿Qué hay ahí?

- Aquello es un lugar mágico que con la llegada del otoño, se llena de hierba fresca y espesa vegetación. Y desde allí se ve todo el valle del río Darro cubierto de álamos, higueras, avellanos y otros árboles teñidos de oro y por donde la hierba y vegetación de la ladera, las setas brotan y los madroños maduran. Es un lugar fantástico no solo por la belleza que desde allí se contempla sino por la paz, misterio y trozos de cielo que se palpan. ¿Te animas y te vienes conmigo y te enseño lo que te he dicho?

Y la joven, dirigiéndose a los amigos que en ese momento llegaban para ir a la discoteca, les dio la bolsa de plástico que llevaba en la mano y les dijo:

- Llevaros vosotros esto y luego otro día nos vemos.
Los amigos le preguntaron:
- ¿Es que no vienes con nosotros?
- Este amigo mío me ha invitado a un lugar fantástico y voy a irme con él para conocer eso. Dice que aquello es como un balcón en mitad de la ladera, por encima de la Fuente del Avellano desde donde se ve y siente un mundo mágico. Me voy con él y luego otro día nos vemos y os lo cuento.



Version en inglés



They called him Quico and his wife Josefa. They didn't have children and they lived almost on the outskirts of the Albaicín village, in a small house with a vine above the door, flowerbeds with lots of flowers and a stream with clear water that ran between the flowers in the garden. From the door of the house, it opened onto a beautiful view of the Alhambra in the forefront and the valley of the river Darro in the background.

Near to the river Darro, Quico had a piece of land that he cultivated with his wife throughout the whole year. They used the fruits

they got from their land to feed themselves and give to neighbours as well as offering the best of them to the Kings in the Alhambra. Above his garden grew a very old and leafy fig tree from which they took a lot of shiny and tasty figs every year. They distributed them with a child, the son of family of shepherds in the Sierra Nevada Mountains.

When the child passed the path that bordered the lands of his garden, Quico always said hello to him and offered him figs among other fruits and his wife would say to him:
- In life, you'll discover that things happen and crumble and people leave and die. When this happens don't focus on the desolation but rather the beauty that still remains.
The elderly man, short and stocky, with black hair and sweet and mysterious looks, often confessed too:
- As we don't have children, before dying I'm going to divide this land between my best friends.
- Between which ones?
The child asked him.
- With those who have always treated me well as well as those who are elderly because I would like if one day all the elderly people in this village had a piece of this land to cultivate, so that they can remain active and strong. Like my wife says, when we're not around here and all the things in this garden of mine have changed, you mustn't focus on the desolation or

be sad about the absence of people, but instead admire the beauty that still remains.

The child, not only felt flattered and loved by Quico and Josefa, but he was impressed by the words being spoken to him too. That's why he admired them so much and more still, when he saw them again and again coming and going from their garden always holding hands or vice versa, he would say: "It's as if they are so in love with each other that they can't be separated even for a moment".

One day, when the child went down the road towards the village, it dawned on him that Quico wasn't on his land. He went towards the old fig tree and found him fallen in the furrow of the stream. He went to help him straight away, rescued him out of the stream and laid him down under the fig tree. He washed his wounds and tried to comfort him with reassuring words. But Quico died a few minutes later. He ran towards the house and told Josefa what had happened. She went running to her husband but all she could do was hug him and cry bitterly. A few hours later, helped by her neighbours and by the child, she took his body to the cemetery and buried him. Only three days later, Josefa became ill and one evening at sunset, she died. On hearing this, the child from the family of shepherds went to the neighbourhood and cried just as much for Quico as he did for Josefa and after helped the neighbours with the burial of her body.

The child then went back to his house on the mountain and a few weeks later he returned to Quico's garden. He stopped under the fig tree and looked to both sides but all he found was desolation and sadness. Thinking of his friends, he remembered what she had always told him: "Don't focus on the desolation but on the beauty that still remains". In that moment, it seemed as if both Quico and Josefa were still alive there, offering him the best figs from their fig tree and the juiciest fruit from their garden, while smiling and cheering him up with reassuring words.

A few years later, the parents of the child from the mountain died. He aged too and that's why one day he came to live in a house near to the river Darro in front of the Alhambra. As the afternoon fell, he went for a walk along the river shore and seeing the land that had been Quico's garden, it surprised him how much had changed by the corner with the passing of time. The fig tree didn't exist anymore, the stream was broken, the new owners of the land had cut down trees and others had dried out and looked like pieces of broken wall, full of moss. However, although everything still looked desolate and very sad, he always remembered Quico and Josefa.

Above where now the 'Fuente del Avellano' is found, on the hillside there is a small ledge where he went to many evenings.

In this place, he sat on the grass, looking at the Darro river valley and the caves on the Sacromonte hillside and to the white houses of the Albaicín as well as the sunsets at the bottom of the Granada valley. He sat and he pondered over his memories and he thought. Sometimes, rather clumsily, he wrote small verses about Quico y Josefa, yet at other times he dreamt of writing a whole book to remember them by. He shared this dream with no one except the silence of the hillside, the breeze that always passed by there and the pure blue sky where he knew his friends lived, in a grand paradise full of love and serenity.

Every evening, sat on this hillside between the vegetation and grass, images of Quico y Josefa came to mind while he thought. He remembered their smiles and the love that they gave him when he was younger. He discovered that this place would forever remain beautiful. As if praying to heaven, he said: “Although the desolation is great, it is true that their beauty and the beauty of this place have remained around here”.

A long, long time after when the Alhambra no longer had kings but tourists, department directors, archives, libraries, workshops and restorers, one afternoon a child walked by the ‘Puente del Aljibillo’. He arrived where his friend waited for him, greeted her and then she said to him:

- I'm going to go with my friends to a party. Where are you going?
- I'm going to walk along the path by the 'Fuente del Avellano' and head up to this small plateau halfway up the hillside.
- What is there up there?
- When autumn arrives there is this magical place. It is filled with fresh grass and thick vegetation and you can see the entire Darro river valley covered in poplars, fig trees, hazel trees and other trees dyed gold and where the grass and vegetation is, mushrooms sprout and arbutus grows. It's a fantastic place, not just for its beauty, but also for its peace, mystery and proximity to Heaven. Do you want to come with me? I'll show you everything I just told you.

The girl headed over to her friends who had just arrived in that moment to go to the party and gave them a plastic bag that she had brought in her hand and said to them:
- Here, take this and I'll see you all another day.
Her friends asked her:
- You're not coming with us?
- This friend of mine has invited me to a fantastic place so I'm going to go with him to see it. He says it is like a small plateau in the middle of the hillside, above the 'Fuente del Avellano' from where you can see and feel a magical world. I'll go with him and another day I'll see you all and tell you all about it.


José Gómez Muñoz
El mirlo blanco

Dibujos: Byckova Aleksandra, Rusia
Primera edición 2017
Granada, 2010-2017

ÍNDICE

El mirlo blanco





I- La tierra no tiene dueño ni la corriente del río ni el viento ni el verde de los árboles. En lo más secreto y aunque pase de mano en mano a lo largo del tiempo, la tierra y los ríos mantienen su latido eterno.

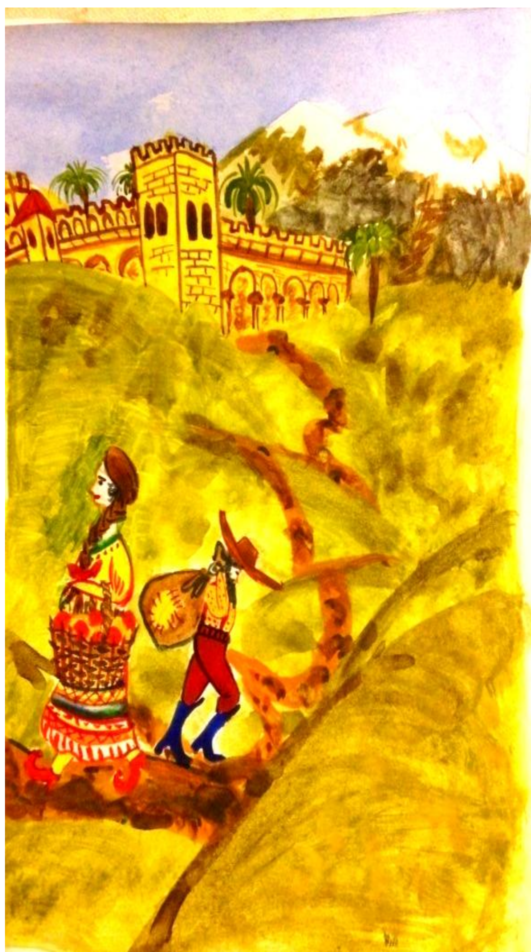
Y esto ellos, el grupo de personas que vivían al norte de la Alhambra, lo descubrieron un día. Algunos ya lo habían intuido hacía tiempo, cuando cada tarde iban por los caminos o labraban las tierras. Pero aunque con mucha claridad lo intuían y por eso no dudaban de ello, nunca habían podido ni explicarlo ni encontrar las palabras para nombrarlo. Sin embargo, sí cada día se congratulaban y ajustaban sus comportamientos a este secreto íntimo que intuían en el corazón y alma de la tierra que pisaban y labraban. De vez en cuando se decían:

- Es como si, igual que nosotros, la tierra, los ríos, el viento, las rocas y hasta los edificios, tuvieran un mundo íntimo muy vivo.

- Y también como si no le importara ni nosotros ni los que por aquí vinieron y vivieron antes o los que llegarán dentro de mil años.

Y un día, una de las familias de este grupo de personas, pudo ver y oír muy claramente parte de este gran misterio.

Vivía y hacía su vida entre las montañas, al norte de Granada. Mucho más acá de las cumbres de Sierra Nevada y algo retirado de la colina y torres de la Alhambra. En un pequeño valle que el río



fragua antes de encajarse hacia Granada, habían construido ellos sus viviendas. Cinco o seis casas, construidas de madera, piedras, cal y adobes de tierra. Y en las tierras fértiles y llanas cerca de estas casas, trazaron acequias y plantaron árboles. También sembraron viñas y muchas hortalizas y con sus animales, burros, mulos y algunos caballos, labraban y recogían las cosechas de estas tierras. Siempre rebosantes de entusiasmo, a pesar de las dificultades y siempre felices por completo aunque solo tenían para vivir pobremente.

Desde el lugar donde ellos tenían sus casas y tierras de labranza, fueron trazando poco a poco algunos caminos. Los más insignificantes, solo para ir de un lado a otro del valle y laderas cercanas. Y otros, para ir a los bosques algo más lejos a por leña. Pero uno de aquellos caminos, sí era mucho mejor y más significativo. Lo trazaron desde el valle, siguiendo las aguas del río, aunque a tramos lejos del cauce y venía buscando la ciudad de Granada, pasando antes no lejos de la colina de la Alhambra. Por eso recorrían este camino con frecuencia. Casi cada día para traer los productos de sus tierras,



tanto a los palacios de la Alhambra como a otros sitios de los barrios y ciudad.

Por donde el camino cruzaba unos arroyuelos, ya retirado de las casas y un poco antes de acercarse al río, un día unas personas vieron lo que nunca antes habían observado en estos lugares. Tres hombres, volvían una tarde de sus tierras y regresaban a sus casas cuando, al cruzar el arroyo, levantó vuelo una pequeña ave blanca. Salió de entre las zarzas, trazó algunos zigzags por el aire y rápida se perdió por entre la vegetación, algo más arriba. Uno de los hombres comentó:

- ¡Qué raro! Yo nunca he visto antes por aquí un ave tan blanca. ¿Sabéis vosotros qué clase de pájaro es?

El compañero comentó:

- Por lo que oí contar a mis abuelos, creo que es un mirlo. Pero también me pasa como a ti, que es la primera vez en mi vida que lo veo.

Y el tercero argumentó:

- Yo un día oí contar a una persona mayor algo de estos mirlos blancos.

- ¿Y qué decía?

- Él y otros creían que este mirlo blanco aparece por aquí de vez en cuando.

- Y mientras tanto ¿dónde vive?

- Ellos decían que viene de algún lugar de la tierra muy secreto. Como del corazón mismo de estas montañas,



- ¿Del corazón de la tierra y no de otros mundos y paisajes lejanos?

- Eso creían ellos y por eso decían que esta ave, es en ese lugar donde tiene su nido y que aparece por aquí de vez en cuando, como si viniera por alguna causa concreta o para anunciar algo.

Y aquella tarde, ya no comentaron nada más de este pájaro. Sí al llegar a sus casas, lo hablaron con sus hijos, mujeres y amigos. Al oír la noticia, el joven que cada día venía con su borriquillo desde aquellas tierras a traer productos a la Alhambra, se dijo: "A ver si una mañana, cuando pase con mi borriquillo por el camino del arroyuelo, lo veo. No me creo yo que esto sea cierto ni tampoco me creo que este ave viva en al corazón de estas montañas. Y si fuera verdad ¿cómo podrá vivir tanto tiempo cuando ya, las primeras personas que lo vieron, hace ciento de años que han muerto?

Al otro día, muy temprano, montó en su borriquillo y se puso en camino dirección a la Alhambra, con una buena carga de hortalizas y frutas. Tomó por la senda que discurría por donde los arroyuelos y, venía él todo pendiente por si a su paso levantaba vuelo el mirlo, cuando cruzar la corriente, del lado de la derecha



y donde la vegetación era muy espesa, levantó vuelo un pájaro. Grande así como una tórtola pero de color blanco por completo y que él no identificó como a un

mirlo. Pero sí de pronto algo le sorprendió. Justo al embargo se dijo: “Será o no ese mirlo blanco que dicen pero la verdad
es que, por primera vez en mi vida veo esta clase de ave”. Paró el borriquillo, se apeó, lo dejó amarrado a la rama de un sauce y caminó arroyuelo arriba, que era por donde velozmente el ave se había perdido. Y como iba muy sigiloso y con los ojos por completo abiertos por si alzaba vuelo algún pájaro que por allí estuviera escondido, otra vez lo vio. En esta ocasión, el ave levantó vuelo casi de sus pies, de unas zarzas que junto al arroyo crecían. Trazó un par de piruetas en el aire y se fue recto para donde brotaban los manantiales que vertían sus aguas al arroyuelo.

Por este rincón, el terreno era llano y también había como unas pequeñas playas de arena. Y era por aquí precisamente donde vio que el ave blanca se había parado. El animal esperó unos segundos y cuando el joven estaba como a unos diez pasos de él, otra vez levantó vuelo pero ahora no para irse lejos. Asombrado el joven vio que, tal como iba volando, se dejó caer al pequeño charco que se formaba donde las aguas brotaban y por los mismo borbotones de los



veneros, desapareció. Restregó sus ojos, miró fijamente intentando convencerse de la realidad que acababa de ver y allí de pie se quedó un buen rato.

II- Hasta que de pronto, le despertó a sus espaladas, la voz de una personas que preguntaba:

- ¿No crees que sea acierto lo que acaba de ver?

Miró para su izquierda y, junto a la corriente del arroyuelo del nacimiento, lo vio sentado. Era una persona mayor que no conocía de nada porque nunca antes lo había visto por el valle. Le preguntó:

- ¿Quién eres?

Y hombre mayor, con barbas y pelo blanco, dijo:

- No importa mucho quien sea pero sí quiero decirte algo.

- ¿Qué me quieres decir?

- Que es cierto que el ave blanca que acabas de ver, vive en las entrañas de las montañas. Tú no acabas de creértelo pero ha sido necesario que lo veas para que transmitas el mensaje que voy a revelarte.

- ¿Qué mensaje y a quién?

- A los reyes de la Alhambra. Como vas con frecuencia por allí a llevar los productos que salen de estas tierras, quiero que hoy mismo hables con el rey y le transmita el mensaje.

- ¿Pero de qué encargo se trata?

- De parte mía pero como si fuera cosa tuya, debes decirle que ni la tierra ni el viento ni el agua de los manantiales ni las nubes del cielo, le pertenecen. Que ellos no son los dueños sino Dios y por eso son elementos que pertenecen a la eternidad.



Por un momento el joven se quedó pensativo, mirando al hombre mayor, a la corriente del arroyuelo y a los manantiales por donde se había ido la misteriosa ave blanca. Luego preguntó:

- ¿Y por qué tengo yo que transmitirle estos mensajes al rey?

- Para que se comporte con los demás y haga las cosas de otra manera a como hasta ahora las está haciendo.

- ¿Y si el rey no me cree o se enfada conmigo?
- Ese ya es su problema y por ello tú no debes preocuparte como tampoco lo haré yo. Pero en su momento, el rey no podrá excusarse diciendo que nunca nadie le aconsejó para que procediera con nobleza y rectitud.
- Y a cambio de todo esto ¿qué gano yo?
- Nada o quizá lo mejor porque se te da la oportunidad de que veas y entiendas que en el corazón de estas montañas, de la tierra y del universo, vive un ave blanca que no envejece ni muere con el paso del tiempo.

Volvió a mirar para el manantial del charco por donde el ave se había ido y ahora ya no preguntó nada más. Despidió al hombre mayor, regresó a donde su borriquillo, montó en él y siguió su camino dirección a la Alhambra. Cuando llegó con su carga de hortalizas y frutas, dijo a los guardianes que tenía un mensaje muy importante para el rey y que necesitaba verlo. Los guardianes se lo dijeron al rey y éste recibió al joven y le preguntó:
- Nunca antes nos hemos visto pero sí algunas personas me hablaron de ti y por eso sé quién eres. Todos los jóvenes del mundo y en todos los tiempos, casi



siempre tienen ideas nuevas que a veces, pueden resultar interesantes. Por eso quiero oírte. ¿Qué mensaje tienes que transmitirme?

Y el joven, sin cohibirse ante el rey y sin ningún preámbulo, le dijo:

- Yo sé que usted es sabio y está rodeado de personas muy inteligentes pero quiero advertirle de algo muy importante.

Al oír esto el rey abrió mucho los ojos, miró fijamente al joven y le preguntó:

- ¿Qué es eso tan importante que quieres decirme?

- Que su majestad entienda, a partir de hoy que, tanto estos palacios sobre la colina como todo el gran reino de Granada, tienen los días contados.

Sorprendido el rey, preguntó al joven enseguida:

- ¿Y cómo sabes tú eso?

- Lo sé y eso es lo que a usted debe interesarle.

- ¿Pero por qué la Alhambra y todo mi reino tienen los días contados?

- Porque su majestad ha hecho y hace las cosas como si en este suelo todo le perteneciera y por aquí fuera a vivir la eternidad entera. Debe proceder con más nobleza y pensando siempre que nada le pertenece y que todo es solo por un tiempo corto. Y el día que muera, como todas las personas del mundo y en todos los tiempos, se irá de esta tierra desnudo. Sin poderse llevar absolutamente nada. Hágame caso y ya verá con qué fuerza y gozo, continua con vida usted y todo su reino de Granada.



Al oír estas palabras, el rey se indignó. Muy enfadado dijo al joven:

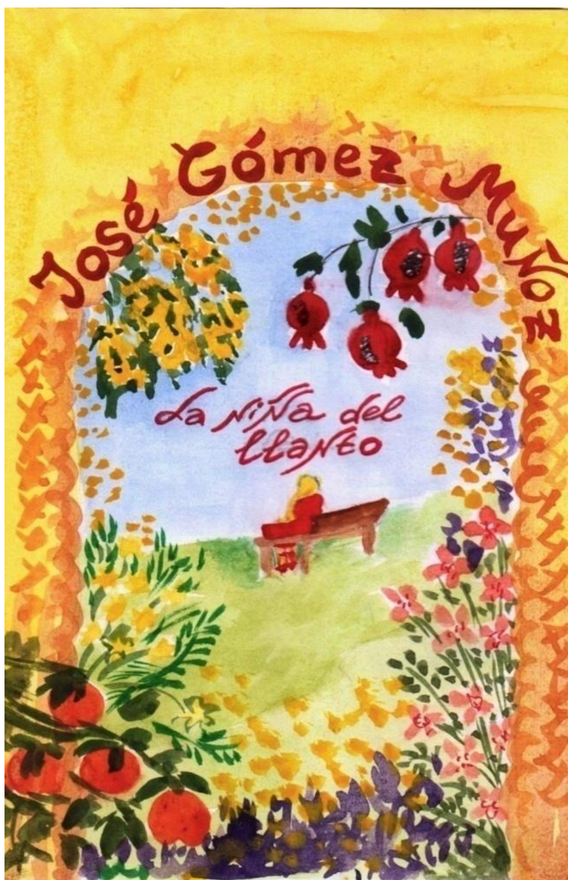
- No te permito que me hables de este modo. Sal ahora mismo de los recintos de estos palacios y da gracias al cielo que te deje ir sin el castigo que mereces. Eres un insolente, maleducado e inculto y por eso te atreves a decirme lo que has dicho. ¡Un

rey como yo hacerle caso a un joven ignorante de las montañas como tú!
Pidió disculpa el joven al rey, se retiró con una respetuosa reverencia, salió de los recintos de la Alhambra, montó en su borriquillo, se puso en camino dirección a las tierras de los manantiales y cuando pasó por donde los arroyuelos, miró con la intención de encontrar por allí al hombre que parecía ser el guardián de los manantiales del mirlo blanco. No lo vio ni tampoco al día siguiente ni al otro ni nunca más. Tampoco el joven volvió más por los recintos de la Alhambra a llevar verduras y hortalizas y esto preocupó a las personas del lugar. Le preguntaban al joven y no decía nada. Sí veían que cada día se le notaba como muy preocupado hasta que en una ocasión dijo a sus padres:
- A la Alhambra y al reino de Granada, les quedan dos días y medio.
- ¿Y tú cómo sabes eso?
- Lo sé y eso es lo que importa.

Y a los pocos días, por todo el reino de Granada, se corrió la noticia de que el rey de la Alhambra había sido destronado y expulsado de los recintos amurallados. También había perdido todos los territorios del reino y sus enemigos, solo le permitieron que viviera en un

pueblo lejano, al otro lado de Sierra Nevada. Dolió esto mucho a muchas personas y creó mucha angustia y desolación por todo el territorio. No pasado mucho tiempo, murió la esposa del que había sido el último rey de la Alhambra. Y, algo después, este rey desapareció para siempre de la faz de la tierra. En el valle del manantial del mirlo blanco, las personas, una vez y otra recordaban las palabras que el joven con frecuencia les había repetido: “La tierra, el viento, los ríos, los árboles, el cielo y la lluvia, no tienen dueño”.





Relato / Versión en español y ruso

Aleksandra Byckova, Rusia
Primera edición 10-5-2016
Granada, 2010-2016

Índice





Caía la tarde del último día de abril y hacía calor. Se le vio cruzar el puente del Aljibillo y tomar para la derecha. Por donde hay algunos aparatos para hacer gimnasia y tres bancos de hierro junto al muro del río. Al frente se veía el bosque que desde la muralla de la Alhambra cae para el río, las torres en todo lo alto, el azul intenso del cielo y

algunas nubes decorando. Era primavera y por eso el vientecillo estaba cargado de esencias que se mezclaban con el rumor de las aguas del río.

Antes de llegar al último banco que junto al muro mira para el edificio del Rey Chico, se asomó al cauce del río. Descubrió, en la hierba de la orilla sentados y a la sombra de los álamos, a varios jóvenes que se entretenían con sus perros y con los pies metidos en las claras aguas. Y estaba mirando para este rincón cuando la sintió llorar. Volvió su cabeza y la vio. En el primer banco de los dos que hay junto al muro, las dos estaban sentadas. La que enseguida imaginó que era la madre, no muy mayor pero sí de cuerpo grueso. Junto a ella, la figura de una niña que tenía su cabeza doblada, recogida entre las manos, las rodillas y las dos piernas.

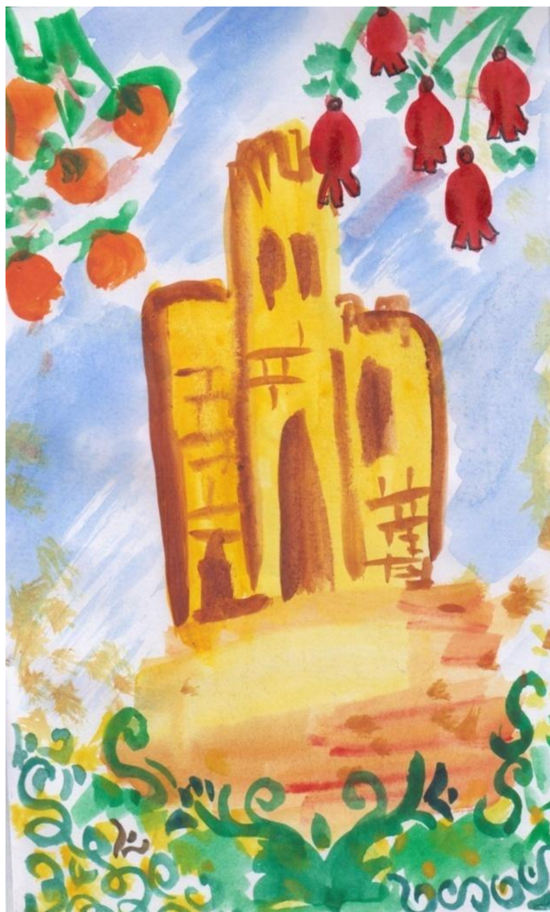
Se movió en busca del segundo banco, donde daba la sombra del almez y había pensado sentarse. La observó con más precisión al pasar frente a ella y sin pararse, le preguntó a la madre:



- ¿Por qué llora esta niña?
La mujer levantó su cabeza, lo miró como explorando y pronunció unas palabras en inglés. No entendió nada pero si vio que la pequeña, de unos diez años de edad, alzó su cabeza y también lo miró. Luego volvió a doblar su cuerpo y siguió llorando a la vez que pronunciaba palabras que tampoco entendía.

En el segundo banco se sentó, sacó el cuaderno, cogió el bolígrafo y se puso a escribir. Sin apartar su mente de la niña que en el banco cercano lloraba al tiempo que la observaba como de reojo. Descubrió que su pelo era rubio, la piel de cara y manos, muy blanca y su cuerpo delgado. En el árbol que junto a este primer asiento crece, se oía cantar a un mirlo y por el arroyo que desciende por el barranco del Rey Chico, resonaban los trinos de un ruiseñor. De fondo se oía el rumor de la corriente del río y en todo lo alto saludaba la figura de la Alhambra.

Se preguntó una vez más: “¿Por qué llorará esta niña en esta tan clara tarde de primavera y en este rincón tan especial de Granada?”



Y recordó en este momento que justo por estos días en la Web de la Alhambra se anuncian algo que llaman “la ciudad de agua”. Doce postales sonoras y virtuales. Reflexionó en silencio mientras seguía oyendo a la niña que junto a él lloraba y a la madre desgranar palabras en inglés que no entendía. Y en su cuaderno escribió:

“No sé quién eres y apenas de refilón acabo de ver tu cara. Y de alguna manera intuyo que eres frágil, tierno tienes tu corazón como la flor que brota por estos días en los campos y tu alma y cuerpo, limpios como las lágrimas que ahora mismo chorrean por tu cara. Si se me permitiera, te regalaría un abrazo y te apretaría contra mi pecho. No puedo evitar sentirte bella como la más pura y fresca primavera. Por eso ya estoy temiendo el vacío de tu ausencia, dentro de un rato, en este lugar de Granada. Porque te marcharás no en mucho tiempo y yo seguiré aquí sentando pensando en ti.

Volveré también mañana y pasado y muchos días más a lo largo de mucho tiempo. Y te echaré de menos. Ya lo estoy notando. Pensaré en ti junto a este río de Granada y a los pies de la Alhambra y no tendré ni la más mínima esperanza de

volverte a ver y menos de limpiar tus lágrimas y besar tu frente. Pero tengo



que decirlo para que lo sepa el cielo: Yo también lloro cada día al tiempo que rezo a Dios y maldigo al que me daña. Y no puedo hacer nada para irme de su lado y que desaparezca de mi vida.

Pero tú no te preocupes. Yo el pequeño y sin nombre ni apellido, ahora lloro por tus lágrimas y porque me gustaría abrazarte y consolar tu pena. Lloro por tu ausencia a partir de un rato y lloro por lo mucho que te echaré de menos cada vez que por aquí vuelva. Sabiendo que ni por ti ni por mí ni por el dolor que me duele dentro, podré hacer nada. Y ya ves qué viejo soy y lo cansado que de la vida me encuentro. Desde este banco, a través del aire y frente a la tarde con la Alhambra sobre la colina, te regalo un pequeño poema para inmortalizar y que no se me olviden nunca ni tus lágrimas ni este excelso momento:


Un nido pequeño
en mi corazón ya tienes
y es sincero...

Un nido pequeño
en mi corazón ya tienes
y es sincero.
Tus lágrimas me duelen,
ángel del cielo
y me duele saber
que te echaré de menos
a partir de ahora mismo
y en cada momento.

Niña dulce y desconocida
y como de incienso,
te regalo mi dolor
y un limpio beso
porque sueño jugar contigo
un día en el cielo”.




Para
Alexandra

Плачущая девочка

Спускался вечер последнего апрельского дня. Стояла жарко. Было видно, как Она пересекает мост Альхибийо и сворачивает вправо, туда, где расположены спортивные тренажеры и три железных скамьи вплотную к набережной. Напротив возвышается лес, сползающий от стен Альгамбры к реке, на самой высоте - башни, и еще выше – откровенная голубизна неба, и, как узоры на нем, облака. Весна. Наверное поэтому ветерок наполнен ароматами, которые сплетаются к шумом реки.

Перед самой последней скамьей, той, что у набережной обращена к зданию Рей Чико, хорошо просматривается русло реки. Там, в прибрежной траве в тени тополей, сидят молодые ребята, забавляясь со своими собаками и с чистой речной водой, в которую погружены ноги.

Он наблюдал за ними, и именно в этот момент услышал, что Она плачет. Обернулся. На первой скамейке, одной из тех, что около набережной, они сидели обе. Одна – не многим старше, но крупная телом. По видимому, ее мама. Другая – фигурка девочки с опущенной головой, спрятанной между рук, коленей и ног.

Он направился ко второй скамье, той, что своей тенью укрывал Каркас, и собирался сесть. Проходя мимо девочки, разглядел ее внимательнее. Не останавливаясь, спросил женщину:
-Почему же плачет эта девочка?
Женщина подняла голову, изучающее посмотрела на него и произнесла что-то по-английски. Он не понял, но увидел, как кроха, лет десяти, тоже подняла свою головку и посмотрела на его. Но потом вновь согнулась и начала плакать, лепеча какие-то непонятные слова.

Он сел на соседней скамье, вынул блокнот и ручку и начал писать. Он писал, не переставая думать о девочке, плачущей на соседней

скамейке, и изучать ее. Она была блондинкой, кожа – очень бледной, а вся она – такой тоненькой. С дерева рядом слышалось пение дрозда, а вдоль ручья, который струился по оврагу Рей Чико, раздавались трели соловья. Где-то далеко шумел речной поток, и с самой вышины силуэт Альгамбры словно приветствовал всю эту весну.
И Он снова спросил, но уже себя: «Почему же плачет эта девочка в такой ясный весенний вечер, окруженная такой необыкновенной Гранадой?»
В этот момент ему вспомнилось, что как раз на днях в новостях Альгамбры сообщали что-то о «городе воды». Погруженный задумчиво в тишину, он продолжал слушать совсем рядом непрекращающийся плач девочки и как бусинки английские слова женщины, которые он не понимал. Тогда он и записал эти строки: «Я не знаком с тобой, и едва ли могу разглядеть хорошенько твое лицо. Что-то внутри подсказывает мне, что ты совсем хрупкая, и сердце твое такое же нежное, как едва распустившийся цветок, тело и душа твои так же чисты, как и слезы, что струятся теперь по твоему лицу. Если бы я мог, я бы обнял тебя, прижав к

груди. Я не могу не ощущать твою красоту, подобную весенней чистоте и свежести. Поэтому так остро я буду воспринимать пустоту в этом уголке Гранады, когда ты уйдешь, вот-вот уйдешь. А ведь ты уйдешь скоро. Я же останусь здесь, продолжая думать о тебе.

Я вернусь сюда завтра и послезавтра. Я буду возвращаться сюда вновь и вновь. И буду думать о тебе. Я уже предчувствую это. Я буду думать о тебе вот у этой реки Гранады, у этих склонов Альгамбры, думать, зная, что уже нет ни надежды однажды вновь увидеть тебя, стереть со щек твои слезы, поцеловать твой лоб. Пусть же небо знает: я тоже плачу так каждый день, молясь Богу, проклиная причиненную мне боль. И ничего не может заставить меня покинуть того, кто вечно пребудет в моей жизни.

Но не переживай. Я тоже теперь вновь маленький, забывший свои имя и фамилию. Таким я оплакиваю твои слезы, потому что хочу обнять тебя, утешить. Я оплакиваю то мгновение, когда ты вот-вот исчезнешь. Я оплакиваю мою тоску по тебе в те

минуты, когда буду возвращаться сюда. Ни ты, ни я, ни эта боль внутри ничего не изменит. Видишь, как я стар, как я устал. На этой скамейке, сквозь весенний воздух, заглядывая в лицо вечера, ощущая за собой Альгамбру на холмах, я посвящаю тебе это маленькое стихотворение, чтобы ни твои слезы, ни это мгновение не забыло меня:

Ты свила крохотное гнездышко
В моем сердце навсегда.
И оно искренне.
Меня ранят твои слезы,
О! ангел, сошедший с небес,
Мне больно знать, что
Я буду тосковать по тебе
Теперь и всегда.

О! девочка, незнакомая крошка,
Тебе – как фимиамы – боль моя
И чистый мой поцелуй.
Потому что я мечтаю,
Мечтаю однажды встретить тебя на небесах,
И долго-долго играть с тобой.


Un libro para la princesa
José Gómez Muñoz

Dibujos: Marta Maggio, Italia
Primera edición 10-5-2014
Granada, 2010-2014

Índice



Un libro para la princesa

Fragmento de mi libro: Arroyuelo Limpio

Todas las tardes salía de la Alhambra montada en su caballo. A galope recorría los caminos dirección a Sierra Nevada y se adentraba en el bosque. Por las praderas tupidas de hierba dejaba su alazán y ella recorría una estrecha senda de unos cien metros de larga, remontaba la pequeña torrentera y cuando llegaba al rincón, un pequeño rellano muy alzado sobre el río y al borde de un farallón rocoso, se paraba. Lentamente aquí se acomodaba en la hierba y frente al río y al horizonte lejano, se ponía a soñar. Siempre en silencio, siempre sola y siempre sin prisas en las tardes frescas, olorosas y llenas de sol primaveral. “El rincón de la princesa”, le había puesto ella por nombre a este lugar. Cerca, casi siempre pastaba un pequeño rebaño de ovejas. Nunca había visto ella al pastor y por eso, ni siquiera sabía de quién era este rebaño ni si alguna persona lo cuidaba. Pero el pastor, un joven alto, recio, de melena larga y muy corpulento, sí hacía ya tiempo que había visto a esta princesa. Primero descubrió un día a su


Siempre en silencio
siempre sola
y siempre sin prisas
en las tardes frescas
olorosas y llenas de
sol primaveral.
"El rincón de la
Princesa"

caballo comiendo hierba en las praderas del río y luego la vio a ella.

Y lo que hizo fue ocultarse por entre el monte para que ella no lo descubriera. Desde un rincón no lejos de donde la princesa soñaba mirando al horizonte, se ponía a observarla siempre en silencio y en todo momento muy oculto. En su corazón se decía: “Tengo que procurar que no me descubra para que no se asuste. Es tan bella, joven e irradia tanta poesía que solo poderla ver, es un gozo inmenso. Además, como yo soy pobre y ella princesa, si me presento y me doy a conocer seguro que me desprecia. ¿Qué princesa del mundo en algún momento ha querido ser amigo de un pastor? Seguro que ninguna y ésta mucho menos. Por eso, observarla desde la distancia sin que se dé cuenta ni nada sepa de mí, es lo mejor que puedo hacer. ¿A qué pastor del mundo se le presenta en su vida una suerte como ésta?” Y como según la iba observando cada tarde en su corazón crecía un amor oculto por la joven, uno de aquellos días se le ocurrió algo. En unas pieles de cordero que tenía muy bien curtidas, comenzó a escribir versos. Sencillos poemas que le salían del

alma y le ayudaban a expresar sus sentimientos y a confesar a su princesa lo que ella le inspiraba. Escribió, el primer día, uno o dos poemas en la pequeña piel curtida de cordero. El segundo día escribió más y así, en unas cuantas tardes, juntó seis o siete pequeños pergaminos con versos inspirados por la princesa y para honrarla a ella. Se dijo: “A lo mejor no son muy buenos estos versos míos pero como es mi sinceridad lo que en ellos dejo reflejada, puede ser que algún día a la princesa le gusten. ¿Pero cómo hago para regalárselos y que no me descubra ni llegue a saber que cuando viene a este rincón cada tarde la observo sin que lo sepa?”



Se entero el padre, rey en los recintos de la Alhambra, que su hija princesa cada tarde se iba las montañas sola y montada en su caballo. Pensó enseguida hablar con ella y prohibirle que siguiera acudiendo a estos lugares pero luego reflexionó y por las noches meditó mucho el tema. Se decía: “Si le prohíbo que se vaya sola en su caballo a las montañas, me convertiré en un padre represor pero si no le digo nada y ella sigue con estas cosas, muchos me van a criticar y hasta me dirán que soy un inconsciente por dejar que la princesa sea libre y ande a su aire por esos lejanos paisajes. Argumentarán que esto no es propio de una princesa de la Alhambra ni tampoco un rey se comporta de esta manera. ¿Qué hago que sea bueno para ella y yo quede como un padre inteligente y de corazón noble?

Siguió dándole vueltas al tema el rey hasta que una tarde, cuando la princesa cruzaba los salones de los palacios en compañía de unas amigas, se acercó a ella y le dijo:
- Luego quiero hablar contigo.
Se le quedó mirando la princesa y enseguida le preguntó:


...comenzó a escribir versos.
Sencillos poemas que le salían del alma...

- ¿Te preocupa algo, papá?
- En mis aposentos te espero y te cuento las cosas.
Y sin más el rey se fue a sus aposentos y la princesa siguió con sus amigas. Solo unas horas después la princesa llamó a la puerta del aposento del rey y éste le pidió que pasara. Algo preocupada y haciendo una pequeña reverencia al rey, se acercó a él. Éste le indicó que se sentará y lo escuchara.

Frente al rey su padre, se sentó la joven y el monarca sin más rodeos enseguida dijo:
- Tus paseos por las montañas y sola, me tienen preocupado. ¿Qué es lo que buscas por esos lugares?
Temerosa la princesa rápida también preguntó al rey:
- ¿Es que vas a castigarme?
- No está en mi corazón el deseo de castigarte pero dime ¿qué es lo que buscas por esos lugares de las montañas y siempre sola?
- Padre mío, lo que busco yo no lo sé pero mi corazón apetece mucho y se alimenta gozosamente cada vez que con mi caballo voy a esos rincones.
- Pero hija mía ¿qué es lo que hay en ese rincón que dices allá en las montañas?

- Ya te he dicho que yo no sé lo que hay ahí pero sentarme en aquel pequeño rellano tapizado de hierba, con el río a mi derecha y las cascadas cayendo a los azules charcos de aguas transparentes, me llena de un gozo inmenso. Creo que no hay en el mundo un paraíso más espiritual y bello que este. Por allí el silencio es total, el aire puro y acaricia como si fuera el más delicado amigo. Los colores del cielo emocionan hasta el embeleso y la limpieza de los bosques transportan a mundos jamás soñados. Yo no sé padre lo que tendrá aquel rincón pero le aseguro que no hay ni palacios ni jardines que puedan igualarse a eso. No me prohíba, por favor, que deje de ir a ese rincón de las montañas.



Se rascó el rey con sus dedos levemente la cabeza, meditó unos segundos y luego dijo a la princesa:

- También ya te he dicho que yo no quiero prohibirte nada pero debes comprender que los que viven en estos palacios, los que nos rodean y otras personas del reino, no ven con buenos ojos lo que haces tú. Ya andan por ahí diciendo que tu comportamiento no es propio de una noble princesa ni tampoco el que yo te lo permita.
- ¿Y qué va a hacer entonces su majestad conmigo?
- En este momento, nada. Lo que pretendía, hablar contigo de esta aventura ya lo he hecho. Puedes retirarte a tus aposentos y déjame solo. Quiero seguir meditando a ver si encuentro una solución concreta para este sueño y comportamiento tuyo.

A la tarde siguiente, la princesa no salió de los recintos de la Alhambra montada en su caballo. En los aposentos de su torre se quedó encerrada y desde una de las ventanas que daba a las cumbres de Sierra Nevada, a lo largo de toda la tarde estuvo mirando. Con su pensamiento puesto en los paisajes, los bosques, praderas, ríos y montañas que los días antes y muchas veces había recorrido montada en su caballo. También tenía clavada en su mente la imagen del

recogido rincón verde junto al acantilado y a solo unos metros del río, las cascadas y los charcos. No sabía por qué pero su corazón estaba triste y por eso, ni el airecillo que entraba por su ventana ni el revoloteo y trinos de los pajarillos por entre los jardines de la Alhambra, le alegraban.

Se nubló mucho el cielo aquella tarde, llovió mansamente pero sin parar durante algunas horas y luego se levantaron muchas nieblas por los barrancos de ríos y arroyos que caían desde las montañas. No hacía frío ninguno a pesar de que todavía relucían las nieves en las partes altas de las cumbres más elevadas. El joven pastor que a escondida escribía versos para la princesa, como otros días, esta tarde también la esperaba. Resguardado en la pequeña covacha del lado de arriba de la repisa donde la joven solía sentarse a meditar y soñar sus sueños. Como la lluvia caía y las nieblas se alzaban silenciosas y espesas, el joven pastor se decía: “Mi corazón presiente que hoy no va a venir por aquí la hermosa de mis sueños. Quizá le tenga miedo a esta lluvia y niebla o quizá hoy no encuentre interesante estos lugares”.



Entre unas piedras hizo un pequeño fuego, sacó de su zurrón los trozos de pieles de cordero curtidas y repasó algunos de los versos que en ellos tenía escritos. En otros trozos de pergaminos escribió nuevo versos y mientras lo hacía pensando en ella, por momentos también notaba que la tristeza se iba apoderando de su corazón. La tarde se apagaba poco a poco, comenzó a sentirse el frío, las nieblas se fueron espesando y la princesa no aparecía por el lugar. Se recogieron las ovejas en el corral cerca del río y el joven pastor abandonó la covacha cerca del mirador de la princesa.

Cuando un poco después llegó a su cabaña de piedra no lejos del gran charco azul al final de la cascada del río, de nuevo sacó de su zurrón los trozos de pergamino escritos. Con una vieja navaja

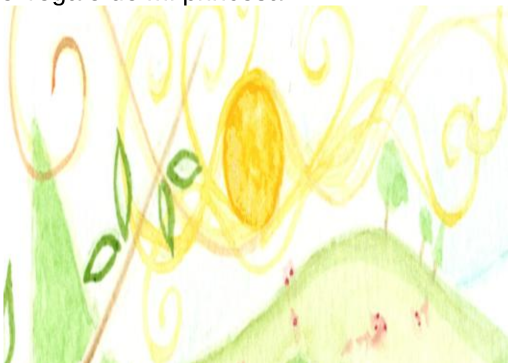
de acero, recortó los bordes de estos pergaminos y luego procuró que todos quedaran más o menos con el mismo tamaño. Los colocó sobre la repisa de piedra que había a la derecha de la chimenea donde ardía la lumbre y antes de acostarse en su cama de monte, tomó medidas con una cuerda de esparto. Se dijo: “De este grueso tronco de fresno, puedo sacar perfectamente las dos tablas que necesito. Mañana las modelo con mi navaja y luego tallo en ellas las palabras que ya tengo pensado”.

A lo largo de todo el día siguiente y durante un par de semanas, trabajó ilusionado y sin descanso. Tanto en las dos tablas que había sacado del tronco del fresno, de la misma medida y tamaño que los pergaminos donde tenía escrito los versos como en estos trozos de pieles curtidas. Siguió también escribiendo versos en estos pergaminos y por momentos comprobaba que el regalo que soñaba para su princesa, crecía y se perfeccionaba. Se decía: “Ya tengo casi terminado este sincero y Benito libro mío. Pero mi princesa no aparece por aquí desde hace muchos días. ¿Qué le habrá pasado y cómo podré yo entregarle este

regalo si en ningún momento vuelve más por este lugar?”.

La primavera llegó casi a su centro y una mañana de brillante sol y cielo azul intenso, presintió en su corazón el joven pastor de las montañas que su princesa aparecería. Ilusionado subió desde el río, con su zurró a cuesta donde guardaba y transportaba la obra que había escrito para ella. Se acercó a la repisa donde muchos días atrás había visto a su musa meditando y gozando del silencio y la música de las aguas del río. Descubrió que todo por aquí estaba por completo tapizado de hierba con muchas florecillas abiertas y decorado a los lados con rosales silvestres y madreselvas. Buscó un par de piedras gordas y apropiadas, se situó en el centro del rellano, frente al río y donde había visto que se ponía la princesa, sacó de su zurrón los pergaminos, ahora ya cosidos unos con los otros con finas cuerdas de esparto y protegidos con tapas de madera y colocó el bonito libro sobre las piedras. Abierto hacia él, frente al acantilado rocoso que se alzaba a sus espaldas y mirando al río y a las cascadas.

Se dijo, al contemplar el bello libro de pergaminos de cordero y protegido con las tablas que había sacado del tronco del fresno: “Este es el sitio ideal para colocar el regalo de mi princesa.



Tal como en este momento lo he puesto y lo veo, es como quisiera que ella lo encontrara el día que de nuevo venga por aquí. Para que se lleve una bonita sorpresa y luego goce leyendo los sinceros versos que solo para ella he sacado de mi corazón. Que compruebe que la quiero y echo de menos como nunca nadie lo ha hecho en este suelo”.

Tan embelesado estaba y lleno de ilusión contemplando el regalo que iba a hacerle a su amada que ni siquiera se dio cuenta que sus ovejas se alejaban por la

ladera de enfrente. Tampoco caía en la cuenta que su sueño era pura fantasía porque en el fondo él era simple pastor de las montañas y ella, la dama de su corazón, una elegante, culta e inaccesible princesa de la Alhambra. Tanto su corazón estaba ilusionado que en ningún momento caía en la cuenta de lo imposible y fantasioso que era su sueño. Pero precisamente por esto, porque en el fondo su corazón estaba enamorado y el alma toda se le había convertido en un mar de ilusión, era por lo que la realidad se le había transformado en el más bello de los paraísos.

Miraba al libro con pasta de madera y hojas de pergaminos abierto sobre las piedras frente a las cumbres de Sierra Nevada y esperaba que en ese momento se presentara su princesa. Sintió de pronto relinchos de caballos y luego oyó murmullo de voces humanas. Salió un poco de su sueño y al darse media vuelta para ver quienes subían por las sendas, cuando junto a sí descubrió a tres recios hombres. Vestían ropas guerreras y en sus manos empuñaban espadas con las que amenazaban al joven diciendo:
- ¡Ya eres nuestro!

De piedra se quedó el joven. Miró lleno de miedo y aunque quiso decir algo, ni una sola palabra pronunció. Aterrado dejó que los extraños hicieran a su antojo. Y estos, lo primero que hicieron fue coger el libro que sobre las piedras había puesto el joven, se lo mostraron abierto en sus manos al tiempo que le preguntaban:

- ¿Y esto qué es?

- Algo muy especial que yo mismo he hecho para una persona única.

- ¿Y nos puedes decir quién es esa persona?

- Yo no la conozco ni sé cómo se llama ni tampoco sé dónde vive.

- ¿Y cómo puede ser tan especial para ti esta persona si ni siquiera sabes quién es?



No respondió el joven a esta pregunta. Permaneció pacífico esperando que los forasteros pusieran punto y final a lo que pretendían. Y al instante vio como uno de ellos cerró el libro, lo guardó en las alforjas que colgaban del lomo de uno de los caballos, los tres se alejaron del joven y cuando ya daban media vuelta montados en sus caballos y se despedían del muchacho, le dijeron:

- Por ahora solo nos llevamos este libro tuyo, regalo especial para una persona desconocida. Se lo entregaremos al rey de la Alhambra y le hablaremos de ti y él nos dirá si tenemos que volver para darte algún recado.

Cuando llegaron a la Alhambra, enseguida entregaron el libro al rey. Éste lo recibió satisfecho y al instante se fue a sus aposentos para estudiar despacio lo que en el libro había escrito. Lo leyó con interés a lo largo de todo el día y parte de la noche y a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue llamar a la princesa. En solo unos minutos la princesa se presentó en el despacho de su padre el rey y éste rápido le preguntó:

- ¿Qué sabes de este libro?

Al ver el libro sobre la mesa, abierto por el centro y mostrando uno de los poemas que el pastor había escrito, sin titubear la princesa respondió:

- No sé nada, padre, de este libro porque es la primara vez en mi vida que lo veo. ¿Quién te lo ha regalado?



- Lo hemos encontrado justo en ese lugar que a ti te gusta tanto en las montañas lejos de la Alhambra.
- ¿Y quién lo ha puesto allí?

- Eso es lo que yo quiero que me digas y también deseo que mi informes del joven que en aquel lugar lo tenía.
- Pues ya le digo padre que de ninguna cosa ni de la otra sé nada.
- ¿Me ocultas algo?
- El cielo sabe que no. Todo lo que estoy diciendo es cierto.

Y en ese momento la princesa sintió en su corazón un gran deseo de conocer lo que en el libro había escrito. Pensó pedírselo prestado al padre pero no lo hizo por temor a que éste pensara que sí estaba implicada en ello. Miraba al libro, miraba al rey y sin poderlo evitar imaginaba los lugares que tantas veces había recorrido montada en su caballo. El rey su padre de nuevo dijo:
- Hija mía, yo no sé qué voy a hacer contigo. Y lo que en el fondo mi corazón me pide no quiero llevarlo a cabo porque tengo el presentimiento de que me ocultas algo importante. No puedo confiar en ti plenamente pero eres mi hija y deseo darte una oportunidad.

Se llenó de miedo la princesa al oír estas palabras y aunque deseó otra vez defenderse, no pronunció palabra

notando la severidad del padre. Sin embargo sí preguntó:

- ¿Y qué tiene su majestad pensado hacer conmigo?

- Lo estoy meditando. Pero por ahora, en estos momentos, voy a dejar en tus manos este libro. Regresa con él a tus aposentos, medita las cosas y mañana por la mañana hablamos.

Dio el rey el libro a la princesa, ésta salió de los aposentos reales, se fue a las habitaciones de su torre y aquel día y a lo largo de gran parte de la noche, se lo pasó leyendo los versos que había escritos en las piezas de pieles de cordero. Luego, antes de acostarse, se preguntó una y mil veces: “¿Qué hará mañana mi padre conmigo? ¿Me pedirá que destruya este libro y también me seguirá prohibiendo que vuelva a mi rincón pequeño allá junto al río? ¿Y si me pide solo una cosa a cambio de que descubra el autor de libro? Pero es que yo no lo conozco y ahora, después de haber leído estos versos, mi corazón me grita que debo protegerlo. ¿Cómo podré yo pedirle esto a mi padre sin que él piense lo que ya me ha dicho, que lo estoy engañando?”

Rezó la princesa al cielo mientras en su cama intentaba coger el sueño con el libro de versos entre sus brazos. Y entre

oraciones, temores y la incertidumbre de lo que pudiera pasar al día siguiente, una y otra vez repasaba en su mente el título del libro. En la elegante y muy bien tallada tapa de tabla de fresno, el autor había grabado el siguiente título: “**Un libro para la princesa, arroyuelo limpio**”. Y en las tres o cuatro primeras páginas de pergaminos en piel de cordero, ella había podido leer los siguientes versos:



1- Temblando estaban las estrellas,
el campo mojado y el arroyo pleno.

Subí, sin ruidos, por la tarde,
pisando el manto verde y bebiendo de su aroma
y a su centro celeste le pregunté:
- ¿Dime si la has visto?
¡Oh, tierra y tú, cuerpo mío que pesas!
Si todo estoy en ella y ahora no la encuentro
¿Por qué no me dejas morir?
Otra tarde y su ausencia,
más trozos insondables,
¿Para qué los quiero?

2- A las tres de la tarde,
cinco de ellos van por las sendas.
Paso, desde el sol, llevando un manojo de frío
en mis carnes, y no me ven.
Tampoco los que suben ni los que bajan.
Cruzo el silencio, camino de una rosa que me llama
desde el prado donde mana el aroma de la hierba
y nace el río diamantino,
allá, detrás del monte, donde el sol duerme y tú con él,
y estoy solo. Sigo solo.
Son las tres de la tarde
y aunque gritan, para que se les oiga

más que a ti,
mientras cruzan los caminos que se borran,
nada me une a ellos y sí a la flor azul
de las altas cumbres
y sus hojas de hierba
que solitarias tiemblan junto a la corriente
anunciándote sencilla
y proclamando su belleza.

3- Me lo pregunté aquella tarde
en ese rinconcillo verde
de hojas anchas y brillantes,
donde el aroma es más puro
y junto a tu arroyo limpio.
- Sé que alguien me ama
con ese amor y pureza que deseo
¿Eres tú?
Viento adelante te vi caminando
sobre la placidez profunda de tu esencia
que ni se turbó.
- Antes de que nacieras
ya te estaba amando.
Fue tu respuesta y no la he olvidado.
Apenas hacia viento y los montes
casi dormían suspendidos
en el azul que le regalaba el cielo.
¿Por qué para hablarle al corazón

siempre lo haces entre el bosque?

4- como en aquellos días
anoche lloré por ti.
En lágrimas recorrí la tierra
y después el cielo.
Luego me dije: “¿Dios?
ni sentirla gozo ni dolor,
simplemente sentirla,
así es mi amor”.

5- Así que cuando caía la
tarde,
asustado estaba y el alma triste.
“Protégeme, que me refugio en ti
porque mi vida y mi suerte están en
tus manos”
te grité desde mi dolor y en el
silencio,
no tardé en oír tu voz:
“No temas, yo estoy contigo”.
Ya por la noche te soñé arroyuelo
limpio
atravesando el bosque y al amanecer
sentí la libertad
por donde el aroma de la hierba
emborracha sin querer.
Ahora sólo me queda decirte:
Gracias Dios míos porque una vez
más
me has librado.

¿Cómo, a partir de ahora, podré yo olvidarte?

6- Está comprobado, te quiero.
Te transformo en sueño
y voy y vengo contigo
desde las montañas a los valles,
desde mi casa a las cumbres,
desde tus ríos a los montes
y a los prados limpios del verde azulado,
a las estrellas, siempre contigo
latiendo sobre mi corazón
y no te olvido.

7- El viento y la lluvia,
el tiempo y la tarde,
las matas de hierba
que en esencia laten,
¡Cuantos mundos en tan poco espacio!
Y ahí está lo que deseo decirte
y sólo tú sabes.

8- Lo veo en tu arroyuelo
y lo siento latir dentro de mi alma,
en mi yo potente,
pero no encuentro la palabra
para que lo sepas.

9- Eso quiere decir que la realidad es una,
la tierra y tú sois otra
yo, en cuerpo, no os rozo en nada,
y la que tengo dormido
sobre mi corazón y las nubes,
ni al mundo pertenece.

10- Por un instante me paré y te miré fijo
en el agua limpia del arroyuelo yéndose.
Pasaron tantas ráfagas de vida,
de luz y de flores
por mi mente
que por veinte millones de veces
me volví ahogar en tu existencia.

11- Tardes llenas de frío y lluvia
derramándose sobre tus bosques
y como por sus cumbres voy caminando,
ellas me arropan contigo y tú estás ahí:
cerca, en ríos de sangre bajando
desde las nubes a la tierra,
arropándome y salvando.

12- ¿De ti? Siempre me acuerdo:

Por las tardes cuando paseo por la viña
y brota el viento del mar,
por la mañana desde la iglesia
y cuando miro las olas blancas
desde el azul profundo.
De nuevo por las tardes sentado en mi mundo
escribiéndote en versos
al son de los gorriones que cantan.
Por la noche cuando duermo y en mitad de ella
me despierto contigo.
Más tardes y más temprano,
al principio y al final, en medio
y no sé en cuántos sitios más,
siempre me acuerdo de ti
y aunque lo quiera
no te puedo olvidar.

13- Me quedé parado
mirando pensativo irse la corriente.
Quizá no lo sepa,
sí, quizá no lo sepa y te llevo en mi corazón
o puede que el que no lo sabe
soy yo.

14- Asomado a mi ventana
te beso en mi espíritu,
cierro mis ojos y siento que nada

siento.
Por eso quisiera quedarme dormido
en este sueño.

15- Yo me quedé
con ese hermoso saber que vendrías
pasado un momento.
La tarde avanzaba, también el reloj.
Poco a poco me fui llenando de luz
y ahora, aún siento la emoción
de aquel momento.
Lo hiciste tan grande
que se me salió del pecho.

16- Miro hacia fuera, por mi ventana,
el día tiene su cara cubierta con un velo gris brillante.
Su tacto es fresco, huele a pureza,
a inmensidad, y tú,
acabas de romperme el corazón de carne
que siempre he tenido.
Ahora, él eres Tú y Tú eres
lo que flota desde el infinito
hasta el centro mismo de mi alma
que es mi sueño
y mi esperanza.

17- Me gusta sentirte
simplemente junto a mí,

en tu silencio contenido y el verde de la lejanía.
Por el placer que experimento
cada vez que lo vivo
sé que es amor.
Todo sencillo y encerrándolo todo,
o al menos yo, es así como lo siento.
Así eres tú.

18- ¿Y sabes por qué?
Porque aunque sólo sea breve,
me has rozado y tiemblo
y asciendo dulcemente
agarrándome al último rayo de luz
que el día deja.
Ahora puedo volar porque tengo trozos de ti
sobre la hierba del campo,
el cristal del agua
y el edén de mis sueños.

19- El sol blanco que da color a tu bosque
y tú que eres vida en lo que late,
me habla de amor en un vuelo callado
hasta las nubes.
Esta historia nuestra que es real
y esta tarde junto al arroyuelo
adorándote inmóvil
sobre las olas perennes de tu

ausencia presente,
este misterio oscuro a estas horas
y contigo atravesando mi aliento,
cuando soy tan tuyo
y el tiempo se derrama en forma de lluvia.
Inmaculado beso de azul eterno en mi alma,
no te olvides ni me olvide yo
que una tarde
me amaste en tu corazón y ahora ahí
me refugio y me duermo para no despertar
hasta que tú no lo quieras.

20- ¡Este silencio,
tan de pronto y tan silencio!
Y es que nadie, nadie en esta tierra
se ha dado cuenta que te estoy amando
pero una estrella de tu cielo y yo,
lo sabemos.

21- Puse mis ojos sobre ti
y derramé en tu figura blanca,
parte de ese inmenso mar,
que atascado está en mi alma
desde que supe de tu belleza.
Allí, algo quedó sosegado y eterno
colgado del sol.
Y lo digo

porque de este modo
me lo hiciste sentir.

22- ¿Qué ha pasado esta noche?
Hizo mucho viento y ahora se mueve con timidez
y las hojas tiemblan como si fueran lágrimas
recién lloradas.
Quédate, quédate y no te marches
porque tampoco sé qué pasará mañana.
Quizá sólo sea sueño y delicias
paseándome desnudo por tu perfume.
Quédate ahora que todo se agolpa
en una misma llaga
y no sé si tendré fuerzas
para soportarla.
¡Tú a través del tiempo
y estas impetuosas corrientes!
No me será posible, por más que lo quiera,
echarte fuera de mí.
Tu hermosura me quema tanto
que ya no es posible, ya no es suficiente
sentirla unida a la mía.
Por eso, quédate por lo que ocurra
y el frío que tengo

en esta noche que se anuncia
tan larga.

23- ¿Qué me quiere, que te quiero?
Será sólo que todo es así:
algo de vida y mucho de sueño.
Yo también estoy parado en la senda que llevo
por el camino hacia la luz y el tiempo.

24- Sobre el rumor del arroyuelo que pasa
a cada instante me pregunto:
¿Quién te puso en mi alma en el lugar que ocupas
o por qué me regalaste el cielo
y te viniste a vivir a él?
¡Oh tú! La de esencias puras
como esas tardes profundas
de melancolía y agua.
A ti que eres pequeña como la inocencia,
tierna como la brisa, color de nieve por dentro
y ahora andas por mi vida trazando caminos
para que te sueñe y sueñe,
a ti porque lo encierras todo y en ti todo acaba,
me uno

porque me abrazas
y me quieres.

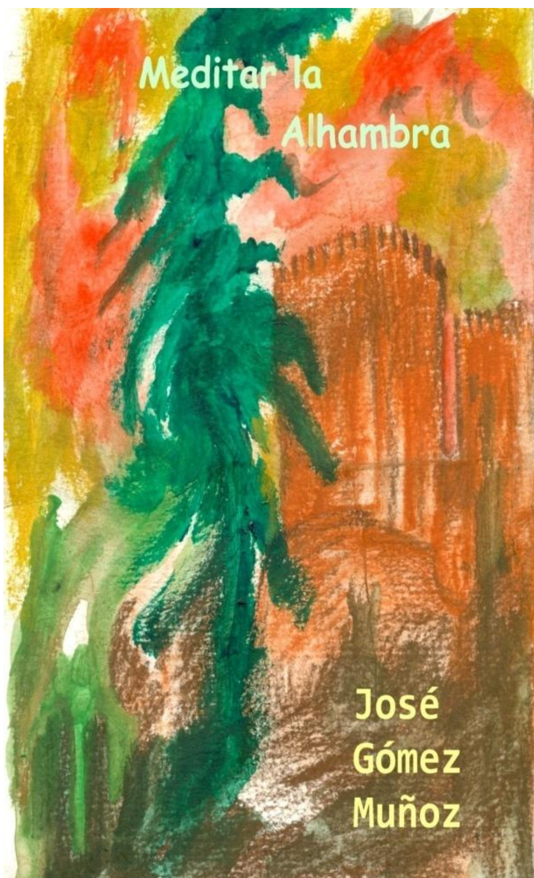
25- Pero tú,
belleza inmaculada, símbolo de blancura
amada, besada, sentida, abrazada en mi mente,
¿Verdad que nunca me veré
babeando por la brisa de la tarde?
Que no lo haga para que nunca manche nada.
Eres el modelo de mis anhelos
y si te rompo ¿qué haré?
Imposible para mí alzarme y seguir viéndote
lo que ahora. No quiero olvidarlo
porque dejaría de tener vida.

26- Sé que todo queda grabado
en las blancas páginas del tiempo,
como un trozo de vida sin límites.
¡Oh tú, luz de flor! Cómo deseo
no morir nunca para quedarme eterno contigo
y todas tus cosas
con lo que me has hecho gustar
en el espíritu.

27- Tan noblemente estás
y entras por mis ojos, en este arroyo

claro,
tocándote en mi corazón,
que eres pureza bañándome
y hasta me parece sueño
sobre el tiempo, en mi mente.
Eres tú
y lo sé.

28- ¡Aquella tarde
paseando por las praderas de tu bosque,
todo era tan sencillo y dulce!
Quizá ahora, me dije,
que siento mis dedos acariciar tu rostro
y mis manos rozar tu cara,
quizá ahora sí pero dime:
¿Por qué guardas silencio
y ni el tiempo se detiene
cuando hoy siento
que más allá no hay más?
Si no estás
¿Qué puede haber?

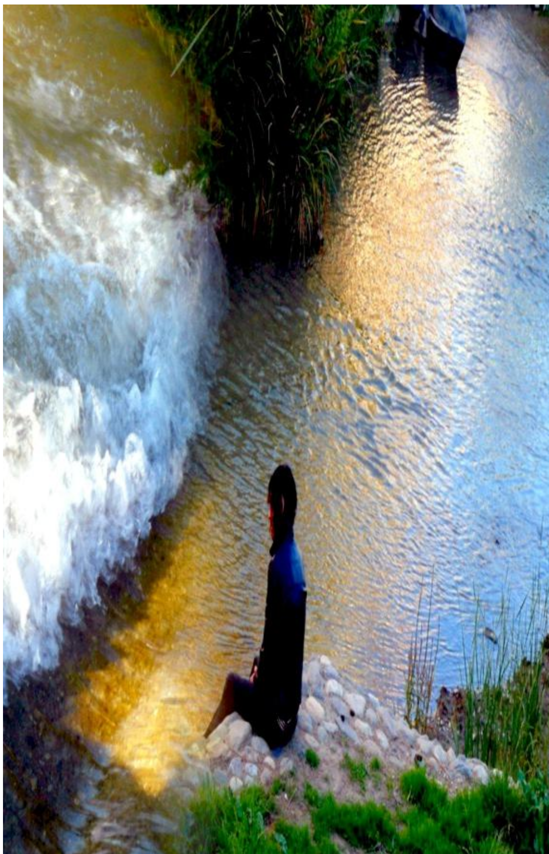

Meditar la
Alhambra
José
Gómez
Muñoz

Dibujos: Valeria Ridolfi, Italia
Primera edición 27-5-2014
Granada, 2010-2014

ÍNDICE



Meditar la Alhambra



Cuando el otoño llegue
con sus nubes blancas,
volveré por los rincones
que de ti me hablan
y rezaré por ti en silencio
oraciones claras
para que sigas viva en el cielo
y en mi alma.

El otoño y el invierno,
aquí en Granada,
son como océanos profundos
que regalan
universos, mil sueños puros
que salvan.
Por eso regresaré
al volver las nubes blancas
y seguiré rezando por ti
cada día, cada mañana
para que eterno sea tu recuerdo
en el cielo y en mi alma.

Meditar la Alhambra



De su amiga en el extranjero recibió noticias que decían: "Para Semana Santa, quiero ir a Granada. Quiero ver las procesiones por las calles, por la Carrera

del Darro y frente a la Alhambra y quiero recorrer el Albaicín y oler la magia de sus rincones llenos de incienso y flores. Pero sobre todo, quiero pasear y gustar la Alhambra de esa manera auténtica que dicen solo tú sabes mostrarla. ¿Puedes atenderme?" Y enseguida él contestó a su amiga diciendo: "Por Semana Santa, sí que puedo atenderte en tu visita a Granada. Y claro que puedo y quiero mostrarte la Alhambra de esa manera que sé yo y a muchos les entusiasma. Ven cuando quieras que, con los brazos abiertos, ilusionado te espero. No en Plaza Larga ni en el Albaicín ni río Darro ni en los jardines de la Alhambra. Espero tu llegada, donde los ríos se juntan y nos conocimos aquel día de invierno".

A él no lo conocían muchos en Granada pero los amigos que tenía, siempre comentaban:

- Su forma de enseñar la Alhambra, en nada se parece a lo que dicen y explican tantos guías.

- Es que él no enseña ni explica la Alhambra, la muestra desde el alma y desde ese matiz tan peculiar que no se expresa con palabras. Por eso siempre dice: "Mirar la Alhambra, recorrer sus palacios, leerla en los libros, hacerle fotos

y tocarla, no es conocerla en su esencia más real. Para descubrir al menos un poco lo mejor de la Alhambra, primero hay que meditarla, luego hay que gustarla dentro y después, recorrerla en silencio”.

- Pero esta forma suya de ver y exponer la Alhambra casi nada tiene que ver con el modo en que casi todos la enseñan.

- Es que él no la enseña, la medita. Y en este matiz que parece tan pequeño, es donde se encuentra la diferencia.

Estas y cosas parecidas comentaban sus amigos mientras iban y venían por las calles de Granada. También mientras él aquella tarde de primavera y vísperas de la llegada de su amiga, salía de Granada con la mochila acuestas. Recorrió los caminos, a ratos por las orillas del río Genil y en otros momentos, por las laderas de las montañas y al caer la tarde, llegó al sitio. Descolgó su mochila, sacó las cosas, desplegó la tienda, la montó en el rincón que desde hacía mucho conocía y luego se acercó a las aguas del río. Se comió un bocadillo y mientras contemplaba la corriente y pensaba en ella, se dijo: “Justo aquí, entre la acequia, el charco y la corriente, le voy a decir que plante su tienda. En el mismo sitio y del mismo modo que aquel día para que viva

la experiencia con toda la profundidad y frescura que necesita”. Y al caer la tarde, se metió dentro de su tienda y se puso a meditar mientras cogía el sueño. Amaneció al día siguiente con el cielo por



completo limpio, azul intenso y luego salió el sol brillante y puro, como el mejor día de primavera. Se dijo, pensando en ella y gustando la belleza del nuevo día: “Es lo

que más le gusta y necesita para vivir la experiencia única que está buscando". Y se puso a esperarla, con la ilusión de verla asomar con su mochila acuestas, su coleta de pelo negro, su sincera sonrisa y la inmaculada belleza de su cara.

Era ya medio día un poco pasado, cuando la vio asomar por el camino. Salió a recibirla, la acompañó hasta el lugar de la acequia, le ayudó a descolgarse su mochila y luego, después de un buen rato de charla y de compartir cosas y noticias, se pusieron a montar la tienda. Justo donde años atrás. Y cuando la tarde se iba, se sentaron frente a la corriente y charlaron de mil cosas más durante mucho rato. Luego dijo él, cuando ya la noche llegaba:

- Ahora, entra a tu tienda y mientras coges el sueño y también mientras duermes, gusta y medita los sonidos y silencios que este lugar concreto regala. Mañana vamos a la Alhambra y te la muestro verás como la descubres en su realidad más auténtica.

Y se metió ella en su tienda, se acurrucó en su saco de dormir y en silencio, se puso a gustar del rumor del río, del chapoteo de la acequia, del siseo de las hojas de la alameda, del canto de los autillos, ruiseñores y mochuelos y del

silencio de las horas pasando. Al amanecer, salió de su tienda y se puso a mirar la salida del sol. Salió él también de su tienda y después de saludarla le preguntó:

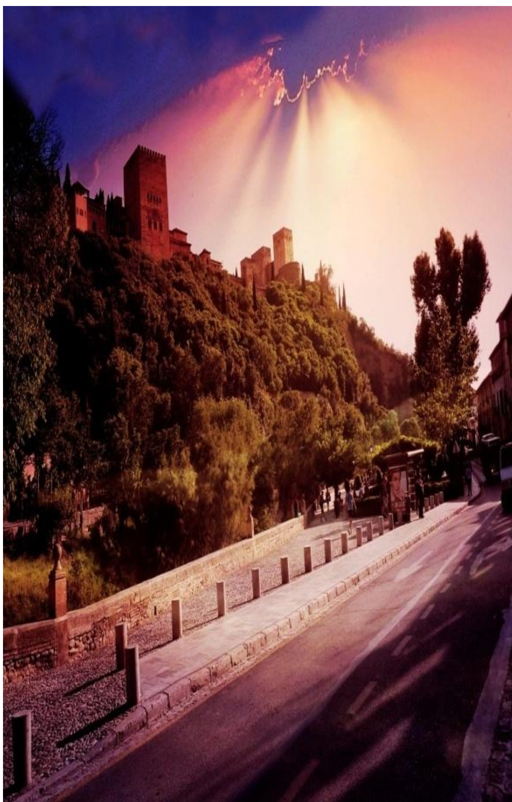
- ¿Has gustado de la música de las aguas?

- La he gustado y ahora ya creo que sí estoy preparada para ir y que me muestres la Alhambra. Porque también ahora creo que sé lo que significa el agua en esos palacios y jardines y en Granada. Tu modo de preparar para ver y gustar las cosas, es el mejor. Vamos y muéstrame la Alhambra que quiero descubrir y saborear en profundidad su esencia.

El agua que baja de Sierra Nevada,
fresca y limpia
como el limpio viento de las altas montañas,
desciende cantarina
y se quiebra y remansa
en los valles de la hierba
y en los misteriosos recodos de las sombras largas.

Es esencia pura de sol y silencios
que busca los silencios de la Alhambra
y llena de armonía las tardes

y los sueños que en las tardes llora el alma.



Las torres de la Alhambra



Ahora es conocido con el nombre de Jesús del Valle. Del mismo modo en

que fue bautizado varios siglos atrás. Pero antes, cuando en la Alhambra había reyes, príncipes y princesas, a este lugar se le conocía con el nombre de “El Valle de la Luz”. Y tiene sentido este primer nombre y el segundo que le pusieron.

Porque el rincón sí es exactamente un valle. Todo un pequeño paraíso, más o menos a la mitad del recorrido del río Darro. A unos siete u ocho kilómetros del nacimiento de este río y casi a la misma distancia donde el cauce se entrega al río Genil, es donde se encuentra el valle que digo. Justo donde el río traza una amplia curva, obligado por una cuerda montañosa que nace justo donde la Alhambra se asienta. Esta gran colina, larga y muy robusta, es conocida con varios nombres: por donde la Alhambra, se le da el nombre de la Sabika, algo más arriba, el lugar muchos lo llaman Cerro del Sol, aunque sean los aledaños de este gran cerro, Luego, Dehesa del Generalife y llanos de la Perdiz. Y a la altura del valle que vengo diciendo, es donde encaja perfectamente el nombre del Cerro del Sol. Cumbre con 1036 metros de altura y verdadero Cerro del Sol porque es el punto más elevado. Por aquí, crecían y aun crecen, densos bosques de encinas,

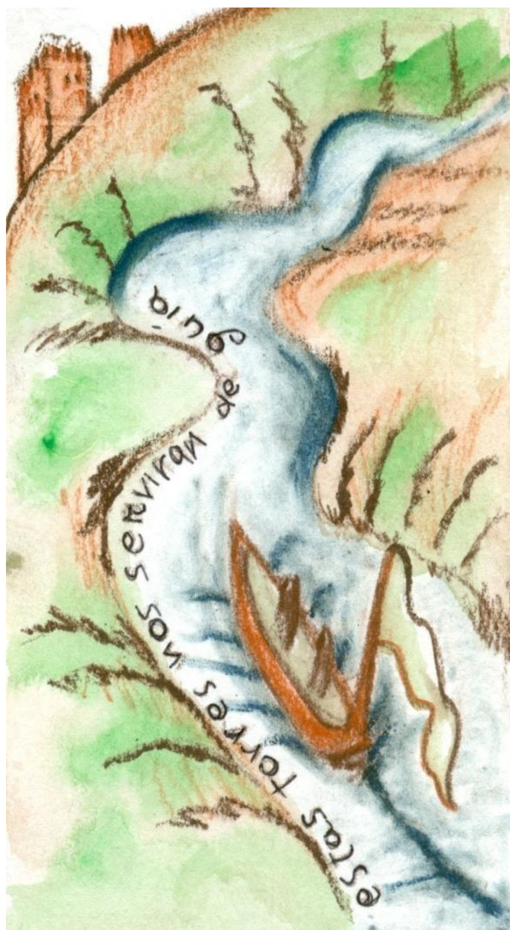
cornicabras, retamas, muchas aulagas y en las partes bajas, olivos y avellanos. Ya en los primeros tiempos de este edén, cuando era conocido como Valle de la Luz por lo bien iluminado que siempre está, gracias al brillante sol que en muchos momento lo baña, sembraban por aquí muchos olivos. También viñas y avellanos. Y dicen que las avellanas que se han dado siempre en este bellísimo lugar, eran las mejores de todo el reino de Granada. Lo mismo dicen de las uvas y el vino que salía de la viña que aun hoy en día puede verse no lejos del río. También en tiempos lejanos, en las tierras de este valle y en las laderas que a un lado y otro lo encierran, se daban muy buenas cosechas de cereales: trigo, cebada, centeno, avena…

Porque el Valle de la Luz, además de una belleza excepcional, desde tiempos remotos, ha tenido mucha agua y muy buenas tierras. Pero sobre todo, sol y agua en abundancia, pura y fina porque el manantial donde brotan, se abre en la montaña bajo una roca. Y precisamente por esta abundancia de agua y buenas tierras es por lo que, desde tiempos lejanos, en el lugar siempre hubo grupos de personas. Al principio del siglo quince, en la construcción y existencia de un gran cortijo hoy conocido con el nombre de

Hacienda de Jesús del Valle. Un gran complejo, recio, ampuloso y de alguna manera, bello.

Pero mucho antes de la Hacienda de Jesús del Valle, era importante un pequeño cortijillo en las tierras de este singular paraíso. Bueno, había más de una construcción ocupadas por algunas familias pero una en concreto es lo que interesa en este relato. Se alzaba, no lejos de la corriente del río. Sobre una llanura cara al sol de la mañana y, por lo tanto, mirando a Sierra Nevada y a un lado y otro, las tierras estaban sembradas de viñas y olivos. Blanco, rectangular, rodeado también de álamos y avellanos y con su corral al lado de arriba, para ovejas y cabras. Por el lado de abajo y hacia el río, se veía la senda que llevaba al gran charco. Remansado en la arena, entre algunas piedras y a la sombra de un par de almeces. Aquí era donde la madre muchas veces acudía para lavar la ropa de los hijos y del marido.

Y los dos hermanos, de entre diez y doce años, muchas veces también se venían con la madre cuando ésta lavaba en el río. Jugaban ellos con la corriente de las aguas, juntaban piedrecitas de distintos


estas torres nos serviran de guía

colores y tamaños, buscaban nidos de ruiseñores, recogían frutos silvestres, moras, avellanas, bellotas, majoletas, selvas, azufaifas, acerolas… Y luego decían a la madre:

- Por las aguas de este río de la Alhambra, un día flotaremos un barco construido por nosotros y nos iremos navegando hasta Granada.

- Eso será muy divertido y una gran aventura pero ¿y si os perdéis navegando río abajo hacia la Alhambra?

- No nos perderemos porque, según nos ha dicho nuestro padre, la Alhambra tiene muchas torres que se ven desde gran distancia. Iremos atentos a estas torres y nos servirán de guía.

Y para ir conociendo las torres de la Alhambra, muchas veces ellos se iban con el padre, cuando éste labraba la viña o los olivos, por el lado de arriba del cortijo. Y en estas ocasiones, era el hermano el que siempre decía a la pequeña:

- Subamos a ese cerro a ver si desde lo más alto, divisamos las torres de la Alhambra.

Y por el campo, pisando la hierba y siguiendo las veredas de las ovejas, se iban al cerro. Desde lo más alto, miraban y

como no descubrían ni la Alhambra ni sus torres, se decían:

- Pues mañana subimos a ese otro cerro más alto, que desde ahí seguro que sí vemos las torres que buscamos.

Y al día siguiente, mientras el padre labraba las tierras de la viña y la madre lavaba en las aguas del río Darro, ellos remontaban otro cerro. Desde este monte, como sí era muy alto, descubrían algunas de las torres. Y entonces se entusiasmaban y se decían:

- Pues mañana subimos al monte de aquel lado del río, que desde allí se tiene que ver mucho más.

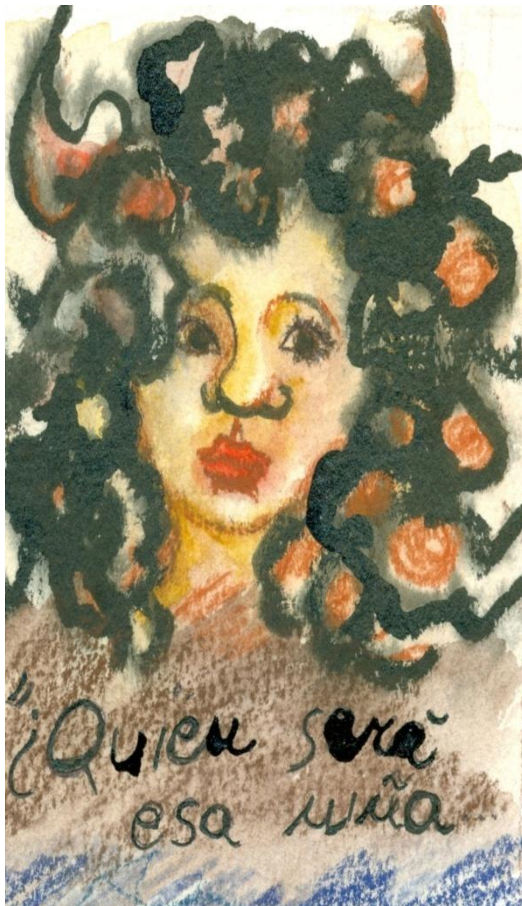
Y otra vez de nuevo al día siguiente y al otro, al cuarto y quinto día, subían a un monte y otro para descubrir las torres de la Alhambra. Hasta que llegó un momento que ya habían subido a todo los cerros que el río Darro tiene por donde las tierras de Jesús del Valle. Y como ellos fueron descubriendo que todos estos cerros eran más altos que las torres de la Alhambra, se le fue ocurriendo una nueva idea. Comenzaron a darle nombres a cada uno de estos cerros y comenzaron a buscar de qué manera conectarlos con las torres que soñaban. Hasta que un día descubrieron que subiéndose a lo más alto

del cerro más elevado, el de los olivares al otro lado del río, desde su cumbre, se veían cinco o seis montes muy altos y todos parecían estar en línea recta con las torres de la Alhambra. Éstas se divisaban al final del todo, muy lejos y por donde el río Darro se perdía.

Y una tarde, estando ellos en lo más alto de este monte, frente a la puesta del sol y con las torres de la Alhambra al fondo recortadas y todas alineadas con los cerros que conocían, la hermana pequeña dijo:

- ¿Y si en lugar de construir un barco para irnos por las aguas del río, un día damos un salto y desde estas cumbres salimos volando hasta las torres de ese gran palacio?




¿Quien será
esa niña

El río que corre cristalino
rozando las murallas de la Alhambra
entre álamos y zarzas escondido,
es espejo y abriga en su alma,
los silencios y secretos más bonitos.
¡Cuánto saben y proclaman las aguas
de este bellísimo y transparente río,
ruiseñor enamorado de Granada!

Con frecuencia se le veía por las orillas del río Darro. Siguiendo el trazado de las sendillas que por esos lugares iban, en busca de su “rincón pequeño”. Porque con este nombre era como él siempre llamaba al solitario balcón frente al río. Pequeña repisa natural, alzada en una de las laderas, umbría o solana de la Alhambra y donde reinaba siempre un gran silencio. Tanto que hasta parecía que ni siquiera el tiempo por allí pasaba y las personas, tampoco. Solo él, cuando cada tarde llegaba, se acomodaba en lo más alto, siempre donde la hierba se extendía en alfombra, no lejos del viejo almez y alzado en la ladera.

Y en este punto concreto, mirando al río, sumido en hondo silencio y quietud, se quedaba, a veces horas y horas. Muy pocos lo veían aunque sí

muchos lo conocían. Vivía en las partes bajas del barrio del Albaicín, no lejos de la Alhambra y por eso estaba enamorado, no tanto del gran castillo como sí del río Darro, amigo inseparable de estas torres y murallas. Las aguas de este río, su rumor al saltar por la corriente, sus silencios remansados en los charcos y la luz que siempre con la corriente jugueteaba, era lo que a él más le divertía y alimentaba. Solo de vez en cuando, algún conocido se le acercaba, cuando lo veía recogido en el mirador de su rincón pequeño y comentaba:

- Debe ser algo muy grande lo que cada día descubres tú en las aguas de este río.

- ¿Por qué lo dices?

- Tanto rato aquí sentado, un día y otro y siempre frente a estas agua y como ajeno a cuanto te rodea, es por algo que los demás no sabemos ni adivinamos.

Y en alguna ocasión él les respondía:

- Es mi secreto personal pero sí que me alimento y me sacio de algo que nadie ni nada puede darme por ningún lado en este suelo.

Y a veces, en aquellos momentos o cuando la tarde caía y el sol se iba apagando, aparecía la niña. De pelo negro, cara redonda y cuerpo menudo y

frágil como un soplo de viento. Él siempre se le quedaba mirando y esperaba. Ella, un día y otro y casi siempre por las tardes, se paraba en un punto concreto del río. Donde las aguas se remansan y parecen más puras que en ningún otro punto, miraba para el lado de la Alhambra en lo más alto de la colina y la llamaba:

- Mamá, asómate a la ventana que quiero decirte algo.

Y nadie se asomaba. Ni a la ventana ni a la puerta ni a ningún otro lado. Pero ella, después de un rato, esperando una respuesta, otra vez la llamaba:

- Mamá ¿dónde te has metido?

Y pasado otro buen rato sin que nadie apareciera ni contestara, la pequeña daba media vuelta, en silencio subía por la torrentera y cabizbaja se iba a su cueva, meditando nadie sabía qué.

Tampoco nadie parecía verla ni saber quién era ni lo que en su corazón palpitaba. Pero él, desde el balcón pequeño alzado en la ladera y frente al río, sí la observaba en silencio. Y a veces se preguntaba: "¿Quién será esta niña y por qué tantas veces viene a este río en busca de la madre que nunca se presenta?" Y como nadie tampoco respondía a esta pregunta, allí, en su silencio, frente a las

cristalinas aguas del río, seguía quieto. Como ajeno por completo al mundo que le rodeaba aunque sí parecía alimentarse de las purísimas aguas de la corriente.

A sus espaldas, también siempre silenciosas y muy hermosas sobre la colina, emergían las torres y murallas de la Alhambra. Como mirando con él irse las aguas del río y como meditando y diluyéndose en el silencio y los imperceptibles pasos del tiempo. ¿Quién era él y la pequeña del río que tanto necesitaba de la madre que nunca aparecía? ¿Qué misterios o secretos eran los que en el corazón de uno y otro, palpitaban y por qué la Alhambra sí parecía conocerlos y arroparlos desde su eternidad clavada? También yo sé dónde está y como es exactamente el rincón donde cada tarde se sentaba frente al río y abrazado por el más limpio de los silencios. Conozco el sitio que en forma de balcón se eleva cerca del río Darro pero no voy a descubrirlo. Ahora sé que el lugar, tiene algo de sagrado porque pertenece al universo de lo eterno y por eso nadie debe nunca mancharlo. Le pertenece, y también al río, como algo único y para siempre, ya que fue y sigue siendo su especial trocito de cielo.


Los pobres del
río Darro

Ellos no sabían ni leer ni escribir pero tenían gran sabiduría. Quizás mucho más que los reyes de la Alhambra y que los generales que los servían. Porque ellos tenía muy claro que mostrarse sencillos en la vida y humanitarios con los demás, les protegía. Por eso, cuando alguien llegaba a sus casas o se acercaban a ellos cuando cultivaban las tierras de sus huertos, siempre le decían:

- Sed bienvenido y cualquier cosa que necesites, si yo la tengo o puedo, cuenta conmigo.

Y luego siempre, le ofrecían algo de comida, lo que tuvieran aunque fueran pobres. En ocasiones también decían:

- Quizás esté cansado o tenga sed o hambre. Con esto recuperará algunas fuerzas y como estos productos míos son buenos, ya verá qué bien le sienta.

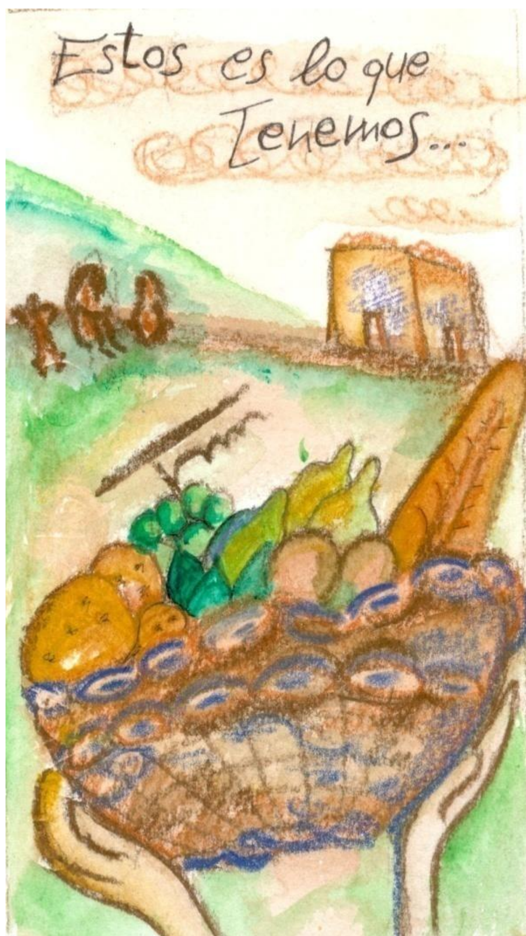
Y a los que realmente le sentaba bien era a ellos mismos. Porque se sentían generosos, buenos por dentro y en el fondo, a salvo de que los atacaran o robaran. Entre sí, siempre comentaban:

- Aunque las personas sean desconocidas, hay que comportarse con ellos como si fueran amigos de toda la vida.

Y un día, por donde el río Darro tiene tierras llanas en sus orillas, antes de Granada y desde donde ya se ve la Alhambra, llegaron unos jóvenes. Un grupo de cinco o seis, con perros, mal vestidos, con barbas y pelos largos y sin más utensilios ni alimentos. Se acercaron al río y donde las ruinas de un solitario edificio, se quedaron. Desde hacia tiempo este edificio estaba abandonado y se caía poco a poco. Los pobres de esta zona del río Darro no conocían al dueño de estas ruinas pero ellos sí respetaban el lugar como algo que no les pertenecía y que sí tendría su propietario. Sin embargo, los jóvenes, nada más aparecer por el sitio, se fueron derechos al edificio abandonado y enseguida lo ocuparon. Al verlos, los que tenían los huertecillos cerca o alguna casa o cueva, entre sí comentaron:

- No los molestemos ni les digamos nada que pueda ofenderles. Que no se hagan enemigo de nosotros porque eso no sería bueno para nadie.

- Sí, hagamos esto. Y si se acercan a nosotros cuando estemos cultivando las plantas de nuestros huertos, démosle lo que tengamos. Mejor que se lo demos nosotros a que ellos nos lo roben cuando no los veamos.

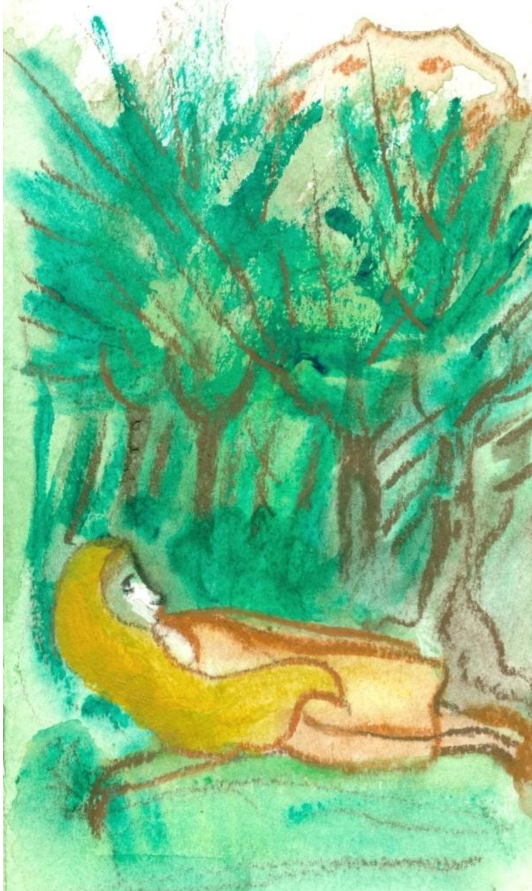


Y aquella misma tarde, el hombre

pobre que tenía unas tierrecillas no lejos del edificio en ruinas, dijo a su mujer:
- Prepara una cesta grande llena de cosas. Todo lo que tengamos y puedas.
- ¿Para qué la quieres?
- Tú hazme caso y prepara lo que te digo. Después lo comentamos.

Y al instante la mujer cogió una cesta de mimbre, puso dentro patatas, higos secos, algunas naranjas y limones y también pan y uvas pasas. Cogió el hombre la cesta, en compañía de su hijo, caminaron por la senda dirección a la vieja casa, llegaron a donde los jóvenes estaban, los saludó y les entregó la gran cesta repleta de alimentos, diciendo:
- Esto es lo que tenemos. Compartirlo entre vosotros y así al menos, por unos días, coméis buenos productos. Después, Dios proveerá.
Ellos se lo agradecieron, se repartieron entre sí los frutos y luego dijeron:
- Tienen buen corazón estas personas pobres del río Darro, el de la Alhambra. Y como nos tratan bien, debemos respetarlos y no hacerles daño.

La casa de la princesa



Se le conoce en Granada con el nombre de “La Casa de la Princesa”. Y ahora, cuando llega la Semana Santa, Navidad o las vacaciones de verano, se la alquilan a los turistas, con el nombre de “Casa rural”. Les gusta mucho a los turistas este sitio por el lugar tan especial donde está construida, por los ríos que la rodean, por la bellísima fuente de agua clara y por el pequeño valle al poniente de esta casa.

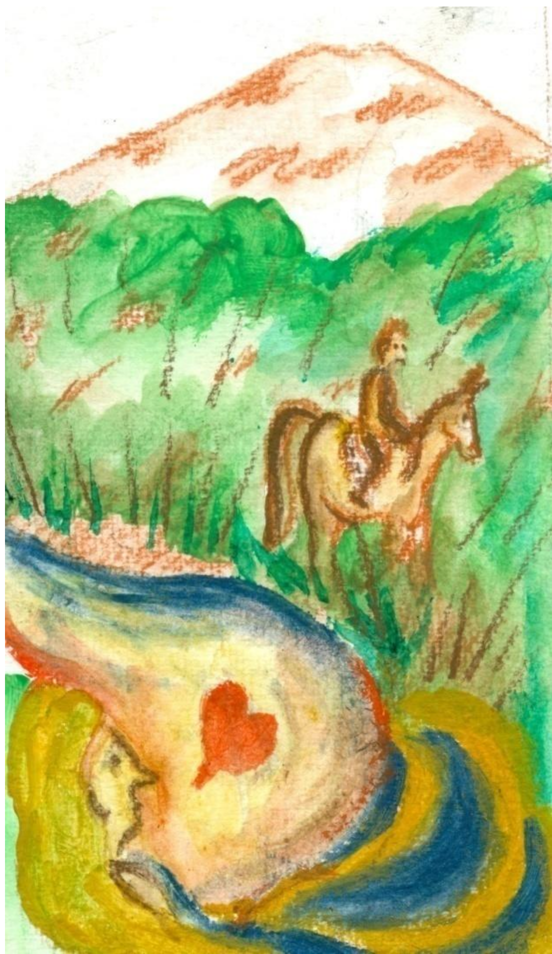
Porque a la princesa, una de las más hermosas que en la época de los reyes Nazaríes hubo en la Alhambra, disfrutó de su casa en el lugar más bello. Regalo de sus padres por el interés que ella siempre mostraba por los ríos de aguas claras, cantos de pájaros, cielos azules, flores silvestres y olores a montañas verdes. Por eso un día, sus padres, famosos reyes de la Alhambra, le preguntaron:

- ¿En qué lugar del reino de Granada quieres que te construyamos la casa de tus sueños?

Y ella enseguida dijo:

- Al norte de la Alhambra, no lejos de las cumbres blancas, cerca de un verde valle y fuentes y ríos de aguas claras.

- ¿Te gusta la almunia de los Acebuches?



- ¿Ese puntal tapizado de encinas que al poniente tiene un valle y al levante un manantial y un misterioso arroyo lleno de zarzas?
- Sí, ese sitio concreto.
- Es el lugar más bonito que nunca se haya soñado. Quiero tener ahí mi casa.
- Pues ya está todo hablado.

Y en aquel mismo momento, los padres dieron órdenes y solo unos meses después, se alzaba la casa sobre el Puntal de los Acebuches. Entre olivos silvestres, escoltada por un precioso bosque de encinas centenarias, mirando a Sierra Nevada, por encima de valle verde y no lejos de la Fuente de los Berros y el arroyo de las zarzas. Y la estancia era pequeña, como le gustaba a la princesa. Con solo un par de habitaciones, una sala con chimenea, ventanas a un lado y otro para ver los paisajes, un jardín muy pequeño en la puerta, paredes blancas y lo demás, cielos azules, aire puro, libertad sincera, silencio profundo y ella con su figura hermosa y su pequeño sueño.

Aquel mismo año, al llegar la primavera, estrenó su bonita casa. Dijo a sus padres y a los guardianes que la protegían:

- Durante un tiempo, quiero vivir sola en esta casa mía. Que nadie me moleste y que me dejen caminar libre por los campos que rodean a la casa de mis sueños.
- Pues lo que tú quieras, hija mía.
Dijeron los padres. Y al comienzo de aquella primavera, la princesa se fue a vivir a su casa de campo. Durmió por las noches en su habitación, gozó del silencio y del canto de los grillos, contempló, al amanecer, la luna y las estrellas y a media mañana, bajaba por la senda y se iba a la Fuente de los Berros. El pequeño manantial que brotaba y aun brota, al comienzo del arroyo de las zarzas. Aquí se sentaba y durante mucho rato, se quedaba contemplando la blancura de Sierra Nevada y los lugares que por ahí siempre se adivinan.

Toda la primavera estuvo ella viviendo sola en su blanca casa. Solo algunas personas la molestaban durante algunas horas del día para llevarle comida y otras cosas que necesitaba y luego la dejaban en su reino de fantasía. Regresó a la Alhambra por un tiempo pero, al poco, volvió a esta casa suya. En los meses del verano, también en otoño y al llegar el invierno y otra vez al con la nueva primavera. Y así, durante varios años.

Hasta que un día, estando ella sentada junto a la Fuente de los Berros, apareció un príncipe montado en su caballo, la subió en la grupa y se la llevó. Nunca más se supo de la princesa de la casa blanca. Y la buscaron por todo el reino de Granada y aun más lejos. Los padres la lloraron y durante mucho tiempo, ordenaron que La Casa de la Princesa, estuviera limpia, bien cuidada y todo el entorno protegido.

Pero pasó el tiempo y los reyes de la Alhambra, abandonaron también estos recintos. Se olvidó por completo La Casa de la Princesa y también su historia. Muchos años después, alguien fue dueño de estas tierras. En el mismo Puntal de los Acebuches y sobre las ruinas de aquella bonita casa de ensueño, hicieron una construcción pensando en los turistas y le pusieron por nombre Casa Rural. Los paisajes ya también han cambiado mucho por este sitio pero la Fuente de los Berros, el arroyo de las zarzas, el valle de la hierba y las encinas y las cumbres de Sierra Nevada, siguen ahí. Como testimonio de aquella princesa aunque los turistas que por aquí pululan ahora, no sepan nada de esta historia.

Así son las cosas y así el tiempo las transforma. Pero como las cosas hermosas siempre pertenecen al universo de lo eterno, nunca desaparecen. El tiempo las conserva frescas y puras en lo que los humanos llamamos el reino de los sueños. Tal es el caso de La Casa de la Princesa, cerca de la Alhambra y en Granada.




Navidad desde la
Alhambra y Albaicín
José Gómez Muñoz

Dibujos: Maud Cavalade, Francia
Primera edición 10-6-2014
Granada, 2010-2014

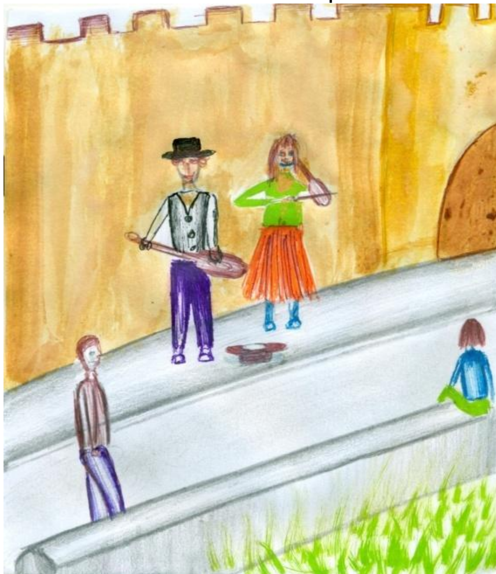
ÍNDICE



Navidad desde Alhambra y Albaicín

I- El niño del saco

Caía la tarde y el sol calentaba débilmente. El cielo estaba despejado, mostrando un azul intenso por encima de



las torres de la Alhambra. El ambiente era frío y por eso, en la umbría de la Alhambra que desde las murallas cae

hacia el río Darro, la escarcha relucía blanca. A pesar del sol que limpio brillaba, todo por este rincón de Granada era gris, húmedo y olía a musgo, propio del más auténtico día de invierno.

Por eso, aprovechando los últimos rayos de sol y para calentarse un poco, cerca del viejo puente se acurrucaban. Frente justo a las ruinas del Puente del Cadí pero al otro lado. Donde la calle se ensancha y junto a la puerta del edificio Zafra, hay un pilar que no tiene agua desde hace muchos años. Justo aquí a la calle le hicieron una acera un poco elevada del nivel del paseo y es el rincón que más les gusta a ellos. Para tomar el sol, como esta tarde, para ofrecer sus pequeños espectáculos con guitarras, flautas y acordeones y también para vender sus sencillas obras de arte: collares, pulseras de cuero, pendientes, colgantes, bufandas y gorros y otros objetos más o menos similares.

Y ellos son los jóvenes de pelos con rastas y barbas largas que viven tanto en las cuevas del Albaicín como en las del Sacromonte y rincones por la Fuente del Avellano. Al caer las tardes, siempre aparecen por aquí con el deseo de que

alguien les de unas monedas, como ya he dicho, por las cosas que venden y por las canciones que cantan. Algunos, hasta escriben y reparten poesías. Hoy, se habían parado aquí no solo para tomar el sol sino también para descansar un poco. Momentos antes habían subido por la Carrera del Darro, en una pandilla bastante grande y mezclados con los turistas, portando cajas y bolsas de frutas y verduras. Venían de recoger esta comida en los contenedores de los supermercados y por donde el mercado central de Granada.



El hombre mayor que cada tarde recorre esta calle a los pies de la Alhambra, también se había parado en el pequeño muro, frente a las ruinas del Puente del Cadí. Y observaba con interés al grupo de jóvenes, habitantes de las cuevas, ahora mismo parados al otro lado de la calle cuando, desde el Paseo de los Tristes, lo vio avanzar. Un niño de unos

diez años, no muy alto ni grueso, pelo corto y negro y cara algo redonda y con un saco de esparto en sus manos. Bajaba solo y miraba a los que en dirección contraria, con él se cruzaban sin que estas personas advirtieran su presencia. Tampoco parecían verlo, los jóvenes de las cuevas pero el pequeño sí que aparentaba conocerlos a todos. Por eso, al llegar a la altura del grupo de jóvenes con rastas en el pelo, extendió un poco la mano hacia ellos y dijo:

- Podéis seguir vuestro camino por esta calle arriba en busca de las cuevas que os dan cobijo. Por mi parte, nada os voy a dar ni tampoco deseo nada de vosotros. Continuar en paz en la dirección contraria a como corren las aguas del río.

Al oír esto, el hombre mayor que estaba parado a la altura del Puente del Cadí, observó con gran interés al tiempo que se preguntó: “¿Por qué le dirá a estos jóvenes lo que he oído y hasta parece que con autoridad y sabiduría suprema? No se parece ni mucho menos a los cientos de niños que cada día veo por estas calles de Granada”



Siguió muy atento mirando al pequeño que por la calle bajaba y al poco

vio como se paraba justo a la entrada del puente de piedra conocido con el nombre de Espinosa. Se situó junto al muro de la derecha, abrió el saco de esparto que traía en las manos y frente a las personas que iban llegando calle arriba hacia la iglesia de San Pedro, comenzó a realizar algo que desconcertó por completo al hombre que observaba: con la mano izquierda sostenía el saco procurando que se mantuviera abierto y con la mano derecha, señalaba a las personas. Extendiendo el brazo como si les pidiera que se pararan pero lo único que hacía era coger algo invisible de cada una de estas personas. Algo que parecía salir del pecho de todo aquel que con su mano marcaba, sin rozarlo ni herirlo y sin que tampoco advirtieran lo que en ese momento ocurría. No hacía esto con todas las personas sino solo con algunas. Porque las que subían por la calle, ni se paraban ni se daban cuenta de la presencia del pequeño ya que ni siquiera lo veían. Era por completo invisible a todo el que por la calle iba o venía y lo mismo era invisible lo que con su mano derecha extraía de cada una de las personas que señalaba.

El hombre mayor que observaba, sí veía que desde el pecho de cada una de estas personas, al aproximar la mano derecha, salía como un pequeño ramo de flores en muchos colores y casi transparentes que el pequeño apresaba con su mano y echaba dentro del saco al tiempo que decía:



- Tú, vete por la calle de la izquierda. Tú, sigue al frente y tú, vete por esta calle de la derecha.

Y en ese momento, el hombre descubría que las persona señalada, se dividía en dos: la real y de carne y hueso que seguía su camino con la misma serenidad y la otra imagen, la que parecía salir de la personas real, algo transparente y que tranquilamente se iba en la dirección que el pequeño le indicaba. También parecía ajena y por completo obediente a las palabras del niño del saco.

Quiso acercarse el hombre mayor y presentarse ante el pequeño para

preguntarle pero permaneció quieto donde estaba. Observando con más interés lo que este personaje hacía. Y al poco, cuando ya el sol empezaba a ocultarse al fondo de Granada y el frío airecillo se dejaba notar, vio que el pequeño, además de divertirse mucho, había juntado una gran cantidad de ramos de flores transparente extraídos como de los corazones de algunas de las personas que por la calle iban y venían. Y vio también y esto es lo que le parecía aun más divertido a la vez confuso y misterioso, como las calles se llenaban de más y más personas. La calle de la izquierda, la que lleva al Paseo de los Triste y la de la derecha, que parecía como subir a la Alhambra por entre el bosque de la umbría. Y todas estas personas, eran la copia algo transparente de las mismas que caminaban calle arriba hacia la iglesia de San Pedro. Pero ninguna se quejaba de nada ni se echaban de menos entre sí. Por eso seguían pareciendo felices y hasta contentas de caminar en la dirección que el pequeño les había indicado.

Se vía ya casi por completo lleno el saco de los originales ramos de flores que el niño había extraído de los corazones de las personas. Y por eso, se

disponía a concluir su misión cerrando su saco de esparto y miraba para la Alhambra hacia donde parecía iba a irse, cuando alguien se le acercó. Era un hombre de estatura baja, pelo blanco, bastante calvo y cuerpo delgado. Traía en sus manos un puñado de ramitas de mirto, muy verdes y con su cosecha de bayas grises y relucientes. Separó una de estas ramitas, se acercó al niño del saco y se la ofreció diciendo:

- Es mirto criado en el jardín de mi casa, en el barrio del Albaicín y frente a la Alhambra. Te lo regalo porque es Navidad y quiero compartir cosas con las personas de corazón bueno y noble voluntad.

Miró el pequeño al hombre de las ramitas de arrayán, cogió la que le daba, terminó de cerrar su saco y por una estrecha calle que discurre desde el Puente Espinosa hacia la Alhambra, comenzó a subir con su saco de esparto a cuestas y por completo lleno.

Durante unos segundos, el hombre de las ramitas de mirto, lo estuvo mirando y luego siguió su caminar Paseo del Darro arriba. Ofreciendo ramitas de mirto a las personas que encontraba y que ninguna aceptaba. El hombre mayor que apoyado en el muro del río había

observado al niño del saco, se fijó ahora en este pequeño hombre con ramitas de arrayán. Se movió, le salió al paso, lo paró y le preguntó:

- ¿Por qué regalas estas ramitas verdes con baya grises y maduras?

Y al ver y oír la pregunta de este hombre mayor, el que sujetaba tallos pequeños y verdes, se paró, miró muy interesado y al rato peguntó:

- ¿De verdad quieres saberlo?

- Crece en mí por momentos más y más la curiosidad. Párate un momento conmigo y respóndeme a lo que te he preguntado.



II- Ramitas de mirto



Oscurecía ya tanto por este rincón de Granada como junto a la Alhambra, por las cumbres de Sierra Nevada y por la

Vega al poniente. Por eso las luces de colores que todos los años cuelgan en las calles y plaza de esta ciudad, comenzaron a brillar. Aparecieron guirnaldas y bombillas por la Carrera del Darro, por Plaza Nueva y Reyes Católicos, por la Gran vía y las calles cercanas a la catedral. También por las partes altas del barrio del Albaicín y por las torres y murallas de la Alhambra. Los turistas seguían llenando el Paseo de los Tristes y todos iban a sus casas por completo ajenos a los dos hombres que cerca del Puente Espinosa, estaban parados. Y más ajenos, tanto turistas como muchas otras personas de esta ciudad, estaban al pequeño que, con su saco lleno de ramos de flores transparentes, subía por el bosque hacia las torres de la Alhambra. El frío se dejaba sentir con más fuerza y también comenzaron a oírse sones de algunos villancicos, recordando que era la fiesta de Navidad.

Sentados en el muro de río, el hombre mayor y el de las ramitas de mirto, prescindían de los que por la calle pasaban y se concentraban en lo que les interesaba. El de las ramitas de mirto, habló y dijo:



- Vivo yo en una pequeña casa en este barrio del Albaicín. Allá en lo más alto y desde donde se ve con toda claridad y grandeza tanto la colina como los montes, torres y murallas que por ahí se alzan. Por

eso, desde la ventana de esta humilde casa mía, desde la puerta y desde la estrecha calle que por ahí pasa, cada día al salir el sol, doy gracias al Universo y a Dios en particular, por regalarme este privilegio. Sé que soy afortunado no solo por vivir en este lugar de Granada y del mundo sino también por el sol que cada mañana me ilumina, por el aire limpio que respiro y por los colores de la nieve y del cielo que al fondo y sobre mí se extiende. Algo que muchas personas a lo largo de su vida sueñan y yo tengo sin haberlo merecido de ninguna manera.

En mi pequeña casa, donde vivo desde hace muchos años siempre solo, tengo un trozo de terreno. Y ahí sembré yo hace mucho tiempo y también mis antes pasados, algunas plantas: dos almendros, un granado, un laurel, una higuera y un ciprés. Entre estos árboles, crece una pequeña madroñera, una mata de mirto y un macasar. El mirto es un arbusto de hoja perenne en forma de lanza y ramas de color marrón. Las flores, de color blanco, crecen aisladas y, al igual que el resto de la planta, tienen un intenso aroma. Sus frutos son bayas comestibles que contribuyen, con su color gris azulado, a la belleza del arbusto.

El año pasado, cerca de la mata de mirto y del macasar, sembré cuatro matas de tomates y un día, cuando estas plantas ya estaban con sus frutos muy desarrollados y algunos hasta maduros, un vecino que me tiene manía, me arrancó de raíz estas tomateras. Acción que me llenó de pena y dejó mi corazón muy triste y lleno de sentimientos oscuros hacia esta persona que ahora para mí, ni siquiera merece ser nombrado por el nombre que tiene. Se lo dije a unas personas que conozco y enseguida me dijeron:

- Ese hombre, más rico que todos nosotros porque siempre viste las mejores ropas, come los alientos más esquistos y alardea de ser culto, es un pijo caprichoso, chulo, acomplejado y con sicología de adolecente. Es pobre en su corazón y alma y está vacío de sentimientos nobles y bellos. Tú pasa de él y no entres en su juego aunque nosotros, a partir de ahora lo vamos a llamar “Arrancatomateras”.

Y ahora, dejo este tema porque no es lo que en este momento me interesa compartir contigo. Sigo y te digo que la mata de mirto que tengo en mi trozo de tierra, cada año florece en primavera.

Cada año y por estas fechas, sus ramas y tallos, se llenan de diminutas

florecillas blancas y muy olorosas. Mi casa, mi pequeño jardín y la calle estrecha y parte del barrio del Albaicín, se impregna entonces del perfume más delicioso que existe en este mundo. Del mismo perfume que gozaron los reyes de la Alhambra cuando en aquellos tiempos vivían en los palacios y ahora todavía por ahí pueden gozar los turistas que los visitan y otras personas. Y como este perfume es tan fino y único, siempre que mi mata de mirto florece, mi corazón se alegra y al mismo tiempo se pone triste. Y es porque siempre deseo compartir estas delicias con alguien y nunca puedo. Porque tienes que saber que nunca, a lo largo de mi vida, he tenido a mi lado a nadie con quien compartir los momentos, sonrisas y penas.

Por eso este año, cuando mi mata de mirto dio su gran cosecha de blancas y olorosas florecillas, me alegré más que otras veces. La cuidé mucho cada día y esperé ilusionado a que aparecieran sus frutos. Los frutos del mirto son pequeñas bayas brillantes, color gris oscuro y buenas de comer. Mi mata mirto dio una gran cosecha de bayas azules y olorosas y


La Navidad nos llena el corazon de recuerdos
nos entristecemos o alegramos, nos invade
la melancolia y necesitamos abrazos

esto me alegró. Esperé a que el otoño llegara y esperé a que también se presentaran estas fiestas del año, el día de la Navidad. Que como todos sabemos, es un día hermoso, lleno de olores, luces y sentimientos entrañables en los corazones de todas las personas.

Por estos días, a todas las personas, se nos llena el corazón de recuerdos, nos entristecemos o alegramos, según lo que a lo largo de los años pasados hayamos ido viviendo y a todos, yo creo que a todas las personas de este mundo, nos invade la melancolía. Nos sentimos más desgraciados y solos que nunca y deseamos más que otros días del año, la compañía de personas. Deseamos palabras amables y alentadoras y necesitamos abrazo o besos cariñosos y buenos. La Navidad es algo tan entrañable que remueve los sentimientos más profundos de las personas y hace reflexionar sobre nuestra existencia y lo que después de esta vida nos espera.

Por esto y más cosas que ahora no tengo tiempo de contarte, a lo largo de todo el otoño, fui cuidando cada día con más cariño mi pequeña mata de mirto. Y esperaba paciente e ilusionado que llegara

este día de la Navidad. Por fin ya llegó y es hoy. Así que ayer por la tarde, después de hacer un pequeño rato de oración y relajarme frente a la figura de la Alhambra, me acerqué a mi mata de mirto. Con mucho cuidado, fui cortando los tallos más verdes y sanos de este mirto mío, procurando que cada uno de estos tallos tuviera una buena cantidad de bayas azules brillantes. Junté un buen puñado de ramitas de mirto oloroso y fresco y, para que no perdieran lozanía, las puse en un jarrito de barro lleno de agua y al fresco de la noche. Porque has de saber que al mirto le gusta mucho tanto el calor del verano como el frío de las nieves y hielo del invierno y también el aire limpio.



A primera hora del día de hoy, en mi casa, cogí el ramito de tallos de mirto, caminé despacio por las calles del Albaicín y al llegar por donde los turistas y otras

personas van y vienen, me fui parando antes ellas. Primero con tres jóvenes. Las saludé con respeto, le ofrecí un tallito de mirto y les dije:

- Os lo regla con mi mejor afecto. Es un tallo de oloroso mirto, la planta más hermosas y perfumada de Granada.

- ¿Y por qué nos lo regalas?

- Porque es Navidad y quiero sembrar mi granito de paz entre las personas, ofreciendo el único regalo que tengo.

- ¿Y tenemos que hacer o pagar algo a cambio de tu regalo?

- Únicamente aceptarlo y nada más.

- Pues no lo queremos porque nos parece una tontería.

Como un dardo al rojo vivo, sus palabras y actitud me hirieron el corazón. Primero porque no ser amables conmigo, a pesar de la belleza de sus caras y cuerpos y segundo, porque no caía en la cuenta ella que mi regalo era limpio y bueno y se lo ofrecía por la gran necesidad que en mí hay de amigos, una sonrisa, una palabra dulce o un abrazo. En un día como el de hoy, todos echamos en falta el calor de personas generosas y sonrisas, abrazos y besos. Y esto era y es lo que, de alguna manera, buscaba yo regalando mis ramitas de mirto. Pero tres

las tres primeras personas que se lo ofrecí, solo recibí lo que ya te he dicho. Y sus posturas y palabras me dolieron tanto que hasta lloré.



Seguí caminando por el centro de Granada, Gran Vía, Plaza Bib rambla, Reyes Católicos, Plaza Nueva… cerca de la calle Elvira, a una pareja de jóvenes, le ofrecí mi segunda ramita de mirto. Frente a mí se quedaron parados, me miraron fijos y ella preguntó:

- ¿Quién eres tú y por qué regalas esto?

- Soy un enamorado de Granada, de las puestas de sol, del río Darro, de las torres de la Alhambra y de las nieves sobre las altas cumbres. A nadie tengo en este mundo y como mi soledad es mucha, pienso que hoy es un gran día para regalar a las personas que van por las calles de Granada, ramitas de mirto perfumado.

- ¿Y también eres un charlatán que buscas unas monedas haciendo esto?

- Lo que os ofrezco, es gratis y lo único que a cambio me gustaría recibir son unas simples palabras de agradecimiento y una sonrisa.
- Pues gracias por tu ramita de mirto pero quédate con ella y déjanos en paz. Estamos recorriendo las calles de estos sitios y queremos tranquilidad.

Me quedé con mi ramita de mirto y seguí caminando. Por la Plaza de la Romanilla, vi a unos niños con los ojos azules y pelo rubio que caminaban junto a sus padres y al instante, ofrecí la más lozana ramita de mirto a la niña de unos doce años, diciendo:
- Es mi regalo para vosotros y vuestros padres en este día de Navidad.
El hombre me miró y curioso me preguntó:
- ¿Esto es típico de aquí en Granada?
- Es algo que hago yo como cosa mía particular.
- ¿Y qué tenemos que darte a cambio?
- Absolutamente nada porque sería para mí un placer único que sus niños aceptaran esta ramita de mirto.
- Pues quédate con ella y guárdala sin tanto valor tiene para ti. Nosotros pertenecemos a otra categoría de personas.

Cogía en esos momentos la niña

de mis manos el regalo que le había ofrecido pero el padre le dijo:
- No lo cojas ni le des las gracias.



Los dos pequeños me miraron extrañados y desconfiando de mí. Los vi alejarse hacia los pies de la torre de la catedral. Triste por el rechazo y desconfianza que iba encontrando en unos y otros, seguí caminando por las calles. Recorrí Reyes Católico, Puerta Real, la Plaza de la Fuente de las Batallas y por la calle Matías, regresé a Plaza Nueva y luego a la Carrera del Darro. Conforme me iba encontrando con las personas que por aquí paseaban, casi todas turistas, le seguía ofreciendo mi ramitas de mirto. Ni una, ni siquiera una persona, aceptó el regalo que les ofrecía. Así que ya cayendo la tarde y dando paso a las primeras sombras de la noche, subí por esta bonita calle a los pies de las torres de la Alhambra. Al llegar al puente donde tú has visto a ese niño metiendo cosas en un

saco de esparto, a él también me acerqué y le ofrecí la ramita de mirto. Y, como has visto, ha sido la única persona que me la ha aceptado. Mi corazón se ha llenado de gozo y por eso ahora ya regreso a mi pequeña casa, algo más contento. Y al encontrarme aquí contigo y dejarme que te cuente la historia que ya conoces, aun más el alma se me ha esponjado. Voy a regalarte también a ti una de estas ramitas de mirto porque noto que eres buena persona y por el detalle de haberme escuchado durante un rato.

Y el hombre de las ramitas de mirto, cogió uno de estos tallos, se lo ofreció al hombre mayor que tenía frente a él y le dijo:

- Para ti como regalo de Navidad y para que el cielo esta noche y a lo largo de los días que aun tengas de vida, te bendiga. Feliz Navidad y hasta otra.

El hombre mayor tembloroso cogió la fresca ramita, se la llevó rápido a su nariz, la olió entusiasmado y en ese momento notó que el pequeño tallo verde que tenía en sus manos, olía a una esencia que desconocía por completo.



Agradecido y muy confortado, antes de que se alejara el hombre del relato, le

preguntó:
- ¿A qué huele esta ramita de mirto?
- A los jardines de la Alhambra, con sus aires frescos y puros y a las fuentes de aguas claras, al cielo azul que le corona y a las nieves de Sierra Nevada. Pero sobre todo, estas ramitas de mirto mío, huelen a paisajes de cielo y a esa eternidad que todos llevamos en el alma y continuamente soñamos. Y por ser una planta única en los jardines de la Alhambra y obra perfecta del Creador, divina y regalo muy origina en este día de Navidad.

De nuevo el hombre mayor agradeció el regalo de la ramita de mirto y los dos se despidieron. Por la calle Carrera del Darro, siguió subiendo el hombre de las ramitas de mirto. Durante unos segundos y mientras seguía en el muro del río, el hombre mayor lo observó. Se acordó en esos momentos del niño del saco y por eso miró también para los bosques de la umbría de la Alhambra. Las luces de las murallas y torres, llenaban de claridad toda la umbría y, desde el río y la calle, también las luces proyectaban su claridad sobre el bosque y hacia la Alhambra. Por entre esta vegetación, intentó descubrí al pequeño que momentos antes había comenzado a subir

con su saco de esparto repleto de algo en apariencia invisible y maravilloso. El



hombre mayor, mirando también ahora para la calle por donde, entre las personas se perdía el de la ramitas de mirto, se dijo: “Los dos van hacia un sitio que nadie ahora conoce y con algo que, al parecer, nada tiene que ver con lo que esta noche el mundo entero celebra. Y en el fondo pienso, que a nadie, absolutamente a nadie ahora mismo interesa ninguno de estos personajes”.

Caminó el hombre mayor hacia el centro de Granada y se dirigió a su casa. Solo también y por entre las cuatro personas que a estas horas aun caminaban por las calles. Todo parecía sumido en un profundo y misterioso silencio.

III- Noche de Navidad

Y solo unas horas después, el silencio en la ciudad entera de Granada, era total. Las personas, casi todas, se habían refugiado en sus casas para quitarse el frío y compartir con los familiares y amigos, alimentos y el calor de estas entrañables fiestas. En las calles, las luces llenaban de fantasías cada rincón y sobre las aguas del río Darro y las fuentes,



se reflejaban los colores y las siluetas de las farolas y árboles decorados.

Y marcaban los relojes las horas centrales de la noche cuando, desde la torre de la Alhambra, la conocida con el nombre de la Vela, se vio algo que nunca antes nadie ha visto en esta ciudad. Como una lluvia fina que parecía manar del corazón de esta torre pero, en lugar de descender desde el cielo, se elevaba por el aire en forma de manadas de mariposas. Reflejando colores muy vivos y no eran gotas sino como pequeña flores con alas que al levarse por los aires, poco a poco se iban extendiendo hacia el valle del río Darro, colina por donde se clavan las casas del Albaicín y la gran vega por donde se derrama la ciudad de Granada. Como en forma de nube que poco a poco iba cubriendo por encima de las casas y quedaba suspendida a unos metros de los tejados, jardines, plazas y calles.

Cada una de estas florecillas con alas y en vivos colores, desprendía destellos bellísimos que, en forma de delicados rayos luminosos, se deslizaban suavemente por todo el amplio espacio de la ciudad y barrios. De una de las casas en



el corazón del barrio del Albaicín, por la chimenea y justo en el momento en que las florecillas con alas descendían sobre Granada, se vio emerger una fina columna de humo en tono algo azulado. Por el aire y por entre la amplia nube de florecillas luminosas, se fue extendiendo y poco a poco, también comenzó a cubrir toda la ciudad y barrios. Y justo en este momento, algunas personas y por toda la ciudad, comenzaron a percibir un delicado olor nunca tampoco antes conocido en esta ciudad. En las casas del Albaicín cercanas a la de la chimenea por donde salía la nube de humo oloroso, algunas personas empezaron a preguntar:

- ¿De dónde viene este olor tan delicado?

- No lo sabemos pero ciertamente es un

perfume casi celestial.
- ¿Y qué es lo que anuncia?
- Tampoco lo sabemos pero relaja el alma y hasta parece elevarla hacia un cielo maravilloso como nada.
- Salgamos a la calle y busquemos a ver si descubrimos lo que pasa.

Salieron a las calles y, desde las puertas de sus casas, todos empezaron a mirar hacia la Alhambra. Y maravillados empezaron a comentar:
- ¡Mirad lo que sucede allá en la Torre de la Vela!
- De allí mana como un mar de maravillosas lucecitas que tampoco sabemos de dónde vienen ni por qué.
- Pero mirad que fantasía más gloriosa se ve por toda la ciudad. ¿Por qué sucede esto y a qué se debe?
Algunos fijaros sus ojos en el punto de la Torre de la Vela de donde manaban las mágicas florecillas en forma de luces y mariposas y vieron algo que les llamó la atención. Y fue una niña pequeña la que dijo:
- Allí en todo lo alto de esa torre, está el niño que esta tarde vimos en el puente del río Darro.
- ¿A qué niño te refieres?
- A uno que, un poco antes de la puesta de

sol, con un saco de esparto, parecía repartir o recoger cosas de las personas que por ahí pasaban.
- ¿Y qué era lo que recogía?
- Yo no lo sé exactamente pero oí comentar que recogía trozos del alma y sentimientos de los corazones de las personas.



- ¡Qué extraño!
Comentó una mujer mayor.

Y todos se restregaban los ojos mirando fijamente a la Torre de la Vela. La niña volvió a comentar:
- Y si miráis bien, ese niño que hay allí en

lo más alto de la torre, parece sacar de un saco las lucecitas que desde ese punto vuelan por los aires.

- Eso es cierto pero ¿qué serán esas lucecitas que saca del saco y echa al aire?

- Quizá sean esas cosas que has dicho tú, que ese niño recogía esta tarde de las personas que pasaban por la Carrera del Darro.

Apareció en ese momento una joven que venía como de la casa que por la chimenea manaba el humo perfumado y al grupo que embelesado miraba para la Torre de la Vela, dijo:

- Vengo de la casa del hombre mayor que ahí vive solitario y esta tarde recorría las calles de Granada regalando ramitas de mirto.

Y enseguida varios preguntaron:

- ¿Y qué?

- Pues que lo he visto ahí en su casa, sentado frente a la lumbre que arde en la chimenea, en silencio y como meditando y echando ramitas de mirto a las llamas.

Al oír esto, nadie dijo nada pero sí, pasado un rato, un hombre mayor comentó:

- Pues lo que pienso yo ahora mismo es que ese humo algo azul que mana por la chimenea de su casa, es lo que está impregnando de perfume a todo este


esta noche,
Gracias a la bonda
y belleza de las
personas buenas,
se llena de
luz los cielos
de esta
ciudad

barrio nuestro y a toda la ciudad de Granada.

- Perfume de ramitas de mirto que arden lentamente en la lumbre y que huelen como a cielo y también a Navidad, a incienso y a no se sabe qué maravilloso paraíso bello.

Todos guardaron de nuevo silencio. La pequeña que había descubierto al niño con su saco lleno de rosas aladas, se retiró del grupo, caminó lentamente por la calle, llegó a la casa del hombre de las ramitas de mirto y como encontró la puerta abierta, sin llamar entró. Lo encontró sentado frente a la lumbre y con pequeñas ramas de mirto que iba echando a las llamas para que se quemaran. Lo saludó y le preguntó:

- ¿Te molesto?

- De ningún modo. Pasa y siéntate a mi lado.

En una vieja silla de mimbre, la pequeña se sentó al lado de hombre y enseguida le preguntó:

- ¿Qué es lo que haces?

- Ya lo estás viendo. Echo a la lumbre los tallos de mirto que esta tarde deseaba regalar por las calles de Granada y nadie quiso coger.

Guardó un momento silencio la niña mientras miraba a las llamas devorando los perfumados tallos de mirto. Luego volvió a preguntar:

- ¿Y por qué huele tan bien no solo aquí en tu casa sino en todo el barrio y Granada?

- Es natural y, aunque todas las personas rechazaran esta tarde el regalo que quise darle, quiero yo compartir con ellos y ahora este perfume tan bueno. El mirto siempre entrega una esencia muy fina y más que apropiado para una noche como ésta.



Desde donde la niña estaba sentada, por una pequeña ventana con rejas, se vía al frente y a lo lejos, la Torre de la Vela y, desde ella subiendo, las mil pequeñas y

hermosas rosas aladas que por el aire seguían volando cubriendo los cielos de Granada. Por eso la niña de nuevo preguntó al hombre:
- ¿Y aquellas luces tan bonitas que desde la Alhambra vuelan e iluminan los cielos envueltas en el perfume que tu mirto exhala?

Miró el hombre a la pequeña y le dijo:
- El niño del saco que esta tarde recogía ramos invisibles de flores de las almas y corazones de las personas, es el que está ahora mismo allí regalando flores a las personas que viven en esta ciudad.
- ¿Y quién es ese niño y por qué hace eso?
- Quien sea él, no importa pero sí valoro lo que hace. Cuando esta tarde recogía ramos hermosos de los corazones que por la Carrera del Darro pasaban, no lo hacía de todas las personas. Solo de algunos recogía flores y de otros, nada.
- ¿Y eso por qué?
- Porque no todas las personas de esta ciudad y del mundo entero, tienen flores en sus corazones y almas. Solo las personas de sentimientos puros y bellos y aquellos que obran bien y reparten amor entre los demás. Pero ya estás viendo:

esta noche, gracias a la bondad y belleza de las personas buenas y nobles, se llena de luz los cielos de esta ciudad. Y eso quiere decir que, gracias a la presencia, bondad y belleza de las personas buenas a lo ancho de nuestro planeta, el mundo sigue vivo y nosotros los humanos, todos los seres vivos y plantas, respiramos. Si no fuera por las personas justas, buenas y bondadosas, nada de lo que vemos y gozamos cada día y noche, existiría.

Guardó silencio el hombre de las ramitas de mirto. Durante unos segundos también se mantuvo en silencio la pequeña, mirando para la Alhambra y mirando a la lumbre donde ardían las ramitas de mirto. Luego otra vez preguntó:

- ¿Y qué vas a cenar esta noche?

- Nada tengo para llevarme a la boca pero soy feliz sabiendo que el niño del saco, mi amigo y allá en la Alhambra, reparte e ilumina los cielos de Granada.

- Pues espera un momento que voy ahora mismo a mi casa, le pido a mi madre comida y vengo y la comparto contigo. Así te alimentas con algo mientras yo te doy compañía.

- Aquí seguiré sentando mientras te espero.

A prisa salió la pequeña de la casa, caminó por las calles del barrio y rápida entró donde vivía y les contó a los padres lo que había visto y ahora sabía. La madre le dejó que cogiera la comida que quisiera para que la compartiera con el hombre de las ramitas de mirto. A toda prisa, se puso y cogió comida, un poco de varias cosas y salió a la calle con una péquela cesta de mimbre con la intención de regresar a la casa del nuevo amigo que ahora tenía. Pero cuando de nuevo ahora pasaba por la calle, de repente oyó a muchas personas que mirando para las torres de la Alhambra, exclamaban:

- ¡Oh, qué bello y emocionante!

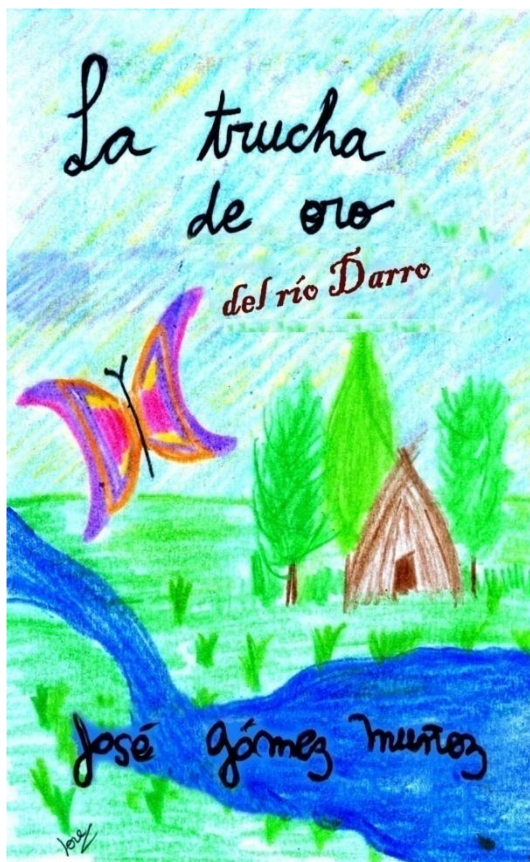
En ese momento, desde la Torre de la Vela, salió como volando y se alzaba por los aires, una gran rosa muy hermosa que reflejaban todos los colores del arco iris. Tenía como dos suaves alas que movía lentamente para desplazarse por el espacio por encima de la Alhambra y Granada.

Corrió ella hacia la casa del mirto para anunciar también ahora a su amigo de lo que ocurría y al llegar, vio que nadie había sentado frente a la lumbre. Sí ésta seguía ardiendo y en sus llamas quemándose los perfumados tallos de arrayán.



Llamó a su amigo y al no obtener ninguna respuesta, miró por la ventana y vio a la maravillosa y gran rosa de mil colores que, por el aire, venía como hacia el barrio del albaicín. En sus pétalos se veía como una delicada y bellísima sonrisa y en las alas de colores y como tejidas con esencias de flores, en una se podía leer la palabra: "Feliz" y en la otra, la de la derecha: "Navidad".




La trucha
de oro
del río Darro
José Gómez Muñoz

Dibujos: Lorena Aracena Kaluf
Lissette Madriaga Parra, Chile
Primera edición 24-6-2014
Granada, 2010-2014

Índice



La trucha de oro del río Darro



Su cueva era pequeña, muy bonita y acogedora. Tallada en la ladera del cerro y con una vereda para llegar hasta ella. En

la puerta tenía un pequeño rellano, donde crecían algunas plantas y servía, además, de mirador hacia el valle del río Darro y hacia la Alhambra. Y ya dentro, se abría una amplia sala, dos habitaciones a los lados y otra tercera, al fondo, una lacena y, en el rincón de la izquierda, las cantareras. A la derecha, según se entraba en la sala, había una acogedora chimenea donde casi siempre y, más en invierno, ardía una lumbre. Por las mañanas, en esta lumbre hacían migas y freían trocicos de chorizo y pimientos. Y por las noches, sentados ellos al calor de las llamas y brasas de esta candela, asaban castañas, bellotas, setas, patatas… Y, mientras esto sucedía y el tiempo pasaba, en muchos de estos ratos y momentos, tanto de la mañana, a lo largo del día y por la noche, el padre trenzaba cestas de esparto. También de mimbre y de cañas recogidas en las riveras del río Darro. Vendía luego estos objetos por las calles del barrio y entre los vecinos.



La madre, en algunas de estas ocasiones,

aprovechaba para contar a sus hijos cuentos. Y entre los muchos relatos que los jóvenes ya habían oído de boca de la madre, estaba la leyenda de la Trucha de Oro. A la hermana le gustaba tanto este relato, que una vez más, aquella noche de invierno, no demasiado fría, preguntó a la madre:

- Y desde aquellos días hasta hoy ¿nadie ha encontrado todavía este pez de oro?

- El príncipe de esta historia, vivía en unos de los palacios de la Alhambra y un día prometió casarse con la muchacha que le llevara la trucha de oro que vive en las aguas del río Darro. Y desde aquellos días hasta hoy, muchas jóvenes han buscado este pez en el río pero todavía nadie lo ha encontrado.

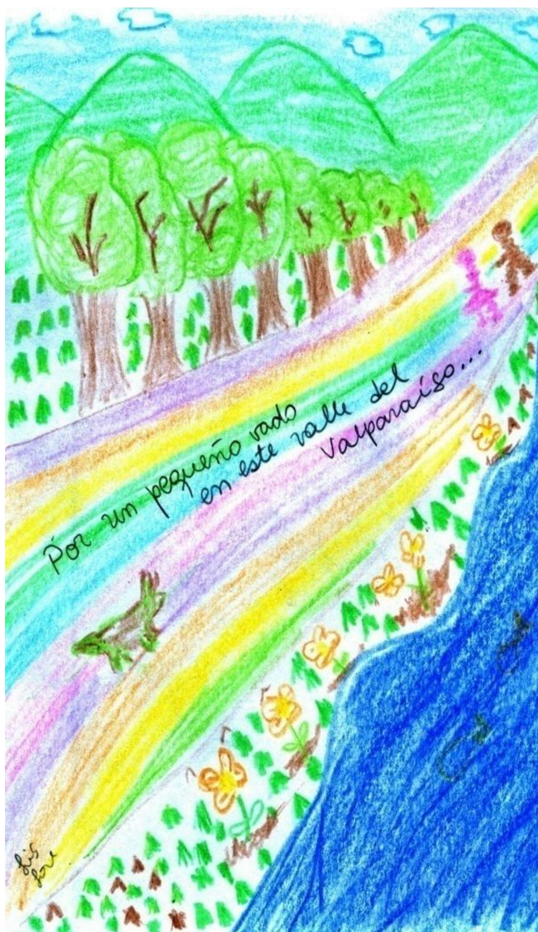
- A lo mejor es que este pez de oro nunca ha existido ni vive en las aguas de este cauce.

- Algunas personas muchas veces han pesando eso pero otros, creen lo contrario: que la trucha de oro existe solo que, una persona muy concreta y por las circunstancias que sean, tendrá la suerte de encontrarla.

- ¿Y sabes tú si esa persona concreta debe tener alguna característica especial?

- Creo que sí pero no sé decirte qué. Quizá el día que esto se sepa puede que lo de trucha de oro se haga realidad.
Y soñando un bello y muy íntimo sueño, ella volvió a preguntar a la madre:
- ¿Crees tú que si la busco yo podría encontrarla?
- Eso nunca se sabe.

En el río Darro, siempre hubo oro. Su nombre precisamente significa eso. Procede de la palabra latina *aurus,* que los árabes cambiaron por *hadarro* y los cristianos la renombraron Dauro que quiere decir que da oro. Y por eso, desde tiempos muy lejanos y hasta no hace mucho, en las aguas de este río, muchas personas buscaron oro. Cuando el río Darro, en su descender de las Sierras de Huétor Santillán, se aproxima a Granada, antes del Paseo de los Tristes y todavía lejos de la Alhambra, forma como un pequeño valle. Justo por donde hoy se encuentra el barrio del Sacromonte, en otros tiempos conocido este lugar como “Valle del Valparaíso”. Por aquí, el río tenía aguas tan limpias que hasta vivían truchas en ellas. Muchas personas de Granada, del Albaicín y del Sacromonte, lo sabían y por eso bajaban al río a pescarlas. Por un pequeño vado en este


Por un pequeño vado
en este valle del
Valparaíso...

valle del Valparaíso, los dos hermanos siempre cruzaban las aguas, subidos en su borriquillo. Porque en las tierras llanas, por el lado donde en el valle se encuentra la Fuente del Avellano, ellos tenían un pequeño huerto que sembraban de tomates, pimientos, calabazas, berenjenas…

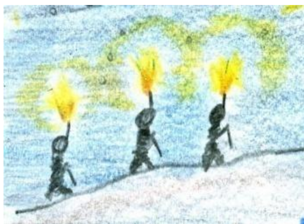
Y aquel día, cuando ya el sol comenzaba a caer al fondo de la Vega de Granada, los dos hermanos aparejaron al borriquillo, en la misma puerta de su cueva, en las laderas del Sacromonte. La madre, momentos antes, les había dicho:

- Id a la huerta y coger patatas y unos kilos de tomates. Los necesito para preparar la comida.

Y el hermano mayor, enseguida se puso mano a la obra. Le colocó el aparejo al borriquillo y luego las aguaderas, se subió él y la hermana detrás y bajaron por la sendilla dirección al río y a la huerta. A lo largo del trayecto ella le iba diciendo al hermano:

- Si un día yo me encuentro la trucha de oro del río Darro ¿tú qué harías?

Y sin pensarlo mucho, el hermano le contestó:



- Primero, no se lo diría a nadie. Segundo, iría enseguida a la Alhambra y preguntaría por el príncipe que prometió casarse con la joven que le llevara la trucha de oro. Tercero, sin tardar, mostraría este pez de oro al príncipe y le recordaría la promesa que tiene hecha. Y cuarto, esperaría impaciente, temblando de emoción, su respuesta.
- ¿Y tú crees que él se casaría conmigo, si le muestro la trucha de oro y se lo pido?
- Si el príncipe prometió eso, seguro que cumplirá su palabra. Los príncipes siempre son buenas personas y cumplen lo que prometen.

Llegaron al vado del río y ella dijo al hermano:
- Yo me bajo y quedo aquí. Ve tú solo a la huerta y, mientras recoges los tomates y patatas que necesita madre, intento pescar algunas truchas en el

Algunos rayos de sol...
parecían salir de las paredes de
esta torre y alargarse hasta la
superficie del charco...



charco azul. Luego nos las comemos esta noche, asadas en las ascuas de la lumbre y acompañadas con las patatas que traigas tú.
Le pareció bien al hermano lo que ella proponía y por eso le ayudó a bajarse del borriquillo. Siguió él rumbó a la huerta, cruzó el vado del río y al poco se perdió por el caminillo que llevaba a las tierras de su cosecha. Y ella, sin perder tiempo, enseguida se preparó para llevar a cabo lo que había planeado.

Unos metros más abajo del pequeño vado en el río, se encontraba el charco azul. El de las aguas transparentes, verdes y azules, en muchos momentos del día y, al caer las tardes, doradas y brillantes. Porque al ponerse el sol, en algunas épocas del año, comenzaba a taparse por lo que es hoy la Torre de la Vela. Y desde aquí mismo, algunos rayos de sol y a unas horas muy concretas, parecían salir de las paredes de esta torre y alargase hasta la superficie del charco que a ella le gustaba tanto. Por eso, junto a este charco, un día y con la ayuda del hermano, construyeron un pequeño chozo. Algo así como una casita de monte y de madera, todo natural y salvaje, pero en forma de cono y donde

solo cabía ella y el hermano. Y a esta tan especial y particular casita suya le gustaba venirse en muchas ocasiones. A veces para desde aquí observar las aguas del charco y ver las truchas nadando en ellas. Otras veces también para observar y distraerse con las ranas que de un lado a otro saltaban y también para ver a las mariposas que, de aquí para allá, iban y venían. Pero lo que más le gustaba observar desde su silencioso y acogedor chozo era el revolotear de algunas aves: patos silvestres, mirlos acuáticos, algún martín pescador y también lavanderas cascadeñas. El charco azul estaba lleno de vida y por eso, todos estos animalillos y otros más, acudían aquí en busca de comida. Una de las mariposas que con frecuencia por el lugar revoloteaba, le fascinaba aun más que las avecillas y las truchas. Por sus brillantes colores, por sus grandes alas, por su forma de mecerse en el viento y por su halo de misterio. Verla revolotear por allí cerca en los momentos en que el sol se ponía, le llenaba de intriga y le dejaba con la boca abierta. Sin saberlo siempre se preguntaba: “¿Quién es esta mariposa, qué busca por aquí y qué es lo que se esconde en ella”?


Se la
llevaré
enseguida.
al
príncipe
de la
alhambra
... y
esperaré
impacien
su mirad
y su
respuest

También la muchacha, desde esta casita de monte y de madera y en compañía del hermano, pescaban truchas del río. En otras ocasiones se bañaban. Sobre todo, en verano y en las calurosas tardes que en todos los tiempos se han dado y dan en Granada. Cuando esto sucedía, ella disfrutaba tanto que siempre le decía al hermano:

- Si un día me caso con algún príncipe de los que viven en la Alhambra lo primero que voy a pedirle es que me construya un palacio junto a este charco.

- Si en la Alhambra ya hay palacios y todos fantástico ¿para qué quieres otro junto a esta agua?

- Porque así, cuando mire a este charco o cuando nade surcando las aguas que en él se remansan, podré ver el cielo por arriba y por abajo. ¿Tú no has visto que bello el azul del cielo se refleja y por las noches la luna y las estrellas?

Y el hermano callaba. Ella seguía diciendo:

- Yo creo que la Alhambra aun será más grandiosa si mi príncipe me construye un palacio junto a esta agua. Por eso quiero que él también sea un enamorado, como yo, de este río Darro.

Y ahora si argumentaba el hermano:

- Pues ojala un día tu sueño se haga real para que también y pueda vivir junto a ti en este palacio.

Ella se aproximó despacio al charco azul. Tapándose con las ramas de los arbustos para que no la vieran las truchas ni se asustaran las ranas. En su mente iba imaginando la forma, el tamaño y el color de la trucha de oro y en su corazón soñaba. Para sí se decía: “Se la llevaré enseguida al príncipe de la Alhambra y esperaré impaciente su mirada y su respuesta. ¿Qué me dirá al verla y verme? ¿Será alto, moreno, recio y bello? ¿Y qué sucederá esa noche en la Alhambra, en Granada y en este barrio mío? ¿Habrá grandes fiestas?” Estas cosas y otras parecidas ella se iba preguntando mientras se aproximaba al charco y el hermano se alejaba con el borriquillo hacia las tierras de la huerta, en busca de las patatas y tomates. Y lo hacía tranquilo y sin ninguna preocupación por haber dejado a la hermana sola junto al río. Por eso, en cuanto llegó al huerto, se apeó del borriquillo, ató el cabestro en el tronco de un almendro, cortó unas matas de maíz, verdes y tiernas y se las echó al rucio diciendo:

- Ve comiéndote este manjar que tanto te gusta mientras yo recojo los tomates. Luego te traigo más y un par de lechugas y dos o tres flores de girasoles. No para que te las comas porque estas flores a ti no te gustan pero a ella, sí. Por eso las pondré con cuidado sobre tu cabeza y se las llevaremos. Ya verás como se alegra.



Y se puso a coger primero los tomates. Buscó los más gordos y rojos y, en poco rato, encontró los suficientes. Luego se puso a sacar de la tierra unos cuantos kilos de patatas y, cuando ya tenía la cantidad que necesitaba, las cargó en las aguaderas del borriquillo. Echó en



la cesta de mimbre los tomates que había cogido y también los colocó en las aguaderas, en el otro lado para que hicieran contrapeso. Buscó tres o cuatro bonitas flores de girasoles, las cortó dejándole un trozo de tallo como de medio metro, las colocó sobre la cabeza del asno y le dijo:

- Ahora estás mucho más guapo. Como si te hubiera adornado par llevarte a un concurso o a la fiesta de algún palacio.

Y desató el cabestro del tronco del almendro, llevó al animal cerca de una gruesa piedra que había junto al camino, se subió en ella, dio un salto y se colocó en lo más alto del lomo del borriquillo. Lo espoleó diciendo:

- Venga, ponte en camino y regresamos. Ya has comido tú, yo tengo mi cosecha sobre tu lomo colocada y aquí tenemos las flores para la hermana. Solo nos falta ella. Seguro que ya nos estás esperando en el mismo lugar donde la dejamos hace un rato y con algún par de buenas truchas. ¡Tú no sabes lo lista que es ella!

Y el borriquillo comenzó a caminar despacio, siguiendo la vereda, hacia el vado del río.

Conforme se iban acercando a la corriente, desde el lomo del animal, comenzó a llamar a la hermana.

- Ya estoy de vuelta. Vete preparando que regresamos a nuestra cueva. Y ve preparando también tu ánimo que te traigo un regalo.

Pero enseguida comprobó que la hermana no contestaba. Por eso la llamó otra vez diciendo:

- ¿No me oyes? Vente para el vado del río que estamos llegando.

Pero la hermana no respondía. La llamó por tercera vez y tampoco obtuvo ninguna respuesta ni señal de vida. Avivó al borriquillo diciendo:

- Date más prisa y crucemos el vado. Cuando no responde es porque algo le ha pasado.

Y nada más cruzar la corriente del río se apeó del borriquillo, buscó la rama del fresno que había a la izquierda, amarró en ella el ronzal y otra vez le dijo:

- Espera aquí que enseguida vuelvo. Voy a buscarla.

Río abajo, siguiendo la sendilla de la orilla, caminó apresurado mientras no paraba de llamarla:

- ¿Dónde te has metido? La tarde está llegando a su fin y la noche no tardará en llegar.

Pero ella seguía sin dar ninguna señal de vida.

Se fue él derecho al lugar del río donde sabía que, junto al charco, se encontraba en chozo. Se decía: “Puede que se haya metido dentro y se haya quedado dormida”. Pero no había caminado ni cien metros cuando sucedió algo que le dejó por completo perplejo: de la curva del río donde él sabía estaba el charco y el pequeño chozo, vio salir como una densa nube blanca. Como si una bocanada de niebla de pronto surgiera del río y se elevara por el aire hacia la Alhambra y hacia el cielo. Se quedó parado, mirando e intentando descubrir qué pasaba ahí pero nada sacó en claro. Siguió avanzando y de pronto se dio cuenta que ni el charco ni el chozo estaban. Solamente la pequeña curva del río, el tupido bosque de la rivera y, más abajo, el surco del cauce perdiéndose hacia Granada. Miró con



La noche ya se había
cerrado y era oscura,
algo fría y con muchas
estrellas en el cielo
pero sin nada de luna

más atención y se acercó otro poco y la llamó. No contestó ni encontró señales del charco ni del chozo. Continuó río abajo, siguió llamándola a la vez que buscaba por la corriente y por la orilla opuesta. Ninguna señal ni respuesta a sus llamas.

La noche comenzó a hacerse presente y, preocupado, regreso a donde su borriquillo. Desató el cabestro, subió en él, se puso en camino y nada más llegar a la cueva, dijo a sus padres:

- La hermana se me ha perdido.

Sorprendidos ellos lo miraron preguntando:

- ¿Qué se ha perdido?

- Se quedó en el río mientras fui a por los tomates y, al volver, ni rastro de ella.

- Pero eso ¿cómo ha sido?

- Es lo que me estoy preguntando.

Y enseguida los padres dijeron:

- Que no se entere ningún vecino para que no cunda la alarma ni se levanten los cuchicheos pero vamos ahora mismo a buscarla.

El hermano descargó rápido lo que traía en el borriquillo y la madre colocó, en un bonito jarrón de barro, las flores de girasoles. La puso en la habitación de la hermana, se pusieron algo de ropa porque, por las noches y en esta zona de

Granada, siempre refresca, cogieron y par de palos para ayudarse en las malezas del río y unas antorchas y bajaron por la sendillas en su busca. La noche ya se había cerrado y era oscura, algo fría y con muchas estrellas en el cielo pero sin nada de luna. Encendieron las antorchas y se fueron derechos al charco, donde el chozo que a ella tanto le gustaba. Y una vez más comprobaron que las dos cosas habían desaparecido. Por eso la llamaron y se fueron río abajo. Llegaron casi hasta el Paseo de los Tristes, a los mismos pies de la Alhambra y luego se volvieron. Subieron corriente arriba casi hasta el lugar conocido como Jesús del Valle, sin parar de llamarla y de mirar en los charcos, entre los arbustos y recodos del río. Ninguna señal de la hermana.

Pasó la noche y, cuando amanecía, se fueron otra vez para donde el charco y el chozo. Y justo cuando se aproximaban al rincón, el asombro se apoderó de ellos. De la curva del río del charco azul, vieron salir como una densa bocanada de humo y no era ni niebla ni vapor. El sol comenzaba a levantarse por encima de la cumbre hoy conocida como Llanos de la Perdiz. Por eso, sus luminosos rayos, incidieron sobre la blanca nube que del río salía y ésta brilló como

llamas vivas. Dibujó en el espacio, por encima del río, como la figura de una gran mariposa y luego se fue transformando en la figura de una trucha. Relucía tanto que casi se quedaron ciegos y por eso cerraron los ojos. Dijo el padre:

- Esperad un rato y los abrimos. Quizá esta nube y rayos de sol duren solo un momento.

Y sucedió esto. Al abrir de nuevo los ojos ya ni vieron el resplandor ni la nube ni los rayos del sol. Pero sí apareció ante ellos el chozo de siempre y el charco que conocían. Despacio se acercó el hermano y la vio a ella dentro del chozo. Estaba sentada en el suelo, mirando a las aguas del charco y muy quieta y concentrada. Por detrás, el hermano se aproximó muy quedamente, procurando no meter ruido, le puso las manos sobre el hombro y se disponía a decirle algo cuando ella se le adelantó preguntando:

- ¿Eres el Príncipe de la Luz?

Inmóvil se quedó el hermano por un momento y luego dijo:

- Soy tu hermano.

Volvió ella su cabeza para atrás y al verlo le dijo:

- Me has asustado.



En ese momento llegaron los padres y también dijeron:

- Asustados estamos nosotros. Hija mía ¿Dónde te has metido?

Tardó un poco en responder y luego dijo:

- Ahora mismo lo estaba esperando.

- ¿A quién estaba esperando?

- Me dijo que, al amanecer, vendría un día de estos.

- ¿Dónde lo conociste y por qué te dijo que lo esperaras?

- Quizá no sepa explicarlo bien pero yo estaba sentada dentro de este chozo. Miraba las aguas del charco y me disponía a pescar una trucha cuando vi esa gran mariposa de siempre. Se puso muy cerca de mí y se me ocurrió preguntarle por la trucha de oro. En ese momento, yo no sé qué pasó pero, del charco y del río, surgió como una densa bocanada de vapor. Humo parecía y también niebla pero no era ninguna de estas dos cosas. Alguien se puso a mis



espaldas, posó las manos sobre mis hombros y me preguntó:

- ¿De verdad quieres ver y tener en tus manos la trucha de oro que vive en este río?

- Lo deseo con todas mi fuerzas.

- Pues no preguntes nada ni mires para atrás. Dame tu mano y déjate guiar.

Hice caso a lo que me dijo y al instante sentí el calor de su mano apretándose contra la mía. Tiró de mí, me levanté, lo seguí, caminamos despacio durante un rato, creo que cerca del cauce de un río porque hasta mis oídos iba llegando su ruido y luego me dijo:

- Mantén tus ojos cerrados hasta que yo te lo diga.

De nuevo le hice caso y, como unos diez minutos después, me volvió a decir:

- Prepara tu corazón porque voy a pedirte que abras los ojos. Mira concentrada todo cuanto ante ti aparezca, no preguntes nada, observa atentamente y no te pierdas ningún detalle. Cuando pase un rato, puedes hacer solo tres preguntas y luego tendrás que cerrar otra vez los ojos. ¿Estás preparada?

Y llenando de valor mi corazón le respondí:

- Lo estoy.

- Pues abre tus ojos ya.
Y los fui abriendo muy lentamente.

Guardó la hermana silencio y la madre, conteniendo la respiración, le preguntó:

- ¿Y qué viste?

- Antes de ver nada, a mis oídos empezó a llegar como el rumor de muchas aguas: cascadas, ríos y olas suaves. Impresionada por este rumor que más parecía música de regiones muy lejanas, miré para mi izquierda y vi no una sino ciento de cascadas de aguas muy limpias que caían como de Sierra Nevada. Y digo esto porque al fondo y a lo lejos, como a través de una gran ventana con cristales en todos los colores, se veía Sierra Nevada mucho más bella y misteriosa que la he visto en mi vida.

- ¿Te dijo o descubriste de dónde surgían estas cascadas?

- No me dijo ni descubrí nada ni tampoco me entretuve mucho porque, frente a mis ojos, a la derecha y al fondo, descubrí como una inmensa bóveda, toda reluciente y con hermosísimos brillantes incrustados en las paredes. Unos eran de color azul, otros rojos sangre, amarillos oro, verdes agua y bosque fresco…Era tanta la luz que entraba por la gran ventana que se



abría hacia Sierra Nevada, que toda la gran bóveda por dentro estaba intensamente iluminada. No era de noche sino claro día lleno de sol y cielos azules. Lentamente me fui volviendo para mi derecha y las paredes de la grandiosa bóveda cada vez parecían más transparentas y con millones de colores, brillantes y líquidos. Seguí girando mi cabeza y cuando llegué a lo que tenía a mis espaldas, descubrí una ancha escalera, tallada en cristal azul violeta. Y, de pronto, bajando por esta escalera, me vi yo. Toda engalanada con el más hermoso de los vestidos de seda, azul muy clarito con tonos verde agua y destellos rosados. Avanzaba despacio como en busca de algo y, en ese momento, lo vi frente a mí:

Alto, muy fuerte, joven como la luz de un nuevo día, ojos negros y pelo oscuro y todo vestido casi con los mismos colores de la gran bóveda. Me tendió
la mano y yo le ofrecía la mía y le pregunté:
- ¿Eres el príncipe de la Trucha de Oro?
Me dijo que sí y a continuación me indicó que solo podía hacer tres preguntas.
- Y ya has hecho una.

Me quedé un momento pensando y luego oí que me dijo:
- Se nos acaba el tiempo. Tienes que salir de aquí antes de que amanezca y te quedan dos preguntas.
Y sin esperar más pregunté:
- Este lugar donde estoy ahora ¿qué es y dónde se encuentra?
- Es parte de mi reino y se encuentra bajo los palacios de la Alhambra. En el corazón mismo de la gran montaña pero no pertenece a la dimensión en que viven los humanos.
- Y la trucha de oro que yo busco ¿de qué modo podré encontrarla?
- La trucha de oro vive en las aguas del río Darro. Yo soy el Príncipe de la Luz y dueño del Reino de la Belleza, parte de lo que ahora mismo estás viendo. Y también soy esa mariposa que tanto te gusta a ti y

has visto muchas veces. Ahora ya no puedes hacer más preguntas. Pero sí te diré que para encontrar la trucha de oro tienes que ver primero a la mariposa. Yo soy ella. Cuando me veas pregúntame y te diré dónde vive la trucha y de qué modo podrás cogerla. Y ya no puedo decirte nada más.

Y en ese momento, sentí como si para siempre perdieran la gran oportunidad que tanto tiempo he estado soñando. Por eso le rogué:

- ¡Por favor, permite solo una pregunta más! Solo una y ya está.

Me miró muy dulcemente y me dijo:

- Por la gran sinceridad con que me lo pides, te concedo hacer una nueva pregunta. La última. ¿Qué quieres saber?

- ¿Qué condición, cualidad o virtud se ha de tener para poder encontrar y coger la trucha de oro del río Darro?

- Solo una condición, cualidad o virtud que a su vez deriva en un puñado más. Para ver y coger la trucha de oro se ha de tener un corazón puro y hay que ser amante de la naturaleza y de lo bello. Ya te he dicho que mi reino es la belleza y yo soy el Príncipe de la Luz, símbolo de lo puro. Nadie verá ni cogerá nunca este pez de oro si no está en posesión de lo que te he dicho.

Guardó silencio durante unos segundos y luego me indicó:
- Debes cerrar los ojos, dame tu mano y prepárate para volver de nuevo a tu chozo y a tu charco.
Le hice caso, cerré otra vez mis ojos, sentí que de nuevo me dio su mano, caminamos no sé por dónde ni cuánto tiempo y cuando abrí los ojos vi que una densa bocanada de niebla salía de donde yo estaba. Miré y no lo vi pero sí descubrí que otra vez estaba en este chozo mío de siempre y junto al charco que conocemos.

La hermana guardó silencio como esperando algo. El hermano le preguntó:
- ¿Y por qué, cuando hace un momento puse mis manos sobre tus hombros, preguntaste que si era el príncipe de la luz?
- Él se llama así. Y me pareció entender que esta mañana mismo iba a volver por aquí. Lo estoy esperando porque no quiero que nadie se me adelante y encuentre la trucha de oro que yo necesito. ¡Si supieras lo hermoso que es y la luz, colores, música y belleza que hay en el palacio que me ha enseñado! El Reino de lo Bello ¡cómo será, Dios mío, de mágico!
Dijo la madre:

- Ahora vamos a volver a nuestra cueva. Tú estás cansada y seguro que tienes sueño y hambre. Y tu hermano, de la huerta nuestra, te ha traído un bonito regalo. En nuestra cueva y junto a tu cama, lo tengo para ti preparado. Luego esta tarde, tres horas antes de que se ponga el sol, tu hermano te acompaña y vuelves de nuevo a este lugar por si él quiere venir a verte o a decirte algo.

Diez minutos después, subían los cuatro por la sendilla que llevaba a la puerta de su cueva, en la ladera del Sacromonte. El sol ya se alzaba casi en la mitad del cielo de la mañana y daba de lleno sobre las torres y palacios de la Alhambra. El día se abría tan hermoso que todo, por las riveras del río, laderas del Sacromonte y colinas donde se alzan los palacios, parecía nuevo. Como si por primera vez alumbrara el sol en la Tierra.

Que no me quede ciego en Granada



Tenía su casa junto a las aguas del río Darro. En el tramo que hay entre el Paseo de los Tristes y la iglesia de San Pedro. Y su casa no era muy grande. Tenía solo un pequeño espacio, en la entrada, donde crecían algunas plantas: unos geranios, dos rosales, una maceta

con hierbabuena, una parra, un jazmín y un naranjo. Pero su casa miraba a la Alhambra. La entrada, la puerta y también la pequeña ventana de su habitación. Pero él, al despertarse cada mañana, lo primero que hacía era prestar atención a la corriente del río. Y al oír el rumor de las aguas, siempre decía:

- Gracias, Dios, porque me permites gozar de la música del agua. Que nunca pierda yo la capacidad de oír estas maravillas.

Y luego, lentamente se levantaba, abría su ventana, se asomaba a ella y, al ver sobre la colina la grandiosa figura de la Alhambra, otra vez decía:

- Gracias, Dios, porque un día más me regalas con la visión de esta fantasía. Que nunca me quede yo ciego en Granada.

Y a continuación se quedaba allí, asomado a la ventana intentando percibir la caricia del vientecillo fresco de la mañana. Y al sentirlo rozar la piel de su cara, de nuevo decía:

- Gracias, Dios, porque también me permites gozar de la suavidad del aire acariciando mi alma. Que nunca pierda yo la capacidad de sentir la caricia del aire tan puro que siempre se pasea a los pies de la Alhambra.

Y a continuación abría la puerta de su casa, salía al pequeño jardín, acariciaba con sus manos la maceta de hierbabuena, las ramas del naranjo y las flores del jazmín y otra vez decía:

- Gracias, Dios, por estos olores tan finos, a los pies de la Alhambra. Que nunca me quede yo incapacitado para percibir el perfume que a todas horas regala Granada.

Y luego bajaba a las aguas del río, lavaba sus manos en ellas, alzaba sus ojos para observar otra vez la Alhambra y volvía a su casa. Preparaba su mochila, cogía su gorro verde y también su cámara de fotos y salía a la calle. Por el Paseo de los Tristes subía despacio, remontaba la Cuesta de Chapiz, tomaba por el Camino del Sacromonte, subía por las

Y se ponía luego a escribir en su cuaderno. Siempre solo y siempre en silencio, con la figura de la Alhambra continuamente reflejada en sus ojos.

callejuelas del Barranco de los Naranjos y, por encima de las cuevas del Museo del Sacromonte, se paraba. Buscaba los pinos que en el puntal crecen, frente por completo a la Alhambra. De su mochila sacaba su cámara de fotos, también su cuaderno y ponía su gorro verde sobre la



hierba y, antes de ponerse a escribir, susurraba:

- Gracias, Dios, porque una vez más me has dado las fuerzas para volver a este balcón frente a la Alhambra, frente al río Darro y frente a Granada. Que nunca me quede yo sin energía para recorrer las calles, rincones y montañas de este reino tan lleno de magia.

Cuando se cansaba y sentía hambre, se comía su bocadillo, se levantaba, se iba siguiendo las veredas que surcan en Cerro de San Miguel Alto, bajaba al barrio del Albaicín, sobre su llanura en lo más alto y recorría las calles. Se asomaba al Mirador de San Nicolás, hacia fotos mezclado con los turistas y luego seguía bajando por la Cuesta de San Gregorio. Llegaba a Plaza Nueva y seguía caminando hasta perderse por Puerta Real, Carrera de la Virgen, Paseo del Salón y río Genil. De vez en cuando, por aquí se paraba, miraba las aguas del río y luego a las cumbres de Sierra Nevada, hacía algunas fotos y, a continuación, seguía diciendo:

- Gracias, Dios, por permitirme hacer estas fotos y escribir en mi cuaderno las cosas que veo y siento cuando voy por las calles de Granada. Que no me muera yo antes

de proclamar a los cuatro vientos la belleza que cada día me regalas.

Y esto era lo que él vivía y sentía cada día desde que se levantaba. Hasta que una tarde, otoño y con nieblas sobre la colina de la Alhambra, caminaba por Plaza Nueva. Volvía a su casa y junto a la puerta de la iglesia, vio al anciano sentado pidiendo limosna. Frente a él se había parado un matrimonio y oyó que el hombre comentaba con ella:

Dadle limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada.

Y vio que ella le regaló unas monedas. Siguió caminando por el que dicen es el paseo más bello del mundo, Carrera del Darro, al encuentro de su casa. Y al alzar los ojos y ver una vez más la grandiosa figura de la Alhambra coronando, susurró despacio:

- Gracias, Dios y te pido que nunca me olvide yo de dar las gracias. Por mi sencilla casa, por este río tan limpio, por la presencia de la Alhambra, por el airecillo fino, por la ciudad de Granada…

Porque no hay desdicha más grande
que conocer Granada
y olvidarse
de dar las gracias.


El Más Bello Mirador

Dibujos: Jenni Horton, Finlandia
Primera edición 24-8-2014
Granada, 2010-2014

ÍNDICE



El más bello mirador de la Alhambra



Vivía en la torre más bonita y alta. Desde donde se veía no solo la amplia Vega de

Granada, todo el barrio del Albaicín y cuenca del río Darro, sino también las cumbres de Sierra Nevada y valles y laderas del Genil. Y disfrutaba él, cada día contemplando desde su torre, estos fantásticos paisajes, las salidas y puestas del sol y las nieves blancas de las altas cumbres. Pero con frecuencia les decía a sus amigos:

- Aunque esta torre mía y sus ventanas, son un mirador único, no es lo que a mí de verdad me gustaría.

- Pues hombre, mayor fantasía que tu recia torre, sus ventanas y los paisajes que desde aquí se ven, es imposible encontrarlo en Granada.

- En algún lugar del mundo y puede que no lejos de aquí, tiene que existir lo que sueño y deseo cada día.

- Pues cuando lo encuentres, nos lo dices y nos lo enseñas.

Y desde aquel día, cada mañana a primera hora, montaba en su caballo blanco, le abrían las puertas de las murallas de la Alhambra y lento se dirigía hacia las montañas de Sierra Nevada. Llevaba siempre con él, además de su caballo, unas alforjas de cuero llenas de monedas de oro y algunas cosas para comer al media día. Por las orillas del río Genil y otras veces por las montañas y campo a través, trotaba y, de vez en cuando, se paraba. Miraba para atrás, buscando la figura de la Alhambra y luego extendía sus miradas por la ancha vega de los ríos y para las blancas

cumbres de Sierra Nevada. Y una vez y otra se decía: “Este lugar es bonito pero no me deja satisfecho. Lo que sueño y quiero tiene que ser fantásticamente bello y único. Quiero que tenga mucha hierba, abundante agua clara, la luz más brillante del mundo, los colores más puros y la vista más reluciente que se pueda observar de la Alhambra y de Granada. Y también quiero



que tenga silencio, música de cascadas, perfume de flores frescas y, sobre todo, libertad auténtica y sin mancha”.

Y uno de aquellos días, al llegar a un valle muy recogido, se encontró con un pastor de ovejas. Cerca de él paró su caballo y le preguntó:

- ¿Conoces tú algún lugar por estas montañas, que tenga mucha hierba, abundante agua clara y tierras buenas?
- Sí que lo conozco, señor.
- ¿Me lo enseñas?
- No está lejos de aquí. Sígame usted y se lo muestro.
Caminaron un trecho siguiendo la senda del arroyuelo, el pastor delante y él detrás montado en su caballo y al poco salieron a un claro del bosque. Se paró el pastor y alzando sus brazos dirección a las cumbres de Sierra Nevada, aclaró:
- Este es el lugar que le he dicho. Mire usted despacio y diga si le gusta o no es esto lo que viene buscando.
Miró despacio desde lo alto de su caballo y al rato confesó:
- Sí, esto es lo que yo siempre he soñado. ¿Tú quieres ayudarme?
- ¿En qué necesita usted ayuda?

Despacio y con detalles, le contó al pastor el sueño de su proyecto y al final le dijo:
- Te nombraré encargado y director general de esta obra mía y te daré todo el oro que necesites si me ayudas y consigues llevar a cabo el sueño que te he contado.
Y el pastor respondió:
- Yo le ayudo a usted pero con dos condiciones.
- ¿Qué dos condiciones?
- Que me deje libertad para hacer las cosas a mi manera y que usted no vea nada de esta

obra hasta que todo esté terminado. Hasta que yo se lo diga y en el momento concreto.

- Estoy de acuerdo contigo. ¿Cuándo empezamos?

- Cuando usted quiera.

- Pues ahora mismo. Estas alforjas que traigo aquí, las tengo llenas de monedas de oro. Desde este mismo momento son tuyas. Para que compres y pagues todo lo que necesites, con toda la libertad que me has pedido. Volveré por aquí y te traeré las alforjas llenas de monedas de oro cada día y no me entremeteré en nada de lo que digas o hagas. Eres libre como el aire de estas montañas y confío en ti plenamente. ¿Qué más necesitas?

- Quizás me sobre todo este gran tesoro que me entrega y, por eso ahora mismo, ya no necesito nada más. Pero por si acaso y ahora al principio, usted traiga todo el oro que tenga y pueda.

Se bajó de su caballo, descargó la alforja llenas de monedas, se la dio al pastor y luego miró valle arriba y dijo:

- Este río de agua clara, esas laderas tupidas de bosque y de hierba fresca, las tierras que miran al sol de la mañana y aquellas cumbres tan bonitas y blancas, es lo que siempre he soñado. El lugar y mirador más bello de Granada, no lejos de la Alhambra y desde donde podré ver el mejor y más amplio espectáculo. Me gusta este sitio. Creo que no hay otro en ninguna parte del mundo desde donde disfrutar de la visión de la Alhambra, de

su entorno y de todo el reino de Granada. Ponte ahora mismo mano a la obra y no tengas prisa ni tampoco te preocupes por el dinero. En tus manos pongo mi gran sueño.

Dejó las alforjas llenas de monedas de oro a los pies del pastor, lo despidió y regresó a la Alhambra. Y el pastor, en una profunda cueva que se abría en la roca cerca de la corriente del río y que él conocía muy bien, entró y guardó las monedas. En un rincón de la gran sala que la cueva tenía, según se entraba a la derecha. Salió luego, buscó a sus amigos y conocidos y les dijo:
- Tengo que ausentarme por unos días. Cuidad de mi rebaño de ovejas y cuando vuelva os lo pagaré. Y también compartiré con vosotros un milagro del cielo que ha ocurrido hoy por el Valle de la Luz.
- Pues ve tranquilo y regresa cuando puedas. Y despacio, luego también nos cuentas qué milagro es el que ha ocurrido hoy por ese lugar de las montañas.

Se ausentó el pastor y aquella misma tarde, habló con el dueño de las tierras del Valle de la Luz y se las compró. Habló luego con muchas familias que conocía en el barrio del Albaicín y del Realejo y a todos les dijo:
- Desde ahora, tenéis casa, tierras para cultivar, agua clara en abundancia y toda la libertad que siempre habéis soñado. Para vivir feliz y todo completamente gratis.

- ¿Dónde es eso y qué tenemos que hacer para conseguirlo?
Preguntaron incrédulas las familias. El pastor les explicó su proyecto y al día siguiente, muchas familias se presentaron en el Valle de la Luz.



Por encima de la cueva donde el pastor había guardado el oro, en una pequeña llanura cerca de la cascada, reunió a todas las familias que iban llegando. Se puso frente a ellos, sobre una alta roca y les dijo:
- A todo el que quiera, le regalo ahora mismo un buen trozo de tierra de las mejores de este valle. Por esa gran ladera frente al sol y en lo más alto de las cumbres y por las partes bajas y junto al río de aguas claras.

Y enseguida algunos preguntaron:
- ¿Y qué tendremos que darte nosotros a cambio de tu regalo?

- Absolutamente nada. Pero sí que es un regalo con algunas condiciones.
- ¿Qué condiciones?
- Solo tres, muy sencillas y fáciles de cumplir.
- ¿Cuáles son?
- Que cultivéis con esmero cada uno de los trozos de tierra de este rincón, respetando al máximo la naturaleza. Que cada uno de vosotros se construya una bonita casa de paredes blancas en la ladera de enfrente de las tierras de cultivo y que en vuestros ratos libres, me echéis una mano en la obra que tengo que construir.
Un poco desconcertados estaban los allí presentes aunque satisfechos con las condiciones que les ponía el pastor. Por eso varios preguntaron:
- ¿Y qué obra es la que tienes que construir?
- Una muy grande, de cal, arena y piedras en lo más altos de la montaña que forma este valle. Y como será tan grande, ha de ser única tanto en Granada como en el mundo entero.

Y las familias, después de hablar mucho entre ellos y reflexionar sobre los pros y contras, dijeron:
- Estamos de acuerdo en las condiciones que nos pides. ¿Cuándo tomamos posesión de las tierras?

- Desde hoy mismo, en este instante, os podéis poner mano a la obra. Entre vosotros poneros de acuerdo y hacer las cosas como más os guste, teniendo en cuenta solamente las tres condiciones que os he dicho.
- Pues ahora mismo damos comienzo a esta fantástica aventura.
Dijeron todas las familias allí presentes. Y en aquel mismo instante se pusieron mano a la obra. Entre ellos se repartieron las tierras fértiles de la ladera del sol y las más cercanas a las aguas del río. En la ladera de enfrente, por encima de la cueva y en lo más alto, abrieron cimientos y comenzaron a construirse sus casas. Cada familia una y procurando que todas fueran más o menos iguales. Y por las riveras del río, se pusieron a sembrar árboles frutales: higueras, membrillos, ciruelos, cerezos, perales, parras…

Cada mañana, el soñador de la Alhambra, seguía llegando al lugar montado en su caballo blanco. Saludaba al pastor, le entregaba algunas monedas de oro y luego preguntaba:
- ¿Cómo va la construcción de mis sueños?
- Va todo muy bien, señor.
- ¿Cuándo podré verla y disfrutarla?
- Tiene usted que esperar todavía bastante tiempo. Una obra como ésta es complicada y hay que dedicarle mucho esfuerzo.
- ¿Y ni siquiera puedo observarla desde lejos?
- Es una de las condiciones que pastamos. Hasta que todo esté terminado, usted no podrá

contemplar el valle ni ver la obra que ahí levantamos.

Despedía el hombre al pastor y luego, muchas veces, se quedaba allí, junto al río. Por debajo de la gran cascada, cerca del charco azul redondo, donde se bañaba, comía en solitario, siempre mirando para la Alhambra y siempre soñando con el mirador del Valle de la Luz. El pastor nunca lo molestaba ni tampoco las familias ya dueños del valle. Sus casas, según iba pasando el tiempo, emergían blancas sobre la ladera del sol y sus huertos, se llenaban de verdes frescos, de árboles cada vez más grandes, con muchas flores en primavera y cargados de los mejores frutos, en verano y en otoño. Así fue como, según corría el tiempo, meses, algunos años y más meses y semanas, la belleza del valle aumentaba.

Hasta que un día, seis años después del primer encuentro con el pastor, éste una mañana le dijo al hombre soñador:
- Llega la primavera y por fin, la obra que para usted hemos estado construyendo, se encuentra terminada. Mañana por la mañana, usted puede entrar conmigo al valle y subir al mirador de sus sueños.
- Desde este momento, ya solo vivo esperando que amanezca mañana.
Dijo el hombre. Y al salir el sol al día siguiente, montado en su caballo, entraba por las veredas de las partes bajas del valle. Y al ver la ladera de la izquierda, toda repleta de huertos y tierras

llenas de vegetación, se quedó sin aliento. Y más se sorprendió al ver la ladera de la derecha, por donde más de mil casas de paredes blancas y casi todas iguales, emergían como asomadas a las aguas del río. Y río arriba, los árboles y vegetación, llenaban de colores y sombras, todo el amplio valle. Dijo:

- De ningún modo podía yo imaginar que esto fuera tan bello y mágico. ¿Cómo lo has conseguido?

- Con el sudor de la frente y la bendición del cielo.

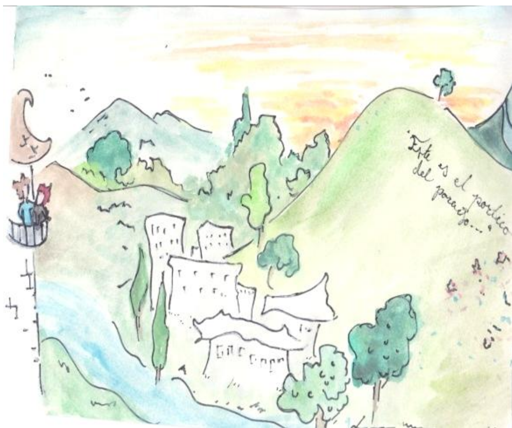
Caminaron un buen trecho, el hombre sobre su caballo y el pastor delante y al llagar a la construcción, por encima de la cueva de las monedas, se bajó del caballo. Por un camino todo de piedra, subió guiado por el pastor y comenzaron a remontar hasta las partes más altas del valle. Y según iban subiendo, de vez en cuando se paraba y miraba para atrás. Al fondo, a lo lejos y cada vez con más claridad y fuerza, iban descubriendo las torres de la Alhambra, la ciudad de Granada, sus ríos y la Vega. Y según miraba exclamaba:

- Mucho más hermoso de lo que siempre yo había imaginado.

- Pues subamos un poco más y lleguemos al mirador.

Siguieron caminando y cuando por fin alcanzaron la plataforma del mirador, todo de piedra tallada y mármoles blancos y verdes, el hombre se paró. Cerró los ojos, respiró

profundo y luego poco a poco comenzó mirar. Cuando por fin sus ojos se abrieron por completo y pudo contemplar lo que desde el mirador se veía, se quedó todo quieto. No dijo nada, miró largamente en silencio y pasado un buen rato comentó:



- Este mirador, esas laderas tan verdes que caen hacia el río y aquel enjambre de casitas blancas como la nieve de Sierra Nevada, es el pórtico del paraíso. Nada, en ningún otro lugar del mundo, puede ser más bello.

Y entonces el pastor, abriendo un gran cofre que había colocado a la derecha del mirador, de madera tallada y decorado con pequeñas piedrecitas de cuarzo transparente, dijo al hombre soñador:

- Y aquí tiene usted todas las monedas de oro que me ha ido entregando desde el primer día. Solo algunas hemos necesitado pero luego fuimos recuperándolas poco a poco.

Y aquel día, el hombre soñador, ya no regresó a su torre de la Alhambra. En el mirador del Valle de la Luz, se quedó a vivir con las familias y su amigo el pastor. Y aunque al día siguiente y los que vinieron después, fueron a buscarlo, no lo encontraron. Tampoco en aquellos días, nadie pudo descubrir el Valle de la Luz. Aun hoy en día nadie sabe dónde se encuentra este magnífico lugar. Pero cuando las nieblas cubren las laderas de las montañas de Sierra Nevada, sí algunos dicen que se vislumbra el valle, con su gran mirador en lo más alto, los huertos y las casas blancas en la ladera del sol. Y otros comentan:
- Si el Valle de la Luz, era el pórtico del paraíso, pertenece a la eternidad y por eso es lógico que siga existiendo. Pero para verlo, quizás sea necesario tener el corazón tan hermoso y puro como el de aquel pastor.



La acequia del río Darro

El agua que corre a los pies de la Alhambra,
savia de los altos montes
por donde se acumulan las nieves blancas,
tiene alma propia
y en su corazón, la eternidad tallada.
Las acequias, fuentes y el río Darro,
cada día lo anuncian al llegar el alba.

Desde su nacimiento, en la Fuente de los Porqueros, por encima del pueblo de Huétor hasta su desembocadura en el río Genil, el río Darro tuvo y tiene muchas acequias. Pequeños canales artificiales, la mayoría de tierra y construidos en tiempos antiguos, para llevar el agua a las huertas, casas y cuevas. Muchos de estos canales, eran y son pequeños, de recorrido corto y de escaso caudal de agua. Otros eran y son largos, con mucha agua, como es el caso de la Acequia Real de la Alhambra o la de Aynadamar. Bastantes de estas acequias, regaban y siguen regando las tierras llanas en las riveras del río Darro. Otras, alimentaban molinos de aceite y de harina y muchas servían para llenar aljibes, sustentar fuentes y regar jardines en las casas particulares y cármenes.

Justo mismo donde nace este río, Fuente de los Porqueros o Nacimiento, ya hay acequias. Dos muy grandes que por la derecha y por la izquierda, llevan agua a molinos, olivares, tierras de cultivo, pequeñas vivienda y

al pueblo mismo y a más huertas. A su paso por el pueblo, al río le siguieron construyendo acequias. Ya por debajo del pueblo y hasta el paraje de Jesús del Valle, a un lado y otro, siguen saliendo canales. Uno de estos canales aun alimenta a una pequeña fábrica de luz. Más abajo se remansa la presa de la Acequia Real de la Alhambra y luego las tierras y cortijo de Jesús del Valle. Por este sitio, las acequias no solo regaban tierras sino que alimentaban molinos de aceite y de harina y daba agua a viviendas, pilares y corrales de animales. Y desde este hermoso valle hasta Valparaíso, seguía y aun sigue saliéndole acequias a este corto pero fantástico cristalino río Darro.

Hoy en día, desde Jesús del Valle para abajo, muchas de las acequias antes mencionadas, están rotas o perdidas pero por Valparaíso y hasta cerca del Puente del Aljibillo, todavía hay una que tiene vida propia y es útil. Algunas personas aún conservan sus huertecillos por las riveras del Darro y, sobre todo, por Valparaíso y Fuente del Avellano. Por eso es justo aquí, por donde los parajes de la Fuente del Avellano, frente a la Abadía del Sacromonte y las laderas de las cuevas, por donde aun corre la Acequia del Avellano. En tiempos antiguos a esta acequia se le conocía hasta con tres nombres deferentes: Acequia de Santa Ana, de Romaila y de los Ajares. Sale del río por encima de la Abadía y, por el lado de la umbría del Generalife, desciende paralela al cauce elevándose poco a poco hasta por

debajo del Rey Chico. En la misma umbría del Generalife y a media altura y parte alta, se encuentran las dos más grandes acequias que le han construido a este río: la Acequia Real de la Alhambra y la del Generalife. Pero la pequeña acequia del Avellano, tenía y tiene algo que no se da en ningún otro canal de este río.

Fue construida esta acequia en tiempos muy lejanos. Casi antes que la Alhambra y principalmente para regar huertecillos. También para regar jardines de cármenes y para que de ella cogieran agua algunos habitantes de los barrios por debajo de la Alhambra. Aun hoy en día sucede esto. Pero en aquellos tiempos, para lo que más servía el agua de esta acequia era para dar vida a las tierras de los huertos que vengo diciendo. Por eso, siguiendo su trazado, a primeras horas del día y al caer las tardes, siempre se veían hombres que iban y venían con sus herramientas de labor a cuestas. Al encontrarse unos y otros, se saludaban y preguntaban:

- ¿Qué? Tu huertecillo este año ¿va a darte buena cosecha?

- Más o menos como el año pasado. ¿Y el tuyo?

- Mis plantas están que dan gusto verlas. Con esta agua tan buena y fresca que a todas horas nos regala el río y este sol de primavera, mi

huertecillo creo que me va a dar una muy buena cosecha.

- Pues hay que agradecerle al cielo que nos premie con este tesoro de río de tan abundante agua fresca y pura.

- Eso desde luego. Y también hay que agradecer la suerte de vivir en este lugar tan bueno y este barrio y ciudad tan mágica. Montañas, bosques y ríos, hay en muchos lugares del mundo pero como las maravillas que aquí tenemos, no existe en ninguna otra parte del planeta.



Y al caer las tardes, en aquellos todavía frescos días de primavera, estos hombres se juntaban. Justo por debajo de lo que hoy es la Fuente del Avellano y cerca de la

acequia, encendían un fuego. Alrededor de sus llamas se sentaban y mientras contemplaban irse el sol, derramando sus últimos rayos sobre las torres de la Alhambra, charlaban. Se repartían entre ellos algunos frutos de los huertos y, mientras se calentaban y charlaban, gozaban del rumor del agua y del brillo de las estrellas en los cielos de Granada. Nadie le daba importancia a estas sencillas reuniones de aquellos hombres pobres. Pero aun hoy en día, cuando se recorre este trozo de acequia, el corazón se asusta y se alegra.

Porque, junto al fuego, cerca de la clara acequia y no lejos de las tierras de sus huertecillos, ellos parecen haberse quedado para siempre. Compartiendo las llamas de la lumbre, hablando de sus sencillas cosas y mirando a las estrellas. Por eso, esta acequia del Avellano y en este tramo concreto, tiene alma propia y es muy diferente a todas las demás acequias del río Darro. A través del tiempo, ellos siguen vivos por aquí y como contemplando y gozando del agua que corre a los pies de la Alhambra.

Sentimiento de pérdida



Junto a la corriente del río, por el lado de arriba de lo que hoy es el Paseo de los Tristes, tenía un trozo de tierra. Solo unos metros cuadrados que compró ahorrando cada día algunos céntimos, a lo largo de muchos años. Vendiendo leña que recogía en las montañas, haciendo algún recado a personas importantes, gastando para comer solo lo justo y necesario y vistiendo ropas pobres. Porque su ilusión, la mayor de las ilusiones de su vida,

era comprarse este trozo de tierra y construirse una bonita casa. Se decía: “Me la haré yo mismo porque quiero que sea lo más parecida al sueño que dentro de mí llevo. Para que el día que me muera, quede de mí algún recuerdo en este mundo”.

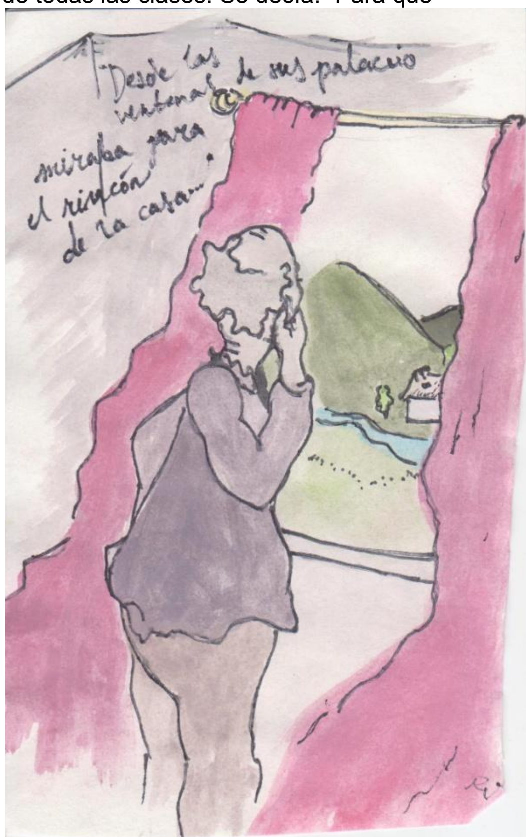
No tenía el hombre ni mujer ni hijos y sus padres, ya muy mayores, habían muerto años atrás. Pero sí conoció, en su primera etapa de su juventud y un tiempo que estuvo en el extranjero, a varias personas. Todas jóvenes con las que congenió muy bien y por eso los abrigó dulcemente en su corazón. Se decía: “Estos cuatro amigos míos, son los que de verdad merecen todo mi cariño. Y como siempre han sido buenos conmigo, mi mayor deseo es regalarles un día, lo mejor que de mí tengo. Pero quiero hacerlo en forma de obra material, bella y única para que así, cuando yo muera, mi memoria no se pierda de este suelo. Y como libros no sé escribir ni tampoco sé pintar cuadros ni dar forma a esculturas bellas, lo único que puedo dejarles es una casa aquí en Granada. Junto al río Darro y frente a la Alhambra. Verán ellos que de este modo, entregándoles lo más personal de mí, los aprecio y quiero como a nadie en este mundo. Y a mí, ninguna otra cosa me va a dejar más satisfecho, ahora mientras viva y cuando un día muera”.

Y a partir del momento en que ya fue dueño del terreno, comenzó con el trabajo de la

construcción de la casa que soñaba. Del río Darro cogía arena, graba y agua y con este material, después de cavar las zanjas, comenzó a rellenar los cimientos. De los montes y con un borriquillo que los conocidos le prestaban, acarreó piedras y palos y con ellos comenzó a levantar las paredes. En los ratos que le quedaban después de realizar el trabajo con el que sacaba algo para comer. Pero en los ratos libres, por las tardes y en ocasiones también por las noches a la luz de la luna, trabajó muy duro y sin descanso. Poniendo en cada esfuerzo y detalle, lo mejor de sí y el cariño más grande. Se decía: "Nada satisface más en esta vida que ser libre y hacer aquello que uno sueña. Y nada deja mejor sabor de boca que dar forma y vida al propio proyecto personal. Cada día estoy más contento con esto que he emprendido y, aunque estoy dejando en ello mi sudor y sueño, no me arrepiento. Al contrario, me siento orgulloso de mí y de la bonita obra que voy a dejar en este suelo, cuando muera".

Con estas reflexiones e ilusión, el hombre trabajaba y trabajaba y a apenas paraba para dormir un poco por las noches. Y cuando esto ocurría, mientras cogía el sueño,
le daba vueltas en su cabeza a las ideas. Buscando una vez y otra la forma de que cada día fuera más recia, bonita y perfecta. Y lo iba consiguiendo poco a poco. Se alzaron los cimientos, se vieron las paredes, aparecieron

las ventanas y, en la puerta, ya crecían plantas de todas las clases. Se decía: “Para que



cuando vengan mis amigos tengan, además de esta bellísima casa mía para disfrutarla,

también un pequeño jardín y fuentes y acequias con las aguas claras del río Darro. Para mí será el día más feliz de mi vida y ellos, los que tanto han soñado en vivir cerca de la Alhambra, seguro que también serán dichosos. Y no se lo diré pero bien lo sabe el cielo que lo único que pido de todo esto es solo que mi memoria quede después de muerto. Que esta obra mía recuerde y sea mi presencia por mucho tiempo en esta tierra".

Cerca de donde él se construía su casa de piedra, grava y arena del río y madera de las montañas, otro hombre tenía un pequeño palacio. También frente a la Alhambra, con un jardín no muy grande y fuentes con aguas claras. Y este hombre, casi desconocido en todo el barrio del Albaicín y en la Alhambra pero muchos decían que era muy rico, mostró su descontento a los pocos días de ver las obras de la casa del hombre soñador. Desde las ventanas de su palacio miraba para el rincón de la casa y se decía: "¡Mira que donde ha venido a construirse su casa este pobre hombre! No me gusta nada y como ni de su casa ni de él voy a sacar ningún provecho, tengo que buscar la manera de fastidiarlo".

Llegó a oídos del hombre soñador lo que el hombre del palacio tramaba contra él y se llenó de miedo. También en sus momentos de serenidad, se decía: "¡Mira que si viene contra mí y me ataca y destruye la obra de mi vida! Esta casa mía es el único y para mí

importante sueño de mi vida en este mundo. Si me lo rompe, todo para mí quedará sin sentido y ya no tendré ni un solo motivo para seguir viviendo. Que el cielo no permita que esto ocurra nunca". Y a partir de aquellos días empezó a vivir lleno de miedo y hasta triste pensando en que el hombre del palacio, en algún momento, le rompiera la única y valiosa obra de su vida.

Y sucedió que un día, el hombre soñador ya tenía su casa casi terminada. Por eso les había dicho a los amigos que vinieran cuando quisieran para quedarse a vivir, si les apetecía y para disfrutar de la obra de sus sueños. Los amigos le dijeron que sí, que vendrían pronto a Granada para ver y disfrutar de su casa, junto al río Darro y frente a la Alhambra. Por eso, un bonito día de otoño, después de muchas lluvias, salió el sol. Los campos a norte de Granada estaban repletos de verde, con agua por todos sitios y vestidos con los colores del otoño, los bosques y almendros. Sus amigos vendrían al día siguiente y para obsequiarlos con algo especial, el soñador, cogió una cesta de mimbre, caminó por las veredas hacia las montañas al norte de Granada y cuando llegó al sitio oportuno, se puso a buscar setas. Se decía: "Los obsequiaré con los mejores níscalos nacidos en estas montañas, asados en las brasas de la lumbre de la chimenea de mi casa. Para que ellos nunca se olviden ni de mí ni de mi casa ni de este día tan especial".



Encontró el hombre una muy buena cantidad de níscalos, recogió un gran haz de leña seca y al caer la tarde, regresó por los caminos dirección a Granada, río Darro y a su casa. Caía el sol cuando, por entre los huertecillos del río, se acercaba a su casa, todo contento y feliz. Y al salir de una pequeña curva en el camino miró y no vio a su casa. En su lugar descubrió un montón de escombros y chorros de humo saliendo de estos escombros.

El corazón le dio un vuelco y se restregó los ojos para ver mejor. Caminó despacio, todo lleno de miedo y temblando y en unos minutos estuvo a dos pasos de lo que había sido su casa soñada. Porque ahora y ante sí, solo veía ruinas, escombros, humo, plantas destrozadas y las paredes y madera de la obra de sus sueños, esparcidas por el suelo. Se puso a solo

unos metros, caminó más despacio, se volvió a restregar los ojos, ahora para limpiarse las lágrimas y triste, ahogado en una angustia casi de muerte, se dijo: “Y ahora ¿qué hago yo? ¿Qué les voy a ofrecer a mis amigos cuando lleguen mañana? Ya no tengo por aquí ni para vivir ni para perpetuar mi recuerdo después de mi muerte. Por eso quisiera morirme ahora mismo. ¡Dios mío, llévame contigo porque nada ahora ya en este mundo tengo! Con las ruinas de este sueño mío, ahora extendidas ante mis ojos, queda sin sentido toda mi ilusión y esfuerzo. No quiero seguir viviendo. Dios mío, llévame ahora mismo contigo”.

Y a la luz de la luna, por entre las nubes de humo que se alzaban desde las ruinas de lo que había sido su casa, se veía al frente la Alhambra. Se oía el rumor de las aguas del río, el canto de algún mochuelo y todo lo demás, era silencio, empañado por los lamentos del hombre soñador. Ni siquiera su corazón parecía palpitar pero sí la angustia, el miedo y el desconsuelo, le oprimía en el pecho y parecía ahogarlo sin remedio.

Un paraíso en Granada



“Cultivar en el alma y corazón, la paz y respeto para con los demás, es lo mejor que podemos hacer en esta vida y suelo”. Este era su lema y lo que en todo momento practicaba. Principalmente, con los más pobres, los que no sabían leer y escribir y, de alguna manera, la sociedad despreciaba.

El hombre era rico. Decían que el más rico de todo el reino de Granada en aquellos tiempos. Y tenía muchos, muchos amigos. En el barrio del Albaicín, en la ciudad de Granada, en toda la Vega y, especialmente, en la Alhambra. Los reyes de estos palacios, lo

admiraban mucho y por eso, siempre que tenían oportunidad, le preguntaban:
- No sabemos cómo lo consigues pero nosotros, los que tenemos el poder y las riquezas, siempre estamos metidos en guerras, matando gente por doquier, haciendo esclavos, peleándonos unos con los otros, imponiendo cargas a los demás… Y en cambio tú, a todas horas estás rodeado de amigos, de personas que te quieren y tratan con respeto y te dan lo mejor de sí mismos. ¿Cómo lo consigues?
Y el hombre les contestaba:
- Nada especial hago yo para conseguir tantos amigos.
- ¿Entonces?
- Solo me limito a ver en cada persona un ser digno de respeto y cariño y esto, ellos me lo agradecen y devuelven también en forma de respeto.
- Pero ¿cómo lo consigues?
- Teniendo siempre presente que lo principal, para ti, para mí y para todos, es solo eso: cultivar en el corazón y alma, la paz y respeto para con todos.
- Pero entre nosotros ¿por qué practicamos lo contrario?
- Porque tenéis miedo a perder el poder y las riquezas. Queréis ser ricos y poderosos a toda costa y eso os lleva someter a los demás, organizando guerras, imponiendo injustos impuestos, haciendo esclavos y tratando a las personas como si no tuvieran derechos ni dignidad.

Y al oír estas palabras, algunos de los reyes de la Alhambra, se iban con su amigo el hombre rico. A las tierras que este hombre tenía en el corazón mismo de la Vega de Granada. Y allí, en su cortijo llamado en aquellos tiempos alquería, se quedaban durante algunos días. Disfrutando especialmente de los hermosos jardines, estanques de aguas claras, fuentes cristalinas, acequias y ríos y también del perfume de las plantas y cantos de los pajarillos. También disfrutaban ellos mucho de la paz y silencio que toda la alquería rezumaba y del trato sincero que recibían de las personas que por allí había. Y lo que más les gustaba a estos reyes de la Alhambra, era ver lo que hacía y cómo se comportaba su amigo rico, con las personas que en sus propiedades trabajaban.

Cada mañana, al salir el sol él siempre era el primero en levantarse. Vivía con su familia en unos de los pabellones del cortijo. Por eso, en cada momento, estaba en contacto y charlaba con las personas que a sus órdenes tenía. Y lo primero que hacía cada mañana al salir el sol, era ponerse frente a las cumbres de Sierra Nevada, respirar el aire puro que de esas cumbres venía y luego rezaba, dando gracias a Dios y pidiéndole fuerzas y luz para hacer las cosas bien en el nuevo día. Luego, se iba al lado de cada uno de sus trabajadores, los saludaba, comía con ellos y charlaban de mil cosas y, cuando llegaba el momento del

trabajo, el primero en ponerse mano a la obra, era él.



Azada en mano, labraba la tierra, la regaba, quitaba las malas hierbas y escardaba las plantas, siempre a la par de los que a sus órdenes tenía. Cuando llegaba la hora del descanso, un tiempo más o menos largo después de unas horas de trabajo, él mismo decía:

- Vamos a respirar un poco mientras saboreamos un té.

Siempre había alguno encargado de tener a punto esta bebida y allí mismo, entre las plantas, cerca de las acequia o de las aguas del río, se concentraban y durante un rato charlaban y compartían las cosas sencillas de sus vidas. Al caer las tardes, dos horas antes

de que se pusiera el sol, siempre les decía a todos lo que trabajaban en su alquería a cambio de un sueldo:
- Ha llegado otra vez la hora del descanso. Venid todos conmigo al cortijo que quiero compartir con vosotros algo que os interesa mucho.

Todos le seguían, con sus manos llenas de barro y sus caras impregnadas de sudor, lo mismo que el dueño, el hombre rico. En una de las salas del cortijo, preparada para el encuentro, se reunían y entonces el hombre rico les decía:
- Gracias a todos por esta nueva jornada de trabajo. Estoy contento con cada uno de vosotros y más contento estoy por el cuidado que ponéis en cultivar y labrar estas tierras mías. Este año vamos a tener le mejor cosecha y eso será bueno tanto para mí como para vosotros. Entre todos nos repartiremos los frutos que de aquí saquemos. Y ya sabéis: quiero que aprendáis a leer y escribir para que cada vez seáis más libres. Cuanto más cultura tiene una persona más preparada está para ser libre y practicar el respeto con los demás. Y quiero que transmitáis a vuestros hijos lo bueno que es el disfrute y amor por todas las personas, con la naturaleza y con Dios. Solo de este modo es posible construir aquí en la tierra, el paraíso que todos siempre soñamos.

Y los que trabajaban con el hombre rico, siempre decían:

- Pues nosotros estamos más contento con usted cada día. Nos paga bien, nos trata mejor, nos enseña la bondad y el respeto y por eso, también cada día vamos a trabajar más, procurando hacer todo lo mejor posible. Usted y su forma de comportarse con nosotros y también su familia, se lo merecen.
Y los reyes de la Alhambra, al ver y oír estas cosas, en un ambiente de tanta armonía y en tan hermoso lugar, decían:
- Parece un sueño pero desde luego que el paraíso tiene que ser algo muy similar a esto.
Y el hombre rico les argumentaba:
- Tenéis razón: ya estáis viendo que el paraíso es posible en este suelo con solo cultivar en el alma y corazón, la paz y el respeto para con los demás. El odio, la envidia y la opresión, destruyen mientras que el amor por lo bello, las personas, Dios y la naturaleza, engrandece y lleva al gozo del paraíso más hermoso.

El oro de las montañas de Granada

En tiempos pasados, en Granada, muy cerca de la Alhambra y por donde el río Darro, hubo oro. Al parecer, en cantidades pequeñas pero suficientes para que muchas personas lo buscaran. Personas pobres, otras en forma de empresas y hasta parece que también los reyes de la Alhambra. No han hablado muchas personas de esto ni tampoco hay gran cantidad de documentos que lo acrediten.

Pero al norte de Granada, antes de las altas cumbres de Sierra Nevada y entre los ríos que por estos lugares corren, vivían ellos. Eran tres, bastantes pobres pero tenían lo suficiente para ir tirando. Cada uno cuidaba un pequeño rebaño de ovejas, algunas cabras y cultivaban varios trocitos de tierra junto a las aguas de los ríos. Y eran felices con la pequeña fortuna de sus rebaños y con lo que la naturaleza por estos lugares de regalaba: dos ríos de aguas muy claras, algunos arroyuelos, con sus manantiales bajo las rocas o en los troncos de los árboles, las blancas nieves de Sierra Nevada y la purísima luz del sol que el Creador les proporcionaba cada mañana.

Por eso ellos tenían costumbre, desde hacía mucho tiempo, de juntarse cada amanecer y en un lugar muy concreto de sus montañas. En uno de los cerros más alto y bonitos que por aquellos lugares había. Estaba poblado este cerro de espeso bosque de encinas y robles, tenía rocas muy grandes y bellas y, en las partes bajas, brotaban varios manantiales. De aguas frescas y muy limpias porque venían de las nieves de Sierra Nevada. También este cerro le servía a ellos con mirador fantástico no sólo hacías la nieve es de las altas cumbres y a los primeros rayos del sol al salir éste cada mañana, sino que desde aquí tenían una vista espléndida de la Alhambra y de Granada. Por eso un día y otro, al encontrarse en el punto concreto que habían

bautizado como su “rincón predilecto”, unos a otros se decían:

- Los reyes allá en la Alhambra tendrán lujosas telas de seda, muchas y bellas mujeres, grandes mesas repletas de comida pero nosotros, cada día disfrutamos de los rayos del sol derramándose sobre aquellas torres y murallas. Y como esto, no hay otra fortuna más grande en el mundo.



- Y que lo digas. Nuestra fortuna y dicha es mil veces más grande que todas las riquezas que tengan aquellos reyes de la Alhambra.

- Porque además, el cielo nos ha premiado no sólo con la fantástica belleza de estas montañas sino también con la capacidad de ver y gustar la hermosa belleza y armonía que por aquí se extiende. Somos los más ricos y afortunado de todas las personas del reino de Granada.

Esto y cosas parecidas comentaban ellos un día y otro cuando cada mañana se juntaban para gozar de la salida del sol y de la luz que por los paisajes se derramaba. Y eran más que felices porque se sentían libres y dueños absolutos de la mejor fortuna que puede tener persona alguna en este suelo. Pero un día, estando ellos sentados en su gran mirador frente a Sierra Nevada, a la Alhambra y a Granada, por la ladera de enfrente vieron bajar a un grupo de hombres. Les sorprendió mucho y por eso, enseguida dejaron su mirador y por una sencilla, descendieron en busca de las personas que se descolgaba por la otra ladera. Querían saber quiénes eran y qué buscaban por estas tierras y también porque temían que les robaran sus corderos.

Ocultándose por entre el monte y las rocas llegaron a las partes más bajas del cerro. Se dijeron:

- Como tienen que salir por aquí les cortamos el paso, los paramos y les preguntamos.

Y así fue. Ya cerca del río, al cortarle el paso, se encontraron con ellos, los saludaron y sin más les preguntaron:

- ¿Quiénes sois y qué buscáis por aquí?

Y el que parecía ser el jefe del grupo, respondió:

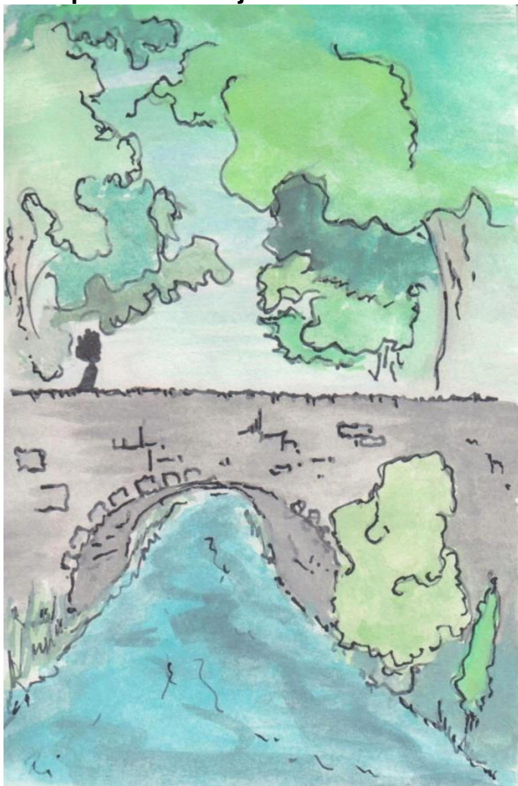
- Somos enviados de los reyes de la Alhambra y venimos por aquí, buscando el oro que ellos necesitan.

- ¿El oro de estas montañas?

- No sólo el oro, sino el agua de estos dos ríos y la leña de estos bosques. Los reyes necesitan todas estas cosas y muchas más.
- Pero estas montañas, el agua de los ríos y los árboles de los bosques, nos pertenecen aunque no sean nuestros.
- Desde hoy no. Porque vamos a talar los bosques, nos llevaremos el agua de estos ríos y desmoronaremos las montañas para buscar el oro que los reyes están necesitando.

Al norte de Granada, por encima de la Alhambra y antes de las cumbres de Sierra Nevada, entre varios ríos de agua muy cristalina, hoy se pueden ver estas montañas. Muchas de ellas, peladas porque ya nos tienen bosques y otras, por completo desmoronadas. Durante mucho tiempo por aquí buscaron oro, talaron bosques para llevarse la madera y la leña y trazaron acequias para conducir el agua a otros lugares de estas tierras. Pero, desde aquellos tiempos y hasta hoy, cuando uno recorre estos sitios, si se va atento a los luminosos rayos del sol y a los sonidos del tiempo durmiendo por entre la naturaleza, se pueden percibir las palabras de aquellos tres pastores: "Los reyes allá en la Alhambra, tendrán lujosas telas de seda, muchas y bellas mujeres y grandes mesas repletas de comida pero nosotros somos los dueños de los luminosos rayos del sol y de la belleza de estas montañas".

En el puente del Aljibillo del río Darro



Me lo dijeron y no lo creía. Por eso, durante algunos días, pensé mucho en ello. Y aquella noche, última del mes de marzo, ya en la cama me dije: “Mañana mismo tengo que ir a verlo”. Y al día siguiente, primer día del mes de

abril y comienzo de la Semana Santa, me dediqué a ello.

El día amaneció nublado, sin frío ninguno, con los naranjos llenos de flores y, en los jardines y cármenes de Granada y por la Carrera del Darro, cimbrándose y florecidos los narcisos. Olían a incienso fresco algunas de las calles de Granada y por la Carrera del Darro, la luz, los colores, el rumor del agua, los turistas y la hermosa figura de la Alhambra, llenaban de entusiasmo el alma. Caminé despacio y a primera hora de la tarde, me dirigí al pequeño puente de piedra. Se le conoce con el nombre de Puente del Aljibillio y es el último que el río Darro tiene, subiendo desde el centro de Granada hacia la Fuente del Avellano. Justo donde termina el Paseo de los Tristes y comienza la Cuesta del Chapiz y camino o cuesta de los Chinos o del Rey Chico. Lugar éste muy conocido por todos los habitantes de Granada. Porque, además de ser muy bonito y único en el río Darro, también se rodea de misterio y luces fantásticas al caer las tardes y frente a la Alhambra. Yo diría que no hay en toda Granada un rincón tan bello y mágico como el Puente del Aljibillo.

Por eso, según me iba acercando, el corazón me latía a prisa y la curiosidad me comía. Ya he dicho que yo, como muchas otras personas que tenían conocimiento de los hechos, no me lo cría. Pero por bastantes sitios de Granada, muchos comentaban:

- Que tal como están los tiempos ahora, nadie regala nada.
- Parece de locos y por eso algunos no se lo creen pero es cierto.
- ¿Y tú lo has visto y comprobado?
- Con mis propios ojos y ayer mismo.
- Pues si es así, habrá que ir a verlo. Que tal como están los tiempos ahora, si las cosas son como dices, es un milagro que solo puede suceder en Granada, no lejos de la Alhambra y junto a las aguas del río Darro.

Estas o cosas parecidas iba meditando mientras me acercaba al puente. Y vi a las primeras personas concentradas y formando fila al final de la plaza del Paseo de los Tristes y otros ya subiendo para la Alhambra, por la Cuesta del Rey Chico. Ya he dicho que el día era muy hermoso, sin frío ninguno ni viento y como con algo mágico suspendido en el tiempo. Me fui acercando poco a poco y cuando estuve al comienzo del bonito puente, me paré. Miré buscándolo y lo vi. Estaba sentado en el pequeño muro del lado de arriba y hablaba con las personas que a él se acercaban. Les preguntaba:
- ¿Cuántos libros quieres?
Y algunos le decían:
- Yo me conformo con dos y también dos entradas.
De las cajas de cartón que tenía junto a sí, cogía los libros y las entradas, se las deba a la persona y le decía:

- Que disfrutes este libro y también disfrutes mucho recorriendo la Alhambra y los hermosos rincones de Granada.

Y el siguiente decía:
- Yo quiero tres libros y cuatro entradas.
- Pues a mí me da usted dos entradas y seis libros. Se los voy a regalar a mis hijos y a mis nietos.
- Y a mí, solo un libro y una entrada.
Y a unos y a otros, sin cobrarles nada, iba dando lo que cada cual le pedía al tiempo que les repetía:
- Como la Alhambra y Granada, nada hay en el mundo entero. Que esto te sirva un poco para gozarla a fondo y conocer sus misterios.
Fue avanzando la cola y cuando llegué a él, lo miré despacio, miré al libro que regalaba y luego miré al río Darro y a la Alhambra. Me preguntó:
- ¿Cuántos libros quieres tú?
- Con solo uno y una entrada, tengo bastante.
Me alargó el libro y al cogerlo, leí enseguida el título: "La Fantasía del sueño más bello, Alhambra de Granada".

Me guardé la entrada y cuando comenzaba a subir por la Cuesta del Rey Chico, oí que varias personas comentaban:
- Apenas nadie lo conoce en Granada pero muchos dicen que tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él. Y parece que lo único que se le ha ocurrido, es editar este libro y comprar entradas para visitar los palacios de la

Alhambra, y regalar todo esto a todo el que viene por aquí.
- Un hombre bueno y enamorado de la Alhambra y de Granada, sin duda. Y más valor tiene aun, en los tiempos que vivimos.
- Y lo más original, es el rincón que ha escogido para repartir estos libros y las entradas.
- Sí, porque el Puente del Aljibillo, en el río Darro y frente a la Alhambra, es un rincón único no solo aquí en Granada sino en el mundo entero.

El cortijillo

En realidad era y son tres los cortijillos. El primero, en la cañada de Los Juncos y es el de la parte de abajo. El segundo, se le conoce con el nombre de Los Fresnos y se alza en el centro, en la segunda cañada al norte. Y el tercero, el de la historia de este relato, se encuentra en la parte más alta, justo por donde nace el arroyo de los juncos y se le conoce con el nombre de Las Encinas. Los tres cortijillos, pequeñas viviendas construidas de piedras de las montañas, árboles y ramas del bosque, se alzaban y alzan en la pequeña ladera de cara a la colina de la Alhambra. Al lado del levante, se ve Sierra Nevada y muy lejos y al fondo, se ve la ciudad de Granada.



Por Navidad, la joven llegó a esta ciudad. Sola, vestida de azul, con una mochila también azul algo más oscuro y con botas para caminar por las montañas. Alta, guapa, pelo rubio y ojos azules, con una limpia sonrisa en sus labios y, en apariencia, fuerte y muy convencida de su proyecto. Desde la ciudad,

caminó hacia las montañas y buscó la senda que lleva al lugar. Varias veces se paró, bebió agua de su cantimplora, miró el mapa y luego siguió. Al medio día llegó al cortijillo de abajo. Al que se le conoce con el nombre de Los Juncos. Aquí de nuevo se paró, soltó su mochila, caminó arroyuelo arriba hasta llegar al manantial que desde la torrentera y unas rocas, caía al arroyuelo. Lo observó durante un rato, bebió un trago y luego se dijo: "Era y sigue siendo hermoso este rincón del mundo. El agua es abundante y buena, mucha y espesa la vegetación, tanto por el arroyo como por las laderas y el silencio, limpio y hondo como en ningún lugar del mundo. ¿Por qué fue destruido de aquella manera y por qué ahora lo reconstruyen para que lo visiten los turistas?"

Miró para el lado del norte y vio el camino. Con un empedrado casi flamante y en lugar de subir por el arroyuelo como lo hacía en otros tiempos, se veía surcando la ladera por la misma curva de nivel, en busca de segundo arroyuelo y cortijo. Regresó a donde su mochila, cargó de nuevo con ella y, siguiendo el camino casi llano y con su nuevo empedrado, reemprendió la marcha. Una hora más tarde, llegó a la segunda cañada, atravesó las tierras de lo que en otros tiempos habían sido los huertos, sorteó las ruinas de lo que también en otros tiempos había sido el cortijillo de Los Fresnos y se paró un momento. No soltó su mochila ni bebió en el manantial que brotaba cerca del tronco del fresno más viejo.

Sí observó despacio y descubrió, en primer plano, la primera cañada, el primer cortijillo, el arroyuelo y la senda por donde había remontado. Más lejos vio las nieves de Sierra Nevada y a su derecha, la colina y las torres de la Alhambra. Respiró profundo, se lamentó de la ausencia ahora por aquí de las personas que habitaban estos cortijillos y se hizo mil preguntas.

La senda, desde este segundo cortijillo, seguía remontando empedrada pero ahora se iba hacia la primera cañada, ya en la parte alta. Se dijo: "Al volcar ese puntalillo, es donde se encuentra el cortijillo que vengo buscando. En la parte más alta del arroyo de los juncos, donde brota el manantial más grande y por donde las tierras son más fértiles y hay vistas fantásticas. Al menos eso es lo que en mi mapa veo escrito y he leído varias veces en el viejo libro. Siento el corazón emocionado y la sangre se me sale del pecho".

Reemprendió de nuevo su marcha y, siguiendo la bonita senda empedrada no hacía mucho para que por aquí pasen los turistas, continuó subiendo. Caminó durante un buen rato y, un poco antes de que el sol se pusiera, llegó a las tierras próximas al conocido como el tercer cortijillo. En realidad, el primero por alzarse en lo más alto, donde brota el primer manantial y por ser el protagonista de la historia más cruel, bella y excelsa. Siguió avanzando y ahora, a cada paso que daba, el

corazón se le llenaba de miedo y de emoción. Pero esto era lo que venía buscando y había soñado y planificado desde hacía mucho, mucho tiempo.

En el rellano ante del cortijillo, ahora restaurado y convertido en mirador hacia Sierra Nevada, la Alhambra y Granada, se paró. Soltó la mochila, sacó de ella un cuaderno y de éste, un folio escrito que decía: “Te doy tres días para que devuelvas el dinero que me debes. Si no lo haces, al final del tercer día, vendré a este miserable cortijillo tuyo, acabaré contigo, tu mujer y tu hijo y prenderé fuego a todo lo que por aquí encuentre. Firmado: el general dueño de estas tierras y al servicio del rey de la Alhambra”. Sobre la misma piedra donde aquella noche dejaron el papel escrito que contenía este mensaje, ella coloca el folio que acaba de leer. Lo sujeta con una piedra más pequeña para que el viento no se lo lleve y aquí mismo, prepara para montar la tienda mientras se dice:

“Sé que no pudiste devolver el dinero que te pedían porque eras el más pobre de estos lugares. Y por eso, al tercer día, vinieron y llevaron a cabo lo que te habían anunciado. Todo por aquí quedó desolado y tú, tu mujer y tu hijo, desaparecidos para siempre. Pero hoy, por mi cuenta y sin que nadie lo sepa, vengo a rendirte mi más sentido y enamorado homenaje. Para que desde el cielo donde ahora vives para toda la eternidad, veas y compruebes que una muchacha hermosa,

joven y de sentimientos limpios, te respeta y quiere como siempre necesitaste. Quiero, con este sencillo homenaje y a mi manera, llenar de dignidad tu presencia por estos lugares”.

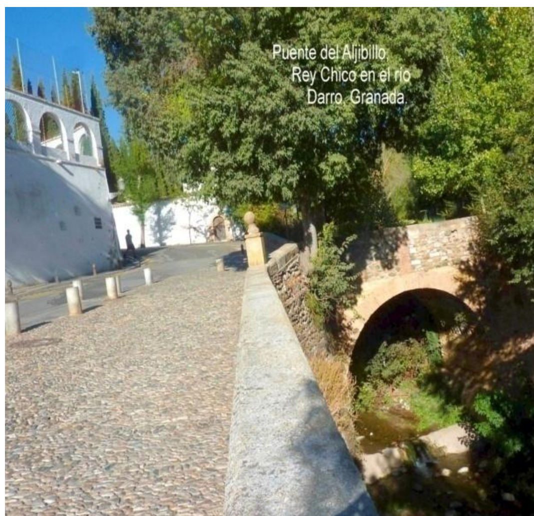
Poco después se hizo de noche, junto a la tienda hizo ella una lumbre y antes de acostarse, imaginó como sería, a partir del día siguiente, el mirador que aquí iban a inaugurar para que lo disfrutaran los turistas.




La rosa del río
Darro y la
muchacha de
la flauta.
JOSÉ GÓMEZ MUÑOZ

Dibujos: Claudia Ramírez España
Primera edición -2014
Granada, 2010-2014

ÍNDICE



La rosa del río Darro y la muchacha de la flauta

Bonito relato, basado en un hecho real, en cuatro pequeños capítulos y un poema.
1- La rosa 2- La muchacha de la flauta 3- Visita al Generalife 4- La despedida 5- El poema

Tocaba su flauta
junto al río, bajo el puente,
frente a la Alhambra
y la corriente,
cristalina pasaba.
La tarde caía
misteriosa y mágica
y el vientecillo que subía
desde Granada,
se enredaba en su pelo
oro y plata.

A la tarde siguiente
ya no estaba,
sí el río cristalino
y la Alhambra
y el silencio purísimo
que la llamaba.

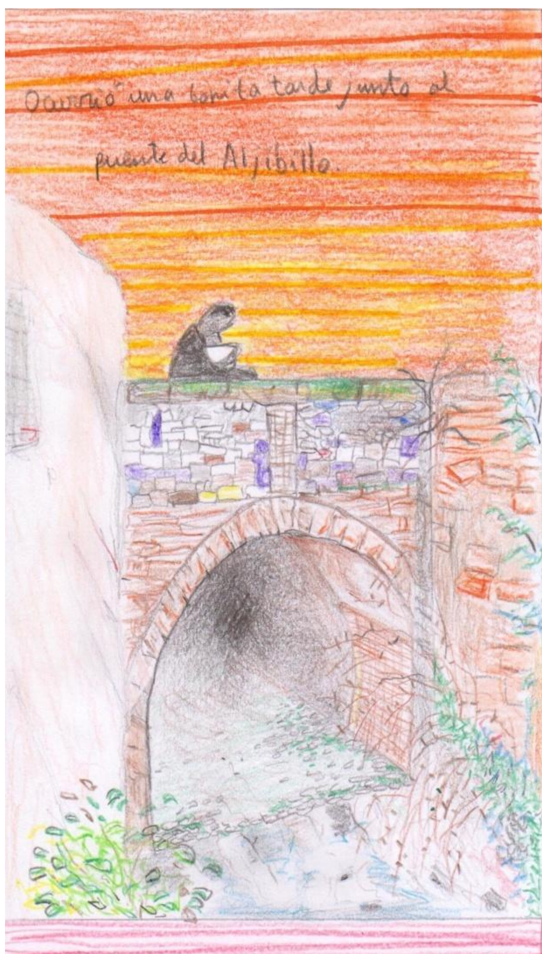
Dijeron algunos de ella
que parecía un hada,
misteriosa princesa
que por aquí buscaba
su sueño y esencia
y la luz del alba.

Pero nadie supo quién era
y sí junto a las aguas
y el viejo puente de piedra,
se quedó su alma
y los sonidos dulcísimos
de su flauta.
Y desde aquel día hasta hoy,
cada tarde que pasa
la llora el río,
las torres de la Alhambra,
el alma que la sueña
y Granada.

I- La rosa

Ocurrió una bonita tarde junto al puente del Aljibillo. El puente que, desde el Paseo de los Tristes, da entrada a la Cuesta del Rey Chico y al Camino de la Fuente del Avellano. Y sucedió justo en el primer día del mes de septiembre y por donde aquella tarde el viento corría fresco. Como impregnado con los primeros olores del otoño y también como anunciando las primeras tormentas que casi todos los años por estas fechas, caen aquí en Granada. Y el hombre se preparaba para recibir y vivir estos acontecimientos porque sabía que, aunque el verano en esta ciudad de la Alhambra, es hermoso y único, también tenía experiencias de la magia que los otoños, todos los años, despliegan en estos lugares. Por todos los rincones de Granada pero más por donde el río Darro corre a los pies de la Alhambra, reflejando los tonos y llenando de música estos paisajes.

Y él, enamorado como ninguna otra persona de la naturaleza y de los mil matices que la naturaleza siempre regala, soñaba algo esta tarde. Mientras leía algunas historias que narraban los últimos acontecimientos de los reyes de la


Ocurrió una bonita tarde junto al
puente del Aljibillo.

Alhambra: vicisitudes de Boabdil, de Aixa, su madre y señora repudiada, de Moraima, la esposa de Boabdil y las desgracias que vivió a lo largo de toda su vida y de los lugares donde al final fueron enterrados muchos de los reyes de la Alhambra. Leía despacio todos estos relatos, sentado en el mismo muro del puente del Aljibillo y, de vez en cuando, descansaba un poco, miraba para las torres de la Alhambra, en todo lo alto de la colina y se concentraba en los sonidos de una flauta. Salían de debajo del puente en el que estaba sentado. Se encontraba algo intrigado porque, aunque miró varias veces por donde el río trazaba su corriente a su paso por el Paseo de los Tristes, otros días sí pero esta tarde no veía a nadie por aquí. Otros días, al caer las tardes, sí que había visto por aquí a jóvenes, a veces en grupo y otras veces solos, tocando algún instrumento musical. Pero hoy no, toda la orilla del río estaba solitaria. Solo la corriente del cauce que suave avanzaba por entre las sombras del sauce y los dulces sonidos de la flauta. Se preguntó: “¿Quién la tocará y por qué hoy y en este lugar? Y hasta parece como si brotara de la corriente misma de las guas”:

Volvió a mirar para las torres de la Alhambra y luego agachó su cabeza para seguir leyendo. Y estaba él centrado en su lectura cuando de pronto, por donde en el muro se clava el tronco del viejo almez, asomó. Era una mujer algo mayor, con el pelo recogido, vestida de azul y de estatura baja. Caminaba acercándose lentamente y sonreía como si algo le satisficiera mucho. Se fijo atentamente en ella y en la bolsa de plástico que bajo el brazo traía. Como escondida y con la mano izquierda metida dentro de esta bolsa. También como si portara algún importante tesoro y los ocultara para que nadie se lo robara.

La siguió mirando y cada vez más comprobaba que venía derecho a él. Tanto que al pararse junto al muro del puente, su vestido casi rozaba los pies del hombre que en el muro estaba sentado. Se dio cuenta en este momento que movía los labios y, muy bajito, susurraba algo. Le preguntó:
- ¿Estás buscando algo?
Porque pensó que podría ser una turista explorando el rincón para conocerlo. No recibió ninguna respuesta y sí vio que de la bolsa de plástico, sacó una pequeña cajita de colores. Hizo como si se la fuera

a dar al hombre que en el muro estaba sentado y por eso, en este momento, le volvió a preguntar:

- ¿Qué misterio es el que traes aquí?

Tampoco le hizo caso a esta pregunta. Se comportó como si nada le importara lo que el hombre le preguntara y siguió murmurando como algún rezo o pensamiento mágico. Metida por completo en lo suyo y ahora ya con la cajita de colores cogida con las dos manos.

La miraba el hombre detenidamente a la cara y miraba la pequeña cajita y vio como la abría. Apareció, en el centro de un hermoso pañuelo de seda y color rojo, una preciosa rosa morada, fresca y tersa. Al ver la flor, de nuevo el hombre le preguntó:

- ¿No puedes decirme quién eres y qué significa lo que haces?

Y como las dos veces anteriores, por respuesta obtuvo el silencio y un poco la indiferencia. Porque ella, siguió con sus rezos y ahora, cogió la rosa, la mostró en sus manos y dijo:

- Quiero echarla al río pero en el centro de la corriente.

Mientras decía esto, miraba para un lado y otro, como si buscara algo. Intuyó él que lo que la mujer pretendía era dejar la flor

-¿Qué misterio es el que traes aquí?
Tampoco le hizo caso a esa pregunta.

Se comportó como si nada le importara lo que el hombre le preguntara y siguió murmurando como



caer a las aguas sin que nadie la viera. Por eso aclaró:
- Nadie se ve por aquí excepto los sonidos de una flauta que salen como si brotaran de las mismas aguas del río y por debajo del puente.
- Eso sí lo sé.

Como un escalofrío recorrió la piel del hombre y por eso de nuevo quiso preguntarle qué era lo que sabía de los sonidos de la flauta que salían de las aguas bajo el puente. Pero ella, alargó su mano, con la rosa bien sujeta, miró a las aguas, tanteó un poco, buscó el punto exacto donde la corriente llevaba más fuerza y dejó caer la flor. Revoloteó por el aire, dando algunas vueltas y lentamente se posó encina de una pequeña ola muy transparente. Con la boca abierta, miraba el hombre y justo al caer la flor en la corriente, los sonidos de la flauta resonaron más vivos. Algo tristes pero alegres y como si se fundieran con la hermosa flor que el río empezó a llevarse. Le preguntó de nuevo:
- ¿Dime, por favor, qué significa esto?

Susurrando su oración, dio ella media vuelta y comenzó a alejarse hacia el Paseo de los Tristes. Pero cuando iba por

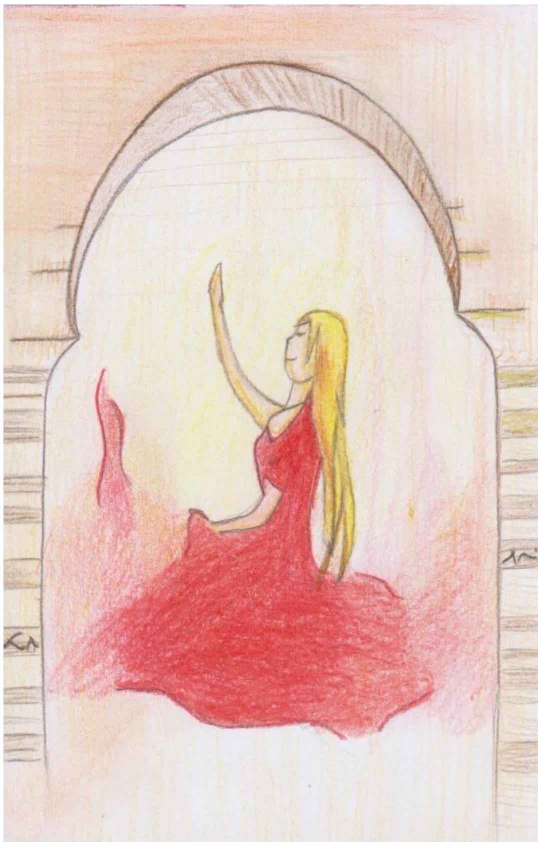
donde el tronco del viejo almez, se volvió para atrás, ahora sí rezando claramente una oración cristina y al llegar al muro donde el hombre permanecía sentado, dijo muy dulcemente:

- Ya le he echado la buenaventura.

Dio media vuelta y por el paseo se perdió como a la luz de la tarde.



II- La muchacha de la flauta



Durante unos minutos, el hombre observó a la mujer alejarse al tiempo que

también miraba para las aguas del río. Vio la rosa que como, meciéndose sobre las olas, comenzaba a irse siempre en el mismo centro de la corriente. Y comprobaba, según la flor se iba, como los sonidos de la flauta se apagaban lentamente. Como si parecieran fundirse con el rumor de la corriente.



Brillaban los rayos del sol sobre las olas de las aguas y relucían con un color especial las altas torres de la Alhambra. Y uno de estos luminosos rayos, comenzó a colarse con fuerza por entre las ramas del viejo sauce, justo donde el riachuelo que baja por el barrando de la Cuesta del Rey Chico, se funde con el cauce del río Darro. Sobre la flor que la corriente se llevaba, cayó el haz de luz desprendiendo tonos muy deslumbrantes y fue ahora cuando, el hombre observó que la rosa

se desvanecía poco a poco. También los sonidos de la flauta y la luz de la tarde. Muy sorprendido se dijo: “Creo que un poco sí sé lo que ahora mismo ha ocurrido por aquí”. Y se levantó de donde estaba sentado. Caminó dirección a la Cuesta del Rey Chico pero enseguida torció para su derecha, siguiendo el muro que por aquí separa la explanada de la torrentera hacia el río. Se acercó a esta pared y buscó el mejor sitio para ver lo que ocurría bajo el puente de donde, hasta hacía unos segundos, manaban los sonidos de la flauta. Y al mirar por entre las ramas del olmo que por aquí crece, le pareció ver la figura de una muchacha que se escondía como hacia la pared y parte de alta del río.

A la sombra del olmo y en la pared se sentó. Sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno y empezó a tomar notas de algo. Mientras ahora se concentraba en los todavía pero ya casi apagados sonidos de la flauta fundidos cada vez más con el rumor de la corriente y, a intervalos, miraba para el puente intentando verla más claramente. Como si una fuerza interior le empujara al tiempo que sentía cierto temor. Se decía: “De ningún modo tengo derecho a meterme en la intimidad de la persona que bajo este puente se ha puesto a tañer su flauta. Su recogimiento bajo este puente, junto a las aguas y los sonidos de su flauta, es su propio mundo personal y yo debería respetarlo”.



Esto se decía, mientras todavía y durante un buen rato, siguió allí sentado. Luego, cuando ya la tarde caía y los turistas seguían pasando por el puente para tomar por la Cuesta del Rey Chico o Camino del Avellano, se levantó. Guardó su cuaderno y bolígrafo, echó una última ojeada al puente y no la vio. Caminó despacio, pasó por debajo de la sombra el almez, recorrió la pequeña plaza del Paseo de los Tristes, siguió calle abajo mezclado con los turistas y llegó a Plaza Nueva. Aquí torció para la derecha y después de recorrer toda la calle Elvira, llegó a su casa. Ya cuando oscurecía y por eso ahora intentaba imaginarla bajo el puente, junto al río y con su flauta. También refrescaba en su mente la figura de la mujer de la rosa y la flor meciéndose sobre las pequeñas olas de las aguas.

Media hora después, se fue a la cama y se dispuso a dormir, mientras que en su mente seguía repasando lo que por la tarde había vivido en el histórico puente del Aljibillo. Y no tardó en quedarse dormido. Y como de su mente no se borraban las imágenes que por la tarde había vivido, comenzó a soñar. De pronto, se vio al día siguiente por la tarde,

caminando por el Paseo de los Tristes y acercándose al puente mientras se preguntaba: “¿Estará también esta tarde por aquí tocando su flauta?”

Y escuchó atento según llegaba al puente y sí que oyó los sonidos de la flauta. Surgían del mismo sitio que la tarde anterior y al mirar, la vio. Estaba bajo el puente, sentada en el pequeño desnivel de cemento que por aquí construyeron para que las aguas se remansaran y luego cayeran en una pequeña cascada. Le daba el sol de la tarde que caía por encima de la iglesia de San Pedro y su cara y pelo, brillaban. Apoyaba una mano en las rodillas donde sostenía un pequeño cuaderno y con la otra aguantaba la flauta. Por sus hombros y desde su cabeza, caía un denso y hermoso manojo de cabellos algo castaños con tonos dorados que se enredaban con la flauta, los dedos de sus manos, las rodillas donde apoyaba el cuaderno y parecían caer hasta las mismas aguas del río. El sol, teñía sus cabellos con tonos de fuego y la frescura de su cara dejaba traslucir un mar de juventud. Se dijo, como sorprendido y la vez admirado por la belleza que desprendía y el misterio del río y sonidos de la flauta bajo el puente: “Es tan bella

que asusta solo verla y desde esta distancia. ¿Quién será y por parece esconderse en este rincón de Granada para tocar su flauta?”

Esperó paciente sentado en el muro del puente y sin dejar de mirar hasta que, media hora más tarde, se levantó. Guardó su flauta en un gran bolso de tela negra con dibujos blancos, pisó las aguas, cogió sus zapatillas de la orilla del río donde las había dejado, caminó despacio río abajo con la corriente de las aguas y al llegar al vado, saltó de piedra en piedra. En la última piedra se paró, soltó sus zapatillas en la otra orilla, lavó sus pies en las aguas, se calzó y subió por la sendilla que, por la inclinada torrentera, sirve para entrar y salir del río. Él, como indiferente siguió sus movimientos y esperó a que pasara cerca. Tenía que pasar cerca si se dirigía al puente. Y caminaba despacio como envuelta en su largo vestido de colores, cuando a pasar a solo unos metros de él, la llamó diciendo:

- Perdona. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Se paró, echó una ojeada y sin más se acercó despacio dejando traslucir que sí podía preguntarle. Esperó unos segundos

y cuando estuvo cerca, él la invitó a que se sentara en el muro. Le dijo:

- Es que me ha intrigado tu flauta y tú ahí bajo el puente tocándola. ¿Estudias música?

- Toco mi flauta solo para mí. Para fundirme con la tarde y las aguas de este río, frente a la Alhambra.

- ¿No eres de Granada?

- Soy y vivo al norte de Francia y solo voy a estar en esta ciudad, unos días. Me gusta mucho este río y siento como si todo por aquí estuviera lleno de misterios.

Como perdido, como sorprendido por su juventud y belleza, la miraba y remiraba y no acababa de aceptar que fuera real. Ahora que la tenía cerca, sí descubría con claridad su limpia belleza. Su cara era redonda, muy suave y algo sonrosada, sus labios limpios y como desprendiendo fuego, sus ojos tenían el tono de los cielos de Granada, matizados con los colores verde del bosque y todo su cuerpo irradiaba fuerza y juventud. De nuevo le preguntó:

- ¿Y qué es lo que busca aquí en Granada?

- Solo conocerla, conocer su gente y descubrir algunos de los misterios que tantos dicen por aquí laten.

Y ahora pensó que, para estar un rato más con ellas y así disfrutar de su belleza, podría invitarla a dar un paseo por la Cuesta del Chapiz. Le podría enseñar el fantástico Carmen de la Victoria, la Cuesta de los Chinos en el barrio del Albaicín, el Carmen de las Cuevas para que supiera donde enseñan y se aprende flamenco y luego podría llevarla hasta la Vereda de En medio para que también viera la famosa cueva de Chorrohumo. Se volvió a decir mientras la seguía mirando y aprovechando unos segundos de silencio: “Verla cerca junto a mí por entre las flores y plantas del Carmen de la Victoria y luego recorrer algunas de las calles del Albaicín, por donde la Fuente de la Amapola, frente a la Alhambra y el valle del río Darro, puede ser lo más hermoso que nunca me ha ocurrido. Y con la luz del sol de la tarde, los últimos azules del cielo y las cumbres de Sierra Nevada de fondo, no podré creer que sea, cierto momento tan bello”.

III- Visita al Generalife



Y en su sueño, se vio recorriendo con ella todos estos mágicos rincones de Granada. Mientras la tarde caía, el sol llenaba de oro

todo el barrio del Albaicín y las torres y murallas de la Alhambra comenzaban a iluminarse. Y, en uno de los momentos, cuando regresaban por la Vereda de En medio, se encontró con un amigo. Se alegró al verlo y él se dio cuenta que le agradaba quedarse con este joven. Por eso el hombre le dijo:

- Ya la noche llega y como los rincones de Granada son tantos, quizás te apetezca verlos otro día.

Y al instante ella confesó:

- Sí, porque ahora me gustaría quedarme con este amigo mío. ¿Te importa irte y dejarme con él?

- Claro que no.

La despidió, algo sorprendido y sintiendo en su corazón un poco de tristeza. Llegó a su casa, comió algo, se acostó, pensó mucho en ella y a la mañana siguiente lo primero que hizo fue enviarle las fotos que le había hecho la tarde anterior. Y esperó a lo largo de todo el día a que, de alguna manera, ella diera alguna señal de vida. Lo hizo ya cuando la tarde caía y él le preguntó:

- ¿Te gustaría que te acompañe por algunos de los rincones de Granada o de la Alhambra?

- Me gustaría ver la casa de recreo que usaban los reyes nazaríes cuando vivían en la Alhambra. La que tú ayer me dijiste se llama Generalife. ¿Cuánto tiempo se tarda en recorrer esos jardines y palacios?
- Yendo despacio, casi dos horas. Así que tenemos tiempo. ¿Te animas?
- Sí, nos vemos dentro de treinta minutos en Plaza Nueva.
Daban las cuatro y media de la tarde y ya subían ellos por la Cuesta de Gomérez. Despacio para ir gozando del frescor del bosque, del rumor de las aguas de las acequias y del silencio y luz de la tarde. Sacaron las entradas y en cuanto pasaron a los secretos de los jardines del Generalife, él le dijo:
- Puedo explicarte despacio y con detalles, cada sitio, planta o fuente que por aquí vayamos viendo pero, para no agobiarte, solo te hablaré de lo más importante.
- ¡Vale!
Dijo ella.

Y recorrieron el pequeño paseo que, desde la entrada, discurre a borde de las huertas medievales que ahora han recuperado en este sitio llamado Generalife. A los lados han sembrado muchas plantas aromáticas como tomillos, espliegos, romeros, ajedrea, toronjil,

salvia, hierbabuena, albahaca… De vez en cuando se paraban y buscando el mejor encuadre, la hacía una foto. En su corazón él se decía: "Para que me quede de ella un buen recuerdo cuando mañana o pasado se vaya y no pueda verla más". Y le hizo fotos con las huertas y torres de la Alhambra de fondo, con las murallas y jardines, en la fuente de los jardines de los arcos, en el Patio de la Acequia, con el fondo de las aguas de este lugar, por donde el Patio del Ciprés de la Sultana, subiendo por la Escalera del Agua, en el mirador de la parte alta, por el Paseo de las Adelfas y también por entre los jardines del tejo milenario.

A cada una de estas fotos, él le decía:
- Pregunta las cosas que quieras saber.
- Ya me estás explicando más de lo que yo esperaba.
Y mientras recorrían estos lugares y se preparaban para cada una de las fotos, continuamente desenredaba su hermoso pelo oro y plata. Cuando ya pasaban por debajo de las ramas del tejo milenario, su larga mata de pelo, caía hermosa como en forma de brillante cascada, por el hombro, su pecho y llegaba casi hasta la cintura. Y con la luz del sol que la tarde regalaba y

los colores de las plantas y flores, su limpia y bellísima mata de pelo, lucía llena de magia y decorando la fresca piel de su cara y colores de sus ojos. Tanto encanto desprendía que él, en varios momentos, estuvo a punto de abrazarla. Pero no lo hizo por miedo a que ella se molestara. Se decía: “Es todo tan bello que no parece real y por eso casi no me lo creo. Pero aquí en Granada y en estos jardines del Generalife, no siempre pero a veces, estas cosas pasan”.

Cruzaron el puente que, desde los jardines del Generalife, da paso a la Alhambra Alta, conocida también como Secano o lugar donde se alzaba la Medina y giraron para la derecha. Por donde el paseo de las torres y se encontraron que la primera torre, la de Las Princesas, hoy se podía visitar. Y ella, nada más pasar al interior de esta torre, extendió sus brazos, abrió sus manos, moviendo con elegancia sus dedos y simulando bailar flamenco, dijo:

- Como si fuera una sultana.

Con la luz de la tarde, los fondos de la decoración de la torre y más lejos el Generalife y las murallas, su figura se transformó en remolino de belleza. Él le hizo varias fotos y después de recorrer

despacio todo el interior de la torre, siguieron hacia la alberca del Partal.

Pero cuando iban por entre las ruinas y jardines de lo que fue el palacio de Yusuf, él le preguntó:
- ¿Y tu flauta?
- Conmigo la llevo.
- ¿Te gustaría tocarla sentada en uno de estos viejos muros y entre estos jardines, torres y palacios?
- Me gustaría mucho.
Y sin más, se sentó en el recio trozo de pared, sacó la flauta de su bolso y, en un abrir y cerrar de ojos, se puso a tocarla. Nadie pasaba en ese momento por el rincón y sí los sonidos dulces y tristes, resonaron como atravesando el tiempo y a la vez llenando de magia cada uno de los rincones de estos lugares. Se puso él a grabar un vídeo, cogiendo la serenas aguas estancadas, las plantas llenas de flores, la torre de la iglesia de Santa María de la Alhambra, el estanque y reflejos de El Partal y al final, ella sentada en el viejo muro.

Solo grabó unos segundos y luego le mostró el vídeo diciendo:
- Lo guardaré como un recuerdo especial. La tarde, los jardines, los estanques, las

torres y murallas y tú con los sonidos de tu flauta, todo es tan hermoso que sigo creyendo que sea cierto.
Y ella, dibujando una sonrisa por entre su hermosa mata de pelo, decorada con el color de sus ojos, solo comentó:
- Es la primera vez que casi toco en público.

IV- La despedida

A la mañana siguiente, a primera hora, le mandó las fotos y un enlace para que viera el vídeo. Y como recordó que la tarde anterior le había dicho:
- Me marcho el lunes por la mañana temprano.
Y al despedirla algo más tarde, le dijo:
- Llámame y estoy un rato contigo antes de marcharte. Quiero que de ti me quede un recuerdo completo.
Ahora y cuando recibiera las fotos, esperaba que ella dijera algo.

A lo largo de toda la mañana estuvo esperando su llamada o mensaje. Y como ninguna noticia recibió, cuando ya caía la tarde, la llamó. No cogió el teléfono a pesar de que sonó durante largo rato. Esperó y volvió a llamar y ahora saltó el contestador. También al segundo y tercer intento y entonces no volvió a llamar más.

Se sintió triste. Por eso, como seguía pensando en ella, media hora más tarde, le puso un mensaje que decía: “Te he mandado las fotos. ¿Tiene un rato libre esta tarde?” Y ahora sí estaba convencido de su respuesta. Corrió el tiempo y ya casi cuando el sol se ocultaba, sí vio un mensaje que decía: “Gracias por las fotos, ya es tarde, tarde. En otro momento nos vemos”.

Dos días más tarde, lunes a primera hora de la mañana, al coger el teléfono vio un mensaje con el siguiente texto: “Dentro de una hora me voy a la estación de autobuses. Tengo que agradecerte otra vez. Mucho gusto”. Sintió en ese momento que por sus mejillas se deslizaban varias lágrimas y vio que el mensaje había sido escrito a las seis de la mañana. Tal como todavía estaba en su cama miró para la estantería de su derecha. El reloj marcaba la siete y media y por eso la imaginó ya subida en el autobús alejándose de Granada. Pensó algo mientras seguía recorriendo con sus ojos la luz del nuevo día que entraba por el hueco de la ventana. Justo aquí y sobre un paquete de folios, vio el regalo que había preparado para dárselo antes de irse. Sintió un agudo dolor en su corazón. Se dijo: “Mis intenciones y pensamientos

hacia ella y para con ella, han sido puros y nobles. Si por su parte, para enriquecerse y crecer en la dimensión de lo hermoso, no ha sabido o no ha querido ver la belleza y sinceridad que le he ofrecido, es responsabilidad suya. Por mi parte, ni siquiera ahora debo manchar lo que en mi corazón ha germinado y tengo porque sé que es sincero y de valor superior. Que el cielo juzgue y premie o no lo que crea cada uno merecemos".

Hizo un esfuerzo para incorporarse en la cama y fue justo en este momento cuando despertó de su sueño. De nuevo miró para su ventana, ahora no ya en sueño sino por completo despierto y lo primero que se dijo fue: "Volveré esta tarde al puente del río a ver si por allí la encuentro, junto con su flauta y las torres de la Alhambra. No se ha podido ir sin despedirse de mí y dejando todo por aquí sin su presencia".

Y al caer a tarde, volvía al puente del río. Conforme llegaba, miró y ni la vio ni se oían los sonidos de la flauta. En el muro del puente y a la sombra del almez, se sentó y se puso a leer el poema que ella le había inspirado. Miraba para la Cuesta del Chapiz, para el camino de la

Fuente del Avellano y para el Paseo de los Tristes. Siempre con la ilusión de verla aparecer, mientras la tarde caía y los turistas pasaban, ajenos por completo a los sentimientos que en su alma palpitaban. Se hizo de noche y de nuevo regresó a su casa y mientras recorría las calles, miraba y miraba con el deseo de verla por algún lado. No la encontró ni tampoco se sentía con ánimo para llamarla. Se preguntaba: "¿Será cierto, tal como he visto en mi sueño, que de verdad se ha ido de Granada?" A la tarde siguiente, volvió otra vez al puente con la ilusión de nuevo renovada en verla y oír su voz. Todo lo encontró tan solitario como el día anterior aunque sí la corriente seguía clara saltando por entre las piedras observada por las torres de la Alhambra.

Volvió al tercer día, al cuarto y al quinto y ahora, como sí tenía certeza de que ya no estaba en Granada, algo en su corazón le pedía que al menos apareciera la mujer de la rosa y la buenaventura. No sabía por qué pero como su presencia, casi un mes atrás, había aparecido la muchacha de la flauta, quería que de nuevo el milagro se repitiera. Tenía tanta necesidad de que sucediera esto, que

soñaba y no paraba mientras la esperaba en el muro del puente.

Esta historia sucedió en los últimos días del verano. Ahora ya es otoño y los árboles por las laderas de la colina de la Alhambra y Generalife, empiezan a teñirse de ocres. Daba yo un pequeño paseo en uno de estos días de otoño y al verlo sentado en el muro del Puente del Aljibillo, me acerqué y lo saludé. Le pregunté por algo intranscendente y sin más, se puso a contar y me narró la historia que acabo escribir. Al terminar y quedarse en silencio, le pregunté:

- ¿Y qué es lo que tiene o has visto tú en esta muchacha para que ahora la eches tanto de menos?

- Además de hermosa, en su cuerpo y alma y en su pelo y ojos, es joven y se le ve libre. Tiene como un jardín frondoso en su alma y, a su modo, anda buscando su sueño. Por eso atrae y enamora. Y porque además, parece como si fuera dueña de un reino hermoso y perfecto. Como si con solo su presencia, llenara de gozo el corazón y de paz y belleza el alma.

- ¿Y crees tú que volverá algún día a Granada?

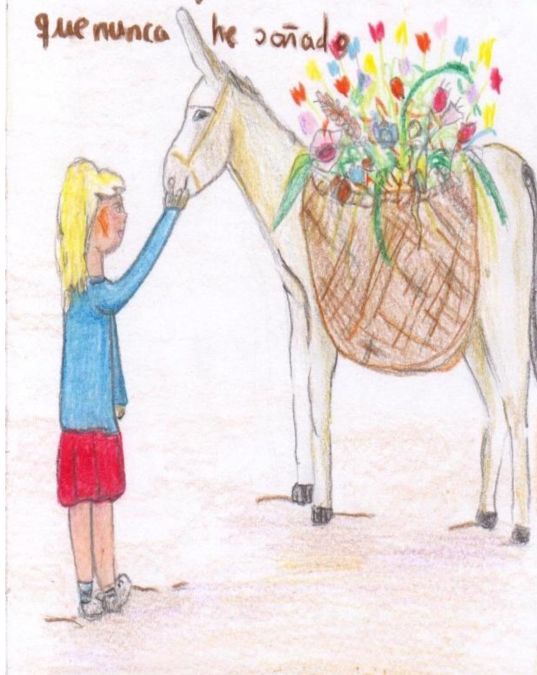
- No sé si lo hará pero yo, mientras tenga fuerzas, a este puente acudiré cada tarde a esperarla.
- Y si ella no lo sabe ni tampoco vuelve ¿qué sentido tiene que vengas a este lugar a esperarla cada día?
- Debes saber que su aparición aquí y los sonidos de su flauta, ha sido lo más hermoso que ha ocurrido en mi vida. Como si de pronto el cielo, con su presencia, me hubiera premiado con la más fina belleza. Y también debes saber que la vida de un hombre o de cualquier persona, adquiere todo su sentido justo cuando se enamora y siente que por eso que ama, está dispuesto a darlo todo.

No le pregunté nada más. Lo despedí con el mayor respeto y desde aquella tarde, también yo voy y con frecuencia paso por el Puente del Aljibillo. Siempre lo veo ahí sentado, esperando y mirando a las aguas que siguen saltando por debajo del puente. Al fondo, perennes e impávidas, las altas torres de la Alhambra, también sumidas en su silencio y esperando. Y en más de un momento he pensado que estas misteriosas torres de la Alhambra, las murallas y palacios, tienen no algo sino mucho que ver con la Rosa del río Darro y la Muchacha de la Flauta.

Como si, entre sus cien mil misterios, hubiera una íntima complicidad con la ciudad de Granada, esta hermosísima joven y su flauta.

Y claro que también a veces me digo que ella debería volver. Aunque solo fuera para consolar un poco el corazón del hombre que cada tarde la espera, sentado en el muro del puente del Aljibillo, siempre meditando su ausencia. Por eso termino este relato, casi con las mismas palabras del libro “El Principito”. Si alguna vez veis por las calles de Granada, a una muchacha hermosa, vestida de largo, con ojos azules verdes, pelo moreno claro, sonrisa muy limpia, de estatura baja y cara sonrosada, portando un bolso negro y blanco y con una flauta dentro, decídmelo. Alguien que la recuerda mucho, la espera cada tarde, sentado en el puente del Aljibillo, frente a las torres de la Alhambra y por donde corren claras las aguas del río Darro.

Cumpleaños



Pasados unos minutos, la niña del cumpleaños dijo:
- Vuestro regalo es lo más hermoso que nunca he soñado

Vivía en una casa muy humilde que tenía dos ventanas a la Alhambra y al río Darro, un rosal y un limonero en la puerta y un pequeño pilar con agua clara. No estaba casada pero sí tenía una niña hermosa como un sol, con ojos y pelo negro y cara sonrosada. Para ella, la madre solitaria pero según algunos vecinos muy afortunada, no existía en el mundo más belleza, gozo y luz que la ingenuidad de su niña, la gracia con que jugaba y la sonrisa limpia y clara que dibujaba en sus labios. Por eso, a los conocidos, siempre les decía:

- Dios no me ha querido dar familia ni grandes amigos que me quieran pero sí me ha premiado con la niña más hermosa que nunca hubo en este suelo.

- Y eso es cierto.

Casi siempre le decían los conocidos.

Y un día, cuando la primavera llegaba a su fin y el verano se acercaba, varias amigas de la niña, entre sí comentaron:

- Todas sabemos que dentro de unos días, justo el primero del verano, nuestra amiga cumple años. ¿Qué se os ocurre a vosotras que podríamos regalarle?

Las amigas pensaron durante un rato y luego una, la que tenía la misma edad que la niña de la mujer pobre, dijo:

- A mí se me ocurre algo que a lo mejor puede gustarle mucho.

- ¿Qué es?

- Todas nosotras y nuestras familias, somos muy pobres pero todas sabemos que a nuestra amiga le gusta mucho la naturaleza, las plantas olorosas, las flores y especialmente algunas cosas muy concretas.

- Sabemos eso pero ¿qué es lo que se te ha ocurrido a ti?

La niña decidida pidió a las demás que la rodearan y que la escucharan despacio. Le hicieron caso y durante un buen rato, habló y explicó despacio lo que había pensado como regalo especial para el cumpleaños de la buena amiga. Escucharon muy interesadas todas las reunidas y al final dijeron:

- Pues nos gusta mucho tu idea. Creemos que es fantástica. ¿Cuándo empezamos a prepararla?

- Mañana mismo. Esta noche hablo con mi padre para que nos preste el borriquillo y vosotras, les pedí permiso a vuestros padres para que el día primero del verano, nos dejan ir a las montañas.

- ¡Qué divertido y qué original regalo vamos a prepararle a nuestra amiga! Y el día primero del verano, por la mañana temprano, salieron de sus casas camino de las montañas. Montadas en el borriquillo, algunas y otras andando. Por las montañas, cerca del río Darro en sus partes altas y por algunos valles, buscaron lo que necesitaban y lo fueron cargando en el borriquillo.

Cuando ya tuvieron las aguaderas llenas, regresaron al barrio, recorrieron las calles y fueron directamente a casa de la amiga. Llamaron a la puerta y al salir la madre, la niña de la gran idea, dijo:
- Venimos a felicitar a nuestra amiga y a entregarle un original regalo de cumpleaños.
- Pues pasad que en la sala está esperando.
Pasaron las amigas a la vez que empujaron un poco al borriquillo para que se acercara todo lo que pudiera y al ver a la niña que cumplía años, todas la felicitaron cantando una sencilla canción. Luego le dieron besos y al final le dijeron:
- Y aquí está nuestro regalo.

Acercaron al borriquillo un poco más y rápidas quitaron una preciosa tela azul que cubría las aguaderas de esparto y el lomo del animal. Antes ellas, antes los ojos de la madre y de la niña del cumpleaños, aparecieron las plantas y las flores en todos los colores:

tomillos verdes y muy perfumados, mejoranas frescas y olorosas, romeros llenos de tallos nuevos, ajedreas, hierba buena y mastranzos. Y al instante, todo el airecillo se quedó impregnado de las frescas y variadas esencias que las plantas desprendían. Sin palabras se quedó la niña de cumpleaños y lo mismo de asombrada y quieta se mostró la madre. Al fondo del borriquillo con su olorosa carga de plantas aromáticas, se vía el río Darro, la Alhambra sobre la colina y la ciudad de Granada. Pasados unos minutos, la niña del cumpleaños dijo:

- Vuestro regalo es lo más hermoso que nunca he soñado.



El río oculto de la alhambra



Dichosa la persona que por las noches sueña con ríos de aguas claras y bienaventurada el alma que mientras duerme juega y vuela libre al cielo y a la luz del alba.

Esto pensó él aquella tarde de verano, sentado en el Puente del Aljibillo. El pequeño puente antiguo y de piedra que en el río Darro, al final del Paseo de los tristes, da pasa a la Alhambra y a la Fuente del Avellano. Se habían venido como cada tarde desde hacía mucho tiempo, a este bellísimo rincón para meditar un poco, soñar sus cosas a su manera, dejarse acariciar por el vientecillo que por aquí siempre pasea y, desde la sombra del almez, contemplar la Alhambra en todo lo alto. Y caía la tarde, calurosa aunque con un bellísimo azul en el cielo, mientras los turistas pasaban. De vez en cuando alzaba su cabeza, los miraba y, mientras seguía meditando sus cosas, iba analizando los idiomas que los turistas hablaban: inglés, chino, ruso, español, alemán, francés, árabe…

Y en esto estaba, contando idiomas y dejando que su alma bebiera del momento, cuando notó que alguien se le



acercaba. Habían subido por la Carrera del Darro y al final del Paseo de los Tristes, torcieron para el puente. Eran tres, marido y mujer y la hija, de unos doce años de edad, que fue la primera en acercarse. Lo saludó y sin más, le preguntó:

- ¿Sabes tú dónde se encuentra el río oculto de la Alhambra?

La miró despacio, miró a los padres y pasados unos segundos, dijo:

- No conozco ni nunca oí hablar de este río. Tampoco lo he leído en ningún libro ni guía para los turistas.

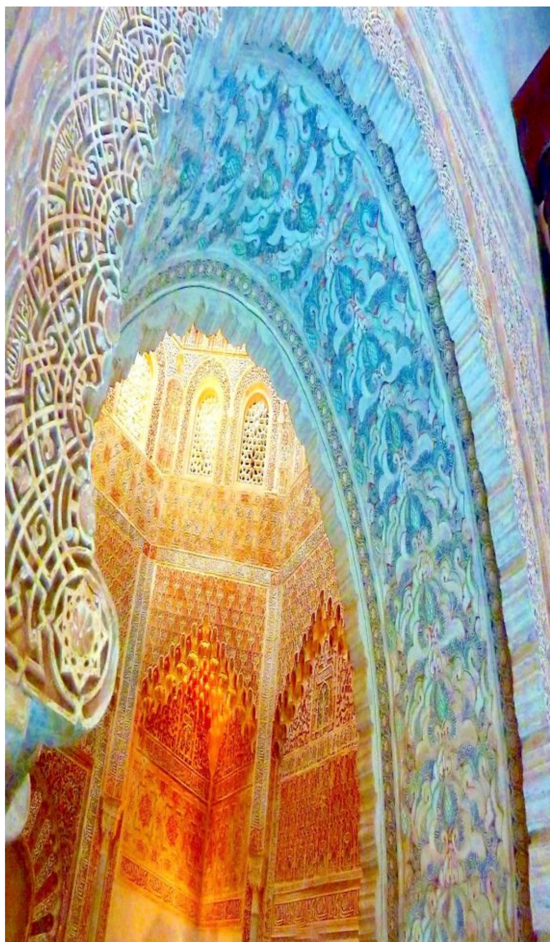
Dio unos pasos la madre, se puso a su derecha, dejando la figura de la Alhambra a sus espaldas y mirándolo de frente aclaró:

- Es que mi niña dice que el río por el que te ha preguntado, existe de verdad y cree que debe estar por aquí cerca.

Miró a la pequeña y le preguntó:

- ¿Por qué estás segura de que este río existe?

- Lo soñé una noche hace mucho tiempo y una vecina mía mayor me dijo que si lo seguía soñando, debía buscarlo porque



existe de verdad. “Cuando las cosas se sueñan muchas veces y luego cinco noches seguidas, lo que se ve en el sueño, existe”. Me ha dicho siempre ella.
Desde donde estaba sentado, miró al frente. Para la colina donde se encuentra el Generalife, coronado por el Cerro del Sol. Y un pensamiento brillante y limpio pasó por su mente. Le preguntó de nuevo a la pequeña:
- ¿Y de qué modo ves en tu sueño el río que me dices?
- Siempre lo veo cristalino, saltando muy alegre por entre piedras, remansándose en charcos azules y verdes y por la orilla de esos charcos, siempre ando yo jugando y buscando algo que me gusta mucho pero que no sé qué es.

Cerró él los ojos, intentó imaginarse el río que la niña le describía y también se esforzó para verla en sus juegos por las orillas de este cauce. Y pensaba que era un lugar realmente mágico cuando la pequeña dijo de nuevo:
- Y la última vez que lo he soñado fue anoche. Las aguas del río estaban más claras que nunca y yo me vi como en brazos de alguien invisible. Me paseaba por las orillas por encima de la corriente y todo era tan hermoso y placentero que

luego lloré cuando desperté del sueño. Me entristecía haberme venido de ese lugar.

- ¿Y por qué crees que ese río que ves en tus sueños debe estar por aquí?
- Porque siempre veo a la Alhambra sobre la colina, hermosa y como perdida entre nubes. ¿De verdad tú no sabes nada de este río de mis sueños?
- Sé que por las entrañas de la colina que la sostiene la Alhambra, hay mucha agua. Ríos enteros y lagos anchos pero los dos únicos ríos que todos conocemos cerca de esta castillo mágico, son el Genil y éste donde ahora estamos que se le conoce con el nombre de Darro.
- Ninguno de estos dos ríos es el que veo en mis sueños. Por eso te pregunto otra vez: ¿No puede estar en ese lugar, en las entrañas de la colina que sostiene a la Alhambra, el río que busco?
- Podría ser pero te repito que yo no lo he visto nunca.

Y la pequeña se acercó a la madre, la cogió de la mano, arrugó su entrecejo y algo triste, refugió su cabeza cerca del corazón de la madre. Al ver la escena, él habló diciendo:
- Lo que yo sí puedo decirte es que la persona que sueños con ríos de aguas

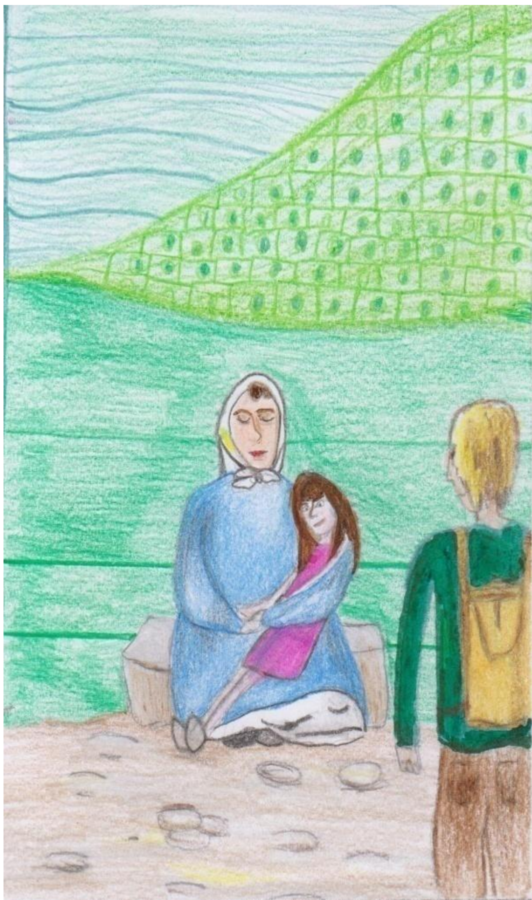
claras y vuela sobre charcos y cascadas azules verdes, es porque en su corazón y alma, hay mucha paz, luz y belleza.

La madre la abrazó, le dio un beso y le dijo:

- Sí, hija mía: de verdad y justo en el corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra, hay un gran río de aguas muy limpias y perfumadas. Aunque nunca lo haya visto nadie ni sepan dónde está. Lo seguiremos buscando.



El cielo en sus brazos



En la tarde la niña, se acurruca en sus brazos, no está dormida: de sus ojos y labios el cielo chorrea en arroyuelos blancos. Ella es el cielo sereno, hondo y mágico.

El corazón parece que siempre busca alimentarse de los recuerdos, de los sueños mágicos, de todo lo que es bello. Y, sobre todo, de aquello que no es materia y, de alguna manera, reflejan tozos de cielo. Y el corazón, sin que se le haya enseñado, siempre sabe distinguir y gustar estas señales y espejos que al mismo tiempo sirve, de vez en cuando, para despegarse de la tierra y elevarse a las regiones de lo eterno, el único universo realmente verdadero.

Y él lo sabía. Por eso, aquella calurosa tarde de verano, caminó por las calles de Granada, recorrió el paseo del río Darro y al llegar al Puente del Aljibillo, buscó la sombra del almez. En el muro del puente se sentó, durante unos minutos observó las aguas claras, gustó la música que desgranaba la corriente y luego dejó que el airecillo acariciara su cara. Tenía en el alma un dolor secreto y por eso, en lugar de llorar y compartirlo con los demás, cerró los ojos, como si durmiera y aunque


Luego, al caer la tarde, regresaba sola y en su
pequeña casa de ramas secas, piedras y
barro, en el corazón mismo del
Albaicín,
se refugiaba. Comía
algo,
se calentaba en el
fuego de
la chimenea y se
acurrucaba
en el rincón
a soñar
sus cosas.

no se durmió, sí se desconectó de todo cuanto a su alrededor en ese momento existía. Y al poco, la vio. Pequeña, de cuerpo, cara y brazos delgados, sonrisa blanca y limpia y tierna como un soplo de viento. Jugaba y reía entre los demás niños y de vez en cuando se paraba, miraba a la lejanía, buscando o soñando no se sabía qué y en este sueño se quedaba como perdida. La despertaban los amigos o amigas cuando se acercaban a ella y le decían:

- No te hemos visto nunca con tu padre ni con tu madre. ¿Es que no tienes?

Y ella, siempre triste y como meditando, con voz temblorosa, decía a sus amigos:

- Si tengo, yo no los conozco.

- ¿Qué les ha pasado?

- Tampoco lo sé.

- ¿Y te gustaría que tu madre te diera un beso cada día y te llevara de la mano y luego al dormite, te diera un abrazo?

- No sé lo que es eso pero sí que me gustaría.

Y en ese momento, miraba y se le iban los ojos, el corazón y el alma, detrás de las madres que pasaban cerca llevando de sus manos a sus niños, así como ella de grandes. Luego, al caer la tarde, regresaba sola y en su pequeña casa de

ramas secas, piedras y barro, en el corazón mismo del Albaicín, se refugiaba. Comía algo, se calentaba en el fuego de la chimenea y se acurrucaba en el rincón a soñar sus cosas. Así, hasta que un día, la mujer del borriquillo color ceniza que vivía en las montañas con su marido y una hija mayor, al verla se paró junto a ella y le dijo:

- ¿Te gustaría venir a vivir conmigo?

La miró la niña y le contestó:

- No lo sé. Pero sí que me gustaría que alguien me diera un abrazo cuando por las noches me voy a dormir.

Y la hija de la mujer, se acercó a la pequeña, la cogió de la mano, le dio un beso y le dijo:

- A mí me gustaría ser tu amiga. Si te vienes con nosotros, te prometo que cada noche, cuando te metas en la cama, voy a darte un beso y luego por las mañanas, jugaremos juntas por entre la hierba y las aguas claras del río que tengo.

- Es que no sé.

Susurró la pequeña.

Poco después, se les vio a las tres y al borriquillo color ceniza, recorriendo las calles del Albaicín camino de las montañas. La niña iba montada en el asno y de la mano la llevaban, a un lado la

madre y al otro la hija. Y pasado el tiempo, una cálida tarde de verano, se vio a la madre sentada en la puerta de su cortijo, con la pequeña en brazos, como durmiéndola. Pasó por allí cerca el joven y al ver el cuadro, se acercó, saludó a la madre, besó a la niña y le dijo:

- ¿Te vienes a la ciudad?

Abrió los ojos la pequeña, miró como escudriñando y con apenas voz, dijo:

- Duermo ahora mismo en los brazos de mi madre y no tengo ganas de ir a la ciudad.

Y justo en ese momento, al joven, el corazón le dio un vuelco. Porque vio y supo, como en una sensación y visión celestial, que la pequeña estaba henchida de gozo. Se dijo: “El corazón humano, necesita alimento tanto o más que el cuerpo y de besos y abrazo. Sin duda que es quizás lo más importante en este suelo”.

El Rey y el sabio //Aj

Uno de los reyes que en aquellos tiempos vivía en la Alhambra, varias veces le ofreció una vivienda mejor. Una casa no muy

grande, por la cuenca del río Darro y no lejos de la Alhambra. Pero él siempre la rechazó argumentando:
- En mi pequeña cueva vivo bien, majestad. Soy feliz y libre y tengo todo lo que necesito: aire puro, silencio, paz con los paisajes, con el cielo y conmigo mismo y mi higuera centenaria. Ser libre es lo más grande del mundo.
Y para sí, cuando ya no estaba en presencia del rey, se decía: “Lo que le digo es cierto pero también es cierto que si acepto sus regalos, seré su esclavo para siempre. Quien acepta regalos, en el fondo deja de ser libre y se convierte en el prisionero del otro”.

Su higuera era un gran árbol, muy viejo y de tronco grueso, que crecía no lejos de su cueva y antes del cauce del río. Sus raíces se clavaban en la tierra de la torrentera y su tronco se curvaba para el lado de abajo. Tanto se inclinaba que, en más de una ocasión, temió que el viento y la lluvia la doblaran y acabaran con ella para siempre. Y esto le preocupaba mucho por el gran cariño que le tenía a su higuera. Le daba mucha sombra en verano, en la espesura de sus ramas y hojas a todas horas revoloteaban cientos de pajarillos y, al comienzo del otoño, siempre cogía de su higuera higos muy buenos.

Pero como el trabajo en los palacios de la Alhambra y como consejero de uno de los reyes, le ocupaba tanto, apenas le quedaba tiempo ni para cuidar de su higuera. Porque el

rey a todas horas lo estaba consultando. Por el futuro de su reino, por lo que ocurriría en las vidas de las princesas cuando fueran mayores, por el futuro de Granada y de la Alhambra, por el… Porque todos, dentro del recinto de la Alhambra y fuera, lo tenían por un gran sabio. El mejor sabio que por aquellos días se conocía en estos reinos. Pero él, ni se consideraba sabio ni quería serlo. Desde pequeño lo que más siempre había soñado era ser libre y hacer solo aquello que su corazón le dictara. Por eso, a riesgo de que el rey lo castigara, en más de una ocasión se atrevía a decirle:
- Señor, que las cosas no pueden ser así. Si usted oprime y les quita la libertad a las personas en lugar de ayudarles a que sean ellas mismas, el cielo un día se lo demandará.

Y el rey lo escuchaba y, aunque muy molesto, a veces le preguntaba:
- ¿Y qué puede pasarme?
- Todo su reino se desmoronará, se derrumbarán todos sus proyectos y hasta usted mismo y su familia vendrán a menos y acabarán empobrecidos.
- ¿Y tú por qué sabes que las cosas pueden ser así?
- Contra Dios, nunca es bueno ir. Y si se ofenden y daña a las personas, tampoco el corazón tendrá paz. Tarde o temprano Dios siempre pone las cosas en el sitio que les corresponde.

Y el rey, cuando oía esto, lo miraba, no le decía nada pero él sabía que dentro de sí, rumiaba. Por eso, cuando estaba solo en la tranquilidad de su cueva, se decía: “Se que un día de estos, el rey va a ir contra mí por decirle las cosas tan claras”.

Y por este temor suyo a la reacción del rey y por la innata condición a querer ser libre y buscar solo lo bello y bueno por encima de todo, empezó a vivir inquieto. Con el miedo siempre presente en su corazón y con la sensación de ser cada día más un rebelde. Sin embargo, el hombre acudía al cielo y le pedía a Dios que le ayudara para no traicionar nunca su conciencia ni dejar de amar lo bello y bueno.

Dio el rey una pequeña fiesta en los palacios y le pidió al sabio que asistiera.
- Tengo que contarte algo.
- ¿No podría, su majestad, decirme qué es?
- En su momento te lo diré.
Y el momento fue justo al terminar la comida de la fiesta. El sabio estaba sentado en la mesa del rincón y el rey se acercó. Le dijo:
- Este plato de comida que tienes hora mismo delante será el último que comas en estos palacios.
Se quedó el hombre paralizado y tímidamente preguntó:
- ¿Qué acontecimientos grabes ocurren, señor?
- He perdido todos mis reinos y, aunque poseo riquezas y palacios, tengo que dejarlos.

Y guardó silencio el hombre, meditó un momento y luego preguntó:
- ¿Pero alguien seguirá cuidando de estos palacios?
- Aunque fuera así ya nada tendrá sentido. Todo está acabado.

Aquella misma tarde el hombre se fue a su cueva, buscó la sombra de la higuera y, mirando al río, se sentó. Meditó durante un rato y luego elevó su oración al cielo diciendo: "Dios, yo sé que Tú siempre pones las cosas en el lugar que les corresponden. Nada ni nadie puede permanecer para siempre en paz y con dignidad, si deja de ser bueno y justo con las personas que rodean. Solo lo bello y bueno al final triunfará y quedará para siempre eterno".

La muchacha del río //Rd

A veces en los encajes del viento, muchas cosas pequeñas se quedan agazapadas y permanecen para siempre. Y, a veces, las soñamos, las recordamos, de alguna manera, las rescatamos de los más recónditos pliegues del tiempo. Pequeñas cosas llenas de gran belleza tal como fue el caso de "la muchacha del río Darro" y sus padres.

Tenían ellos su pequeña vivienda muy cerca de la corriente de las aguas, en el tramo del río que hay entre la Fuente del Avellano y el

Puente del Aljibillo. Y aquí vivían felices aunque pobremente y sin conocer más mundo que su recogido rincón, su humilde casa, los caminillos que les servían para ir de un lado a otro, las tierrecillas de su huerto, su puñado de plantas y algunos animalillos. Y ella, la muchacha del río, en muchas ocasiones le decía a su madre:
- No le pido otra cosa a la vida que poder disfrutar de este lugar hasta el fin de mis días.
Y la madre le preguntaba:
- ¿Por qué dices eso, hija mía?
- Porque pienso que como este rincón del río Darro, con la Alhambra sobre la colina, no hay nada en todo el mundo. Y como el rumor de las aguas de este río, como el airecillo fresco que por aquí siempre acaricia y como el silencio que de este paraíso mana, tampoco hay nada en el mundo entero. Solo le pido al cielo que nunca tenga que irme de Granada porque mi sueño, mi único sueño, es vivir aquí todos los días y morir en este rincón, cuando llegue el momento.

Pero con el paso del tiempo, todos los caminos se transforman, muchos se borran y otros tantos, desaparecen. También con el paso del tiempo, en los pueblos y ciudades, se construyen nuevas casas y otras se desmoronan para siempre. El tiempo borra millones de cosas, sobre todo en el mundo de los pequeños, que nunca volverán ni quedarán recogidas en la historia.

Con el paso del tiempo, en el río Darro y en el tramo que discurre a los pies de la Alhambra, han desaparecido y transformado muchas cosas. Se han borrado los caminillos, se han demolido casas y se han levantado otras y hasta los nombres se han perdido. El rincón que en otros tiempos era conocido con el topónimo de Valparaíso hoy se le distingue con los nombres de Paseo de los Tristes, Camino de la Fuente del Avellano, Puente del Aljibillo, Carmen de los Capiteles, rincón del Rey Chico… Y fue justo en este lugar donde hubo un puñado de casas que, con el paso del tiempo, todas han ido muriendo. Donde hubo caminos junto a las aguas del río, hoy ya no existen. Tampoco existen los huertos ni las acequias ni los manantiales ni rosales ni árboles frutales. Y mucho menos ya por el rincón se ven las humildes casas que sí hubo en aquellos primeros tiempos.

Pero aquella mañana de primavera, algún tiempo después de que ella hubiera comentado sus deseos con la madre, se le vio sentada en la piedra. Por donde iban los caminillos que llevaban al río y a las tierras de su huerto. Y estaba triste, mirando en silencio la figura de la Alhambra sobre su colina y dejándose abrazar por el hondo silencio. De fondo se oía el rumor de las aguas del río y, a lo lejos, se adivinaba la gran vega por donde se extiende Granada. Se acercó a ella la madre y le dijo:

- Vente conmigo, hija mía que ya tengo preparada la comida. Por última vez comeremos los tres juntos en este rincón que tanto amas.
- Y después ¿a dónde iremos?
- Solo el cielo lo sabe pero ya estás viendo.
Y lo que ella podía ver, por el lado de su derecha que era para donde señalaba la madre, eran las ruinas de su pequeña casa. Toda desmoronada y con los caminillos borrados y sin frutos ni flores en las plantas de su huerto. Como si el tiempo ya todo lo estuviera borrando del mapa.
- ¿Qué será de todo esto y de nosotros?
Preguntó otra vez la muchacha.
- Ya te lo he dicho, hija mía, solo el cielo lo sabe.

Y hoy, después de varios cientos de años, por el rincón sigue corriendo el río Darro. Pero ya muy pocas personas nombran a este sitio con el topónimo de Valparaíso ni tampoco nadie sabe de aquellos caminillos ni de su casa ni de las acequias ni de las tierrecillas de su huerto. Todo y mucho más, se lo ha comido el tiempo y, lo que no, se ha transformado. Sin embargo, cuando se camina por este rincón y se observa atentamente, entre los pliegues del tiempo, puede verse a la muchacha del río. Sentada en la roca donde ella soñaba, mirando a la Alhambra sobre su colina y besada por el hondo silencio y la música de la corriente. Y si se presta atención hasta pueden oírse sus palabras: “Solo le pido al cielo poder vivir

siempre en Granada y morir aquí, cuando llegue el momento”.

Tarde frente a la Alhambra //Ba

Luces y colores de Granada

La luz en Granada
es azul caramelo,
nieve inmaculada,
sangre y oro viejo
y rosa malva
terciopelo.

Quedaban todavía tres horas de sol. El cielo se había llenado de nubes gris plata y sereno viento. Al fondo y a lo lejos, resaltaban las cumbres de Sierra Nevada y más cerca y sobre su colina, las torres y palacios de la Alhambra. La quietud, en ríos invisibles, parecía chorrear desde el cielo para derramarse por todo el rincón. Por eso, el silencio era total y el aire regalaba denso aroma a humedad.

Hora y media antes de que se pusiera el sol, la lluvia comenzó a caer. Primero en hilos de agua suaves y frágiles y luego, poco a poco, fue aumentando. Tanto que a los diez minutos de comenzar a llover, todo se quedó como apagado. Como si los mantos de lluvia tejieran una densa cortina desde las nubes hasta la tierra para tapar la luz del sol.

Desaparecieron, entre el color gris plata de las nubes, la lluvia y las nieblas, las cumbres de Sierra Nevada, la colina de la Alhambra, las torres y las murallas.

Al otro lado de los cristales de la ventana, los tres y frente a la lumbre, observaban en silencio. Abstraídos por completo en la fina lluvia, en el color gris ceniza que cubría los paisajes y en el fino fluir de la música que desgranaban las gotas de agua. Uno de ellos dijo:
- Parece como si estuviéramos dentro de un sueño. Y la sensación que transmite, es como si el fin del mundo hubiera llegado y aquí ya nos hubiéramos quedado para siempre.
- Sí que parece eso pero no hay dolor sino todo lo contrario: como si nos rodeara ahora mismo un mar de gozo inmenso.
Y el tercero comentó:
- Esperad un rato y ya veréis.

Y no esperaron mucho. Solo media hora antes de que el sol se pusiera, la lluvia dejó de caer. Se abrieron las nubes, se vio el azul del cielo y los colores blancos de las nubes altas. Al fondo apareció Sierra Nevada y más cerca, las laderas y la colina con su Alhambra. Salió el sol y en el horizonte de la Vega de Granada, se le vio caer tras las montañas. Y entonces y solo por espacio de unos minutos, aparecieron los colores. No los del arco iris sino los de las puestas de sol en Granada. Del cielo y por entre las nubes, se vio

brotar como cascadas de flores y derramarse por las laderas, torres y jardines de la Alhambra. La luz se tornó suave, color azul violeta, malva sangre y nieve inmaculada. Y, sobre las cumbres de Sierra Nevada, la luz se vistió de oro y caramelo miel. Por donde la Alhambra, las nubes formaron como una corona de brillantes, color rosa y verde agua y el purísimo azul del cielo parecía besarla.

Desde la azotea de la casa, frente a la Alhambra, el primero de los tres volvió a comentar:

- Es como si el cielo y la tierra se estuvieran preparando para irse lejos y el sol los despidiera con un beso enamorado.

- Un beso de luz de colores que ya estáis viendo: hasta parece que tuviera sabor y regalara serenidad y gozo.

- También es así pero los tres ahora mismo estamos viendo que las nubes, después de la lluvia y ahora el sol que se va perdiendo, dibujan un universo de colores únicos. Por eso tiene sabor, se transforma en música y es silencio que gusta el corazón. Las luces y colores de Granada son, esto.

El poeta del Generalife //Aj

"Si uno no encuentra la manera y tiene la posibilidad de expresar su interior, la propia vida queda empobrecida. Porque lo material, la rutina de cada día en el trabajo, las

preocupaciones y las luchas, no realizan por completo si el alma y el corazón no puede vivir su yo más personal”.

Así pensaba el hombre y, de la mejor manera que sabía, vivía de acuerdo a estas realidades. Procurando en todo momento realizar lo mejor posible el trabajo que tenía entre manos. Pero, al mismo tiempo, procurando expresar sus sentimientos, sueños y fantasías, casi siempre a escondidas. Lo habían contratado para un trabajo en las tierras de las huertas del Generalife. Y en ese mismo instante, el jefe principal, le dijo:
- Tienes que labrar las tierras, sembrar las plantas, regarlas y quitar las malas hierbas, podar los árboles, recoger las cosechas de hortalizas y frutas, prepararlas y llevarlas puntual a los palacios de la Alhambra. En esto consiste tu trabajo y debes hacerlo con diligencia y poniendo en ello tu yo entero.
Y el hombre respondió:
- Seré fiel y llevaré a acabo con sincera entrega y dignidad, el deber que se me está encomendando.

Y desde ese mismo momento, se dedicó y empleó todo el tiempo e realizar este trabajo. Con gusto, además, porque era un gran enamorado de las plantas, de las flores en las ramas de los árboles, de las avecillas por entre los jardines construyendo sus nidos y de las cascadas de aguas claras que relucían en las acequias al darle el sol de las mañanas. Por

eso, de vez en cuando y después de realizar a la perfección su trabajo, se paraba a respirar el aire que subía del río Darro, mientras contemplaba el agua llevándose las hojas y tallos de hierba a la vez que empapaba y refrescaba la tierra. Le decía a sus compañeros:

- Contemplar estas cosas en silencio y meditarlas, llenan más y alimentan mejor que las frutas y aquello que se compra con dinero.

- ¡Tonterías tuyas! Debes dejarte de romanticismos y dedicarte plenamente al trabajo que te han encomendado.

- Cumplo continuamente con mis obligaciones y en los momentos de respiro o minutos de descanso, tengo derecho a sentir y expresar lo que me guste.

- Pues un día, este romanticismo tuyo te traerá problemas.

Y el hombre sentía miedo al tiempo que para sí se decía: “Si Dios me ha hecho de esta manera ¿por qué no voy yo a gozar los dones que me ha regalado?” Pero un compañero de la huerta de arriba, lo tenía vigilado. Desde el primer día que el hombre llegó a las huertas, lo controlaba y en cuanto veía en él algo que no cuadraba con lo que siempre había hecho y pensado, iba al jefe y le decía:

- El otro día, se llevó el agua de la acequia por donde nunca antes ha ido y la otra tarde, miraba la puesta de sol mientras en la tierra escribía versos. Debe usted hacer algo y darle

un escarmiento. En este trabajo no hacen falta ni románticos ni poetas.
Y el jefa callaba pero a escondidas observaba. No descubría en él ningún comportamiento que le quitara tiempo y esfuerzo en el trabajo que se le había encomendado. Al contrario, cada día iba notando que las cosas que hacía las realizaba perfectamente y con matices y detalles exquisitos.

Unos años atrás, descargó una gran tormenta por estas tierras de las huertas. Un rayo cayó en la higuera más grande y la rompió por completo. Solo quedó como un metro de su tronco que nadie cortó por si de nuevo brotaba y echaba ramas. No brotó aquel año ni al siguiente ni a los que siguieron. Pero una tarde, el compañero malo, cortó unos tallos de otra higuera y, sin que lo vieran, fue y los puso junto al tronco seco de la higuera rota por el rayo. Esperó escondido y al poco vio que el hombre que escribía versos en la tierra, se acercó al tronco seco y con un hacha, dio unos golpes a la madera seca y casi podrida. Desde la parte alta, el compañero malo dio voces y dijo:
- ¿Qué, cortando los nuevos tallos que este año ha dado la vieja higuera?

Sorprendido miró el hombre de los versos al compañero malo y muy enfadado le dijo:
- Deja de perseguirme porque un día tendrás problemas.
- ¿Qué problemas voy a tener?

- Yo nunca voy al jefe a contarle cosas tuyas ni de nadie y tú, desde que vine por aquí, no dejas de hablar mal de mí.
- Es que eres un romántico sentimental y eso no me gusta a mí. Aquí todos hemos venido a labrar y regar las tierras y no a escribir versos en el suelo o contemplar puestas de sol. En cuanto venga el jefe le diré que acabas de cortar los tallos nuevos que le habían brotado al tronco seco de la higuera del rayo.
Y el hombre se llenó de amargura y tuvo miedo.
Tres días más tarde, el jefe lo llamó y le dijo:
- Quedas despedido.
- ¿Qué mal he hecho?
- El tronco de la higuera del rayo, estaba echando brotes nuevos y tú se los has cortado. Debería meterte en la cárcel por eso pero solo te despido de tu trabajo y te pido que no vuelvas nunca más por aquí. Desde ahora mismo te prohíbo pisar estas tierras, jardines y recintos de las murallas y palacios.
Y el hombre de los versos, no quiso ni suplicar ni dialogar y exponer para aclarar las cosas. Sí a punto estuvo de gritar o llorar por la rabia contenida pero agachó su cabeza, dejó las herramientas de labranza junto a unas piedras y comenzó a irse por una vereda en la ladera hacia el río Darro. Al verlo el que hasta ese momento había sido su compañero y enemigo, le dijo:
- Desde ahora tienes todo el tiempo del mundo para escribir tus versos, contemplar las

estrellas y expresar tus sueños. Hoy, yo no soy el que tiene un gran problema.
Tampoco dijo nada a este hombre y sí continuó bajando por la senda dirección al barrio del Albaicín. Se ponía el sol y sus dorados rayos, incidían en las torres y murallas de la Alhambra. También por lo hondo, saltaban las aguas del río Darro y el Albaicín al frente y sobre la colina, parecía mirarlo mudo.

Nunca más se le vio por las huertas del Generalife ni tampoco nadie lo vio escribiendo versos en el suelo o contemplando las puestas del sol al fondo de la Vega de Granada. Sí el compañero malo, cuando hablaba con los otros hortelanos, seguía diciendo:
- Escribir versos en el suelo y contemplar las puestas de sol en Granada… ¡Como si eso sirviera para algo!

Desde las cuevas del Albaicín

Las lluvias del otoño de nuevo llegan, hace frío un poco, duele la tierra,	estoy solo y tu ausencia, mudo vacío hondo en la espera.

En la parte alta del barrio del Albaicín, ladera por debajo de la Ermita de San Miguel, siempre hubo cuevas. Desde tiempos muy lejanos, a lo largo de toda la época de la Alhambra, cuando ya Granada fue conquistada

por los Reyes Católicos y a lo largo de todo ese tiempo hasta nuestros días. Porque aun hoy en día, sigue habiendo muchas cuevas en estas laderas, en los barrancos que hay al otro lado de la muralla, por donde Valparaíso y Abadía del Sacromonte y por las umbrías del Generalife y la Alhambra. Pero donde más cuevas hay, casi todas muy humildes y sin luz ni agua aunque con mucho sol y hermosísima vista hacia la Alhambra, es en la ladera de San Miguel Alto y en los barrancos conocidos con el nombre de Sacromonte.

Cada puerta de cada cueva, es como un pequeño balcón hacia el valle del río Darro, laderas y colina del Generalife y Alhambra, todo el barrio del Albaicín y la extensa ciudad y Vega de Granada. Un lugar único para disfrutar de los atardeceres y de la luz y calor del sol desde primeras horas de las mañanas hasta que se oculta tras las lejanas montañas. En tiempos pasados, muchas de las personas que vivían en estas cuevas, eran pobres. De raza gitana, la gran mayoría y los que no, personas por completo marginadas. Hoy en día la mayoría de las personas que viven en estas cuevas, ya no son de raza gitana. Muchos son jóvenes venidos de otras partes del mundo. Algunos con algo de dinero, otros muy pobres aunque con grandes sueños pero al margen del resto del mundo.

En aquellos tiempos y ahora, muchas historias ocurrieron y siguen sucediendo en las

cuevas de los sitios que he mencionado. Importantes algunas y otras, muy parecidas a las historias de millones y millones de humanos. Oí, no hace mucho, un relato de estos que, por su especial belleza y singular características, voy a contar a continuación.

Ella se fue y él se quedó triste. Con un gran vacío en su corazón, sin gusto ninguno por las cosas y por la vida y también sin ganas de hablar con las personas. Ni siquiera ganas de comer tenía y hasta se quedó sin fuerzas para seguir trabajando. Por eso, en la pequeña fábrica de cerámica en el Collado de los Almendros, el jefe le dijo un día:
- Lo siento por ti pero con esta apatía tan grande en tu vida aquí no puedes seguir.
Y ninguna razón ni respuesta dio al jefe. Al día siguiente ya no madrugó para ir al trabajo ni tampoco buscó a los amigos para contarles sus cosas y tener algún rato de compañía.

Dos días más tarde, un vecino lo vio sentado en la puerta de su casa, en lo más elevado del barrio del Albaicín y le preguntó:
- Por Navidad ¿volverás a verla?
- Ni por Navidad ni en primavera ni en verano.
- ¿Entonces?
- Se ha marchado para no volver nunca más en la vida.
- ¿Y a ti te duele su ausencia y por eso no puedes olvidarla?

Y no dio ninguna respuesta a esta pregunta. Pero sí unos días más tarde, un grupo de amigos le dijeron:
- Tienes que irte de este barrio.
- ¿Y eso?
- Te has vuelto tan raro, vives tan solo y aislado, tan metido en tu dolor o lo que sea, que nadie quiere verte por aquí ni estar contigo.

Y dos días después, a primera hora de una gris mañana de otoño, se le vio salir de su casa. Cerró la puerta y con un zurrón de cuero a sus espaldas, caminó por la estrecha calle. Una de las estrechas y empinadas calles que en la parte alta se abría en el Albaicín y que aun hoy en día, existe. Había llovido aquella noche y el barro y los charcos se acumulaban en muchos tramos de la calle. Pisando este barro y esquivado los charcos, subió despacio, recorrió los caminillos de la ladera en la parte de arriba del barrio, buscó una cueva en buenas condiciones y la encontró entre chumberas. Cerca del tramo de muralla que desde lo más elevado del cerro hasta el río Darro y frente por completo a la Alhambra. La exploró, entró dentro, la limpió, se acurrucó de la mejor manera que pudo y cuando al día siguiente salió el sol, se sentó en la puerta de su cueva. Frente a la Alhambra y con su pensamiento puesto en ella.

No llovió a la noche siguiente ni tampoco hizo frío. Y sí, al día siguiente, brilló con gran fuerza el sol. Iluminó las murallas y

torres de la Alhambra y él, al contemplar tan hermoso espectáculo y sentirse solo y hundido en su recuerdo, lloró por ella y quiso morirse. Se dijo: "¿Qué sentido tiene ya para mí la vida y estos lugares y las horas de este día tan bello si no la tengo? Para cualquier sitio que me mueva y a cualquier lugar que vaya, me voy a encontrar vacío y amargo, echándola siempre de menos". Y tres días más tarde, bajó por la ladera, recorrió las sendillas y se acercó a las aguas del río Darro. Buscó un trozo de tierra, lo labró un poco, dejando el terreno un poco llano y luego lo regó con las aguas del río. Se sentó allí mismo y al poco vio que algunos pajarillos aparecían por entre las zarzas y se pusieron a picotear la tierra. Los dejó tranquilos y cuando ya caía la tarde, de nuevo regó la tierra labrada y subió por las sendillas a su cueva.

Volvió por las tierrecillas del río unos días después y antes de llegar advirtió que algo ocurría en el rincón. A cierta distancia se paró, observó despacio y miró muy concentrado. En el rodal de tierra había nacido hierba y sentada en una piedra por el lado de arriba, una niña llamaba a los pajarillos del río. Les regalaba comida y, las avecillas, muchas y todas muy confiadas, la rodeaban comiéndose lo que ella les ofrecía en sus manos y por el suelo. Durante un buen rato, desde la distancia, estuvo mirando. Luego caminó, se acercó despacio y cuando ya estuvo a solo unos metros de la niña, la saludó y le preguntó:
- ¿Son tuyos estos pajarillos?

- Son de las zarzas y árboles de este río.
- Pero compruebo que se vienen a tu lado muy confiados. Como si fueran tus amigos desde siempre. ¿Cómo lo consigues?
- Simplemente llamándolos y echándolo de comer estas semillas y trozos de pan que para ellos he traído. Vente a mi lado y échale tú también algo verás como se vienen contigo.

Se acercó el joven, procurando no asustar a las avecillas y cuando estuvo al lado de la niña, ésta le preguntó:
- ¿Y son tuyas estas tierrecillas?
- Creo que sí pero no tengo papeles para demostrarlo.
- Es que ¿sabes lo que he pensado?
- No lo sé.
- Si tú quieres, podemos seguir cultivando estas tierras, yo vengo por aquí cada día, te ayudo en lo que pueda, le sigo trayendo de comer a estos pajarillos y así hacemos cosas importantes y, mientras nos distraemos, también sacamos productos de las tierras.
Y fue el joven a dar una respuesta a lo que ella le proponía cuando la figura de un hombre les llamó la atención. Se acercaba por la sendilla que venía desde el barrio, cruzó el río y al llegar a ellos, se paró y les preguntó:
- ¿Con qué permiso habéis sembrado estas tierras y le echáis de comer a los pajarillos?
Sin tardar y sin miedo la niña respondió:
- Solo nos hemos parado aquí un momento y, al ver a las avecillas, las hemos llamado y ellas han venido.

- Pues ya os estáis marchando.

Y sin más palabras, unos minutos después, la niña se alejaba del río hacia las blancas casas del barrio y él subía por la ladera a su cueva. En la misma puerta, frente a la Alhambra y mientras se ponía el sol, aquella tarde escribió los siguientes versos: Las lluvias del otoño de nuevo llegan, hace frío un poco, duele la tierra, estoy solo y tu ausencia, mudo vacío hondo en la espera.

Tres días después, volvió por donde las tierrecillas junto al río, con la ilusión de encontrarse con la pequeña de los pajarillos y la hierba brotada en la tierra. Pero antes de llegar al rincón, descubrió que una alta y densa valla de alambre, cortaba la senda impidiendo acercarse a las aguas y a las tierras de las avecillas. Mirando en la dirección en que se iban las aguas del río, con las casas blancas del Albaicín a su derecha y la grandiosa figura de la Alhambra a su izquierda y sobre la colina, como en forma de oración susurró para sí: "Todo por estos lugares y el Universo entero es una obra de arte y maravilla perfecta. Y dentro de esta creación, la obra más perfecta, somos las personas. Cada uno en sí y todos los humanos en general, somos la máxima perfección del Universo. Por eso no tiene sentido ni lo entiendo que no seamos capaces de vivir la vida y recorrer los caminos, en armonía y ayudándonos unos a los otros. Al irte y dejar todo por aquí ignorado y a mí en su

centro, quizá sin saberlo, has levantado murallas en el camino que hacia lo hermoso y perfecto, recorremos. Y hoy también descubro aquí, junto a las aguas de este río y donde he venido buscando algo de libertad y serenidad para mi alma, esta valla acotando el terreno. Creo que no ha sido acertado tu proceder ni tampoco lo que por aquí han hecho. Y por eso no lo entiendo”.

Regresó otra vez a su cueva. Hizo frío aquella tarde y llovió mucho durante toda la noche. Nadie lo vio ni al día siguiente ni al otro ni cinco días después. Pasado siete días, como nadie sabía nada de él, unos amigos vinieron a su cueva a buscarlo. Lo llamaron y como no contestaba, entraron a la cueva, lo vieron en un rincón acurrucado, de nuevo lo llamaron y al comprobar que ni respondía ni se movía, tocaron sus manos y cara. Todo su cuerpo estaba por completo frío y su corazón parado y sin vida.

La fantasía de un sueño

Los que esperaban en la explanada guardando vez para entrar, preguntaban a los que salían:
- ¿Cómo son las cosas ahí dentro?
Y los que salían, todos emocionados, decían:
- Sin palabras. Hay que verla, parase a su lado, mirar su cara despacio, hablar con ella y dejar que sus palabras te hablen.

- ¿Pero qué es lo que por ahí dentro ha hecho y cómo lo ha montado todo?
- El montaje casi no es importante ni la estancia ni las cosas que por ahí ha colocado.
- ¿Entonces?
- Lo realmente emocionante y que se te cuela dentro con la dulzura más agradable, es ella. Por eso no hay palabra para describirla. Hay que verla.

En la explanada, justo por donde hoy se abre la plaza conocida con el nombre del Paseo de los Tristes, las personas se concentraban. Muy apretadas unos contra otros, esperando el momento de su turno para entrar, emocionados por lo que comentaban los que salían y por eso, casi todos nerviosos. Era sábado, mañana de un hermoso día de otoño, sin mucho frío ni tampoco calor. El cielo sí estaba cubierto con grandes nubes blancas y negras que parecían paradas sobre la figura de la Alhambra. Iluminadas por los rayos del sol de la mañana, regalando sensaciones otoñales y también como decorando todo cuanto por el rincón se desarrollaba. Los que esperaban en la explanada, algunas personas mayores, muchos jóvenes, niños y hasta turistas, entre sí comentaban:
- ¿Y ella sola ha conseguido montar todo esto?
- Casi sola. Algunas amigas y amigos le han ayudado pero como a todos nos parecía extraño y poco lógico su sueño, muy pocos le hemos hecho caso. Solo un par de amigas y los padres.

- Pues desde luego que tiene mérito. Y más, ahora que tantos estamos comprobando el éxito.

Y el mérito, había estado y estaba todo en ella. Era hija única de una familia de clase media, vivía con sus padres en una estrecha calle de la parte baja del Albaicín y desde muy pequeña soñaba con palacios. Fantásticos palacios llenos de colores, con mucha luz y torres con grandes ventanales. Pero según iba creciendo, se aficionaba más y más a los rincones del bosque de la Alhambra. Por donde la gran ladera ya toca las aguas del río y se convierte en tierras llanas. Por aquí se venía mucho, casi siempre sola, a jugar con las aguas y a buscar tesoros. Les decía a sus padres:

- Yo sé que ahí mismo, por debajo de la Alhambra y pegado al río, hay un palacio escondido.

- ¿Un palacio?

- No desde luego tan grande como la Alhambra y puede que menos bello pero sí creo que es único.

- ¿Por qué tiene que ser único?

- Porque ni es grande ni lujoso ni tampoco tiene muchas torres pero sí encierra un misterio fabuloso.

- ¿Qué misterio?

- Yo lo he visto muchas veces en mis sueños pero no sé cómo explicarlo. Hay que verlo.

Y los padres, como ella todavía era pequeña, la dejaban que soñara. Pensaban ellos que, como todos los niños del mundo, imaginaba fantasías que de ningún modo tenían nada que ver con la realidad del día a día. Por eso, cuando se iba sola a jugar por la orilla del río, no se preocupaban. Pero sí prestaron ellos mucha atención un día, cuando la pequeña les dijo:
- Ya he descubierto la entrada de ese palacio fantástico que tantas veces os he dicho.
- ¿Que lo has descubierto?
- Sí y hasta he pasado dentro y he visto cómo es todo aquello.
- ¿Y cómo es?
- No puedo explicarlo con palabras. Hay que verlo.
- Mañana mismo vamos contigo y nos lo enseñas.
- Por ahora no quiero que nadie vaya y vea este lugar mío tan fantástico. Con unas amigas mías, estamos preparando algo especial y cuando lo tengamos terminado, os lo digo y también se lo decimos a los vecinos y a todos los que viven en este barrio.

Y aquella especial mañana de otoño, ella tenía todo preparado. Con sus amigas se colocaron en puntos concretos del misterioso palacio subterráneo. Para recibir a los que fueran llegando, explicar las cosas y, sobre todo, hablar con cada uno en particular. Por eso, los que salían, al ser preguntados por los que esperaban en la explanada, respondían:

- No hay palabras para explicarlo. Hay que verlo y, sobre todo, hablar con ella. Transmite tanta emoción y con palabras tan dulces que es imposible que todo sea un simple sueño.

Ventana a la eternidad //Pa

Al lado sur del río Darro, frente a la Dehesa del Generalife y en las laderas que van desde el Albaicín hasta la Abadía del Sacromonte, se encuentran los arroyos. Tres o cuatro pequeños barrancos que, desde lo más elevado del monte, caen hacia el valle de Valparaíso y cauce del río Darro. Estos arroyos cortos quedan por completo frente a la Alhambra, al fondo y como a los pies de Sierra Nevada. Y en el centro de estos dos barrancos, hay un puntal de tierra, tan elevado que es casi balcón al río Darro y a todo el barrio del Sacromonte. Espejo también del sol de la tarde y donde se alzaba la casa, escenario de este relato. Fue pequeña, blanca, construida casi en la pura roca y donde el aire a todas horas pasa, llevando y trayendo los aromas y ausencias de los reinos de Granada.

Por la senda que corona por el collado de los robles, se le vio asomar aquella tarde. Con solo una pequeña mochila en sus espaldas, en su mano un palo seco de acebuche que había cogido mientras se acercaba y con el corazón ilusionado. Los

recuerdos le asaltaban en cada curva de la senda y al encontrarse con los árboles en los arroyos. Por eso, bajó despacio, meditando cada paso y recordándola en su alma hasta que se encajó en lo más elevado del puntal. Echó una mirada, a lo lejos y por los barrancos y luego siguió acercándose. Se aproximó a la puerta de la casa, buscó la llave, abrió y entró.

En la estancia, la chimenea húmeda y todavía con las cenizas de la última lumbre y rodeada por las cuatro sillas. La mesa de madera a un lado y la puerta de la habitación, al fondo. La empujó despacio y pasó dentro. Se acercó a la ventana, miró a través de los cristales y descubrió el ancho valle del río. Al otro lado del cauce y sobre la gran colina, descubrió la figura de la Alhambra, eterna y muda. Más al fondo, Granada, la ancha Vega y el sol apagándose en el horizonte lejano. Sobre los muros de los palacios descubrió las torres clavadas y como si, al igual que en aquellos tiempos, estuvieran al cielo implorando.

Esperó un momento sin dejar de mirar a través de los cristales de la ventana y con sus ojos clavados en la lejanía. También el sol se ocultaba tras las altas torres de la Alhambra. Por eso, el misterioso resplandor color oro, parecía prender fuego a las murallas y paredes de los palacios. Y al descubrir el espectáculo, emocionado recordó el momento. Su corazón se llenó ahora de miedo, mezclado con briznas de gozo y asombro y un triste sentimiento.

Tampoco ella hoy estaba y deseaba con más fuerza que nunca que viera tanto las torres que servían de escudo al sol como el fulgor que de ellas manaba. También ansiaba que viera la casa sobre el cerro y la tarde yéndose allá a lo lejos. Porque tenía claro en su mente, una vez más, que en este lugar y momento, se encontraba toda la dicha que siempre había soñado. Todo el cielo del Universo y la plenitud de la eternidad más honda. Por eso, volvió a sentir el dolor en su alma mientras por la cara le rodaban dos lágrimas. En lo más íntimo, le quemaba la tristeza al tiempo que se moría en un gozo inmenso.

Oración frente a la Alhambra //Ba

Tras la conquista de Granada en 1492, varias órdenes religiosas cristianas, se instalaron en esta ciudad. Actualmente en el barrio del Albaicín hay seis conventos, todos en la ladera sur frente a la Alhambra: convento de Santa Isabel la Real, la Tomasas, de la Concepción, de las Bernardas, de Santa Catalina de Zafra y de San Gregorio.

Y a ella la vieron nacer en la casa blanca, clavada en la ladera sur del Albaicín, frente a la Alhambra. Y en cuanto comenzó a caminar, todos la vieron correr y jugar por las estrechas calles del barrio. Y la vieron entretenerse con las claras aguas del río Darro y correr tras las mariposas por entre las zarzas

y los saucos. Los padres cada día le enseñaban el gusto por lo bello, el respeto por los pobres y la admiración por lo excelso. Le decían:

- Hija mía, lo único que de verdad debe importarte en este suelo son los sueños de tu corazón, el respeto para con los demás y la búsqueda siempre de lo hermoso.

Y ella les preguntaba:

- Y vivir en esta casa nuestra, en Granada, en este barrio tan bonito y frente a la Alhambra ¿no es importante?

- No solo es importante sino que es el mejor regalo que puede ofrecernos el cielo. Que siempre tu corazón tenga en cuenta este premio y no olvides nunca agradecerlo. Vivir en Granada, es el más bello de los sueños.

Pasado el tiempo, los padres murieron, murieron también los hermanos y muchas de sus amigas. Y un bonito día de primavera, se le vio cerrar las puertas de su blanca casa, caminó despacio por las calles que conocía, llegó a las puertas del convento, llamó, las abrieron y pasó dentro.

Y años después, al llegar la primavera, se le ve en la penumbra de la iglesia. Ya viejecita, algo encorvada, envuelta en su silencio, arrodillada en el banco y meditando. Mirando, de vez en cuando, por la ventana que tiene a su derecha y refrescando en su corazón la bella imagen de la Alhambra en su colina. Por la ladera que, desde lo alto cae hacia el río

Darro, ya han florecido los almendros, empiezan a mostrar sus nuevas hojas los almeces y la hierbecilla se engalana con todas las flores de la primavera. Cerca de su ventana, por el lado de afuera y en las ramas del limonero, canta un mirlo y, en la copa de los cipreses, las tórtolas revolotean. Es por la mañana y hasta el airecillo anuncia que ya ha llegado la primavera.

Recogida en sus recuerdos y en el calor de su corazón, medita y para sí susurra: "Gracias, Dios mío, por este nuevo día, por esta nueva primavera, con sus flores y perfume y por regalarme este momento. Te llevaste a los míos ya hace mucho, mucho tiempo y sin embargo, no los olvido. Una vez más y esta mañana, los tengo conmigo y para ellos te pido tu bendición y tu beso. Gracias por esta mañana, por la luz, el rumor del agua del río penetrando por esta ventana y por el airecillo que respiro y, una vez más, me regalas. Y te pido que me permitas que acabe mis días en este rincón pequeño, corazón de este barrio mío y frente a la figura de la Alhambra".

El abrazo //Rj

Volvía después de mucho tiempo. Y, mientras se iba acercando, lo hacía por donde su corazón más se lo pedía. Por donde se encontraban sus más bellos y tristes recuerdos

y por donde, a lo largo de muchos años, la había soñado: junto a las aguas del río Darro. Por eso, se le vio subir por donde hoy se alarga la Carrera del Darro, el paseo más bello del mundo, en Granada y a los pies de la Alhambra. Y llegaba acompañado solo de un pequeño perro blanco y su zurrón de viajero. Y lo que también en su corazón temblaba, según iba llegando, era la figura de la Alhambra sobre su colina. Tan grabada la tenía en su alma, desde sus primeros tiempos que, conforme se aproximaba, le parecía volver al descanso, al consuelo.

Y antes de llegar al último puentecillo del río, el que es conocido con el nombre de El Aljibillo, dijo a su perro, amigo y compañero:
- Vente por aquí que quiero que veas esto.
Y se acercó al río. Por donde un pequeño vado y, por eso, la corriente mostraba un buen paso. Y nada más llegar a las aguas lo primero que hizo fue mojar sus manos, luego sus brazos y después su cara. Le volvió a decir al compañero:
- En otros tiempos, cuando todavía éramos pequeños, por aquí los dos jugamos muchas veces. Corriendo por estas riveras, bañándonos en las aguas, tomando el sol recostados sobre la hierba y siempre respirando el purísimo aire y silencio que brota de este río. Para mí, era un ángel bajado del cielo. Por eso, en muchas ocasiones la llamaba con el nombre de “La Sirena del río Darro”. ¡Si tú la conocieras!

Y después de volver a lavar sus manos y cara invitó a su perrillo que a que bebiera.

Cruzaron luego la corriente y pasaron al lado de la umbría de la Alhambra. El sol lucía colocado en lo más alto y relucía como en los mejores días de verano. Aunque era invierno y al fondo, sobre las cumbres, las nieves blanqueaban. De nuevo dijo a su amigo:
- Subamos despacio. No tengo prisa en llegar porque ahora ya mi corazón está contento, como en su descanso. Por fin piso otra vez los rincones y tierras que siempre han sido para mí más que alimento.
Y remontaron lentamente. Parándose a cada instante para echar una ojeada a las casas de los barrios, al otro lado del río: el Albaicín blanco y el Sacromonte eterno.
- No son los mismos y, sin embargo, fíjate qué bonitos y cuanto misterio parece de ahí estar brotando.
Y su perro, como si lo comprendiera, se movía de un lado a otro olisqueando. Escudriñando cada rinconcillo del bosque y pendiente de las órdenes de su amo.
- ¿Sabes? Cuando ella jugaba por la corriente del río, lo que más le gustaba era irse a los sitios más desconocidos y oscuros. Comentaba:
- Tú dirás que este río viene de las montañas al norte de Granada pero yo creo que nace en algún lago en el más extenso de los paraísos.

- Y después de pasar por los pies de la Alhambra ¿a dónde crees que este río se marcha?
- Eso sí que lo tengo claro: al corazón mismo del Universo, que es donde se refugia el cielo y por eso, todo por allí, es eterno. Un río como nuestro Darro, de ningún modo puede ir a otro sitio. ¡Me gusta tanto y es tan bonito!

Más de una hora tardaron en remontar la ladera. Y mientras lo hacían seguía comentando con su perrillo:
- Y la Alhambra, sus murallas, palacios, jardines y fuentes, tú nunca lo has visto pero ahora te digo que todo por aquí es fantástico. Vete preparando que verás como no te miento.
Llegaron a todo lo alto y tomaron para la derecha, siguiendo el camino que discurría pegado a la muralla y bajaron un poco hacia Granada. El sol ahora les daba de lleno y de aquí que iluminara no solo sus cuerpos sino también las plantas y árboles que iban rozando.
- Y cuando por estos bosquecillos paseaba, muchos la confundían con una princesa. Y aunque lo era, a mí me gustaba decir a todos que su palacio lo tenía en las estrellas. Tenía cara de ángel, ojos de cielo, sonrisa de estrellas y su alma era blanca, muy blanca ¡Qué bellos fueron aquellos momentos y cuanto misterio derramó por estos jardines y espacios!

Llegaron a la puerta de la muralla y la cruzaron. Su pequeño amigo, al sentir ahora el

ruido de las personas, se vino a su lado como si temiera algo.
- Yo ya no soy nada por aquí pero tranquilo. No dejaré que te hagan daño.
Y justo en este momento se encajaron en la pequeña explanada, antes de los palacios. De pronto, ante ellos apareció la gran fuente. Cristalina, alegre, iluminada por el sol y como gritando. Frente a ella, se quedó parado mirando, intentando comprender. Le comento al perrillo:
- Soñé mil veces con esta fuente aquí, para disfrutarla con ella y al fin la han construido. ¡Fíjate qué bonita! Cara a los palacios de la alhambra, frente al barrio del Albaicín y al gran valle del río Darro y casi entre los bosques y jardines. ¿A que es fantástico, como un sueño?

Y justo en este momento, mientras miraba absorto a la fuente, sintió su mano. Por el lado derecho se le acercó, le echó su brazo por el hombro y cuello y despacio, muy despacio fue acercando su cara a la suya, al tiempo que le decía:
- Soy la que sueñas y tanto quieres. No digas nada y disfruta el encuentro. No estamos ya en el tiempo sino en la eternidad. En el corazón mismo del cielo.

La muchacha de la nieve y la Alhambra

Muy lejos de la Alhambra, casi en el otro extremo del planeta, en el país más grande del mundo y donde nieva mucho, un día dijo ella:
- Me marcho de mi tierra. Quiero viajar, conocer mundo y personas y vivir experiencias.
Y sus padres y amigos le dijeron:
- Pues que tengas suerte y encuentres lo que sueñas. Que nadie te haga daño nunca y que cuando vuelvas, sigas siendo libre y mucho más rica.

Y una fría mañana de invierno, cuando ya las nieves cubrían todas las tierras de aquel país lejano, ella cogió el tren. Viajó desde su ciudad a la gran ciudad del centro y aquí tomó el avión. Un día después llegó a España y llena de ilusión, buscó casa, buscó trabajo y quiso hacer amigos. Solo a medias consiguió esta parte de su sueño. Y por eso, después de varios meses mal viviendo en dos grandes ciudades, se vino a Granada. Seguía diciendo ella, a los que ya conocía y tenía como amigos:
- Porque me han dicho que Granada, además de bonita, es una ciudad con mucho sol. Y a mí unas de las cosas que más me gusta es el sol, luego el flamenco y también la Alhambra.

Llegó a Granada cuando ya el otoño comenzaba a darse la mano con el invierno. También buscó trabajo, casa donde vivir y

amigos con los que compartir su vida. Y lo mismo que en otros sitios, encontró solo dos amigos en una discoteca, un trabajo sin relevancia, de camarera y una pequeña cueva para vivir cerca de las aguas del río Darro. Por donde la Fuente del Avellano y exactamente frente a la Abadía del Sacromonte y por debajo del Generalife. En este rincón se refugió y lo primero que hizo fue encalar su cueva, le puso luego una puerta de rejas de hierro que algunos conocidos le dieron y una ventana también de rejas.

De la acequia del río Darro, la que corre por debajo de la Fuente del Avellano y el cauce del río, cogió agua, amasó cemento con arena y, con algunas piedras, arregló un poco el agujero que servía de ventana. Construyó un pequeño poyo en la ventana, lo recubrió con mezcla de cemento y aquí estampó sus manos para que las huellas sirvieran de recuerdo. Dijo a los amigos:

- Para cuando yo me muera, que los que vengan por aquí, sepan que estas huellas son mías.

Y dentro de la cueva puso un colchón, una pequeña alfombra y su maleta con algunas cosas y ropa, en un rincón.

Cada día desde la cueva bajaba a Granada recorriendo el camino de la Fuente del Avellano y luego el Paseo de los Tristes y regresaba cuando ya era muy de noche. Se acurrucaba en la cama de su cueva y sentía

que la soledad, el frío y el hambre se la comían. También se la comía la añoranza por los suyos y los recuerdos de su tierra. Pero, aunque a veces se planteaba volver, sabía que no podía porque no tenía papeles. Tampoco tenía dinero ni amigos buenos que la quisieran sinceramente.

Pero un día de invierno, cuando ya iba por los tres años de su llegada a España, bajaron mucho las temperaturas. Tanto que al caer la tarde comenzó a nevar. Asomada a la puerta de su cueva se puso a contemplar la nieve caer sobre la Abadía del Sacromonte, sobre el barrio y cuevas al otro lado del río y sobre la alta colina de la Alhambra. Y al poco, envuelta en unos abrigos, una bufanda y unos guantes, se le vio salir de su cueva. Recorrió el camino de la Fuente del Avellano, subió por la cuesta del Rey Chico, atravesó los bosques que rodean a la Alhambra y se dirigió a la explanada del palacio de Carlos V.

La nieve caía como pocas veces lo ha hecho en Granada. Y ella, con el recuerdo de su país al otro lado del planeta y con la añoranza de los suyos mordiéndole el corazón, se puso a recoger nieve. Muerta de frío y casi sin fuerzas poco a poco fue juntando un gran montón de nieve. Y algo después, cuando la nieve caía con más fuerza y cantidad y la niebla comenzaba a llenar la tarde que se iba, se le vio abrazarse al montón de nieve. El frío, el hambre y la añoranza por los suyos y su

tierra se la comían sin remedio. Pero todavía tuvo ella fuerzas en su corazón para decirse así misma y al cielo: “Muero lejos de mi tierra y de los míos pero junto a la Alhambra y abrazada a la nieve que en mi país cubre cada día”.

Nota del autor: En los parajes que hay por encima de la Fuente del Avellano, puede verse la cueva que se describe en este relato. Y en el poyo de la pequeña ventana de la cueva, pueden verse las huellas de sus manos estampadas por ella en el cemento blando.



Por la noche, la princesa dijo a su padre, el rey:

- Me gustaría que hablaras con ella.
- ¿Y qué quieres que le diga?

- Que le agradezcas su comportamiento para conmigo.
- ¿Para qué serviría esto?
- Tú eres el rey. En cuanto sepa que quieres verla, seguro que se anima mucho.
Y el rey dijo que estaba de acuerdo. Por eso al día siguiente llamó a los guardias y les ordenó:
- Id a buscarla y decirle que, uno de los reyes de la Alhambra, quiere verla. Pero hacerlo con cuidado para que no se inquiete. Es la princesa que está agradecida y quiere premiarla.

Ella vivía en una pequeña casa al lado de arriba de la Medina, uno de los lugares de la Alhambra. Sus padres dedicaban muchas horas en las faenas de los palacios y, en otros momentos, trabajaba en los huertos y jardines cercanos. Por eso ella, la pequeña de la casa que era como la llamaban, tenía contacto con las plantas y el campo. En muchas ocasiones se iba con ellos y mientras estos labraban la tierra o recogían los frutos de la cosecha, la pequeña jugaba. A veces, con algunas florecillas que cortaba de las matas de hierba o de las plantas, otras veces con piedrecitas de colores y tamaños diferentes, con las que construía casas, castillos y palacios. En algunas ocasiones construía ríos, pequeños lagos, charcos redondos y cascadas, con el agua de las acequias. Pero lo que más le gustaba eran los animales. Los pajarillos y las ardillas que de un lado a otro, siempre por estos rincones pululaban. Tenía un pequeño

perro que a todos sitios le acompañaba y le ayudaba mucho en sus juegos. Y también era amiga de los gorriones, y de un mochuelo que hacía su nido en el viejo tronco de un olivo. Lo llamaba Athen, porque su padre le había dicho que el nombre científico de esta ave, era Athene. Y esto lo sabía su padre porque, un día preguntó a un amigo científico y éste le dijo:
- En la antigua Grecia, el mochuelo, era el animal sagrado de la diosa Athenea. Desde entonces a este animal se le llama Athene.

Y un día que los padres trabajaban en las tierras del huerto, por el lado de arriba de la Alhambra y antes del Cerro del Sol y el palacio de los Alixares, ella tuvo un golpe de suerte. Encontró una piedrecita muy brillante y transparente que le llamó mucho la atención. Nada más verla, la cogió, le quitó la tierra que tenía pegada lavándola en el agua de la acequia y luego se fue corriendo a sus padres y, mostrándosela, les dijo:
- Mirad qué tesoro.
Y al ver lo que les mostraba, el padre dijo:
- Es una bonita piedra de cristal de cuarzo. ¿Dónde la has encontrado?
- Cerca del olivo del mochuelo.
- Pues sigue buscando y junta una colección. Luego un día se la regalas a tu amiga la princesa del palacio.

Le hizo caso al padre y llamando a su perrillo y al mochuelo Athen, les dijo:
- Tenéis que ayudarme.

Se fue, junto con sus amigos, derecha al tronco del olivo. Se posó el mochuelo en una de las ramas, el perro se puso a olisquear por allí cerca y ella comenzó a buscar piedras de cuarzo. En poco rato encontró cinco o seis y se animó mucho. Se fue con ellas en la mano y en el agua de la acequia le quitó la tierra. Y luego se fue al tronco del olivo, buscó un hueco, entre las raíces y el tronco y ahí las guardó mientras decía a sus amigos:
- Este es mi tesoro y los dos sois testigos de ello. No quiero que digáis a nadie dónde lo tengo escondido. Es mi tesoro y mi secreto.
Y el mochuelo salió volando por donde los padres trabajaban. Al verlo ella le dijo:
- Que no les diga nada.

Tres días más tarde, un poco antes de ponerse el sol, estaba ella junto al tronco del olivo revisando su fortuna cuando sintió los gritos del mochuelo. Al oírlo, el perro se puso a ladrar y ella miró para el paseo de los jardines que subían hacia el rincón de los Alixares y la vio acercarse. Era la pequeña princesa de la Alhambra, ya un poco amiga suya, que se acercaba montada en su caballo. Al verla se alegró y, por eso, para sí se dijo: “La saludaré y si quiere quedarse un rato conmigo, le contaré mi secreto y le mostraré mis joyas”. Al llegar a su lado, la princesa paró su caballo, la saludó y le dijo:
- He visto que eres amiga de un mochuelo y de un perro. ¿Me los prestas?
- ¿Para qué los quieres?

- Voy de paseo a los olivos y jardines del Cerro del Sol. Ellos pueden darme compañía y alegrar la vida a mi caballo.
- Pues llámalos y si quieren irse contigo, tuyos son.
Llamó la princesa al mochuelo y al perrillo y estos atendieron a su voz. Animó a su caballo y, por entre los jardines comenzaron a alejarse hacia el cerro de los olivos. Le dijo ella, mientras los veía irse:
- Luego cuando vuelvas, me llamas que quiero compartir contigo un gran secreto.
- Te llamaré cuando regrese de mi paseo con tu perro, mochuelo y mi caballo.

Y revoloteando de olivo en olivo, el mochuelo comenzó a señalar el camino. El perrillo le seguía ladrando y el caballo con la princesa, delante surcaba los caminos galopando. Los observó ella muy atenta mientras pensaba que al regresar le contaría todas sus aventuras por la montaña. Y se puso a buscar puntas de cuarzo para la colección de su tesoro cuando, no media hora después, sintió los gritos de su mochuelo. Miró y lo vio que venía volando, desde los pinares del cerro al levante, todo asustado y surcando el aire a gran velocidad. Se posó en el mismo tronco del olivo y al verlo ella, enseguida pensó que algo le había pasado a la princesa. Fue a toda prisa y se lo dijo a sus padres que labraban, en estos momentos, las tierras del huerto. Y nada más tener noticia estos, dijeron:

- Vamos ahora mismo a salvarla, siguiendo las indicaciones que nos muestre tu mochuelo.
Le ordenó ella que los guiara y, siguiendo su vuelo, al poco tiempo, encontraron a la princesa por entre los olivos. No montada en su caballo sino sentada en un peñasco, mirando a la Alhambra y como esperando. Nada más llegar le preguntó la niña:
- ¿Te ha pasado algo?
- Mi caballo se asustó y me tiró al suelo. Lo he llamado pero no he podido cogerlo. Míralo por donde va.
Y lo vieron por entre los olivos, como si regresara a la ciudad de la Alhambra.
- No te preocupes. Nosotros te ayudaremos y te acompañaremos hasta tu palacio.
Le dijo el padre. Y la niña también confirmó:
- Sí, y de paso, al pasar por el olivo donde tengo guardado mi tesoro, nos paramos un momento y te lo enseño.

No tardaron mucho en regresar y plantarse donde el olivo. Le dijo la niña:
- Si quieres te regalo mi tesoro para que tengas un recuerdo y se te pase el mal rato que te ha dado tu caballo.
Y cuando la princesa vio la colección de piedras transparentes, aclaró:
- Me gustaría mucho, esto es muy bonito.
Y la niña no lo pensó un momento. Sacó su tesoro del tronco del olivo, se lo mostró a la princesa y se lo regaló todo. Luego siguieron bajando y, media hora más tarde, ya estaban en la puerta de los palacios. Los guardianes, al

ver a la princesa, enseguida la escoltaron y la llevaron ante sus padres. Y ellos tres, con su perro y su mochuelo, regresaron a su casa.

Tres días más tarde, estaban los padres trabajando las tierras y recogiendo las hortalizas cuando, hasta ellos, se acercaron los guardianes de la princesa. Saludaron a los padres y a la niña y luego dijeron:
- Venimos de parte del rey, dueño del más bello palacio en la Alhambra y padre de la princesa. Nos ha dicho que te vengas con nosotros que quiere verte.
Miró ella a los padres y estos le dijeron:
- Vete con ellos.
Y cuando llegaron a los palacios, el rey la estaba esperando. También la princesa y la reina. Y antes de que la niña dijera nada, el rey le dijo:
- Mi hija me lo ha contado todo. Te agradecemos que seas su amiga y que le hayas regalado tu tesoro.
- La princesa es la mejor amiga que tengo. Yo la quiero.
- Y eso nos gusta. Nos gusta que seas tan buena y, lo que más nos gusta de todo ¿sabes qué es?
- No lo sé, majestad.
- Que seas tan especial amiga de los animales, de las plantas y de las florecillas. Estos palacios de la Alhambra, con sus fuentes y jardines, siempre hemos querido que sean como la antesala al paraíso de lo bello. Y el gran paraíso, es un lugar donde tiene que

haber muchas flores, muchos animales y muchos ríos de aguas claras. Acércate a mí que quiero decirte algo.

Y la niña se aproximó al rey, cogió éste su cara entre sus manos, acercó su cabecita a su corazón y ahí la dejó durante un buen rato. Se sintió ella tan feliz que luego comentó a sus padres.

- Su caricia ha sido para mí el mejor premio que nunca nadie pueda darme en este suelo. Mientras me tenía apretada contra su corazón, me pareció estar volando a un cielo de seda con sabor a caramelo.

English Version

The King and the Wise man

One of the kings, who at the time lived in the Alhambra, offered the wise man better housing several times, just a small one by the Darro river basin not far from the Alhambra. But the wise man always rejected it, arguing:

- In my little cave I live well, your majesty. I am happy and free and I have everything I need: fresh air, silence, I find peace from the landscape, sky, my old fig tree and myself. To be free is the greatest gift in life.

But when he wasn't in the presence of the King, he said: "What I said was true but it is also true that if I accept his gifts, I will be his slave forever. Those who accept gifts, ultimately cease to be free and become the prisoner of another".

His fig tree was very big and very old with a thick trunk that grew before the river basin not far from his cave. Its roots dug into the ravine and trunk curled into the underside. It leaned

over so much that on more than one occasion he feared the wind and rain had buckled it and ended it forever. It was of great concern to him because he loved it so much. It provided him shade in summer and all day long hundreds of birds flitted between its thick branches and when autumn arrived he was able to pick figs.

But as a worker in the Alhambra's palaces and as a King's counselor, he was kept very busy, so much so that he barely had time to look after it. He consulted the King at all hours of the day about the future of his kingdom, what would happen to the lives of his daughters when they grew up, the future of Granada and the Alhambra and about himself… Because he was the reason they had everything within the walls of the Alhambra and outside**.** He was the best wise man known in the kingdoms during that era, but he didn't even consider himself one nor did he want to be one. Since childhood what he had always dreamt about most was to be free and do only what his heart desired. That's why, at the risk of the King's castigation, on more than one occasion he dared to say:
- "Sir, things can't be this way. If you keep oppressing and taking away people's freedom instead of helping them be themselves, heaven will one day hold you responsible".

The King listened, and although very annoyed, he would sometimes ask:
- What will happen to me?

- Your entire kingdom will crumble, your projects will collapse and you and your family will have less and end up in poverty.
- And how do you know it will be so?
- It is never good to go against God, if you hurt people and offend them the heart won't have peace. Sooner or later God puts things in their proper place.
When the King heard this he didn't say anything yet the wise man knew inside he was chewing on what he had told him. When he was alone in the calmness of his cave, he said: "I know one of these days the King will go against me for telling him this so bluntly".

Through his fear of the King's reaction and his innate sense of wanting to be free and look for the beauty and good in all things, he began to live uneasily and the fear, ever present in his heart, had a sensation of becoming more rebellious every day. The wise looked up to heaven and he asked God to help him never betray his conscience or stop loving the beautiful and good.

One day the King had a little party in his palaces and he asked the wise to help him.
- I have to tell you something.
- Of course, your majesty, tell me what is it.
- But I can only tell you when the time is right.
The time was right after finishing the meal. The wise man was sitting at the corner of the table as the King approached him and said:

- The plate of food before you will be your last eaten in these palaces.
The wise man remained still and timidly asked:
- What grave events have happened, Sir?
-I have lost all my kingdoms and although I possess wealth and palaces, I have to leave them.
The wise man stayed quiet, he thought for a moment and then asked:
- But will someone continue looking after the palaces?
- There would be no point. Everything is over.

That same evening the wise man went back to his cave seeking the shade of his fig tree and staring at the river he sat down. He pondered a while and then raising his thoughts to heaven, he said: “God, I know that you always put things in their right place. If you stop being good and fair to the people that surround you, nothing or no one will stay in peace or with dignity forever. In the end only the beautiful and the good will triumph and remain forever eternal”.

The Girl from the river

Often, many small things can get caught in the wind and end up staying there forever. Sometimes we dream them, sometimes we remember them, and somehow, we rescue them from the innermost folds of time. A small

thing full of great beauty such as was the case of the girl from the river Darro and her parents.

They had a small dwelling close to the running water, in the stretch of river that's between the Fuente del Avellano and the Puente del Aljibillo. Although poor they lived there happily. Their world was limited to their part of the woods with their humble home, gardens, handful of plants and animals and paths, which they used to go from one place to another. On many occasions the girl from the river would say to her mother:
- I do not ask anything from life other than to be able to enjoy this place until the end of my days.
Her mother asked her:
- Why do you say this, my child?
- Because in this corner of the river Darro, with the Alhambra on top of the hill, there is nothing else I want from the world. There is nothing else quite like the river's whisper, fresh air that always caresses and silence that flows through this haven. All I ask from heaven is that I never have to leave Granada because my only dream is to live here every day and die in this place when my time comes.

But with the passage of time, all the roads transformed, many were removed and many others disappeared. In the villages and cities, new houses were made and others collapsed forever. Time erases millions of things, especially in the world of the small where they

will never return nor will they ever be reflected on in history.

Furthermore with the passage of time, more things disappeared and transformed in the section of the Darro River that runs at the foot of the Alhambra. Roads had been removed, houses had been demolished and others had risen in their place. Even the names had been lost. The area that was once known by the name Valparaíso, today is distinguished by the name ‘Paseo de los Tristes’, ‘Camino de la Fuente del Avellano’, ‘Puente del Aljibillo’, ‘Carmen de los Capiteles’, ‘ Rincón del Rey Chico’. It was in this very spot where there were a handful of houses that had all been dilapidating over time, as well as numerous paths along the river water that today don’t exist. There are no longer gardens filled with roses or fruit trees nor are there springs and ditches and the houses are no longer as they once were.

But that spring morning, sometime after she had discussed her wishes with her mother, she was seen sitting on a stone by the paths leading to the river and her garden lands. She was upset, staring quietly at the figure of the Alhambra on top of the hill, embracing the deep silence. The sound of the river’s water can be heard in the background and the Granada valley can be glimpsed in the distance. Her mother went up to her and said:

- Come with me, the food is ready. Let's eat the three of us together for the last time in this corner you love so much.
- And after? Where will we go?
- Only heaven knows, but you are already looking at it.
Her mother was pointing to the right and she could make out the ruins of her small house. It was all crumbled with blocked roads and the garden's plants were flowerless and fruitless. It was as if time was removing it from the map.
- So what will become of all this and us?
The girl asked again.
- I've already told you my child, only heaven knows.

After a few hundred years, the river still runs by the corner today. But now very few people refer to it as 'Valparaíso' nor does anyone know of the little paths and ditches or the house and its garden. Time had eaten everything and more, and what it wasn't, it had become. However, when you walk by it and observe carefully, between the folds of time you can see the little girl from the river sat on the rock where she dreamt, looking at the Alhambra on top of the hill, embraced by her own silence and the gentle rhythm of the water's current. If you pay close attention you can even hear her words: "I do not ask anything from life other than to be able to enjoy this place until the end of my days".

Evening in front of the Alhambra

Lights and colours of Granada
The light in Granada
is caramel blue,
immaculate snow,
blood and old gold
and hollyhock
Velvet

Three hours of sun still remained. The sky had been full of silver grey clouds and serene wind. In the distance, the peaks of the Sierra Nevada stood out and closer on the hill, the towers and palaces of the Alhambra. In invisible rivers the stillness appeared to gush from the sky and spill all over their corner of the woods, dampening the air and leaving it in total silence.

An hour and a half before the sun set, the rain began to fall. At first it was just a soft trickle of fragile water but little by little it increased, so much so that after ten minutes of rain, it looked as if the sun had disappeared altogether. It was as if the rain had weaved a dense curtain from the clouds to the ground to block the sun´s light. The Sierra Nevada and the Alhambra with its towers and walls all disappeared between the silver grey colours of the clouds, rain and fog.

At the other side of the windowpane, the three of them silently watched it in front of the fire. They were completely engrossed in the

rainfall covering the landscape as well as the fine flow of music coming from the raindrops. One of them said:
- It feels like we are in a dream and it's as if the end of the world has come and we are going to be stuck here forever.
- Yes it does but there isn't any pain rather just the opposite: it's as if a sea of great joy now surrounds us.
The third commented:
- Wait a while and you will see.

They didn't wait long. Half an hour prior to the sun setting, the rain had stopped falling. The clouds parted revealing blue sky and white clouds. In the background the Sierra Nevada was appearing and closer the Alhambra could be seen. The sun was setting and it could be seen descending through the mountains in the valley. In the space of minutes colours appeared, not from a rainbow but from the sunset. From the sky and through the clouds, they cascaded down over the slopes, towers and gardens of the Alhambra like flowers. The light turned a soft, violet blue colour, like mauve blood and immaculate snow. Above the summits of the Sierra Nevada, the light was a golden caramel honey. By the Alhambra, the clouds were formed like a crown of bright pink and green water that seemed to be getting kissed by the purest blue of the sky.

From the rooftop of the house opposite the Alhambra, one of the three began to say:

- It’s as if the sky and the earth are preparing to go far away and the sun is sending them off with a loving kiss.
- A kiss full of joy and serenity made of coloured light. So compound it would almost seem to have a taste.
- Yes it would but look, the clouds, first we lost the rain and now the sun but even the clouds draw a universe of unique colours. All these elements together create both music and silence, both appreciated by the heart, and it’s these lights and colours that make Granada what it is.

The Generalife Poet

“If you have the chance to express how you feel inside, but you can´t find the way to do so, it’ll only be your own life that’ll end up poorer because the material things, the everyday work routine, the concerns and struggles are all pointless if the soul and heart can´t live true to themselves”.

Following this, the poet thought about his life and decided to live in accordance with it as best as he could, trying at all times to do the best possible job at hand but at the same time trying to express his feelings, dreams and fantasies which were almost always hidden. He had just been hired for a job in the Generalife gardens and his boss was telling him the requirements:

- You have to clear the land, plant the flowers and water them, take out all the weeds, prune the trees, harvest the vegetables, prepare them and take them on time to the palaces in the Alhambra. This is your job and you must do it with diligence making sure you put all your effort into it.
The poet responded:
- I will be faithful and I will do the job that has been given to me sincerely and with dignity.

From that moment on he dedicated all his time to doing his job, he loved it because he was a great lover of plants and tree branches with flowers on, of the birds building their nests among the gardens and of the waterfalls glistening in the morning sun. That's why from time to time, after completing his job to perfection he would stop and take a moment to breathe in the air from the river Darro whilst watching the leaves and grass drift off in the water replenishing the earth. He said to his work colleagues:
- To contemplate these things silently and think is more fulfilling and better for you than eating fruit or anything that can be bought with money.
- Such nonsense! You should stop with the romanticism and dedicate yourself completely to the job you've been entrusted with.
- I continuously fulfil my obligations therefore in my moments of respite or minutes of rest I have the right to feel and express what I like.
- Well one day this romanticism of yours is going to bring you problems.

This scared the poet so he stopped for a moment and said to himself: “If God has made me this way, why should I not enjoy the gifts he has given me?” One of his colleagues had been watching him from the gardens above, the same one who from the very beginning had controlled the gardens and looked at him as someone who didn’t fit in. That day his colleague went to his boss and complained:
- The other day he went and took water from the ditch no one has been to before and the other evening, he was writing verses on the ground whilst watching the sun set. You should do something to punish him. There is no room for romantics or poets in this job.

His boss said nothing but secretly watched him. However he didn’t find anything that showed he was distracted from the job he’d been set. On the contrary, each day he noted that he had done things perfectly with exquisite detail.

- A few years later a great storm hit the gardens. Lightning struck the biggest fig tree and completely broke it. Only a metre of its trunk remained and no one cut it to see if new branches would grow. Nevertheless it didn’t sprout that year or the following or those that followed after that. One afternoon, the poet’s colleague cut a few branches from a fig tree close by and without being seen he put them next to the dry trunk of the broken fig tree. He

waited hidden and shortly saw the poet approach the trunk with an axe and hit the dry and almost rotten bark a few times. From above, the bad colleague screamed:

- What are you doing? The tree had just begun to sprout again! Why are you cutting off its new branches?

Surprised he looked at his colleague and annoyed said to him:

- Stop following me or you'll find yourself having problems.

- What problems will I have?

- I never go to our boss or anyone else and tell them bad things about you yet since the moment I arrived here; you haven't stopped talking badly about me.

- It's because you're a sentimental romantic and I don't like it. We have all come here to clear the land and water it, not to write poem verses on it or to contemplate the sunset. As soon as our boss comes I'm going to tell him that you've just cut off the new branches from this trunk.

And the man filled with bitterness and fear.

Three days later his boss rang him and said:

- You're fired.

- What have I done wrong?

- I know you cut the tree hit by lightning when it had finally begun to sprout again. I should put you in jail for that but instead I'm just letting you go and I'm asking you not to come back here ever again. From this moment on I forbid you to set foot on this land or anywhere inside the walls of this palace.

The poet didn't want to beg, negotiate or explain in an attempt to clarify things. He was close to shouting and crying in rage but instead he shook his head, dropped his garden tools by one of the stones and began to walk down the sloping path towards the river Darro. As he walked past his colleague and enemy he shouted down to him:

- From now on you have all the time in the world to write your verses, contemplate the stars and express your dreams. Today, I'm not the one who has a big problem.

The poet didn't say anything to him but continued walking down the path towards the village of Albaicín. The sun set, its golden rays falling on the towers and walls of the Alhambra and dancing over the river Darro's water and on the hill in front, the Albaicín looked to be watching it all silently.

Never again was he seen by the Generalife gardens nor did anyone see him writing poems on the ground or contemplating the Granada valley sunsets. When his colleague spoke with the other gardeners, he kept saying:

- To write poems on the ground and contemplate the sunsets in Granada… As if it does any good!

From the caves of the Albaicín

The autumn rain I am alone

arrives again, and your absence,
it's a little cold, silent empty deep
the ground hurts,   in waiting

In the higher part of the Albaicín quarter, on the hillside with the San Miguel chapel, there are caves that have been there since the olden days, dating back to the era of the Alhambra when the Catholic Kings conquered Granada, until now. The caves are specifically on the other side of the Generalife walls in ravines by Valparaíso and the Sacromonte Abbey, as well as the shaded areas of the Generalife and the Alhambra. There are even more caves, but these ones are smaller, dimmer and without water, however they receive plenty of sunshine and have beautiful views of the Alhambra.

Each door to each cave is like a small balcony facing the Darro river valley, Generalife hillside and Alhambra as well as the whole neighbourhood and extensive city and Granada valley. It's a unique place to enjoy sunsets and the sun's light and heat from the early hours of the morning until its hidden behind the distant mountains at night. In past times, many of the people who lived in the caves were poor, the vast majority were gypsies and those who weren't were a completely marginalised group of people. Today most of the people who live in the caves aren't gypsies; many are young people who have come from other parts of the world. Some come with money, others are very

poor with big dreams different to those of the rest of the world.

In the past and presently, in the places previously mentioned, many stories have occurred and still occur in the caves, some important, others very similar to the stories of millions and millions of others. Not long ago I heard one of the tales and for its special beauty and unique characteristics I'm going to tell it now.

She left and he was left sad, with a great empty space in his heart and no desire for anything, or for life, and he especially didn't want to talk to anyone. He didn't even feel like eating until he ran out of strength to keep working. One day in the little ceramic factory on the little almond hill, his boss said to him:
- I feel for you but you can't carry on here with this great apathy in your life.
He gave no reasoning or response to his boss. The following day he didn't get up early for work nor did he look for his friends to talk with them and spend time in their company.

Two days later a neighbour saw him sat on the doorstep of his house, in the highest part of the Albaicín quarter and he asked him:
- Will you see her again at Christmas?
- Not at Christmas, not in spring or in summer.
- So?
- She is gone and she's never coming back.

- So her absence is hurting you and that’s why you can’t forget her?
He gave no response to this question. A few days later a group of his friends said to him:
- You have to leave here as well.
- Why?
- You’ve become very different, you live alone and isolated, so deep in your pain or whatever that no one here wants to talk to you or be with you.

Two days after, on an early grey autumn morning he was seen leaving his house. He closed the door and with a leather satchel on his back, he started walking down a narrow and steep street that opens into the Albaicín and that today still exists. It had rained that night and there was mud and puddles all over. Stepping on mud and dodging puddles he climbed slowly and walked along the roads to the very top of the quarter and looked for a cave. He found one among the cacti near the stretch of wall from the highest hill down to the river Darro right in front of the Alhambra. He explored it, entered it, cleaned it, snuggled in the best way he could and when the sun came out the next day he sat in its mouth facing the Alhambra and thought.

It didn’t rain at night nor was it cold. The next day the sun shone with great force. It lit up the walls and towers of the Alhambra and while contemplating its spectacular beauty, he felt alone and hollow in his memory and he

cried for her and felt like he wanted to die. He said: “What sense does life and these places and hours of this beautiful day have for me now if I don’t have her? Wherever I move to and wherever I go, I’ll still find myself empty and bitter, missing her always”. Three days later, he climbed down the hill and walked down the path towards the river Darro. He looked for a plot of land, cleared it and flattened it a little and then watered it with river water. He sat down in the little spot and soon saw birds appear between the brambles and pick at the ground. He quietly left them to it and when evening fell he got up and once again watered the cleared spot of land then walked back up the path to his cave. A few days later he went back to the river but upon arriving he noticed something different about the area. He stopped and observed slowly and concentrated. In the little spot on the ground, weeds had started to grow and sat on a rock by the river a little girl was calling the birds. She offered them food and the birds confidently surrounded her and ate what she was offering from her hands and the ground. He watched from a far for a while, then he walked slowly towards her and when he was only a few meters away he said hello to her and asked her:

- Are they your birds?
- They are from the brambles and trees of this river.
- But I see they are very confident around you, as if they have been your friends forever. How did you manage that?

- I simply call them and throw them these seeds and pieces of bread that I brought them. Come to my side and throw them something and you will see how they come to you as well.

He approached trying not to scare the birds whilst doing so and when he was by her side he asked her:
- And is this your land?
- I think so yes but I don't have papers to prove it.
- It's just… do you know what I was thinking?
- What?
- If you want, we could cultivate these lands, I come here every day, I can help you with whatever, I'll keep bringing food for the birds and like this we'll keep ourselves busy by doing important things, we can even get products from the land.

The little girl was just about to respond to what he had proposed to her when a man's figure caught both their attention. He was coming down the footpath from the village, crossed the river to arrive by them, stopped and asked them both:
- Who gave you permission to scatter food and feed the birds on this land?
Without hesitation or fear the girl responded:
- We have only stopped here for a moment to see the birds, we called them and they came.
- Well now you are leaving.

Without another word she walked away from the river towards the white houses in the Albaicín quarter and he climbed up the hill to his cave. That night whilst the sun was setting, he sat in the entrance to his cave facing the Alhambra and he wrote the following verses: The autumn showers have arrived again, it's a little cold, the ground hurts, I'm alone and your absence, a silent deep void in waiting.

Three days later, he went back to the paths by the river with the hope of meeting the little birds and grass on the ground. But before arriving, half way down the footpath he discovered a tall thick fence coming down from the Alhambra impeding access to the water and birds. Looking in the direction of where the water was going, with the white houses in Albaicín to his right and the grand figure of the Alhambra on top of the hill to his left, as if he was saying a prayer he whispered to himself: "Everything here and in the entire Universe is a work of art and a perfect wonder and inside this creation, the greatest work of all are the people. By themselves or together, the humans are the greatest perfection in the world. So it doesn't make sense, nor do I understand why we aren't capable of living life and walking paths in harmony and helping one another. To go and ignore everything here and me in its centre, maybe without knowing, you have built walls on the road to beauty and perfectness. What's more, today I find here next to the river water

and the place I have come to looking for freedom and serenity for my soul, this fence blocking me. I don't believe this act was a clever one; the same can be said to what you have done here. This is why I don't understand.

He went back to his cave again. That night it was cold and it rained the whole night. No one saw him nor did they see him the day after or the one after that, or for the next five days after that. Seven days passed and no one had heard from him so a few friends went to his cave to find him. They called him and as no one replied they entered the cave and saw him curled in a corner. They called him again but he didn't respond or move, so they touched his hands and his face. His whole body was completely cold and his heart stopped without life.

The fantasy of a dream

Those who waited outside to enter the cave asked those who left it:
- How are things inside?
And those who left, all emotional, said:
- There are no words, you have to see her, to stand by her side and look at her face slowly, to speak with her and let her words speak to you.
- But what is it that she has done inside and how has she put it all together?
- The set up isn't even that important nor is the room or the things she has put in there.

- So?
- What is really moving and cast over you with the most pleasant sweetness is her, that's why there are words to describe her. You have to see her.

The people were centred in the esplanade right where it opens into the square today known by the name 'Paseo de los Tristes'. Tightly squished together waiting for their turn to enter, they were all excited and nervous by what the others leaving were saying. It was a beautiful Saturday morning on an autumn's day; it was neither hot nor cold. The sky was covered with big black and white clouds that seemed to have stopped over the Alhambra and were illuminated by the morning suns rays, giving autumn feelings and adorning everything within the corner. Those waiting in the esplanade, some older people, many young, children and tourists commented between themselves:
- So she managed to do this all by herself?
- Almost all by herself, some of her friends helped her but to the majority of them her dream seemed strange and illogical that very little did as she told them. Only a couple of friends and parents.
- Well it's certainly an achievement and now so many of us can check out its success.

And the achievement had been and was all her. She was the only child of a middle class family; she lived with her parents on a narrow

street in lower Albaicín and since she was little she had dreamt of fantastic palaces full of colours, with light and towers and large windows. But as she grew up she became more and more obsessed with the corners of the woods in the Alhambra. Where the hillside now touches the water and had become flatlands. She went there a lot, nearly always alone, to play in the water and look for treasure. She said to her parents:

- I know that below the Alhambra and beside the river there is a hidden palace.

- A palace?

- Of course not as big as the Alhambra and maybe less beautiful but I believe it´s one of a kind.

- Why one of a kind?

- Because it’s not big or luxurious nor does it have many towers but it contains a fabulous mystery?

- What mystery?

- I have seen it many times in my dreams but I don’t know how to explain it. You have to see it.

Because she was still small her parents let her dream. They thought like all other children she imagined fantasies that had nothing to do with day-to-day reality. That’s why when she went to play alone by the river shore they didn’t worry. But one day they began to pay more attention to her when she said to them:

- I have discovered the entrance into this fantastic palace that I have told you about so many times.
- You discovered it?
- Yes I even went in.
- And how was it?
- I can't explain it with words. You have to see it.
- Tomorrow we will come with you and you can show us.
- Right now I don't want anyone to go and see my fantastic place. I'm preparing something special with some friends of mine, when we finish I'll tell you and the neighbours and everyone else who lives in this neighbourhood.

That special autumn morning she had everything prepared. Her friends were placed at specific points of the mysterious subterranean palace to receive those who were arriving and explain things and above all talk to each one of them in particular. That's why those leaving when asked by those waiting in the esplanade responded:
- There aren't words to explain it. You have to see her and above all talk to her. She transmits so much emotion and with such sweet words that it´s impossible it is all just a simple dream.

Window into eternity

On the south side of the river Darro in front of the Generalife grassland on the slopes

that range from the Albaicín to the Sacromonte Abbey, streams can be found. There are around three or four small gorges from the highest parts of the hill towards the Valparaiso valley and the Darro riverbed. At the bottom, they are all completely opposite the Alhambra as if they were its feet. In between these two streams there is a ridge elevated so high it's almost like a balcony overlooking the river Darro and the whole Sacromonte neighbourhood. Similarly it acted like a mirror by reflecting the afternoon sun. It was also home to a house, the setting of this story. Small, white and built of pure rock, where the air passes every hour taking and bringing the scents and absences of the kings of Granada.

That evening he was seen on the footpath that ascends the oak tree hill. All he had with him was a small bag on his back, a dry olive tree stick in his hand which he had picked up on his way and his excited heart. In every curve of the path and the trees and streams they brought with it the memories assaulted him. So he walked down slowly, thinking about every step and remembering it in his soul until he reached the ridge. He looked into the distance to the gorges and then he kept going. He reached the door, found the key, opened it and entered.

In the big room there was a wet chimney which still had ashes from its last fire surrounded by four chairs, a wooden table to

one side and a bedroom door to the back. He pushed the door open slowly and went inside. He walked over to the window, looked through it and discovered the river's wide valley. To the other side of the river on top of the hill he saw the figure of the Alhambra, eternal and silent, and further behind, he saw Granada, the wide valley, the sun setting on the faraway horizon and the palace towers as if they were imploring heaven.

He stayed there a while looking through the window with his eyes fixed on the distance. The sun was hidden behind the Alhambra's high towers so the mysterious glowing gold colour seemed to flicker like fire on the palace walls. The view was so stunning he savoured every minute of it but at the same time his heart filled with fear mixed with a little joy, astonishment and sadness too. She wasn't there with him and he wished more than anything that she could see the towers that act like a shield from the suns glare and the house on the hill with the fading evening in the background. Back in this place with the sky of the entire universe and the plenitude of eternity, he was once more reminded that it was all he had ever dreamt of. It made him feel pain in his soul and the tears began to spill down his face. In the innermost reaches of his soul, the sadness burnt away at the same time he died from overwhelming immense joy.

Prayer in front of the Alhambra

After the conquest of Granada in 1492 various Christian religious orders were established in the city. Nowadays in the Albaicín neighbourhood there are six convents, all on the southern slope opposite the Alhambra: convents of ‘St. Isabel la Real’, ‘Las Tomasas’, ‘de la Concepción’, ‘de Las Bernardas’, de St. Catalina de Zafra’ y de ‘S. Gregorio’.

They saw her be born in the white house fixed on the southern slope of the Albaicín, facing the Alhambra. As soon as she began to walk, they saw her run and play in the narrow streets. They saw her play in the clear water of the river Darro and run after the butterflies through the brambles and elderflower. Every day her parents taught her the taste for beauty, the respect for the poor and the admiration for the sublime. They told her:

- Dear child, the only thing that really should concern you on this Earth is your heart’s dreams, the respect towards others and the search for beauty.

She asked them:

- Isn’t living in our house in front of the Alhambra in this beautiful neighbourhood of Granada important?

- Not only is it important but it’s also the best gift that heaven can offer us. Always keep it in mind

and never forget to thank it. To live in Granada is the greatest beauty of your dreams.

Time passed, her parents died and so did her brothers and friends. One pretty day in spring she was seen closing the door to her white house, walking slowly through the streets she knew and arriving at the doors to a convent. She knocked, they opened the doors to her and she went inside.

A few years later, spring arrived and she could be seen in the shadows of the church, now a slightly stooped old lady, wrapped in silence kneeling on a pew, praying. She looked from time to time through the window to the right to refresh her heart of the beautiful image of the Alhambra on top of the hill. On the slope that falls down to the river Darro, the almond trees had blossomed and started to show new hackberry leaves and the blades of grass were adorned with all the spring flowers. Outside close to the window a blackbird was singing on a lemon tree branch and the doves were fluttering over the cypresses. It was morning and a strong feel of spring was in the air.

Overwhelmed by her memories and the heat of her heart, she thought for a second then whispered “Thank you, my God, for this new day, for this new spring with its flowers and perfume and for giving me this moment. You took my people a long time ago and yet I never

forgot them. But once more I have them with me and for them I ask for your blessing and your kiss. Thank you for this morning, for the light, for the sound of the river water coming through the window and for the air I breathe and you give me once again. I ask you that you allow me to end my days in this small corner, the heart of my neighbourhood in front of the Alhambra.

The Hug

He returned after much time, and while he was approaching, he was following where his heart was telling him to go. Where he found his most beautiful and sad memories and where, over many years, he had dreamt: right next to the water of the river Darro. That's why he was now seen climbing in the direction of the river Darro where today, at the foot of the Alhambra, is the most beautiful walk in not only Granada but the entire world. He arrived accompanied by only his small white dog and leather travelers' bag. As he arrived, the figure of the Alhambra on top of the hill made his heart skip a beat. It was already etched into his soul from earlier times but as he approached, it seemed he was returning back to his happy place.

Before arriving at the last bridge over the river he, who is known with the name 'El Aljibillo", said to his dog, friend and companion:
- Come here, I want you to see this.

The dog went up to the river, where there was a small ford and the current showed a clear passing. The first thing he did when arriving at the water was wet his hands, then his arms and after his face. He went back to saying to his companion:

- In previous times, when we were still young, we used to play here all the time, running past these banks, bathing ourselves in the water, sunbathing on the grass and always breathing in the pure air and the silence that comes from the river. For me, it was an angel sent down from heaven. That's why, on many occasions I referred to her as 'The mermaid from the river Darro'. If only you could have known her!

After going back to washing his hands and face he invited his dog to drink.

They crossed the current and passed to the side in the shade of the Alhambra. Although it was winter, the sun shone at the highest point in the sky and it glowed like in the best days of summer and in the background on top of the peaks, the snow glistened white. Again he said to his friend:

- Let us go up slowly; I'm in no rush to get there, for now my heart is happy. Finally I'm back walking on the land that has always been more than just a source of nourishment for me. This place is my life.

So they went up slowly, stopping now and then to glance at the houses in the villages at the other side of the river: the white Albaicín and the entire Sacromonte.

- However, they aren't the same, look at how beautiful they are and how much mystery they emanate.
His dog, as if he understood him, moved from one side to another, sniffing, searching every corner of the woods and waiting for his master's orders.
- You know? When she used to play by the river, what she most liked to do was go to the darkest and most unknown places. He said:
- You may say that this river comes from the mountains in the north of Granada but I believe that it was born in a lake in the greatest of all paradises.
- Where do you think the river goes after passing by the foot of the Alhambra?
- So if I have it clear: the very heart of the universe is where the sky takes refuge and that's why everything here is eternal. With a river like our Darro, there is no way one can go anywhere else. Personally, I love it; it's so pretty.

They took more than an hour to climb the hillside and along the way he continued talking with his dog:
- You've never even seen the Alhambra and its walls, palaces, gardens and fountains, but I'm telling you it is fantastic. Get ready; you'll see I'm not lying.
They reached the top and went to the right, following the path that ran next to the wall and descended slightly towards Granada. The sun was fully on them and illuminated not only their

bodies but also the plants and trees that were surrounding them.
- When people pass by these woods, many confuse her with a princess, and although she was, I liked to say to everyone that she had her palace in the stars. She had the face of an angel, eyes like the sky, smile like the stars and her soul was pure, very pure. How beautiful those moments were and how much mystery poured through those gardens and space.

They arrived at the gate in the wall and went through. When hearing the noise of the people, his small friend went to his side as if he were scared of something.
- I am now of no importance here now but don't worry I will not let them hurt you.
From there they walked into the esplanade in front of the palaces and suddenly the great fountain was before them. Crystal clear, happy, illuminated by the sun and as if it were shouting. He stopped in front of it looking, trying to understand. He said to his dog:
- I dreamt a thousand times about this fountain here, about enjoying it with her and now finally they have built it. Look how pretty it is! They were facing the palaces of the Alhambra, in front of the Albaicín village and the great valley of the river Darro, almost between the woods and gardens. Isn't it fantastic, like a dream?

In that very moment, while he looked fixatedly at the fountain, he felt her hand. On his right hand side she approached him, she threw

her arm around his shoulder and neck and slowly, very slowly she brought his face close to hers, while she said to him:
- I am the one you dream about and love so much. Don’t say anything and enjoy this moment. We are not in time; we are in eternity, in the same heart as Heaven.

The girl from the snow and the Alhambra

One day very far from the Alhambra, almost at the other side of the planet, in the biggest country in the world, where it snows a lot, she said:
- I’m leaving my land. I want to travel, get to know the world and new people and live experiences.
Her family and friends said to her:
- Well good luck! Find what you are dreaming of. We hope that no one harms you along the way and when you return you continue being free and much richer.

One cold winter morning, when the snow covered the land of that far away country, she caught a train. She traveled from her city to the capital and from there she took a plane. A day later she arrived in Spain full of excitement, she searched for a house and a job and wanted to make friends. However she didn’t manage to achieve the entirety of this dream. That’s why, after a bad few months living in two big cities,

she came to Granada. She continued saying to those who she knew and had as friends:
- They told me that Granada, besides being pretty, is a city with a lot of sun. For me, the sun, flamenco and the Alhambra are some of the things I like most.

She arrived in Granada when autumn had just started to turn into winter. Again she searched for work, a house where she could live and friends with whom she could share her life with but it was just the same as in the other cities; she found only two friends in a party, a job without relevance, waitressing, and a small cave to live in close to the water of the river Darro, by the ‘Fuente de Avellano’ exactly in front of the Sacromonte Abbey and underneath the Generalife. She took refuge in this corner and the first thing she did was whitewash her cave, then she put in a door with iron bars that some people she knew gave her, as well as a window, also with bars.

She got water from the ditch by the river Darro, which runs below the ‘Fuente del Avellano’ and the riverbed, kneaded cement with sand, and with some stones she fixed up the hole that served as a window. She built a small windowsill under the window; she overlaid it with cement mix and stamped her hands in it so that the prints would serve as a memory. She said to her friends:
- When I die, those who come here will know that these handprints are mine.

She put in a mattress, a small carpet and some things in her suitcase inside the cave and in the corner some clothes.

Every day she went down from the cave to Granada, crossing the 'Fuente del Avellano' path and then the 'Paseo de los Tristes' and went back when it was late at night. She snuggled into her bed in the cave and felt the loneliness; cold and hunger eat away at her. She also felt nostalgic for her people and her land. But, even though she set out to go back, she knew she couldn't because she didn't have any papers, nor did she have money or good friends that loved her properly.

One day in winter, when she had now been in Spain three years since her initial arrival, the temperatures dropped sharply. So much so that in the evening it started to snow. Leaning out the door of her cave she began to contemplate the snow falling over the Sacromonte Abbey, the village and caves on the other side of the river and over the high hill of the Alhambra. Shortly after, wrapped in a coat, scarf and gloves, they saw her leave her cave. She walked the path of the 'Fuente del Avellano', she climbed the slope of el 'Rey Chico', she crossed the woods that surround the Alhambra and went in the direction of the esplanade in Carlos the fifth's palace.

The snow fell as seldom it had in Granada. The girl, with the memory of her

country at the other side of the planet and the nostalgia of her people biting at her heart, began to collect the snow. Deathly cold and with almost no strength, little by little she gathered a large pile of snow. After, when the snow fell with more strength and in a greater quantity and the fog started to fill the leaving afternoon, she was seen hugging the pile of snow. The cold, hunger and the nostalgia of her people and her land ate away at her irredeemably. But she still had the strength in her heart to say to herself and Heaven: “I’ll die far from my land and my people but next to the Alhambra hugged by the snow that covers my country every day”.

Author’s note: In places above the ‘Fuente del Avellano’ you can see the cave that is described in this story and on the windowsill under the cave’s little window, the handprints stamped on it in the soft cement.

The King and the Little One

One night, the princess told her father, the king,

- I’d like you to speak with her.
- And what do you want me to tell her?
- I’d like you to thank her for her behavior towards me.
- What would be the point of that?
- You are the king. When she’ll know you want to see her, she certainly will be very

encouraged." And the king said he agreed. Therefore, the next day, he called his guards, and ordered them, - Go and find her, and tell her that one of the kings of the Alhambra wants to see her. But do it with precaution so she's not worried. It's the princess who's thankful and wants to reward her.

She lived in a small house beside the top of the "Medina", one of the Alhambra's sites. Her parents dedicated many hours to the palaces' duties, and, in other moments, worked in the orchards and gardens around. That's why she, the "little one of the household," would they call her, was well connected to plants and fields. In many occasions, she would go with them, and while they tilled the land or collected the fruits from the harvest, the little one would play. Sometimes with little flowers she cut out of bushes of grass or off plants; other times with pebbles of different colors and sizes, with which she constructed houses, castles and palaces. In some occasions, she constructed rivers, small lakes, round puddles, and waterfalls with the water from the ditch. But what she loved the most were animals. Little birds and squirrels, from side to side of this area, always would swarm. She had a little dog that would follow her everywhere and help her a lot in her games. She was also friends with sparrows and with an owl which had done its nest in the old trunk of an olive tree. She called it "Athen" because her

father had told her that that bird's scientific name was "Athena". And her father knew that because, one day, he had asked it to his scientist friend, which had told him,
- In Ancient Greece, the owl was Athena goddess' sacred animal. Since then, we call this animal 'Athena'.

One day that the parents were working in the lands of the orchard, beside the top of the Alhambra and before the Hill of the Sun and Alixares' palace, the little one had a stroke of luck. She found a very shiny and translucent pebble that caught her attention. Without waiting more, she grabbed it, ridded it from the dirt that was stuck on it by washing it in the ditch, and then, went running to her parents. Showing it to them, she said,
- Look! What a treasure!
At the sight of what she was showing them, the father said,
- It's a pretty quartz crystal stone. Where did you find it?
- Close to the owl's olive tree.
- Well, go on searching and put together a collection. One day, you can offer it to your friend, the princess of the palace, as a gift.

She did as told her father, and, calling her dog and the owl, she said,
- You've got to help me.

She left with her friends straight to the olive tree's trunk. The owl landed on one of the branches, the dog began to sniff there about, and she started to look for quartz stones. In a short while, she found five or six and was very encouraged. With the stones in her hands, she went to the ditch, and took off their dirt. And then, she went to the olive tree trunk, looked for a hole between the roots and the trunk, and stored them there while saying to her friends,
- This is my treasure, and you two are its witnesses. I don't want you to tell anyone where I hid it. It's my treasure and my secret. And the owl left, flying towards where the parents were working. Seeing this, she said,
- Don't tell them anything.

Three days later, a bit before sunset, she was at the olive tree trunk, going through her fortune when she heard the owl's shout. Hearing it, the dog began to bark, and she looked by the path in the gardens that went up to the Alixares and saw someone approaching. It was the little princess of the Alhambra, already a bit her friend, coming on her horse. Seeing her, she rejoiced and told herself, "I will greet her and, if she wants to stay a moment with me, I will tell her my secret and show her my jewels." Arriving to her side, the princess stopped her horse, greeted her and said,
- I saw that you are friends with an owl and a dog. Can I borrow them?
- Why do you want them?

- I’m going for a walk to the olive trees and in the gardens of the Hill of the Sun. They could give me company and make my horse’s life easier.
- Well, call them, and if they want to go with you, they’re all yours.”
The princess called the owl and the little dog and they responded positively to her voice. She encouraged her horse to walk and, through the gardens, they started to get away towards the hill of the olive trees. The little one, while looking at them go, said,
- Later, when you come back, recall me that I want to tell you a great secret.
- I will remind you when I head back from my walk with your dog, your owl, and my horse.

And fluttering from an olive tree to the other, the owl started indicating the way. The dog followed it barking, and the horse, with the princess, galloped, almost flying above the trails. The little one observed them attentively, thinking of the adventures in the mountains they would tell her when coming back. And she started to look for pieces of quartz for the collection of her treasure when, less than half an hour later, she heard the owl’s shouts. She looked and saw it flying, from the pines of the hill, seemingly scared and furrowing the air at great speed. It landed in the trunk of the same olive tree and, seeing it, she immediately thought something had happened to the princess. She went quickly to tell her parents, who were tilling, at that moment, the lands of

the orchard. Hearing the news, they instantly said,

- Let’s go right now to save her, following the owl’s indications.

The little one ordered it to guide them, and, following its flight, in short time, they found the princess between the olive trees. She was no more on her horse, but sitting on a rock, looking at the Alhambra, like waiting. Arriving there, the little one asked her,

- Did something happen to you?

- My horse got scared and knocked me to the ground. I called him, but haven’t been able to catch it. Look where he’s gone.

They saw it through the olive trees, as though it was going back to Alhambra’s town.

- Don’t worry about it. We will help you and accompany you to the palace,

Said the father. And the little girl confirmed,

- Yes, and on the way, passing by the olive tree where I stored my treasure, we can stop a moment so I can show it to you.

They didn’t lose their time on the way back and arrived quickly to the olive tree. The little one said,

- If you want, I give you my treasure so you have a souvenir, and so you forget this bad moment your horse made you go through. And when the princess saw the collection of translucent pebbles, she exclaimed,

- I would love it, it very pretty!” The little one didn’t need to think twice. She took out her treasure from the olive tree’s trunk, showed it to

the princess, and gave her all of it. After that, they resumed their way down, and, half an hour later, they were already at the palace's doors. The guardians, seeing the princess, immediately escorted her to her parents. And the three others, with the dog and the owl, went back home.

Three days later, the parents were working on the lands and collecting vegetables when, towards them came the princess' guardians. They saluted the parents, then the little one, and told her,

- We come for the king, owner of the most beautiful palace in Alhambra, and father of the princess. He asked for you to come with us, he wants to see you.

She turned to her parents, who said,

- Go with them.

And when they arrived at the palace, the king was waiting for her, as well as the princess and the queen. And before the little one said anything, the king told her,

- My daughter told me everything. We are thankful that you are her friend and that you offered her the treasure.

- The princess is the best friend I have. I love her.

- And this pleases us. We are pleased that you are so good, and, do you know what pleases us the most?

- I don't know, your majesty.

- That you are such good friends with animals, plants and flowers. These palaces of the

Alhambra, with its fountains and gardens, we always wished for it to be like beauty paradise's threshold. And the grand paradise is a place where there are lots of flowers, lots of animals, and lots of clear water rivers. Come closer so I tell you something.

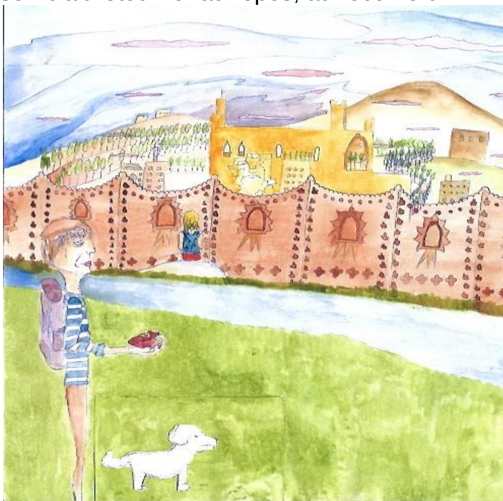
The little one came closer to the king, who took her face in his hands, brought her little head closer to his heart and held it there for a good moment. She felt so happy that, later, she told her parents.

- His hug has been for me the best gift that anyone has ever given me. While he held me against his heart, I felt like I was flying in a caramel tasting silky sky.

L'étreinte

Il retournait après très long temps. Et pendant qu'il s'approchait, il le faisait du côté ou son cœur le lui demandait. Là où se trouvaient, ses souvenirs les plus beaux mais aussi les plus tristes, et là ou, à travers des longues années, il l'avait rêvée: près des eaux de la rivière Darro. C'est pour ça, qu'on l'avait vu monter là où aujourd'hui s'allonge la *Carrera del Darro*, la promenade la plus belle du monde, située à Grenade, aux pieds de l'Alhambra. Et il arrivait accompagné simplement par un petit chien blanc et son sac de voyage. Et ce qui tremblait aussi dans son

cœur, pendant qu'il arrivait, c'était la figure de l'Alhambra sûr sa colline. Elle était tellement gravée dans son âme depuis ses premiers temps, que pendant qu'il s'en approchait, il semblait retourner au repos, au réconfort.



Avant d'arriver au dernier petit pont de la rivière, connu sous le nom *El Aljibillo*, il disait à son chien, ami et compagnon:

- Viens par ici, je veux que tu regardes ça.

Il s'approchait de la rivière, à travers un gué, car le courant montrait un grand passage. Et quand finalement il arriva au bord de l'eau la première chose qu'il a fait c'était de mouiller ses mains, après ses bras et après son visage. Et il continuait en lui disant à son compagnon :

- Autrefois, quand nous étions petits, on jouait par là tous les deux pleins des fois. En courant à travers rivières, en se baignant dans l'eau, en se bronzant, allongés sur le gazon et toujours en respirant l'aire pure et le silence qui germe de cette rivière. Pour moi, c'était comme un ange descendu du ciel. Et c'est pour ça que, à plusieurs reprises je l'appelais sous le nom de "La Sirène de la rivière Darro". ¡Si tu la connaissais!
Et après se rincer les mains et le visage de nouveau, il invita son chien à boire.



Ensuite, ils franchissaient le courant et ils sont passés du côté de l'ombrage de l'Alhambra. Le soleil était à son zénith et il brillait comme lors d'une belle journée d'été. Mais on était en hiver et au loin, sur les sommets on voyait la neige. De nouveau il disait à son partenaire:

- Montons doucement. Je ne suis pas pressé pour arriver parce que maintenant mon cœur est content, comme s'il était au repos. Je marche à nouveau les recoins et terrains qui ont toujours été pour moi plus que la nourriture.
Ils remontaient lentement. En s'arrêtant à chaque instant pour jeter des coups d'œil aux maisons des quartiers de l'autre côté de la rivière: l'Albaycin blanc et le Sacromonte éternel.
- Ce ne sont pas les mêmes, cependant, regarde comme c'est beau et le mystère qui semblent être en train de germer.



Et son chien, comme s'il le comprenait, il bougeait d'un côté à l'autre, en reniflant. Il parcourait chaque coin des bois et en même temps il écoutait les ordres de son maître.
- Tu sais? Quand elle jouait à travers le courant de la rivière, ce qu'elle aimait le plus c'était aller

aux endroits le plus inconnus et les plus sombres. Elle commentait:
- Toi tu dirais que cette rivière viens des montagnes au nord de Grenade, mais moi je pensé qu'elle naît dans un lac dans le plus vaste des paradis.
- Et après passer aux pieds de l'Alhambra, où est-ce que tu penses qu'il s'en va ?
- Ça, c'est clair: au cœur de l'univers, là où le ciel se réfugie, et c'est pour ça que par là-bas, tout est éternel. Une rivière comme le Darro, en aucun cas peut aller autre part. Elle me pait autant et elle est si belle!

Plus d'une heure ils avaient tardé en remonter la pente. Et pendant qu'ils remontaient il continuait de dire à son chien:
-l'Alhambra, ses murs, ses palais, ses jardins et ses fontaines, toi tu ne les as jamais vus mais



moi à cet instant je peux te dire que par ici tout est incroyable. Commence à te préparer, tu vas voir que je ne mens pas.

Ils étaient arrivés à la crête et ils allaient vers la droite, en suivant le chemin qui mène du côté de la muraille et ils descendaient peu à peu vers Grenade. Maintenant le soleil les illuminais pleinement et d'ici à ce qu'il illuminait non seulement ses corps mais aussi les plantes et les arbres qu'ils croassaient.

- Quand elle se promenait par ces bois, beaucoup la confondaient ave une princesse.

Et même si elle l'était, moi j'aimais bien dire à tout le monde que son palais était dans les étoiles. Elle avait un visage d'ange, des yeux de ciel, un sourire d'étoile et son âme, était blanche, très blanche. Ces moments étaient si beaux et elle avait renversé autant de mystère dans ces jardins et ces espaces!

Ils étaient arrivés à la porte de la muraille et ils l'avaient croisé. Son petit copain, quand il sentait maintenant le bruit du monde, il s'approchait à lui comme s'il avait peur.
- Moi, je ne suis plus personne par ici, mais sois calme! Je ne laisserai pas qu'on te fasse du mal.
Et juste à ce moment-là, ils s'étaient adaptés dans la petite esplanade, avant les palais. Soudain, la grande fontaine apparaissait devant eux, cristalline, joyeuse et illuminé par le soleil comme si elle criait. Face à elle, il restait début en l'observant, en essayant de comprendre. Il commentait au petit chien ;
- Mil fois j'ai rêvé de cette fontaine ici, pour en profiter d'elle, et finalement, ils l'ont construite! Regard comme elle est belle! Face aux palais de l'Alhambra, face au cartier de l'Albaycin et à la grande vallée de la rivière Darro et presque entre les bois et les jardins. N'est-ce pas fantastique, comme un rêve ?



Et juste à cet instant, pendant qu'il regardait absorbé la fontaine, il sentit sa main. Elle s'approcha du côté droit, elle méta son bras sur son épaule et sur son cou et doucement, très doucement, elle approcha son visage au sien, en même temps qu'elle disait:

- Je suis celle avec qui tu rêves et celle à qui tu aimes. Ne dis rien et profite de la rencontre.

Nous sommes plus dans le temps mais dans l'éternité. Dans le cœur même du ciel.

Le roi et la petite

Un soir, la princesse dit à son père, le roi
- J'aimerais que vous parliez avec elle.
- Et qu'aimeriez-vous que je lui dise?
- J'aimerais que vous la remerciez de son comportement envers moi.
- À quoi cela servira-t-il?
- Vous êtes le roi. Vos égards envers elle l'encourageront certainement.

Et le roi dit être d'accord. Ainsi, le jour suivant, il appela les gardes et leur ordonna :
- Allez la chercher et dites-lui qu'un des rois de l'Alhambra souhaite la voir. Mais faites-le avec précautions pour ne pas qu'elle s'inquiète. C'est la princesse qui est reconnaissante et souhaite la récompenser.

Elle vivait dans une petite maison à côté du sommet de la Medina, en l'Alhambra. Ses parents consacraient plusieurs heures du jour à l'exécution des tâches aux palais et, le reste du temps, travaillaient dans les vergers et les jardins des alentours. Grâce à cela, elle, la « petite de la maison », qu'ils l'appelaient, était très près des plantes et des champs. En de nombreuses occasions, la petite suivait ses parents et, pendant qu'ils labouraient la terre ou récoltaient les fruits de la moisson, elle jouait. Parfois avec quelques petites fleurs qu'elle

coupait des buissons herbeux ou des plantes, d'autres fois avec des cailloux de couleurs et tailles diverses avec lesquelles elle construisait des maisons, des châteaux et des palais. Quelques fois, elle construisait des rivières, des lacs miniatures des flaques rondes et des cascades avec l'eau irriguée des fossés. Mais ce qu'elle préférait, c'étaient les animaux. Les oisillons et les écureuils, d'un bout à l'autre de cet endroit, toujours pullulaient. Elle avait un chiot qui en tous lieux l'accompagnait et l'aidait dans ses jeux. Aussi était-elle l'amie des moineaux et d'un hibou qui avait fait son nid dans le vieux tronc d'un olivier. Elle l'appelait Athen parce que son père lui avait dit que le nom scientifique de cet oiseau était Athene . Son père avait su cela après avoir demandé à un ami scientifique qui lui avait répondu :

- En Grèce antique, le hibou était l'animal sacré de la déesse Athéna. Depuis, on appelle cet animal "Athene".

Un jour, alors que les parents travaillaient dans les terres du verger, à côté du sommet de l'Alhambra, avant la Colline du Soleil et le palais des Alixares, la petite eut un coup de chance. Elle trouva un caillou très brillant et translucide qui attira beaucoup son attention. Incapable de se retenir davantage, elle s'en empara, la débarrassa de la terre de laquelle elle était couverte en la plongeant dans l'eau du fossé et s'en fut la présenter à ses parents en courant. Elle s'écria :

- Regardez quel trésor ! Et voyant ce qu'elle leur montrait, le père dit :
- C'est une jolie pierre de cristal de quartz. Où l'as-tu trouvée ?
- Près de l'olivier au hibou.
- Eh bien, continue de chercher et fais une collection. Un jour, tu l'offriras en cadeau à ton amie la princesse du palais. »

Elle suivit le conseil de son père, appelant d'abord son chiot et le hibou pour leur dire :
- Vous devez m'aider.
Elle s'en fut, accompagnée de ses amis, droit au tronc de l'olivier. Sur une des branches se posa le hibou ; le chiot se mit à renifler par là tout près et elle entama une recherche assidue à la pierre de quartz. En peu de temps, elle en trouva cinq ou six, ce qui l'encouragea beaucoup. Elle s'en fut au fossé pour les laver. Puis, elle retourna au tronc de l'olivier, chercha un trou entre les racines et le tronc et là, les rangea en disant à ses amis :
- Ceci est mon trésor et vous deux en êtes les témoins. Je veux que vous ne disiez à personne où je l'ai caché. C'est mon trésor et mon secret.
Et le hibou quitta, volant vers là où les parents travaillaient. Le voyant faire, la petite lui dit :
- Ne leur dit rien.

Trois jours plus tard, un peu avant le coucher du soleil était-elle au tronc de l'olivier examinant sa fortune lorsqu'elle entendit les

cris du hibou. Aussitôt, le chiot se mit à aboyer et elle regarda vers le sentier au travers des jardins qui montait jusqu'aux Alixares et vit s'approcher quelqu'un. C'était la petite princesse de l'Alhambra, déjà un peu son amie, qui arrivait sur son cheval. Elle se ravit de l'apercevoir et se dit en elle-même : « Je la saluerai et si elle souhaite rester en moment avec moi, je lui conterai mon secret et lui montrerai mes joyaux. » En arrivant à ses côtés, la princesse arrêta son cheval, la salua et dit :

- J'ai vu que tu es l'amie d'un hibou et d'un chiot. Tu me les prêtes?

- Pourquoi les veux-tu?

- Je me promène à travers les oliviers et les jardins de la Colline du Soleil. Ils pourraient me tenir compagnie et égayer la vie de mon cheval.

- Eh bien, appelle-les et s'ils souhaitent aller avec toi, ils sont tiens.

La princesse appela le hibou et le chiot et ils répondirent positivement à sa voix. Elle anima son cheval et, entre les jardins, ils commencèrent à s'éloigner jusqu'à la colline des oliviers. La petite lui dit, les voyant s'en aller :

- Tout à l'heure, lorsque tu reviendras, rappelle-moi que je veux te partager un grand secret.

- Je te rappellerai quand je reviendrai de ma promenade avec ton chiot, le hibou et mon cheval.

Et, voltigeant d'olivier en olivier, le hibou commença à indiquer le chemin. Le chiot le

suivit en aboyant et le cheval, avec la princesse, naviguait sur les chemins en galopant. La petite les observait avec grande attention en pensant qu'à leur retour, ils lui raconteraient leurs aventures dans la montagne. Et elle se remit à chercher des morceaux de quartz pour sa collection secrète quand, moins d'une demi-heure plus tard, elle entendit les cris du hibou. Elle leva les yeux et le vit qui venait en volant, depuis les pins de la colline, tout apeuré et sillonnant l'air à toute allure. Il se posa dans le tronc du même olivier et en le voyant, elle pensa immédiatement que quelque chose était arrivé à la princesse. Elle s'en fut en toute presse le dire à ses parents qui labouraient, en ce moment-là, les terres du verger. Et dès qu'ils surent la nouvelle, ils dirent :

- Allons tout de suite la sauver, suivant les indications que nous montre ton hibou.

Elle lui ordonna de les guider et, suivant son vol, en peu de temps, ils trouvèrent la princesse entre les oliviers. Non sur son cheval, mais assise sur un rocher, elle regardait l'Alhambra, comme attendant quelque chose. Sans attendre davantage, la petite lui demanda :

- Il t'est arrivé quelque chose?

- Mon cheval a pris peur et m'a tirée au sol. Je l'ai appelé, mais je n'ai pas pu l'attraper. Regarde-le aller. Elles le virent entre les oliviers, comme s'il revenait à la ville de l'Alhambra.

- Ne t’en fais pas. Nous t’aiderons et t’accompagnerons jusqu’à ton palais, » dit le père. Et la petite confirma :
- Oui et, de passage près de l’olivier où j’ai rangé mon trésor, nous nous arrêterons un moment et je te le montrerai.

Ils tardèrent peu au retour et se plantèrent devant l’olivier. La petite dit :
- Si tu veux, je t’offre mon trésor pour que tu aies un souvenir et pour que disparaisse ce mauvais quart d’heure que t’a fait passer ton cheval.
- Ça me plairait beaucoup, c’est magnifique!
Et la petite n’eut pas à y penser à deux fois. Elle sortit son trésor du tronc de l’olivier, le montra à la princesse et lui offrit le tout. Puis, tous poursuivirent la descente et, une demi-heure plus tard, ils étaient déjà aux portes du palais. Les gardiens, à la vue de la princesse, tout de suite l’escortèrent et l’emmenèrent à ses parents. Et eux trois, avec le chiot et le hibou, revinrent à la maison.

Trois jours plus tard, alors que les parents travaillaient les terres et récoltaient les légumes, vers eux s’approchèrent les gardiens de la princesse. Ils les saluèrent, ainsi que la petite, et lui dirent :
- Nous venons au nom du roi, seigneur du plus beau des palais de l’Alhambra et père de la princesse. Il veut que tu viennes avec nous, il souhaite te voir.

Elle se tourna vers ses parents, qui lui dirent :
- Va avec eux.
Quand ils arrivèrent au palais, le roi les attendait, ainsi que la princesse et la reine. Et avant que la petite ne dise quoi que ce soit, le roi dit :
- Ma fille m'a tout raconté. Nous sommes reconnaissants que tu sois son amie et que tu lui aies offert ton trésor.
- La princesse est la meilleure amie que j'ai. Je l'aime.
- Et cela nous plait. Il nous plait que tu sois si bonne envers elle et, ce qui nous plait plus que tout, sais-tu ce que c'est?
- Je l'ignore, sa majesté.
- Que tu sois une si grande amie des animaux, des plantes et des fleurs. Ces palais de l'Alhambra, avec ses fontaines et ses jardins, depuis toujours nous aurions voulu que ce soit comme le paradis de la beauté. Et le grand paradis, c'est un lieu où il doit y avoir beaucoup de fleurs, beaucoup d'animaux et beaucoup de rivières d'eaux claires. Approche-toi que je te dise quelque chose.

Et la petite s'approcha du roi, qui prit son visage dans ses mains, rapprocha sa petite tête contre son cœur et l'y tint pour un moment. Elle se sentit si heureuse qu'elle le raconta plus tard à ses parents :
- Sa caresse a été pour moi le meilleur cadeau que jamais personne ne m'a offert ici. Pendant qu'il me tenait près de son cœur, il m'est paru voler en un ciel de soie à saveur de caramel

Al florecer los almendros



Dibujos: Ana María de la Torre
Fotos. José Gomez Muñoz
Primera edición --2014
Granada, 2010-2014

ÍNDICE

Al florecer los almendros

no puede olvidar el alma
que por aquí estuviste.
Llegaste aquella mañana,
como si de un sueño vinieras,
vestida de luz y gracia.
Y como todo para ti era nuevo
preguntabas y preguntabas:
“¿Cuándo florecen los almendros?
Dicen que sus flores blancas
son como los jardines del cielo
o como los sueños de hadas”.
Y florecieron los almendros
aquella primavera clara
y tú te fuiste por ellos
como estrenando alas,
cual mariposa niña
que necesitara
volar mucho y besar las flores
de los almendros, en sus ramas.
Corrías, saltabas, sonreías, cantabas,
cogiendo puñados
de estrellas blancas
que, contra tu pecho,
candorosamente abrazabas.
Fuiste luz del amanecer

engarzada
en los pétalos purísimos
de las flores encarnadas.
Y también fuiste armonía,
canción de plata,
cascabel azul celeste
que animaba
en todo momento
al corazón y al alma
y al airecillo amigo
que entre las flores moraba.
Y poco a poco fuiste sembrando
sonrisas inmaculadas,
regalos de tu corazón,
cual princesa enamorada.
Y te hiciste perfume selecto
de hierba recién regada
a lo largo de aquel tiempo
sin mancha.
Hasta que un amanecer,
todavía primavera exacta,
dejaste de amar a las flores
que ya eran trozos del alma.
Nadie supo cómo fue,
tú callabas,
y ya no sonreías
ni cantabas.
Poco después te marchaste

¿No te acuerdas como lloraba,
por ti, el corazón
que ya te amaba?
Mil veces vino a buscarte
por entre las flores nácar
que habían sido tus amigas
en la mañana.
Pero tú, aunque estabas,
ya no eras cascabel ni hada
ni princesa azul
enamorada.
El alma recuerda ahora
la primavera pasada
y sueña que sigues corriendo
por entre las flores blancas
de los floridos almendros,
en las tardes y mañanas.
Y, cada día por donde fuiste,
el alma reza callada
sabiendo que aquí estuviste
aquella primavera clara.
Y hasta cree que tu sonrisa
aun revolotea en las ramas
de los almendros en flor
que en tu fantasía, besabas.

Al florecer los almendros

Fotos, textos y música

© José Gómez Muñoz S. J.

Al florecer los almendros
no puede olvidar el alma
que por aquí estuviste.





Llegaste aquella mañana,
como si de un sueño vinieras,
vestida de luz y gracia.

Y como todo para ti era nuevo, preguntabas y preguntabas:



"¿Cuándo florecen los almendros? Dicen que sus flores blancas
son como los jardines del cielo o como los sueños de hadas".



Y florecieron los almendros aquella primavera clara
y tú te fuiste por ellos como estrenando alas,



cual mariposa niña que necesitara
volar mucho y besar las flores de los almendros, en sus ramas.



Corrías, saltabas, sonreías, cantabas, cogiendo puñados
de estrellas blancas que, contra tu pecho, candorosamente abrazabas.




Fuiste luz del amanecer engarzada
en los pétalos purísimos de las flores encarnadas.


Y también fuiste armonía, canción de plata,
cascabel azul celeste que animaba



en todo momento
al corazón y al alma
y al airecillo amigo
que entre las flores
moraba.

Y poco a poco fuiste sembrando sonrisas inmaculadas,
regalos de tu corazón, cual princesa enamorada.





Y te hiciste
perfume selecto
de hierba recién
regada
a lo largo de
aquel tiempo
sin mancha.

Hasta que un amanecer, todavía primavera exacta,
dejaste de amar a las flores que ya eran trozos del alma.





Nadie supo cómo fue,
tú callabas,
y ya no sonreías
ni cantabas.
Poco después te marchaste
¿No te acuerdas como lloraba,
por ti, el corazón
que ya te amaba?



Mil veces vino a buscarte
por entre las flores nácar
que habían sido tus amigas
en la mañana.



Pero tú, aunque
estabas,
ya no eras
cascabel ni hada
ni princesa azul
enamorada.

El alma recuerda ahora la primavera pasada
y sueña que sigues corriendo por entre las flores blancas
de los floridos almendros, en las tardes y mañanas.



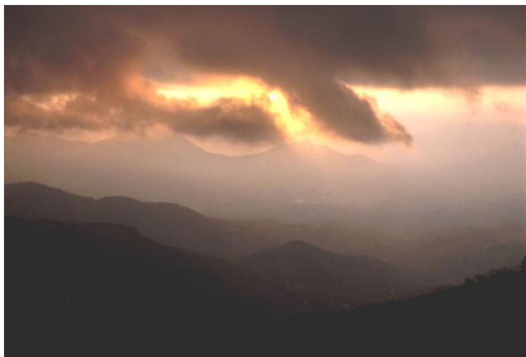
Y, cada día por donde fuiste, el alma reza callada
sabiendo que aquí estuviste aquella primavera clara.



Y hasta cree que tu sonrisa aun revolotea en las ramas
de los almendros en flor que en tu fantasía, besabas.



CANTO AL OTOÑO

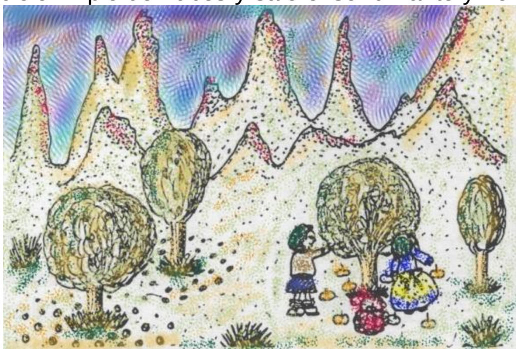


EN LA MAÑANA que llega, veintiséis de octubre, al igual que aquellas mañanas de aquellos días, por la ladera de la fuente de los álamos, cantan las perdices y del bosque del barranco, llega el húmedo olor de las setas.





Por la solana que surca la senda, ya las madroñeras se doblan repletas de madroños rojos que empiezan a cubrir el suelo y a rodar por la tierra y a llenar los charcos de la cascada del musgo. Huele el monte a primavera aunque sea otoño porque unos días llueve y otros días hace frío. No como el frío de aquellos otoños. Y, otros días, como es el caso de hoy, está el cielo limpio de nubes y sale el sol brillante y no



hace viento ni chispa de frío. Como la tierra sí está empapada, parece una mañana de primavera que ahora llega aunque sea otoño y también el campo lo sepa.



Y como el corazón todavía se mezcla con la tierra y vive casi más en los recuerdos y de aquellos trozos que fueron más belleza, en la mañana que llega, se siente y se ve y se palpa, aquella mañana de aquel día concreto que amaneció como el de hoy. Lleno de fiesta porque del cortijo rey que se asienta en la llanura hermosa de la hoya espléndida que se recoge a mitad de la ladera, entre el río grande y la cumbre de la luz, bajan y vienen a vernos. El abuelo y la abuela y por eso madre, desde las primeras horas, prepara el horno. Prepara la masa del pan en la artesa y en cuanto nos levantamos, la niña y yo, como unas mañanas atrás cuando la higuera estaba cargada de

higos, cogemos la cesta de mimbre que padre nos ha hecho. Siguiendo los consejos de madre, nos vamos por la vereda.

Y como, igual que ahora, ya ha llovido mucho pero también han venido muchos días de sol y ha hecho mucho viento. La tierra, en el camino que sube rozando el arroyo, está seca y en la hierba, a los lados y por las grandiosas praderas, tiembla el rocío en tanta cantidad que si nos vamos por ella nos ponemos



chorreando. Al pisar el polvo del camino, se van quedando las huellas de sus pasos y los míos y aunque, como tantas otras cosas en este rincón, no parece tenga mucha importancia, a ella le alegra y le divierte y por eso, mientras vamos caminando, juega su juego de sueños celestes. Hoy es el de las huellas de las pisadas que se quedan grabadas en el polvo del camino y en la muda tierra mientras el arroyo corre y, desde las encinas

de la orilla, nos mira el otoño que parece primavera.



Y llegamos a la llanura donde, al principio, crece la higuera y ponemos la cesta en el suelo. De sus hojas anchas, que fueron verdes y ahora son amarillas porque, con el otoño se secan, cogemos un puñado. Igual que cuando hace unas tardes recogíamos los higos, tapizamos, con las hojas amarillas y verdes de la vieja higuera, el fondo de la cesta de mimbre que padre nos ha regalado. Sobre el tapiz húmedo de esta canasta bella, vamos poniendo las manzanas que arrancamos de las ramas de los manzanos que también ya están amarillas oro y desprenden esencia de miel y son redondas. Como puños y, de apariencia tan buena, que sólo tocarlas con las manos y acariciarlas con los ojos, ya el estómago y el alma, llenan.

En compañía de la hermana hermosa y dulce como la más fulgurante primavera, en la mañana que se abre y de luz y de perfume y de rocío y de hierba fina y de madroños y de manantiales y de rebaños de ovejas que pastan por la llanura, se ve tan plena, la niña cándida de mi corazón y yo, llenamos la cesta de manzanas amarillas. Luego cogemos, de los almendros que van por la reguera, las almendras que también están secas.

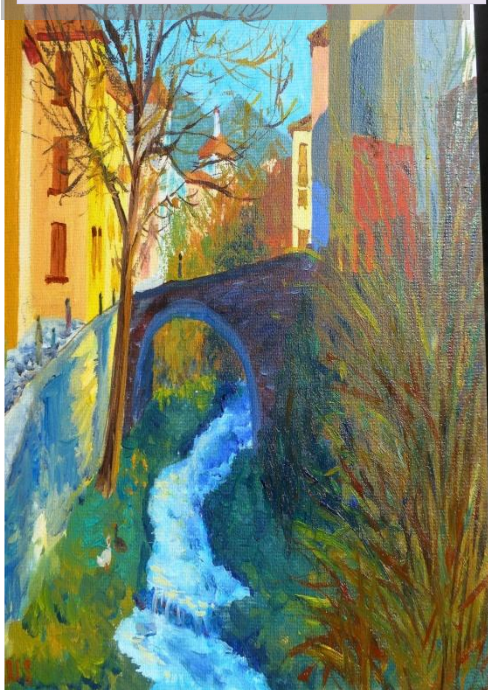


Les quitamos las cáscaras ya arrugadas y viejas y partimos algunas y nos las comemos. Otras, las vamos echando a la cesta y rellenamos los huecos que han dejado las manzanas entre ellas. Luego, cogemos nueces del nogal y las probamos para cerciorarnos de que estén buenas. Completamos el cargamento y otra cesta pequeña, con los higos chumbos y gordos y dorados que

hermosos cuelgan de las hojas espinosas y anchas que muestran las chumberas. Nos ponemos en camino y regresamos hacia la casa donde madre nos espera.

Y en la mañana que resplandece y cantan las perdices y el sol, de luz y de fuego, la llena, regresamos por el camino jugando con las pisadas que grabadas se han quedado en la tierra. Al pasar por la encina grande que clava sus raíces en la misma torrentera que baña el agua del arroyo, como las bellotas en sus ramas, ya están negras y son gordas y muy dulces y muchas por el suelo, ruedan, nos volvemos a parar y cogemos todas las que podemos. Colmamos y rellenamos las cestas y ya satisfechos y, en la mañana de plata del otoño que parece primavera, mientras regresamos jugando con el perfume que mana del bosque, la hermana me dice, contenta:
- ¡Ya verás madre, qué tarta más rica va a preparar hoy, para el abuelo y la abuela!

La pintora del río Darro



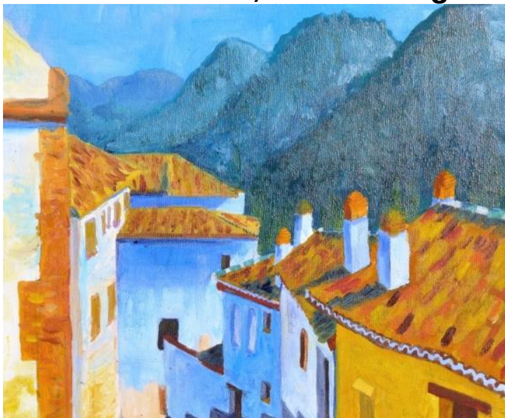
romi3.jimdo.com
riodauro@gmail.com

Pintoras: Kristina Zakutauskaite
Primera edición
Granada, 2010-2018

La pintora del río Darro
The painter of the Darro river

El encuentro, the meeting
El sueño, the dream

EL ENCUENTRO, the meeting



Era invierno, caía la tarde, hacía fresco, por la calle Carrera del Darro, los turistas iban y venían y arriba, a la derecha sobre la colina, la Alhambra en su quietud de piedra. Caminaba lento, solo, como perdido entre los que iban y venían y miraba despacio. Se asomó al muro y vio la clara corriente del río donde unos patos silvestres buscaban alimento. Le gustó la escena y pensó que también era bello y además curioso, que en este invierno, aquí en el río que atraviesa la ciudad de Granada, de vez en cuando aparecieran patos silvestres. Iba como en su

sueño y, también como tantas otras tardes, buscaba algo. Observaba las caras de las personas, el horizonte y soñaba.

Miró al frente y sobre el muro del río a la altura de la Iglesia de Santa Ana a su derecha, vio el pequeño cuadro. Del tamaño de un folio, apoyado sobre una caja de madera y frente al primer puente del río, el conocido con el nombre de Cabrera. Bajo este puente se movían y de vez en cuando nadaban un par de ocas domésticas. Apoyada en el muro del río, en su mano izquierda sostenía una paleta llena de colores. En su mano derecha sujetaba un delgado pincel que, a intervalos, mojaba en algunos de los colores de la paleta y después lo extendía en el pequeño cuadro que pintaba.

Antes de llegar, todavía como a unos diez metros, la vio. No la conocía de nada. Y de alguna manera se sorprendió porque era la primera vez que por aquí aparecía. Ya solo a unos metros, se quedó parado. A sus espaldas y sin llamar la atención ni pronunciar palabra. Miró durante unos segundos el cuadro que pintaba y luego se acercó. Directamente le dijo:

- Es muy bonito el cuadro que estás pintando.

Sorprendida, volvió su cabeza, lo observó durante unos segundos y luego le preguntó:

- ¿Te gusta?

- Me gusta mucho. ¿De dónde eres y para qué o quién pintas?

- Soy de Letonia y pinto para llevarme un recuerdo de esta ciudad. Estoy por aquí de

paso, de turismo. Me marcho dentro de unos días.
- ¡Qué hermoso y a la vez qué pena!

Sorprendida ella lo miró y no pronunció palabra. Sí él deseó seguir hablando, preguntarle cosas, compartir un rato, el momento y el escenario. Pero no lo hizo por miedo a importunarla. Era la primera vez que la veía y no la conocía de nada. La despidió y siguió caminando por la calle que va al borde de las aguas. Soñó volverla a ver por aquí quizá al día siguiente, al otro o al otro. Sentía que iba a gustarle encontrarla de nuevo. Esto le animaba y al día siguiente al caer la tarde, cuando por el lugar se acercaba, miraba lleno de ilusión. No estaba pintando donde sí la tarde anterior. Tampoco la vio por aquí al día siguiente ni al otro ni durante una semana ni tres ni cuatro ni en los días que fueron corriendo. Ni siquiera sabía ahora ya si todavía seguía por Granada o se había marchado.

Pero, quizás porque seguía recordando su cara y el color de las pinturas en el pequeño cuadro con la corriente del río en el centro, una noche tuvo un sueño. La vio junto a las aguas del río que corre a los pies de la Alhambra, por donde una tarde ya muy lejana, la encontró pintando su pequeño cuadro. Y escribió este sueño al día siguiente en su cuaderno narrándolo de la siguiente manera:

EL SUEÑO, the dream



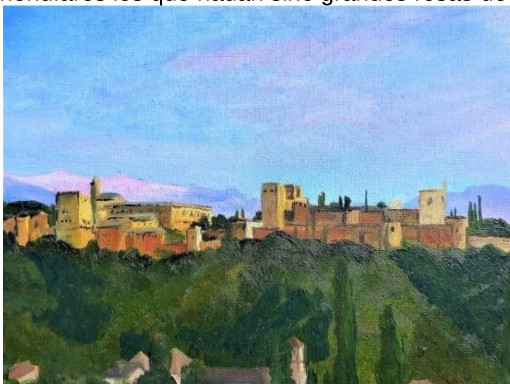
“Esta noche no he podido dormir bien porque en estos días se celebran fiestas por aquí. Como todos los años, han montado un buen tinglado y lo que más jaleo mete es el conjunto musical. Se oye por todo el entorno. Pero esta noche, al fin me he quedado dormido y he tenido un sueño.

Me encuentro por donde el río pequeño justo a los pies de la Alhambra. Donde las orillas son praderas de hierba espesa y fina y donde las aguas se remansan en charcos dulces y cristalinos. Estoy conmigo y me gusto por el paisaje que me rodea cuando veo que por la calle avanza la hermana pintora de la vida, sueños y colores. Se viene a mi lado

y se pone a pintar y a jugar con la hierba cerca de las aguas. Me pide que juegue con ella para hacer más hermoso el momento y le digo que no puedo.
- ¿Por qué no puedes?
Me pregunta.
- Es que el río corre color chocolate y por eso las aguas no son limpias.
La hermana pintora, la que es y siempre será mariposa espiritual que sólo regala dulzura y gozo al corazón por donde los silencios de la Alhambra, me pregunta:
- ¿Quién te ha dicho a ti que las aguas del río no son claras?
- Las he visto con mis propios ojos.
- Pues tus ojos no ven bien.
- ¿Por qué no ven bien mis ojos?
- Porque las aguas del río hoy son tan limpias como siempre.
- Que no son limpias porque yo las he visto hace poco y pasaban turbias como nunca.
- ¿Qué río ha sido el que has visto tú?
- Nuestro río de siempre. El que tú pintabas aquella tarde.
- Pues te repito que te has equivocado.

Y entonces me acerco a ella y la cojo de la mano.
- ¿Por qué me dices eso?
- Es que el río nuestro yo lo estoy viendo ahora mismo y lo encuentro tan limpio o más que aquel día.
- ¿Cómo puede ser?
- Mira para aquella curva.

Le hago caso y miro para la curva de los fresnos y las algas verdes y lo que veo me asombra. Las aguas del río corren tan limpias o más que nunca y hasta llevan nenúfares en sus olas y algas más grandes y verdes que otros días. Pero algo me inquieta. En los redondos charcos donde el río se remansa, hay patos y nadan las truchas, las aguas están muy tranquilas y sobre su superficie no son nenúfares los que nadan sino grandes rosas de



nieve blanca. Por eso le pregunto a la hermana que me da compañía y sin que ella lo sepa, también me regala dulce placer. Como si me quisiera decir que ella es la dicha y no la vida que tengo ahora bajo el sol del Planeta Tierra.

- ¿No puede ser?
- ¿El qué no puede ser?
- Las aguas del río estaban turbias y ahora corren claras y con flores inmaculadas sobre

sus olas. Pero no puede ser porque si las flores han nacido y llenan con su perfume el aire de estas riberas es porque la primavera ha llegado. Pero sigo diciendo que no puede ser porque si ha llegado la primavera ¿Cómo estoy viendo la nieve dormida sobre las limpias aguas del río que hace poco he visto turbio?



La hermana me mira y me repite que tampoco es invierno y por eso no puede haber nieve.

- El río esta tarde sólo lleva aguas limpias y eso sí, en su ribera crece espesa la hierba verde, cantan ruiseñores y croan las ranas.
- ¿Y la nieve que estoy viendo?
- Serán los reflejos del sol que entran por entre las ramas del árbol que en mi cuadro pinté aquella tarde.
- El sol no es.
- Pues entonces será que en tu corazón ocurre algo raro.
Y caigo en la cuenta de que sí. En mi corazón hoy y desde aquella tarde, ocurre algo raro y por eso la veo a ella cuando no debiera verla porque hace mucho tiempo que tampoco está y ni siquiera están ya las riberas de este río ni algunas casas entre los majuelos ni las flores ni la hierba.
- Pero entonces ¿qué me pasa?
Ella me aprieta en su mano y al sentir el calor de sus finas carnes con la belleza y el aroma de aquellos momentos, hasta tengo ganas de llorar. Quiero llorar, necesito llorar y más necesito aún volar al cielo que en mi alma sueño. Porque en mi corazón me digo que ella sí está aunque sé que se ha ido y para siempre. Y como en aquellos momentos, sigue siendo puerta hacia ese temblor de amor que, en forma de sueño, me tiene trascendido hacia un mundo que no es este mundo. Ella, la hermana de los

colores y la luz y con sabor a primavera limpia, es lo único que ahora y en este sueño mío, me hace sentir la vida nueva, el gozo y descanso

eterno. La presencia de Dios, el cielo que no se parece a la vida de la tierra ni por asomo.

Las aguas del río que corre a los pies de la Alhambra y que son los escenarios donde jugaba la hermana con los colores y la luz, no corren color chocolate. Son cristalinas como el aire más puro y huelen a primavera. Pero ella, la hermana de los colores y ojos llenos de infinitos, hoy ya no está. Por eso quiero llorar y por eso en mi alma se refleja un mundo que no es el que necesito y sueño, sueño, sueño. Quiero irme con las aguas de este río para abrazarme al descanso y a la paz que tanto necesito”.